



S. WEST

Trilogía completa

El Escocés Errante

Novela erótica



Contenido

[El escocés errante](#)

[Información](#)

[El secuestro](#)

[Capítulo uno. La aldea.](#)

[Capítulo dos. El secuestro de Maisi](#)

[Capítulo tres. El siervo del diablo](#)

[Capítulo cuatro. El lago secreto](#)

[Capítulo cinco. El ataque](#)

[Capítulo seis. El ritual del diablo.](#)

[Capítulo siete. Fuego bajo la montaña.](#)

[Capítulo ocho. La esperanza es lo que mueve el mundo](#)

[La hija del laird](#)

[Prefacio. La huida.](#)

[Capítulo uno. El vagabundo.](#)

[Capítulo dos. Regreso a Aguas Dulces.](#)

[Capítulo tres. Los fugitivos](#)

[Capítulo cuatro. Vender el alma.](#)

[Capítulo cinco. La pesadilla no ha terminado.](#)

[Capítulo seis. Sangre maldita.](#)

[Capítulo siete. El resurgir de Gwynn.](#)

[Capítulo ocho. Derwyddon, el druida.](#)

[Capítulo nueve. Buscando soluciones.](#)

[Epílogo. La carta.](#)

[La dama de las flores](#)

[Prefacio. El fin de la paz.](#)

[Capítulo uno. La vida plácida.](#)

[Capítulo dos. La boda MacKenzie.](#)

[Capítulo tres. La verdad siempre duele.](#)

[Capítulo cuatro. La venganza une tanto como la amistad.](#)

[Capítulo cinco. Un reencuentro agridulce.](#)

[Capítulo seis. El corazón de un padre.](#)

[Capítulo siete. La pasión no se olvida.](#)

[Capítulo ocho. Un viaje accidentado.](#)

[Capítulo nueve. Corazones angustiados.](#)

[Capítulo diez. Regreso al hogar.](#)

[Capítulo once. ¿La verdad nos hace libres?](#)

[Capítulo doce. Del amor al odio solo hay un paso.](#)

[Capítulo trece. Un acto de venganza.](#)

[Capítulo catorce. Miedo en el corazón.](#)

[Capítulo quince. La felicidad es de los valientes.](#)

[Capítulo dieciséis. El ritual.](#)

[Epílogo. El futuro.](#)

[Otras novelas DirtyBooks](#)

[Notas](#)

El escocés errante

Trilogía completa

©Sophie West

<http://sophiewestautora.wix.com/sophie—west>

© para esta edición DirtyBooks

<http://sophiewestautora.wix.com/dirtybooks>

Diseño editorial DirtyBooks

<http://sophiewestautora.wix.com/dirtybooks>

Edición especial trilogía completa

Todos los derechos reservados. Queda terminantemente prohibida la difusión. Bajo las sanciones establecidas por las leyes quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por medio o procedimiento mecánico o electrónico, actual o futuro —incluyendo las fotocopias y la difusión a través de internet— y la distribución de ejemplares de esta edición y futuras mediante alquiler o préstamo público.

El secuestro

Trilogía El escocés errante 1

Sophie West

DirtyBooks

Capítulo uno. La aldea.

- ¿Estás seguro de esto, Kenneth?*
- Por supuesto.*
- A Seelie no le gustaría, caràith.*
- Seelie está muerta.*

Kenneth despertó con un sobresalto y miró alrededor. Siempre que soñaba con su pasado, abría los ojos desconcertado sin recordar momentáneamente dónde estaba. Habían pasado cinco años desde aquella conversación pero aún dolía como el primer día.

Estaba al aire libre, como había pasado la mayor parte de aquel lustro, durmiendo en el duro suelo o en desvencijados camastros de mugrientas tabernas, huyendo de sí mismo, de su pasado, de sus recuerdos. De Seelie.

Recordaba con precisión su dulce sonrisa, su mirada clara, el tono cremoso de su piel, la firmeza de sus pechos, el calor de su boca al besarlo, el brillo del sol al reflejarse en su rojiza melena, como si fuera fuego, y cómo las hebras se deslizaban entre sus dedos cuando la acariciaba... Se habían conocido siendo unos niños, y cuando la infancia desapareció y se convirtieron en adultos, los dulces e inocentes juegos se convirtieron en mucho más.

Seelie había sido su primer amor. Su único amor. Y desde entonces vagaba por el mundo, perdido, metiéndose en todos los problemas que salían a su paso, buscando de forma inconsciente una muerte que le había sido negada. Muchas veces había meditado sobre la idea de quitarse la vida intencionadamente, pero sus fuertes convicciones religiosas, heredadas de un padre fervoroso y de su tutor, un fraile que había ido a parar al castillo de Aguas Dulces, se lo impedían. Quería reencontrarse con su amor en el más allá, no verse abocado a una eternidad en el infierno.

Se levantó, sacudió la manta con la que se envolvía en las noches frías, y dio una patada al fuego consumido y convertido en cenizas. Pensó en encender otro para poder prepararse un buen desayuno, pero desistió: le bastaría mordisquear un poco de carne seca mientras cabalgaba sobre Tormenta, su caballo. La aldea que era su destino no podía estar a más de tres o cuatro horas a caballo, así que esperaba llegar allí antes de la hora de comer, y deleitarse con algún apestoso y grasiento puchero en alguna taberna.

Silbó, y Tormenta, lo único que le quedaba de aquella época de felicidad y dicha, unido a su espada, acudió a él con un ligero trote. Le pasó la mano por el lomo y lo palmeó, en agradecimiento a su lealtad. Lo ensilló, guardó sus cosas, y montó.

No disfrutó del paisaje. Las Tierras Altas, donde él había crecido, eran muy diferentes a las Tierras Bajas donde ahora se movía, pero así y todo, el paisaje solía ser monótono y aburrido. O por lo menos así le parecía a él desde que Seelie había muerto. Cuando vivía, podía verlo todo a través de su mirada, una mirada llena de alegría y que sabía encontrar belleza hasta en el lugar más deprimente. Pero desde su muerte, todo le parecía lúgubre, gris, falto de vida.

A veces se preguntaba por qué su propia muerte se hacía tanto de rogar.

Llegó a Recodo Salvaje antes que el sol marcara el medio día. Era un nombre extraño para una aldea, aunque supuso que las montañas que la circundaban tenían mucho que ver con él. No era un lugar sucio o maloliente, algo que le supuso una sorpresa. Solo tenía tres calles, un almacén, una taberna, y poco más. Encontró con facilidad la casa del alcalde, pues era la única de dos plantas que combinaba la madera con la piedra, y tenía cierto deje aristocrático. Era muy común en las gentes de las Tierras Bajas, tan cercanas a la influencia Inglesa, que se dejasen arrastrar por sus modas y costumbres. Él no lo criticaba, pero le resultaba gracioso ver a aquellos hombres vestidos con pantalones en lugar de los cómodos kilt. ¿Cómo podían saber a qué clan pertenecían, si no llevaban sus colores?

Bajó de Tormenta y le dio una suave palmada en la cabeza. El caballo relincho en contestación, y se sacudió con alegría.

—Tranquilo, amigo. Pronto podrás descansar en un cálido establo.

Llamó a la puerta ante la atenta mirada de los curiosos que estaban merodeando por la calle. Algunos aldeanos se asomaron temerosos a las ventanas. En toda la aldea flotaba un cierto aire de recelo, y si las historias que había oído eran ciertas, no le extrañaba lo más mínimo.

Un criado altivo abrió la puerta y lo miró de arriba abajo con desprecio mientras levantaba una ceja, antes de preguntarle que qué se le ofrecía. Kenneth sonrió torvamente antes de contestar con su voz profunda. El criado asintió y le hizo entrar. Lo precedió hasta una sala bastante adusta donde le invitó a sentarse y le anunció que iba a avisar a su amo.

Kenneth no se sentó. Prefirió esperar de pie admirando las armas que había expuestas en las paredes, junto con algunos retratos de, supuso, los nobles antepasados de aquel alcalde.

—Bienvenido, guerrero. Me ha dicho Nuill que habéis venido a ofrecer vuestros servicios.

—Así es, señor —contestó Kenneth—. Las noticias viajan rápido por estas tierras, y en varias de las aldeas he oído los problemas por los que Recodo Salvaje está atravesando. Soy Kenneth Allaban.

—Dudo mucho que un solo guerrero pueda hacer nada contra la horda de crueles saqueadores que nos está devastando —gruñó con amargura mientras miraba al hosco guerrero que tenía delante, y que llevaba un apellido tan curioso. No es que llamarse a sí mismo «vagabundo» fuera algo extraño, pero sí lo era que lo hiciese un mercenario. Estos no solían viajar solos, sino en grupo, y ofrecían sus servicios a los *laird*, no a humildes aldeanos en problemas.

—Os asombraríais de lo que soy capaz de hacer —se vanaglorió Kenneth. No fanfarroneaba, por supuesto, ya que la falsa modestia que predicaba su tutor no era algo de su gusto. Si era bueno en su trabajo, ¿por qué no presumir de ello?

El alcalde le midió con la mirada, recorriéndolo con los ojos de arriba abajo, y debió decidir que quizá valía la pena arriesgarse, porque le ofreció su mano para estrecharla.

—Calem MacNamara. Bienvenido a Recodo Salvaje.

Se sentaron y hablaron de negocios. Calem le contó que desde hacía varios meses, había un grupo de rufianes que se dedicaba a atacar la aldea de vez en cuando, haciendo rápidas entradas para llevarse los pocos objetos de valor que tenían. Al principio había sido más una incomodidad que otra cosa, pues eran pocos, mal organizados, y entraban y salían de la aldea con tanta rapidez que a duras penas le daba tiempo a llevarse cuatro tonterías que eran fácilmente reemplazables. Pero las cosas habían cambiado en los últimos dos meses. Alguien nuevo había llegado que se había hecho con el mando de la panda de rufianes, y ahora, los ataques eran sistemáticos,

organizados y siempre en busca del mismo botín: mujeres. Y Recodo Salvaje no era la única aldea que se veía aterrorizada por ellos. Las aldeas vecinas de Tomillo Ventoso y Sauce Alegre también los sufrían, eso sin contar a todas las granjas que había en los alrededores. Por supuesto, habían enviado mensajeros al *Laird* para solicitar protección, pero aún esperaban respuesta, y teniendo en cuenta los vientos de guerra que estaban asolando el país, era muy improbable que enviara a sus guerreros para proteger a tres aldeas pobres como ratas y sin ninguna ventaja estratégica.

Kenneth asentía ante las explicaciones de Calem mientras bebía la cerveza que el criado había traído, y su mente ya empezaba a tramar miles de planes para acabar con ellos. El primer paso, sería encontrar su escondrijo. Una banda de malhechores como aquella no podía estar diseminada, sino escondida en algún lugar de las montañas.

Salió de allí con una idea bastante clara de lo que tenía que hacer para acabar con ellos, y en la puerta de la casa del alcalde, antes de coger por la brida su caballo, maldijo en dirección a la puerta y escupió con furia.

—¡Así os pudráis, maldito avaro! —gritó. El criado lo miró con desprecio y cerró dando un portazo, cerrando las puertas en sus narices.

Kenneth sonrió interiormente, pero se alejó de allí mascullando maldiciones y hablando pestes de todos los cometerrones de las Tierras Bajas, mirando a los que se cruzaban con él con furiosa determinación, llevándose la mano a la espada más de una vez, amedrentando a los aldeanos.

Y así debía ser, porque así había quedado con Calem. Todos en la aldea debían pensar que había ido allí ofreciendo sus servicios y que había sido rechazado; así, nadie se extrañaría si acababa sirviendo entre las filas de los bastardos que secuestraban mujeres. Al fin y al cabo, era un mercenario que ofrecía su espada a cambio de una buena recompensa, y si por el camino podía vengarse de una ofensa como el ser echado con cajas destempladas de la casa del alcalde...

Ahora, solo tenía que sentarse y esperar a que los bandidos aparecieran.

Entró en el establo y le dio una moneda al chaval que estaba allí, para que cuidara con diligencia a Tormenta, pero también lo intimidó con la mirada mientras le decía que más le valía hacerlo si no quería que le diera una paliza.

Se despidió de Tormenta con una leve palmada en los cuartos traseros y entró en la taberna.

El *Ángel del cielo* era una taberna como cualquier otra. Estaba construida de madera, tenía el suelo lleno de paja, y olía a cerveza rancia y a grasa quemada. Pidió una habitación y un buen plato de cerdo asado, y se sentó en la mesa con una buena jarra de cerveza a esperar la comida.

La tabernera era una muchacha joven y alegre, y se movía con rapidez entre las mesas. No era normal que a aquella hora estuviera llena pues era tiempo de cosecha, y cuatro de los parroquianos que allí había no tenían mucha apariencia de agricultores. Sus rostros ceñudos, la mirada torva y las espadas al cinto, gritaban a los cuatro vientos «soldados de fortuna». O, en su defecto, salteadores de caminos. ¿Cuál de las dos cosas serían?

Miró a la muchacha con suma atención. Tenía el pelo dorado recogido en una coleta alta, y los ojos claros, azules como el cielo limpio. Era generosa de pecho y caderas, que cimbreaba con coquetería por toda la sala, pero con una cintura estrecha que cualquier hombre se volvería loco por ceñir. Su boca de labios jugosos hizo que Kenneth la imaginara recibiendo su miembro, chupándolo y lamiéndolo. Un tirón en su entrepierna le hizo ver que no era momento de imaginarse

según qué cosas, sobre todo porque estaba a punto de meterse en una pelea...

En aquel momento pasaba por al lado de aquellos personajes amenazadores sin ser consciente del peligro al que se sometía. O quizá sí lo era. No era extraño que en las tabernas, las mozas acrecentaran su sueldo con los extras que suponía abrirse de piernas para los clientes, y muchas tenían cuartos en la parte trasera en la que desaparecían unos minutos para «hacer feliz» a un hombre a cambio de unas cuantas monedas. Pero aquella muchacha no tenía apariencia de ser una puta, sino más bien una inconsciente que no estaba acostumbrada a lidiar con según qué personajes. Aquella era una aldea pequeña, y aunque los hombres eran hombres en todos lados, dudaba que allí una mujer pudiese llegar a sacarse un jugoso sobresueldo vendiendo sus encantos.

Cuando la muchacha pasó al lado de uno de aquellos individuos, uno de nariz afilada y una cicatriz que le llegaba desde la frente al mentón, atravesando toda la mejilla derecha, alargó la mano y la cogió por la cintura, obligándola a sentarse en su regazo de un tirón. La chica gritó y se revolvió, lo que invitó a sus acompañantes, tres hombres con el mismo aspecto de bandidos, a reírse a mandíbula batiente.

—Vamos, pequeña —exclamó riendo el maldito cabrón mientras le metía la mano por debajo de la falda—, estoy bastante necesitado y una puta como tú le iría muy bien a mi polla erecta.

Sus compañeros se rieron más al ver la turbación de la muchacha, que seguía gritando y revolviéndose sobre el regazo del hombre, sin darse cuenta que lo único que conseguía con aquello era excitar aún más a su captor.

—¡No soy una puta! —exclamó, e intentó levantarse.

El hombre la agarró con más fuerza, riéndose. Le agarró el corpiño del vestido y lo desgarró, dejando al descubierto sus blancos y hermosos pechos. Ella volvió a gritar e intentó cubrirse con las manos, pero el malnacido se las inmovilizó en la espalda y se llevó un pezón a la boca.

—¡Por favor! —intervino el tabernero, un hombre gordo con cara atemorizada, que se retorció las manos con inquietud—. No es una puta, caballeros —les dijo acercándose—. Es mi hija —sollozó.

Uno de los maleantes se levantó y le dio un golpe en el rostro que lo lanzó hacia atrás, tropezando con sus propios pies y cayendo al suelo con tan mala fortuna que se golpeó la cabeza con una mesa y quedó en el suelo, inconsciente.

—¡No molestes, hideputa! —gritó, y volvió su atención hacia la muchacha, a la que ya habían puesto sobre la mesa. Uno le había inmovilizado las manos por sobre su cabeza, y otro estaba tirando del vestido para desnudarla. El resto de la clientela desapareció rápidamente de allí, sabiendo que si intentaban detenerlos iban a pagar las consecuencias. Solo eran simples granjeros, y no sabían nada de peleas.

Kenneth miraba todo aquello con una ceja levantada. Si intervenía, su representación delante de la casa del alcalde iba a resultar inútil, pero el poco honor que le quedaba le empujaba a defender a la muchacha, que se debatía dando patadas y gritando mientras habían empezado a manosearla. Tenía a uno de los babosos aferrado a sus pechos, que manoseaba y chupaba mientras se reía, y el otro le había bajado tanto el vestido que el vello púbico estaba a la vista de todos.

—Menuda follada vas a tener, muchacha —le dijo este último mientras de un tirón conseguía quitarle por fin el vestido y dejarla completamente desnuda—. Cuatro pollas bien hermosas todas para ti, preciosa. —El cuarto hombre, el que había golpeado al tabernero, la cogió por una pierna mientras el otro cogía la otra y empezaba a bajarse los pantalones.

Cuando la muchacha vio aquella polla enhiesta, gritó con más fuerza, pidiendo auxilio mientras lloraba a mares.

Kenneth no lo soportó más. Salió del rincón en sombras en el que se había refugiado y, antes que aquel maldito la penetrara, los interrumpió.

—La dama ha dicho que no. ¿No la habéis oído?

Su voz profunda restalló en la taberna. Los cuatro hombres, que no se habían percatado de su presencia, se giraron para mirarlo.

—Escuchad, idiota, si sabéis lo que os conviene, os quedareis en vuestro rincón y os conformareis con mirar. —Se echó a reír, bravucón—. Quién sabe, quizá seamos generosos y cuando hayamos acabado os permitamos fornicar con ella también. Os gustaría, ¿eh?

Kenneth no contestó. Echó mano de su *claymore*, que llevaba a la espalda, y la desenvainó.

—No quisiera mataros, pero si no la dejáis en paz y os largáis de aquí inmediatamente, no vais a dejarme otra opción.

El que llevaba la voz cantante miró a la muchacha, que había dejado de debatirse cuando Kenneth los interrumpió. Hizo un gesto con la cabeza a sus compañeros, que inmediatamente la dejaron para rodear a Kenneth. El hombre de la cicatriz en el rostro tiró de ella y la cogió por el pelo. Ella intentó desasirse, pero él era más fuerte y consiguió ponerla de pie y escudarse detrás, cogiéndola por la cintura y apretándola contra él.

—No te preocupes, preciosa —le dijo, y después le lamió todo el cuello mientras metía la otra mano entre sus piernas. Ella intentó huir de ese contacto echando el culo hacia atrás, pero lo único que consiguió fue clavarse la polla de su atacante entre las dos nalgas, algo que hizo sisear de placer al malnacido—. Mis amigos acabarán con él en un santiamén y seguiremos donde lo hemos dejado. No seas tan impaciente —se burló.

Kenneth no le quitaba la vista de encima. Sabía que aquel era el más peligroso de los cuatro, pero al mismo tiempo seguía el movimiento de sus compinches. Cuando uno lo atacó para distraerlo, hizo el amago de defenderse pero, en último momento, se giró y atacó con la espada al de la derecha. La *claymore* siseó en el aire hasta clavarse en la carne y cortar músculo y tendones. El hombre cayó al suelo con un grito agónico.

Inmediatamente volvió a girar, esta vez a la izquierda. El segundo hombre, creyéndole distraído, intentaba clavarle su arma en la espalda. Estúpido. Su propio movimiento lo ensartó.

Solo quedaban dos.

—Aún estáis a tiempo de largaros —les dijo—. Dejad a la chica y marcharos.

El hombre frente a él miró de reojo al de la cicatriz, que sonrió con amabilidad fingida mientras empujaba a la chicha hacia adelante, hacia los brazos de Kenneth.

—¿La quieres? —le preguntó—. Toda para ti.

Salieron de allí a la carrera, tropezándose el uno con el otro, pero el fino oído de Kenneth oyó lo último que masculló el de la cicatriz:

—Me las pagarás, hideputa. Blake se encargará de ti.

Pero en aquel momento tenía otros problemas. La muchacha estaba desnuda entre sus brazos, temblando y llorando, y él tenía una erección de mil demonios. Su búsqueda del olvido lo había llevado por los más oscuros caminos del placer, y aunque su conciencia le chillaba al oído que aquello no estaba bien, ver a aquella hermosa muchacha desnuda y sometida, le había encendido la sangre en el peor sentido posible.

—Shhhhh, tranquila, chiquilla —le susurró al oído mientras pasaba su mano libre por la espalda. Ella se abrazaba a su cintura con fuerza, y era imposible que no notara su erección—. ¿Cómo os llamáis, muchacha? —Intentó hablar con la voz calmada y suave, pero le salió un ronco murmullo abrasador y erótico que acarició aquella piel.

La muchacha se estremeció y levantó el rostro. Lo tenía surcado por las lágrimas, que habían dejado un rastro de humedad por su piel.

—Maisi, señor —le dijo entre hipidos. Había dejado de sollozar, pero aún había lágrimas derramándose de sus ojos.

—Venid, pequeña —le dijo empujándola con suavidad hacia la parte trasera de la taberna, donde estaban las escaleras que subían al piso superior, y a las habitaciones alquiladas.

Por Dios que tenía intención de dejarla allí y bajar a ver qué había pasado con el tabernero, pero cuando estuvo dentro de la habitación, con Maisi aferrada aún a su cintura, no pudo evitarlo.

—No todos los hombres somos tan malos, ¿sabéis? —le susurró al oído—. ¿Sois virgen, preciosa mía?

Kenneth no entendió por qué le hizo aquella pregunta. Cuando el demonio se apoderaba de él, nunca sabía por qué hacía lo que hacía. Solo comprendió que cuando ella lo miró con aquellos ojitos de ciervo asustado, tuvo la necesidad de enseñarle que el sexo era algo muy bueno si lo practicabas con el hombre adecuado. Con él.

—Sí, señor —contestó Maisi con voz aterciopelada.

—Eso es algo a lo que le pondremos remedio inmediatamente —afirmó en un murmullo contra sus labios, y para no ver el miedo en los ojos de la muchacha, procedió a besarla.

La obligó a abrir la boca mordisqueándole los labios. Ella intentó luchar al principio, pero él la sedujo con su húmeda lengua, con las caricias, con la ternura, hasta que ella suspiró en su boca y se abandonó. Entonces profundizó el beso, e invadió su boca explorando con avidez cada recoveco mientras dejaba caer al suelo la espada que aún sostenía en la mano, y utilizaba sus dedos para explorar la piel expuesta. Ya no luchaba contra él, y ahogó un rugido de triunfo.

—Así me gusta, pequeña Maisi —susurró y volvió a besarla.

Era suave, hermosa, valiente. Sus pezones se irguieron rígidos cuando posó la boca en ellos y los chupó, y soltó un gemido de apreciación cuando ella se aferró a sus ropas.

La empujó suavemente hasta llegar al camastro, y la hizo acostarse con delicadeza para no asustarla.

—Tranquila, preciosa —le susurró mientras esparcía un reguero de besos por los pechos, el vientre, y seguía bajando mientras se arrodillaba a los pies de la cama.

Maisi se había quedado con las piernas colgando, y Kenneth la cogió por las rodillas y tiró de ella hasta que el trasero se quedó al borde de la cama. Intentó incorporarse, pero él se lo impidió poniéndole la mano en el estómago. Le pasó las piernas por encima de sus hombros y la besó en el pubis.

Ella respingó, sorprendida, y Kenneth soltó una risita divertida.

—Mi linda Maisi —la aduló—. No te asustes de mí. Te juro por mi honor que va a gustarte. Tú solo déjate llevar.

Ella se relajó con el sonido de su voz, y se abandonó a lo que quisiera hacerle.

Kenneth bajó el rostro hasta su entrepierna y la besó otra vez. Con los dedos, separó los labios vaginales y se maravilló ante la carne virgen que se mostraba ante él. Acercó la boca y con la lengua, los recorrió. Un estremecimiento de gusto asaltó a la muchacha, que lo exteriorizó con un leve temblor unido a un gemido. Sin dudarle, Kenneth volvió a lamerlos, jugando con la hendidura que había empezado humedecerse con la excitación de Maisi. Lamió con deleite aquella delicia mientras ella se estremecía y gemía. Jugó con el clítoris, y lo rozó con los dientes, y después le introdujo un dedo muy despacito, moviéndolo en su interior, para después añadir otro. Con cada roce ella se excitaba más y más, suspiraba y emitía pequeños ruiditos graciosos, entre grititos y

quejidos, y se revolvía inquieta sobre la cama. Sus piernas, colgando en la espalda de Kenneth, no podían estarse quietas y lo rozaba con los pies, frotándole la espalda con los talones, intentando impulsarse para levantar su pelvis, exigiendo de esa manera más placer, más besos, más de todo.

Con cada toque, cada beso, cada roce o penetración con los dedos, Maisi llegaba cada vez más alto, hasta que la sorprendió un estallido que le enroscó los dedos de los pies y la obligó a morderse el puño para no gritar. Su orgasmo fue arrollador, y la dejó laxa y relajada sobre el camastro, respirando agitadamente, mirando al techo con una sonrisa colgada del rostro.

El dolor y el miedo habían desaparecido, y durante aquel instante olvidó completamente el mal trago por el que acababa de pasar.

—Has sido una buena chica, Maisi. Y más traviesa de lo que se esperaría de una virgen —la lisonjeó—. Seguro que más de una vez te has dado placer a ti misma, ¿verdad, muchacha revoltosa?

—N... no, nunca he hecho algo así.

—Aaaah, qué pena —se lamentó él—. Quizá debería enseñarte a hacerlo —sugirió con una sonrisa.

Maisi no opuso ninguna resistencia cuando Kenneth le cogió la mano y se la llevó a su propio coño. La enseñó a acariciarse, a penetrarse con los dedos, a darse placer. La instruyó en el muy celestial arte de estimularse los pechos y el clítoris mientras le susurraba palabras tiernas en el oído, deleitándose al observarla, excitándose con aquella visión.

—Eres una mujer excepcional.

El halago no cayó en saco roto, y ella lo miró con adoración y le sonrió. Kenneth no soportó aquella mirada aunque era precisamente lo que buscaba, y para evitar mirarla procedió a invadir su boca de nuevo mientras se levantaba el kilt y se posicionaba en sus piernas. La siguió estimulando con su polla, rozándola con ella mientras la besaba, hasta que Maisi volvió a tener un orgasmo arrollador que la llevó a clavarle las uñas en la espalda por encima de la camisa.

Kenneth aprovechó para penetrarla y romper aquella pequeña barrera que la apartaba para siempre de la belleza virginal para convertirla en una mujer de pleno derecho. Ella apenas dejó ir un quejido que pronto se convirtió en un gemido de placer al notarse llena por aquella inmensa polla, y con el movimiento de caderas de Kenneth, el roce de su miembro dentro del coño, la estimulación del clítoris con su mano, volvió a correrse con fuerza.

Kenneth sintió las pulsaciones de aquel coño virginal rodeándolo, apresándolo, y sintió cómo su miembro se endurecía más y más. Empezó con un movimiento febril, un vaivén de caderas imparable, entrando y saliendo frenéticamente, cada vez con más dureza, mientras ella se aferraba y se mordía el puño para no gritar.

Kenneth se derramó en su interior sin parar de moverse, resoplando con fuerza, apretando la mandíbula para no rugir de alegría, mientras notaba su semilla llenarla por completo.

Cuando el orgasmo terminó, se dejó caer sobre ella con cuidado de no aplastarla, y le dio un beso en la frente.

Aquel era el peor momento de todos, cuando las miraba al rostro y veía que ninguna de ellas era Seelie; se sentía culpable, un traidor, un mal hombre, porque Seelie estaba muerta y él utilizaba a otras mujeres para recordarla y olvidarla.

Se apartó de ella con cuidado. Maisi no tenía la culpa que él fuera un cabrón, y no tenía por qué hacerle daño. Ella se hizo un ovillo sobre la cama, y le echó la manta por encima.

—Duerme un poco, preciosa —le dijo con ternura, cogió la *claymore* del suelo y abandonó la habitación dejándola sola.

Bajó las escaleras y vio que el tabernero se estaba despertando. Lo había olvidado por completo. Le aseguró que su hija estaba a salvo, que dormía en una de las habitaciones de arriba, y le ordenó que fuera a buscar al alcalde para informarle de lo que había pasado.

No sabía si su primer plan podría seguir adelante. Si aquellos hombres formaban parte de la banda de malhechores que entraba en la aldea para secuestrar muchachas, probablemente sería una locura seguir adelante, pero ¡qué demonios! nadie podía vivir eternamente, y la idea de morir era lo único que lo mantenía a él de pie.

Capítulo dos. El secuestro de Maisi.

—Kenny, ¿te gusta mi vestido?

Seelie acababa de cumplir catorce años y se estaba convirtiendo en toda una mujer. Su madre le había confeccionado un vestido de brocado precioso, con un escote cuadrado que resaltaba sus turgentes pechos recién desarrollados y unas mangas acampanadas que le ocultaban las manos. La falda caía en suaves pliegues alrededor de sus piernas, unas piernas preciosas que él había podido ver hasta hacía poco. Pero Seelie ya era una mujer, había tenido su primer período, y pronto le buscarían un marido para casarla. Era una mujer joven, sana y fuerte, la sobrina del laird MacDolan, con una dote muy apetecible. Cualquiera hombre estaría orgulloso de casarse con ella, y aquello revolvía las entrañas de Kenneth.

Él tenía diecisiete años, estaba enamorado de Seelie pero estaba prohibida para él: era su prima, casi una hermana, pues se habían criado juntos bajo el mismo techo. Kenneth era el hijo del laird MacDolan, y las profundas convicciones religiosas de su padre jamás le permitirían consentir un enlace de esas características, a no ser que le hiciera algo irreparable. Pero Kenneth consideraba que era demasiado joven para follarla como hacía con las putas del pueblo, y era una dama, por lo que tenía que tratarla con respeto y cortesía, aunque en su fuero más interno y malvado deseara meterla en su cama, despojarla de aquella ropa y convertirla en una mujer hecha y derecha.

—Estás preciosa, prima —se limitó a decir, mostrándole su sonrisa más provocadora, y le acarició suavemente la mejilla con el dorso de la mano—. Todos los hombres del laird están locos por ti, ¿lo sabías?

Ella sonrió y un gracioso rubor le cubrió las mejillas.

—No seas tonto, Kenny —le recriminó dándole un empujón, pero no pudo evitar que una ligera risa se le escapara mientras lo reprendía.

—Es cierto, prima. Eres la mujer más hermosa de todo Aguas Dulces.

Se acercó peligrosamente a ella. Sentía el irrefrenable deseo de besarla, un ósculo breve y delicioso, solo sentir el contacto de aquellos labios sobre los suyos...

—¡Kenneth!

El grito de su padre resonó en la sala, y él respingó, apartándose de Seelie precipitadamente.

—¿Sí, padre?

El MacDolan lo miraba con el ceño fruncido y sacudió la cabeza con pesar.

—Tengo que hablar contigo. Deja a Seelie tranquila, que seguro que tiene muchas cosas que atender. Muchacha —añadió dirigiéndose a ella con gesto severo—, no quiero a nadie ocioso bajo mi techo. Ve a cumplir con tus obligaciones.

—Sí, tío —contestó ella y haciendo una venia se alejó de allí corriendo, no sin antes dirigirle a Kenny una traviesa sonrisa.

La luna brillaba redonda y resplandeciente en lo alto del cielo. La suave brisa recorría las calles de Recodo Salvaje, alborotando las hojas de los árboles. Kenneth estaba sentado en la

puerta de la taberna, en un banco de madera, pensativo. Maisi seguía durmiendo en la habitación que había alquilado, y el posadero le había dado otra para que él pudiera descansar. Se había deshecho en agradecimientos por haber salvado a su hija, y le había asegurado que podía quedarse allí el tiempo que quisiera sin tener que pagar ni una moneda: comer, beber, dormir... todo corría a cuenta de la taberna.

Pero cuando Kenneth se había metido en la cama e intentado dormir, había soñado de nuevo con Seelie y se había despertado angustiado y con la urgente necesidad de respirar aire fresco. Así que había bajado sin hacer ruido, y se había sentado allí, esperando que los temblores del dolor por la pérdida desaparecieran.

El silencio lo envolvía, y le parecía oír la risa de la mujer que amaba flotando en la brisa.

Tenía que moverse, caminar.

Se levantó con pesadez y caminó por la calle desierta. Llevaba su claymore a la espalda, como siempre: nunca se separaba de ella. El rumor de sus pasos, el roce de la vaina contra la camisa, y el viento besando los árboles, eran los únicos ruidos que lo rodeaban.

Se preguntó por enésima vez por qué hacía aquello: buscar consuelo en cualquier mujer, con la esperanza de encontrar alguna que borrara de su mente el recuerdo y el dolor por la pérdida de Seelie. Habían pasado cinco años, ya era hora que la olvidara y siguiera con su vida, pero no podía. Dios sabía que lo había intentado, lo hacía cada vez que follaba desesperadamente con una mujer, pero por muy bellas, tiernas, exuberantes o predispuestas que fueran, ninguna de ellas era su amor perdido. No tenían el brillo de sus ojos, ni el fuego de su pelo, ni la alegría de su risa. Ninguna de ellas podían leerle el alma solo echando un vistazo a sus ojos, o al rictus de sus labios, o a la casi imperceptible caída de hombros que siempre se manifestaba cuando estaba abatido por alguna causa.

Caminó hasta la linde de la aldea y se paró. Poco a poco estaba volviendo a recuperar la calma. Cuando tenía estos sueños, siempre se despertaba tembloroso y a punto de la desesperación, y le costaba un buen rato recuperarse. Miró sus manos y ya no temblaban. ¡Vaya mierda de guerrero era! Vencido por un estúpido recuerdo.

Se dio la vuelta y desanduvo el camino que había recorrido hasta regresar a la taberna.

Y entonces lo oyó.

Un grito de mujer.

La imprecación de un hombre.

El repicar de los cascos de un caballo.

Salió corriendo en dirección al ruido, desenvainando la espada, pero no llegó a tiempo. Lo único que pudo hacer fue ver impotente como el caballo galopaba en dirección al bosque llevando a una mujer indefensa cruzada sobre la grupa. El jinete era alto y fuerte, muy corpulento, y vestía de negro de cabeza a los pies. Llevaba la cabeza cubierta por una capucha que le ocultaba el rostro.

Cuando llegó a la linde del bosque, fuera ya de su alcance, detuvo al caballo y lo hizo corcovear, burlándose de Kenneth. La mujer volvió a gritar y entonces la reconoció: Maisi.

No podía ser.

Silbó con fuerza, llamando a Tormenta. Este relinchó en respuesta, y Kenneth se maldijo por no recordar que estaba en el establo, cerrado, sin posibilidad de salir. Corrió hacia allí, abrió las puertas sin consideración oyendo aún las carcajadas provocadoras que había lanzado el secuestrador, y saltó sobre Tormenta sin siquiera ponerle la silla antes.

Salió al galope sin miramientos. Por el rabillo del ojo vio como el posadero salía corriendo

de la taberna, con una mano en la cabeza y sangrando, llamando a gritos por ayuda. No le hizo caso ni se detuvo. En mente tenía una sola cosa: recuperar a la muchacha antes que fuera demasiado tarde.

Maisi estaba profundamente dormida cuando la despertó un leve roce a los pies de su cama. Solía dormir como un tronco, pero su trabajo en la taberna de su padre la había acostumbrado a estar siempre en estado de alerta para poder evitar con presteza a los hombres con manos largas. Aunque no siempre era lo suficientemente rápida. Como aquella noche.

Cuando había estado sobre la mesa, a merced de aquellos canallas, había pensado que ya no había nada que pudiera hacer por evitar ser violada. Demasiados rufianes en los últimos tiempos, para un pueblo tan pequeño como Recodo Salvaje.

Se revolvió inquieta en la cama ante otro roce involuntario, y sonrió pensando que sería el escocés que la había poseído hacía un rato, que volvía a por más. No le importaría dárselo. Había sido tan tonta de rechazar anteriormente los avances de sus admiradores, y habían estado a punto de robarle por la fuerza lo que con tanto empeño había salvaguardado: su virginidad.

Quería que fuese un regalo para el que sería su marido, quien fuera que fuese, pero el verse sobre aquella mesa la había hecho cambiar de opinión.

—¿Sois vos, Kenneth? —preguntó a la oscuridad. Las cortinas estaban corridas y no entraba ni un ápice de luz—. Si queréis yacer conmigo de nuevo, no tengo ningún inconveniente —invitó mientras estiraba los brazos por encima de la cabeza, lánguida.

Alguien se sentó en la cama, a su lado, y unas manos firmes y ásperas la manosearon.

—¡Eh! —exclamó, empezando a asustarse—. ¡No sois Kenneth!

Intentó gritar pero una de las manos le tapó la boca mientras la otra la cogía por la cintura y la alzaba de la cama. Pataleó y aunque iba descalza, tuvo la fortuna de acertar en los testículos del hombre, que soltó un jadeo. Y aprovechó para gritar con todas sus fuerzas.

—¡Maldita sea! —La voz era oscura y penetrante, y a Maisi la recorrió un escalofrío de pies a cabeza—. ¡Cierra la boca, muchacha!

Volvió a patalear con la esperanza que la soltara y poder salir corriendo, mientras gritaba a pleno pulmón. El hombre la golpeó y la aturdió lo suficiente como para poder cargarla sobre sus hombros y salir con ella por la ventana. De un salto alcanzó el cobertizo que había debajo, y de ahí al suelo. La colocó sobre el caballo y ella, que empezaba a recuperar el sentido, volvió a gritar y le dio una patada en el estómago.

—¡Auch! ¡Maldita seas, mujer!

La palmada en su trasero la humilló más que la dañó, pero cuando él montó en el caballo le ató las manos a la espalda con una cuerda. Después salió al galope de la aldea.

Detrás de ella oyó voces, y le pareció que era Kenneth. Cuando llegaron a la linde del bosque y el jinete que la había secuestrado detuvo el caballo en un alarde de provocación, pudo verle: corría hacia ella con la espada en la mano, pero no llegaría a tiempo.

Lo perdió de vista cuando se internaron en la espesura.

Dentro del tupido bosque era imposible que fueran al galope, pero el caballo mantenía un paso bastante rápido. Aquel hombre conocía aquel lugar con precisión, pues supo por dónde ir, qué caminos utilizar y cuales evitar. Iban en silencio, y estaba muy asustada. Tenía la mano del hombre sobre su espalda desnuda, aprisionándola contra el caballo para evitar que cayera.

—¿Quién sois? —se atrevió a preguntar al final—. ¿Qué queréis de mí?

—Silencio, muchacha —la riñó dándole otra palmada en el trasero, y ella se mordió el labio con fuerza para no volver a chillar. Estaba desnuda, atada y secuestrada, y no sabía qué podía hacer para huir. Tirarse del caballo era una estupidez. Además que podía hacerse daño en la caída, no iría demasiado lejos por mucho que pudiera correr descalza por aquella parte tan frondosa del bosque. Además, correr, ¿en qué dirección? Habían dado muchas vueltas, el cielo no era visible y no sabría hacia dónde huir. Y aquel hombre la alcanzaría en seguida. Luchar, era imposible con las manos atadas, ni aunque no lo estuviera. Era un hombre grande y con un solo manotazo podía desmadejarla.

No le quedaba más remedio que esperar y rezar. Esperar a tener una oportunidad, y rezar para que esta se produjera.

—¿Os envían los cerdos que intentaron violarme hace unas horas? —insistió en contra de toda prudencia. Tenía que saber.

La mano de su captor se tensó sobre la espalda de la muchacha.

—No —contestó con rotundidad—. Y no debéis preocuparos más por ellos. Los que sobrevivieron y pudieron escapar de la espada del escocés, pagaron con la vida su estupidez.

—¿Los matasteis? —La sorpresa era evidente en la voz de Maisi.

—Por supuesto. Tenían órdenes de secuestraros y de manteneros intacta. Vuestra virginidad es muy preciada por mí.

Maisi se estremeció. ¿Qué ocurriría si le decía que ya no era virgen? ¿La dejaría marchar? Aunque lo más probable era que no la creyera, y si lo hacía, se enfureciera y la agrediera. Mejor hacerle creer que seguía siendo doncella.

—¿Y por qué es preciada? —se atrevió a preguntar. El ritmo del caballo había descendido paulatinamente y ahora iban al paso, lo que hacía que su postura no fuera tan incómoda ni dolorosa.

Él deslizó la mano suavemente por el bajo de su espalda, y por las nalgas, hasta meter la mano entre sus piernas, presionando allí.

—Porque vuestra virginidad es lo que quiere mi Amo, preciosa. Y yo proporciono a mi Amo todo lo que pide.

Maisi empezó a temblar de miedo. ¿Quién sería aquel Amo? Todo le parecía muy irreal y fantasmagórico. Cosas de brujería, seguro. Tuvo ganas de llorar, pero se esforzó por evitarlo a toda costa.

Cuando llegó al bosque, Kenneth siguió las huellas del caballo, pero cuanto más se internaba, más difícil se hacía poder vislumbrar alguna cosa. La canopia era muy tupida y no dejaba que los rayos lunares la atravesaran. Necesitaba ayuda.

Maldijo de mil maneras diferentes mientras giraba grupas y regresaba por donde había venido, pero al llegar al exterior vio un puñado de antorchas que se movían deprisa en su dirección. La gente del pueblo iba hacia allí dispuestos a buscar a la muchacha.

—¿Qué necesitáis, Allaban? —le preguntó el alcalde, que era el primero en llegar. Kenneth bajó del caballo y cogió una de las antorchas.

—No es necesario que todo el mundo venga. Demasiados pies borrarán sus huellas. Me apaño con una antorcha y un par de hombres para que me acompañen.

—Por favor, señor —suplicó el tabernero. Tenía el rostro desencajado y le temblaban la voz y las manos—. Encontrad a mi hija. ¡Es lo único que me queda!

Kenneth le puso una mano en el hombro y apretó para intentar reconfortarlo.

—Haré todo lo que pueda, os lo prometo.

El hombre asintió con la cabeza, aliviado porque un hombre como aquel era de los que mantenían su palabra.

—¡Duncan, Brandon! —gritó el alcalde, y dos muchachos jóvenes se adelantaron con antorchas en la mano—. Acompañadle y haced todo lo que os ordene sin rechistar, ¿entendido?

—Sí, jefe.

—Venid conmigo —les ordenó Kenneth—. El resto puede volver a sus casas.

—Lo haremos, señor —contestó el alcalde—, y rezaremos por vos y por Maisi.

Kenneth asintió, aunque no creía que las oraciones fueran de mucha ayuda. No lo fueron para él cuando las necesitó.

—¿Duncan? —El aludido asintió—. Llevad mi caballo de la brida. Manteneos detrás de mí, ambos. No quiero que pisoteéis el rastro.

Y se internaron en la espesura.

Maisi no sabía cuánto tiempo había pasado desde que la secuestraron, pero se le había hecho eterno. Habían dado vueltas y más vueltas por el bosque, probablemente para despistar a sus probables perseguidores y ahora se adentraban en un desfiladero que se internaba entre las montañas. Era un estrecho camino entre dos paredes altísimas que se iba estrechando más y más hasta que finalmente tuvieron que desmontar para poder seguir.

—Caminad delante, preciosa —le ordenó el desconocido—. Y no intentéis salir corriendo: no tenéis a dónde ir.

Maisi miró hacia arriba, pero seguía sin poder ver el cielo. Aunque las paredes del desfiladero estaban sin vegetación excepto por alguna que otra raíz que se escapaba, en la cima el bosque seguía, majestuoso.

Caminó con dificultad, pisando guijarros y ramitas secas que arañaban sus pies, bajo la atenta mirada del desconocido. No le había visto aún el rostro porque lo llevaba cubierto por una capucha que convertía su cara en meras sombras, pero el resto era aterrador. Era alto, tanto como el escocés con el que había yacido hacía... ¿siglos? Igual de fuerte y musculoso, con largas piernas.

—Detente.

Maisi obedeció, aunque no pudo adivinar por qué tenían que pararse allí. No había nada, más que pared a un lado y otro, y el camino estrecho que seguía hacia adelante. Pero entonces su secuestrador la cogió por el brazo y la hizo dar un paso a la derecha, y otro, y otro... hasta que pensó que iba a pegarla contra la pared. Pero allí no había pared. Había un paso en forma de S que no se veía desde el camino, a no ser que supieras que estaba allí.

—¡Robert! —gritó el desconocido. Un hombre bajo, enclenque y casi calvo, con cuatro pelos que le caían desordenados sobre las orejas, apareció renqueando—. Llevaos el caballo y borra todo rastro. Rápido. Creo que hay una patrulla siguiéndome.

—Sí, señor —exclamó con una sonrisa, y Maisi se estremeció ante aquella boca negra y

desdentada que emitía un tufo horrible.

—Seguid caminando —le ordenó.

—Está muy oscuro. No veo nada —se quejó. El hombre se echó a reír, y lo siguiente que Maisi supo fue que la había cogido por la cintura y se la había echado al hombro como un saco de harina.

Maisi no podía ver nada, y se preguntaba cómo aquel hombre podía moverse por allí con tanta seguridad, sin tropezar ni una sola vez.

Finalmente llegaron a una amplia sala que sí estaba iluminada. Era una cueva, y había multitud de antorchas colgadas de las paredes. Maisi intentó levantar la cabeza para ver algo, pero un movimiento brusco de su secuestrador, que la bajó de golpe al suelo, hicieron que se mareara levemente.

—Aquí os la traigo, bruja —anunció el secuestrador a alguien que Maisi no había visto—. Espero que esta vez sea la buena, porque ya no quedan muchas vírgenes por los contornos.

Maisi miró a su alrededor y vio una sombra en un lado, apartada de la luz. La sombra se movió y cuando pudo vislumbrar algo, se estremeció de terror.

—El Amo también lo espera, Blake.

La mujer que había hablado era tan vieja como el tiempo, y tan arrugada como una servilleta usada un millón de veces. Tenía el pelo ralo, blanco y tan despeinado que parecía que las ratas habían anidado en él. Las cuencas de sus ojos estaban vacíos, igual que su boca, que no contenía ni un triste diente. Las manos, ajadas y con los dedos doblados, parecían las raíces torcidas de un roble, con largas uñas negras como la noche y afiladas como cuchillas. Vestía una ropa negra, indefinible por su forma, que parecían un montón de faldas mal cortadas puestas unas encima de las otras.

Caminó hasta Maisi como si pudiera verla. Ella intentó huir, pero las manos de Blake la mantuvieron quieta en su sitio. La bruja le tocó los pechos y asintió. Después le tocó el vientre y maldijo con violencia.

—¡Ya no es virgen! ¿La habéis tocado, maldita sabandija? ¿Por eso habéis tardado tanto? —lo acusó mirándolo fijamente con aquellas cuencas vacías. Maisi sintió temblar las manos de Blake.

—¡Por supuesto que no! Jamás se me ocurriría poner las manos sobre aquello que pertenece al Amo, ¡y vos lo sabéis!

—¡Pues ya no nos sirve para nada!

Blake, que aún tenía bien agarrada a su presa, la hizo girar hasta encararlo.

—Ha sido el escocés, ¿verdad? —Apretó con fuerza las manos haciéndole daño a Maisi en los brazos mientras la acercaba más y más a él, sacudiéndola con violencia—. ¡¿Verdad?!

Maisi cerró la boca con terquedad. No iba a decir una palabra.

—¿Y qué más da quién haya sido? —terció la bruja—. Lleváosla. Fornicad con ella si os apetece, Blake. —Hizo un gesto de impaciencia con la mano, conminándolos a marchar—. Al Amo ya no le es de ninguna utilidad.

Se giró y caminó con presteza hasta el rincón oscuro donde había estado cuando llegaron allí, y pareció desaparecer fundiéndose con la oscuridad.

—Le haremos caso a la bruja, entonces —dijo Blake mientras la sacaba de allí a rastras.

—¿Qué vais a hacerme? —chilló.

—Lo que llevo queriendo hacer toda la noche: follarte.

Salieron por un hueco distinto al que habían entrado, y atravesaron otra sala parecida a la anterior, pero en esta había un altar en medio, fabricado de piedra tallada. Maisi no pudo fijarse

mucho en él, pero pudo percibir un halo tangible de maldad que emanaba de él. Había dibujos en las paredes de la cueva, extraños y turbadores, que parecían tener muchos años de antigüedad.

Después se metieron por un corredor oscuro y zigzagueante, hasta que llegaron a un pequeño cubículo que tenía un catre y alfombras por el suelo.

Blake tiró de ella y la empujó, que cayó sobre la cama desvencijada. Maisi se giró, intentando huir, y la mano abierta de su secuestrador se topó con su rostro, haciéndola caer hacia atrás de la bofetada.

—Quieta, perra —le dijo con furia—. Si te ha gustado follar con el escocés, te gustará ser follada por mí, te lo aseguro.

Maisi miró despavorida cómo se iba apartando la capucha hasta que pudo verle el rostro. Había esperando encontrar un horror allí debajo, y sin embargo, excepto por los ojos, que no demostraban emoción alguna y daban pavor, podría decirse que aquel hombre era hermoso.

Pero de Lucifer decían que había sido el más hermoso de todos los ángeles.

Blake llevaba el pelo, oscuro como la noche, atado en una coleta. Tenía los pómulos altos y marcados, el rostro estrecho, la frente amplia, y el mentón fuerte y afilado. La piel morena por el sol estaba salpicada de pequeñas cicatrices que, en lugar de afearlo, lo convertían en alguien interesante. Los labios eran carnosos, y la nariz, afilada. Pero sus ojos... sus ojos eran tan azules que parecían casi blancos, como la nieve en la que se refleja el cielo un día despejado. Era como si allí no hubiera alma, ni sentimientos, ni... nada en absoluto.

—No os preocupéis, chiquilla —le dijo mientras dejaba caer al suelo el jubón y seguía quitándose ropa muy despacio—. Cuando haya acabado con vos, no querréis salir nunca de aquí.

Y empezó a reírse al ver el rostro demudado de su prisionera, lleno de terror, con una risa profunda y fantasmagórica que se le metió por el tuétano y la hizo temblar de cabeza a los pies.

La bruja los observó partir, con Blake llevándose a rastras a la aldeana. No estaba contenta. El equinoccio estaba muy cercano y todavía no habían encontrado a la que sería el recipiente perfecto del amo. Pero los huesos no mentían y cada vez que los consultaba, decían lo mismo: la Elegida estaba allí, en alguna de las aldeas de la región, y su misión era encontrarla.

Capítulo tres. El siervo del diablo.

Blake no dejó de observar a la muchacha mientras seguía desnudándose. El terror que le demudaba el rostro era un buen acicate para su alma. Igual que el brillo apreciativo que percibió en sus ojos cuando se quitó la capucha y vio su rostro. No hacía mucho que había aprendido que sus facciones eran agradables para las mujeres, a pesar de las veces que su Amo le había dicho lo contrario.

—No os preocupéis, pequeña mía —le dijo con un tono nada conmisericordioso. En realidad, era como si se estuviera burlando de ella—. No seré amable, pero lo disfrutaréis.

Maisi intentó apartarse de él cuando, totalmente desnudo, se sentó a su lado en la cama, pero las manos atadas con fuerza le impidieron moverse. Además, el camastro estaba encajado contra la pared, y no había ningún lugar hacia el que huir.

—No os acerquéis a mí.

La exigencia, pronunciada con voz temblorosa, hizo que Blake soltara una carcajada. Alargó una mano y rozó el pelo de la muchacha, que intentó apartar la cabeza sin conseguirlo.

—Pobrecita —se burló.

Blake cogió un tarro que había encima de la mesita al lado de la cama. Era de barro, y estaba tapado por una tela atada a su alrededor. Lo destapó y metió el dedo dentro para sacar un poco de algo amarillento, como una melaza. Dejó el frasco en su lugar, y cogió el rostro de Maisi con determinación, poniéndole el dedo untado dentro de la boca, embadurnando su lengua. Ella intentó resistirse, pero no pudo hacer nada por impedirlo. Cuando Blake sacó el dedo, la obligó con las manos a cerrar la boca haciendo imposible que escupiera aquella cosa viscosa, y no tuvo más remedio que tragar.

Blake se rio mientras ella luchaba. Se estaba divirtiendo de lo lindo con aquella linda muchacha. Hacía tiempo que no había podido gozar con una mujer, y esta iba a ser todo un regalo. A fin de cuentas, que resultara no ser virgen iba a redundar en su beneficio. ¡Qué importaba que al día siguiente tuviera que salir a por otra para su Amo! Esta estaría aquí, esperándolo, hasta que se cansara de ella.

—¿Como os sentís? —preguntó con fingida inocencia mientras veía cómo el potingue que le acababa de dar iba haciendo efecto en ella. Era el mismo que daba a las vírgenes que entregaba a su Amo y, aunque sabía que no debía usarlo en nadie más, no había podido resistir la tentación. Iba a tomar a Maisi en contra de su voluntad, pero ella iba a desearlo a pesar de ello—. Lo que os he dado os ayudará a sentirlos bien, y a aceptar todo lo que os voy a hacer. Disfrutaréis enormemente, muchacha.

Maisi estaba aterrorizada. Sentía cómo su cuerpo iba excitándose más y más. Los pezones se le habían puesto enhiestos, la respiración se iba haciendo más y más pesada, el estómago le revoloteaba por la anticipación y su útero... su útero pulsaba de deseo. Estaba mojada, sus jugos estaban empapando su coño, y tenía la necesidad de ser follada por cualquiera. Incluso por su secuestrador. Sobre todo por su secuestrador, un hombre que le daba un terror infinito y que, al mismo tiempo, estaba empezando a desear desesperadamente.

Blake se rio quedamente cuando empezó a ver todos los síntomas de la excitación sexual de la muchacha, que había comenzado a moverse y respirar agitadamente, sin siquiera ser consciente de que lo hacía.

Le puso una mano en el pecho y ella dejó ir un largo suspiro, cerrando los ojos y levantando el pecho para ofrecerse con desverguenza.

—Así me gusta, muchacha. Comportate como una puta, que es lo que vas a ser a partir de ahora.

Le apretó el pezón y ella gimió de placer. Deslizó la otra mano por su cuerpo hasta meterlo entre sus piernas.

—Estáis mojada, muchacha —susurró—. Deliciosamente húmeda y preparada para mi verga.

Le metió un dedo dentro y lo movió. Los gemidos de Maisi eran cada vez más fuertes e insistentes, y sus caderas se impulsaban hacia arriba buscando más.

—Parece que necesitáis algo, chica. ¿Qué será? —se burló Blake—. Decídmelo —ordenó con voz perentoria.

Maisi gimió, incapaz de decir una palabra. El fuego le recorría las venas, y el aire parecía negarse a entrar en sus pulmones en suficiente cantidad.

—Venga, muchacha, no tenemos toda la noche —la conminó con severidad.

—Vuestra verga —gimió ella con grandes esfuerzos—. La necesito en mi interior. Por favor.

Blake lanzó una carcajada al verla así, suplicante y temblorosa. Hacía apenas unos minutos estaba terriblemente asustada por lo que iba a ocurrirle, y ahora le rogaba que la follara.

—Pues fornicaremos, preciosa, si ese es vuestro deseo —se rio, y se movió en la cama para ponerse de rodillas entre sus piernas. Se las levantó, acomodándolas sobre sus amplios y musculosos hombros, haciendo que así se le levantara también el trasero. Encajó la pelvis contra el coño de la muchacha, le abrió los labios vaginales con una mano, y con la otra acompañó su enorme verga hacia el interior de aquel succulento sexo, penetrándola con dureza.

Empujó con fuerza entrando y saliendo una y otra vez. Maisi sollozaba de placer, sintiendo como el orgasmo se iba construyendo a fuego en su interior, revolucionando su cuerpo, sensibilizando su piel. La humedad del interior de la cueva se adhería a ella, haciéndola sudar, y las gotitas resbalaban entre sus pechos.

Blake se inclinó hacia adelante y apoyó las manos en la cama, a ambos lados de su rostro. Con ese movimiento la obligó a levantar más su trasero, y la verga del hombre conseguía entrar más profundo en su interior, ensanchándola, clavándola, empalándola. Las manos, debajo de su espalda, luchaban de forma incoherente por soltar las sogas que aún la tenían amarrada. Los pechos rebotaban y los sentía densos, pesados, y le dolían.

—Os está gustando, muchacha —masculló Blake entre empujón y empujón. Su voz salía a trompicones, entre gemido y gruñido—. Vuestro coño es tan estrecho... se ajusta como un guante a mi verga, sedoso, húmedo, resbaladizo. —Soltó una carcajada—. Por Satanás, está hecho para el pecado, y a fe mía que os haré pecar una y otra vez. Eva a vuestro lado será una pobre aprendiz...

Maisi oía la voz de Blake entre brumas, perdida en todas las sensaciones que su cuerpo le estaba proporcionando. Kanneth la había desvirgado y le había proporcionado placer a pesar del pequeño dolor, pero Blake... Su secuestrador, el hombre al que debería temer como si fuese el mismo diablo, la estaba haciendo tocar el cielo con sus propias manos. Casi le parecía escuchar el canto de un coro celestial.

Cuando estalló el orgasmo, no pudo evitar gritar. Chilló y chilló, exigiendo más, más duro, más fuerte, más profundo, mientras los estertores sacudían su cuerpo, y Blake le dio todo lo que le

reclamaba, acompañándole en su liberación, llenándola con los chorros de su esperma que le llenaron el útero y se escaparon, resbalando entre las piernas.

Agotado, salió de ella y se dejó caer a su lado. Tuvo el impulso de abrazarla pero le negó aquella pequeña muestra de ternura que una mujer podría malinterpretar. En lugar de eso, la empujó hacia la pared, haciéndose sitio, se puso de lado y cerró los ojos.

—Espero que no seáis tan estúpida como para pensar que podríais escapar —le dijo antes de cerrar los ojos y dormirse.

Maisi se quedó de lado mirando la pared mientras unos enormes lagrimones se escapaban furtivos de sus ojos. Finalmente también se durmió.

—¡Seelie! ¡No te internes en el bosque! —gritó Kenneth al ver desaparecer a su prima entre la espesura—. Maldita muchacha —masculló con mal humor corriendo detrás de ella.

La risa de Seelie reverberaba entre los troncos. El bosque rodeaba el lago que daba nombre a su hogar, Aguas Dulces, y aunque era un lugar tranquilo en que imperaba el orden y la ley, siempre había el riesgo que una muchacha sola por ahí se topara con algún malhechor.

—¡Seelie! —volvió a llamarla. ¡Maldita pequeña hada¹! Sus padres habían escogido bien su nombre porque la definía perfectamente: era menuda, inquieta, y siempre andaba revoloteando. También tenía un corazón de oro que la hacía ayudar a todo el que lo necesitara.

—¡Encuéntrame!

La voz de ella le llegó de la derecha, en dirección al lago. Apresuró el paso, preocupado. Aquella zona podía resultar peligrosa si caía en el agua, pues era profunda y con matorrales en los que podía enzarzarse.

—¿Qué estás haciendo? —le preguntó cuando por fin la alcanzó.

Ella se estaba quitando el vestido mientras no paraba de reír.

—Quiero darme un baño —anunció dejando caer la prenda al suelo.

—¡No seas loca! —la riñó—. No eres una niña para poder andar bañándote en el lago. Además, esta zona es peligrosa para nadar.

—Tienes razón, Kenny, no soy una niña —le dijo con coquetería acercándose a él con sólo la camisola puesta. Kenneth no podía apartar la vista de sus bien torneadas piernas, que asomaban por debajo de la prenda; ni de sus pechos, que a duras penas podían ser contenidos.

—¡Vístete! —le dijo con acritud, cerrando los ojos y apartándose de ella caminando hacia atrás.

Tropezó, y cayó al suelo cuan largo era. Seelie se rio y aprovechó la ventaja para, de un salto, sentarse sobre su estómago.

—Siempre huyes de mí —le dijo haciendo un puchero—. Kenny, abre los ojos y mírame.

—No puedo —masculló él mientras notaba cómo su verga crecía a pasos agigantados. Y la muy ladina no paraba de frotarse contra ella.

—Sí, puedes —lo retó con voz firme—. ¿O eres un cobarde?

Decirle aquello a un muchacho de dieciocho años era provocar un desastre.

—¡No soy un cobarde! —exclamó abriendo los ojos, y se encontró con una Seelie de quince años que se había quitado toda la ropa y estaba desnuda sobre él—. ¡¿Qué haces?!

Seelie lo vio tan horrorizado que se sintió totalmente avergonzada. Se ruborizó de pies a cabeza y, hecha una furia, se levantó cogiendo la camisola que había tirado a un lado y se la puso

con brusquedad, girándose para darle la espalda.

—¡Eres idiota! —lo insultó—. ¿Crees que no sé lo que estoy haciendo? Quiero que me hagas el amor como tu padre se lo hace a Vika.

—¡Somos primos! ¿Y cómo sabes tú qué hace el MacDolan con Vika?

—¡Porque los he visto!

Seelie se giró al gritar y Kanneth pudo ver las lágrimas que asomaban en sus ojos. Maldijo con violencia ante aquella visión, y ella se encogió pensando que era por su desvergüenza.

—Lo siento —susurró, abrazándose a sí misma—. Pensé que yo te gustaba.

Kenneth sintió que el alma se le caía a los pies y se acercó apresuradamente a ella para abrazarla, envolviéndola entre sus fuertes brazos, acunándola en su pecho.

—Más que eso, pequeña —le susurró al oído—. Pero somos primos, y el McDolan nunca aprobaría que estemos juntos.

Seelie levantó la cabeza y lo miró desde la profundidad de sus ojos azules como el cielo. Kenneth se perdió en la miríada de preciosas pecas que salpicaban su rostro, y sintió el deseo de besarlas una a una, durante el resto de la eternidad.

—Pero si me haces tuya, él no podrá oponerse, Kenny. ¿O temes desafiar a tu padre?

—Seelie... —intentó regañarla.

—Va a casarme —le anunció con la voz rota—. Lo oí hablar ayer. Va a entregarme al hijo pequeño del MacDougal para fortalecer la alianza entre nuestros clanes. Se dieron la mano, Kenny —sollozó.

Kenneth abrió los ojos y miró hacia arriba. Estaba amaneciendo.

Se pasó la mano por el pecho, por encima del corazón. Allí tenía el recordatorio de lo ocurrido el día de la muerte de Seelie en forma de cicatriz. Él también había estado a punto de morir, y había deseado dejar este mundo. Pero Dios, o el diablo, tenían otros planes para él, porque sobrevivió.

Cualquiera pensaría que el dolor que sintió durante el tiempo que estuvo convaleciente, fue insufrible. Pero el peor dolor no es aquel que atenaza el cuerpo hasta impedirte respirar. El peor dolor es el que se siente cuando el alma se rompe a trozos y piensas que nunca más volverá a estar entera.

Así se sintió Kenneth cuando le dijeron que Seelie estaba muerta.

Así seguía sintiéndose cinco años después.

—Señor, ¿qué vamos a hacer?

La pregunta del muchacho, Brandon, lo sacó de sus ensoñaciones. Se frotó el rostro y se levantó. Habían estado toda la noche dando tumbos por el bosque siguiendo el rastro, hasta que varias horas después decidió que era mejor descansar un rato.

—Seguiremos. El rastro tiene que llevarnos a algún sitio.

Lo hicieron hasta media mañana, en que se dio cuenta, con frustración, que el rastro terminaba en un lugar imposible, en medio de un claro. Rastrearon por los alrededores, esperando volver a encontrarlo, pero no fue así. Tuvo que darse por vencido y ordenar el regreso a la aldea sin haber conseguido rescatar a la joven Maisi.

—¿Qué pensáis hacer? —le preguntó Calem, el alcalde, cuando recibió las malas noticias en su casa.

—Hacer una batida por el bosque sería inútil. Es demasiado extenso y no encontraríamos nada

—contestó antes de llevarse a la boca la jarra de cerveza y dar un buen trago—. No nos queda más remedio que esperar.

—¿Esperar qué?

—A que ataquen de nuevo. Me habéis dicho que el de la otra noche no fue normal, que por regla general son varios los asaltantes. Será fácil para mí cazar a alguno de ellos con vida y obligarle a decirme dónde se esconden. Es la única opción que tenemos.

El alcalde cabeceó comprendiendo que tenía razón. Aquella decisión no iba a ser del agrado del tabernero, pero no le iba a quedar más remedio que aceptarla.

—Lean no querrá que os quedéis en su casa.

—¿Lean?

—El tabernero. No habéis conseguido traer a su hija, así que dudo que os quiera allí. — Calem se levantó y llamó a su criado—. Tenemos un invitado, Nuill. Preparad una cámara, y un baño. ¡Ah! Y avisad a mi esposa.

—Sí, señor.

Cuando el criado salió, Calem se giró hacia Kenneth.

—Espero haber hecho bien contratándoos.

—Acabaré con ellos, señor. Tenéis mi palabra.

Kenneth esperaba que la esposa de Calem fuese una matrona entrada en años como su marido, pero se encontró con una muchacha joven y alegre que no paró de darle conversación durante toda la cena.

Kenneth se había bañado y cambiado de ropa, viendo con desconfianza cómo el criado se apoderaba de los trapos sucios y se los llevaba para que alguna criada los lavara. Se había adecentado en deferencia a sus anfitriones, recordando sus tiempos de hijo del McDolan, recogiendo su cabellera con una tira de cuero y poniéndose el kilt², el tartán³ y el sporrán⁴ limpios. Pero no esperaba que la joven esposa de su anfitrión se prendara de él y que no cesara de echarle miraditas provocadoras cada vez que su marido se distraía.

Cuando se metió en la cama, durante un segundo pensó en atrancar la puerta con algún mueble pesado, pues tenía la certeza que aquella mujer iría en su busca en cuanto su esposo se quedara dormido, y no quería faltarle al respeto al alcalde en ninguna forma. Pero pudo más su ansia de olvido y el deseo de yacer entre los tibios muslos de una mujer apasionada, así que se limitó a sentarse a los pies de la cama y a mirar la puerta, esperando que ella apareciera.

No tardó demasiado.

—¿Sabíais que vendría? —le preguntó mientras entraba en el dormitorio contoneando las caderas. Llevaba una vela en la mano, que dejó sobre una mesita auxiliar que había al lado de la puerta.

—Lo he leído en vuestros ojos, Elsie.

La muchacha hizo revolotear las pestañas cuando oyó su nombre en aquellos labios tan deseables.

—Entonces me alegro que mi esposo se haya propasado hoy con el alcohol, lo que ha hecho que cayera dormido en un instante...

—Venid aquí —ordenó invitándola con la mano extendida.

Ella la cogió y se acercó hasta quedar de pie entre las piernas de Kenneth. Solo llevaba un camisón que él le quitó con presteza, dejándolo caer al suelo.

—Sois hermosa —susurró, y el aliento le rozó los pezones, haciendo que se erizaran.

—Eso dice todo el mundo —contestó ella con picardía.

—¿Cómo os gusta que os hagan el amor? —preguntó con un susurro seductor, alzando la mirada.

—Me gustan los hombres de verdad, Kenneth —lo provocó mientras desabrochaba el broche que mantenía el tartán en su sitio y empezaba a desnudarlo—. ¿Cómo os gustan a vos las mujeres en la cama?

—Tumbadas —contestó sin dudar—, con las piernas abiertas y deseando que las follen.

—Sois un hombre duro. —Recorrió el fuerte pecho con las manos, deleitándose con todos aquellos músculos.

—Dejaos de cháchara y venid aquí. —La cogió por la cintura y la atrajo hacia sí, haciendo que se sentara a horcajadas sobre él—. Levantad mi kilt y conducid mi verga hasta vuestro coño, preciosa.

—¿Así, sin caricias ni besos? —Elsie hizo un mohín, juguetona, rodeándole el cuello con los brazos—. ¿Cómo esperáis que me moje si..?

Calló cuando la mano de Kenneth se apoderó de su coño y empezó a acariciarla con rudeza.

—Ya estáis mojada, princesa. No necesitáis más ayuda. Haced lo que os digo, o marchaos por donde habéis venido.

Los pezones se le erizaron ante la dura voz de él. Era una mujer acostumbrada a salirse siempre con la suya, la esposa joven de un hombre viejo que seguramente hacía todo lo que ella le pedía sin discutir, llenándola de regalos y caprichos. Pero lo que ella necesitaba era, precisamente, todo lo contrario: un hombre que la llevase con mano dura, exigiéndole lo que quería sin contemplaciones.

—No tenéis compasión.

—No es compasión lo que habéis venido buscando, sino una buena follada.

Elsie sonrió y apartó las manos de su cuello. Descendió con lentitud por el duro pecho masculino, salpicado de vello, hasta llegar a la cintura. Empezó a tirar del kilt, subiéndolo, hasta que la verga de Kenneth quedó a la vista. Era gruesa, rojiza, y anidaba en una mata de pelo oscuro. La cogió con la mano mientras se relamía, y la llevó hasta su coño, introduciéndola poco a poco.

—¿Esto era lo que queríais, Kenneth? —le preguntó, burlona.

—No. —La cogió con fuerza por las rodillas y tiró de ella, obligándola a empalarse con brusquedad. Ella gimió, y se abrazó a él—. Ahora moveos. Yo estoy cansado y no sé si me apetece hacer el esfuerzo.

—Cómo deseáis —contestó ella, y empezó a impulsarse, arriba y abajo, mientras esparcía provocadores besos por su mentón buscando la boca, deseando el beso.

—No voy a besaros, Elsie. —Kenneth apartó el rostro y ella gimió, frustrada.

—Pero quiero probar vuestra boca —protestó.

—Y yo he dicho que no. Lo que me apetece, es chupar vuestros pezones. Llevadlos hasta mi boca.

Ella obedeció, y Kenneth la cogió por la cintura mientras se deleitaba en aquellos dos pequeños guijarros endurecidos, chupándolos, lamiéndolos, rozándolos con sus dientes mientras Elsie gemía y se empalaba una y otra vez en su verga.

—Qué grande sois —exclamaba—. Vais a romperme —se quejó. Kenneth se rio con un pezón

llenándole la boca. Lo soltó y la miró.

—Lo dudo mucho, pequeña Elsie —le dijo—. Sois muy zorra, y estoy seguro que no soy el primer hombre que os folla a espaldas de vuestro marido. ¿O me equivoco?

—No me llaméis zorra —protestó frunciendo el ceño, pero no dejó de balancearse sobre la verga de Kenneth—. Solo soy una joven mujer que tiene un marido que no la satisface en la cama.

—¿Y por qué os casasteis con él?

Seguro que por el dinero, pensó.

—Mis padres... me vendieron... El alcalde se prendó de mí y vieron la oportunidad de salir de la pobreza...

Era muy habitual que algo así sucediera, pensó Kenneth, y se decidió a dar y tomar todo el placer que pudiera.

La cogió por la cintura y la levantó, dejándola sobre la cama y obligándola a ponerse a cuatro patas. Se posicionó detrás de ella y le pasó la mano por el coño. Estaba empapada, y gemía con cada caricia.

—¿Os han follado alguna vez como a una perra, Elsie?

—No.

—Pues esta será vuestra primera vez.

La penetró con violencia, aferrándose a sus caderas para mantenerla quieta en la postura, y empezó a empujar con violencia. El ruido de la carne al chocar se mezclaba con los gemidos de ella y los gruñidos de él, que iban en aumento conforme el orgasmo iba invadiendo sus cuerpos. La sangre bombeada cada vez con más rapidez por el corazón, corría por las venas, salvaje, buscando la liberación, hasta que ambos estallaron en un grito ensordecedor mientras él se derramaba en el interior de Elsie, y ella sentía el calor recorriendo su útero, llenándolo, buscando desesperadamente crear vida, mientras gritaba exigiendo más y más pleno pulmón.

Cayeron sobre la cama, exhaustos, respirando agitadamente. Ella buscó el abrazo de él, pero Kenneth la rechazó, apartándola.

—Buscad el consuelo de vuestro marido, Elsie. Id a que él os abraze.

Ella lo miró, furiosa, y se levantó de la cama. Cogió el camión del suelo y se lo puso, enfadada.

—Podría decirle a mi esposo que me habéis violado.

Kenneth se burló de ella.

—¿De veras? Habéis venido aquí voluntariamente, y vuestros gritos pidiendo auxilio han despertado a todo el mundo, princesa, ¿verdad? ¡Ah, no! Lo que decíais era «más, dadme más, Kenneth, más fuerte». Creo que hasta los vecinos os habrán oído. Volved a la cama con vuestro esposo, muchacha, y dadme las gracias por haberos follado aun cuando no tenía ganas. —Se puso una mano sobre el pecho, mordaz—. Siempre atiendo a los ruegos de una dama.

Elsie abandonó el dormitorio y Kenneth se relajó, seguro que ella no cumpliría su amenaza. Nunca lo hacían. Es más, apostarí a que a la noche siguiente volvería allí a por más.

Quizá no era justo haberla tratado así, y sabía que lo había hecho por la culpabilidad que sentía por haberse entregado una vez más a una sesión de sexo sin sentimiento, solo buscando llenar durante unos instantes el inmenso vacío que había en su corazón. Elsie no tenía la culpa de sus propias frustraciones, ni del desespero. Pero no podía evitarlo. La rabia que sentía hacia sí mismo al terminar, y el odio que sentía hacia las mujeres por no ser Seelie, eran irracionales e injustificables, pero no había nada que pudiera hacer para eludirlos.

Desde el mismo día en que Seelie murió, estaba condenado.

Capítulo cuatro. El lago secreto.

Maisi había pasado todo el día sola. Tenía hambre, porque nadie le había llevado algo que comer, y había tenido que hacer sus necesidades en un cubo que le habían traído.

Enrojeció al pensar en lo que había pasado.

Después que se durmiera llorando, se despertó al cabo de un rato. Blake la había puesto boca abajo y estaba follándola por detrás sin siquiera haberse molestado en despertarla. La estaba penetrando con dureza, echado encima de ella, aplastándola, sin ninguna consideración ni pensar en que ella aún tenía las manos atadas a la espalda y que las sogas estaban sesgándole la piel.

—Estáis despierta —gruñó al poco que ella hubiera abierto los ojos, sin dejar de embestirla—. Me gusta cuando vuestro cuerpo se tensa, pequeña —le dijo soltando una risita—. Vuestro coño se estrecha aún más y se aferra a mi polla como si fuera un grillete.

Maisi no contestó. Sentía que su cuerpo se estaba excitando con cada embestida y empezó a jadear, notando la enorme verga de Blake entrando y saliendo de su sexo.

—Os gusta, no lo neguéis —le susurró en el oído. Maisi sintió su cálido aliento rozándole la oreja. Cuando él le mordisqueó el lóbulo, gimió—. Qué puta sois, *milady* —se burló, tratándola como si fuese una dama—. Vuestro coño se está empapando como una catarata.

Maisi se ruborizó de pies a cabeza. Era cierto. Con cada embestida, cada palabra obscena que Blake le dirigía, su coño se mojaba más y más. El silencio los envolvía y lo único que se oía eran sus respiraciones agitadas, y el chapoteo de la polla al entrar en el coño, resbalando en sus jugos.

El orgasmo la asaltó casi inesperadamente cuando Blake metió una mano debajo de ella y le aprisionó un pezón, pellizcándola. Arrasó su cuerpo, atravesándola y haciéndola gritar mientras su trasero se levantaba, buscando ser penetrada más profundamente y con más violencia.

Blake la siguió casi enseguida, pero en lugar de derramarse dentro de ella como la vez anterior, salió, se arrodilló y empezó a masturbarse con la mano mientras el esperma salía a chorro, salpicando toda la espalda de Maisi.

Cuando terminó, se levantó. Maisi no se atrevió a moverse. Sintió ruidos metálicos y notó una presión en uno de sus tobillos. Después, él le desató las manos.

Estaba avergonzada por haberse excitado así. ¡La había violado! Pero se consoló pensando que aún estaba bajo los efectos de la melaza que él le había dado. Hasta que Blake dijo:

—Tres folladas, pequeña, y ya eres toda una puta. No pienses que lo que has sentido es por el efecto de la pócima: hace rato que desapareció.

Maisi lo oyó recoger su ropa y marcharse. Cuando se quedó sola se incorporó. Blake le había puesto un grillete en el tobillo izquierdo, atado a una cadena que a su vez estaba fijada en una argolla en la pared.

No había ninguna oportunidad de escapar.

¡Maldito fuera!

Se había ido dejándola sola, con la espalda pegajosa y llena de su esperma, y sin nada con lo que poder limpiarse.

Cogió la manta que había en el camastro, se envolvió en ella y se tumbó en la cama, decidida a

dormirse.

Se despertó varias horas después. Oyó ruidos en las cuevas y corredores adyacentes, y voces de hombres. Se tensó por el miedo a que alguno de ellos fuera hasta allí y la violara como había hecho Blake. Intentó no moverse ni hacer ningún ruido para no llamar su atención. Por suerte estaba en una estancia apartada que parecía no estar en un camino habitual de paso para aquellos bandidos.

La antorcha que iluminaba su dormitorio se consumió y todo se sumió en la oscuridad. Maisi temblaba de hambre, frío y sed. Pasaron varias horas hasta que el mismo hombre que había estado de guardia en la entrada cuando habían llegado, entró con una antorcha nueva, que colocó en lugar de la vieja, y el cubo para que hiciera sus necesidades.

—A Blake no le gustaría que lo hicierais en el suelo, como los perros, niña —le dijo riéndose de ella, y Maisi se encogió envolviéndose aún más en la manta.

Cuando volvió a quedarse sola, corrió hasta el cubo, arrastrando la cadena, y pudo aliviarse. Después se sentó en la cama otra vez, y esperó. Y esperó. Y esperó.

No sabía cuánto tiempo había pasado, pero le parecieron días, hasta que Blake regresó. Llegó con un plato de comida caliente que olía como el paraíso.

—Veo que tenéis hambre —dijo pasando ante ella y dejando el plato sobre la mesa que había al lado de la cama.

Ella alargó la mano para poder cogerlo, pero él la golpeó.

—Nada de comer, todavía. Estáis que dais pena. Sucia, con el pelo hecho un nido de cuervos, y apestáis —la recriminó.

Aquello enfureció a Maisi.

—¡Y cómo queréis que esté! ¡Me secuestrasteis, me arrastrasteis por todo el bosque, me tirasteis aquí, me habéis follado como os ha dado la gana! ¡Y ni siquiera habéis sido capaz de proporcionarme un cubo de agua y un peine para adecentarme!

Blake se la quedó mirando con la diversión bailando en sus ojos. Suspiró dramáticamente y le hizo una venia muy exagerada, haciendo que su mano revoloteara en el aire y agachándose hasta casi tocar el suelo con la frente.

—Tenéis razón, *milady* —se burló de nuevo—. Soy un completo desconsiderado. Pero eso tiene fácil arreglo. —Desenganchó la cadena de la argolla que la ataba a la pared, y tiró de ella—. Vamos, no tenemos toda la noche.

Maisi lo siguió mientras él iba tirando de la cadena. Tropezaba de vez en cuando y Blake resoplaba de impaciencia, furioso con su torpeza.

—¡Ya me gustaría veros caminando por aquí descalzo! —refunfuñó ella, y Blake soltó una risita que la enfureció más.

El suelo estaba lleno de piedras que se clavaban en los pies, y algunas partes, en lugar de ser de tierra, la superficie era de roca mal tallada, llena de cantos y esquirlas, que la cortaban.

Le pareció oír el ruido del agua corriendo, y cada vez sonaba más cerca. Llegaron a una caverna iluminada con muchas antorchas, y había varios hombres allí, ocupados en diferentes cosas. Maisi se tapó con las manos como pudo, muriéndose de vergüenza, sabiendo que estaba siendo el centro de todas las miradas y los comentarios obscenos que soltaron por sus apestosas bocas.

—¡Eh, jefe! —dijo uno riéndose—. Nosotros también queremos un coñito que poder follar.

Todos estallaron en carcajadas al ver cómo ella corría hasta ponerse al lado de Blake, que no había bajado su ritmo.

—¡Pronto, muchachos! —contestó él, uniéndose a las risas—. De momento, me la llevo a la cascada porque huele que apesta.

El coro de carcajadas la persiguieron durante un rato, aun después de haber abandonado aquella caverna.

Pasaron por un pasillo que se fue estrechando cada vez más, similar a aquel por el que habían entrado, pero con mucha humedad. Había charcos en el suelo, y el ruido del agua era cada vez más y más fuerte. Acabó estrechándose tanto que Blake, mucho más corpulento que ella, tuvo que caminar de lado para poder pasar. Al final salieron a otra cueva más pequeña que daba a la parte posterior de una cascada. Caminaron por una cornisa hasta salir de detrás de la cortina de agua a un pequeño valle entre las montañas, lleno de vegetación. El sol todavía estaba en lo alto y sus rayos se filtraban a través del follaje.

Bajaron con cuidado por un camino muy empinado. Maisi se resbaló más de una vez, cayéndose de culo, provocando las risas de Blake. Maisi lo odiaba, y le hubiera gustado poder tener algo para golpearlo. En uno de los tropezones quedó a su alcance una rama que se había roto, la cogió aprovechando que Blake seguía de espaldas a ella, y lo atacó. Descargó el golpe con toda la furia de su pequeño cuerpo, dejando ir con él el odio, el miedo, el dolor, todos los sentimientos que se habían acumulado en su corazón durante aquellos dos días.

Blake recibió el golpe en la cabeza, y lo aturdió. Cayó de rodillas llevándose las manos a la cabeza, soltando momentáneamente la cadena que llevaba sujeta, dejando una sarta de imprecaciones que hubieran ruborizado al asesino más implacable.

Maisi aprovechó para coger la cadena y salir corriendo. Sus pies volaban por el camino; no le hizo caso al dolor que sentía, impulsada por la necesidad de huir a toda costa. Oyó detrás de ella el ruido de las pesadas botas de Blake, que se había levantado con rapidez, golpeando el suelo.

El suelo estaba húmedo, lleno de piedras y raíces. Maisi tropezó y se cayó al suelo, golpeándose con el pecho contra un tronco caído. El aire huyó de sus pulmones a consecuencia del porrazo y jadeó, buscando aire. No tuvo tiempo de volver a levantarse. Blake estaba sobre ella con los ojos enrojecidos por la furia. La agarró por el cuello y la levantó con una sola mano, empujándola contra el tronco del árbol. La mantuvo allí varios segundos, con los pies sin tocar el suelo, mientras él jadeaba intentando controlarse, y ella luchaba por apartar las manos que la estaban ahogando. Ni siquiera podía suplicar mientras era consciente que la vida se le iba escapando poco a poco.

Finalmente las fuerzas la abandonaron. Las manos cayeron laxas, sin fuerza, y no pudo hacer otra cosa que mirar a Blake a los ojos. Fue entonces que él se dio cuenta que la estaba matando y la soltó, dejando que cayera al suelo, y se apartó varios pasos de ella.

—Maldita mujer —masculló mirando cómo Maisi, en el suelo, luchaba por volver a llenar de aire sus pulmones. Se acercó a ella y la cogió del pelo, tirando de él—. No vuelvas a hacer algo así, maldita puta. O en lugar de follarte yo, permitiré que mis hombres metan sus pollas en ti, ¿entendido?!

Maisi dejó ir un «sí» entrecortado y susurrante que Blake ni siquiera hubiera oído si no hubiese tenido el rostro tan cerca del suyo.

La levantó tirando del pelo hasta que ella volvió a estar en pie. Cogió la cadena y tiró de ella, prosiguiendo la marcha. Maisi estaba mareada y casi no podía ni andar, pero él no tuvo compasión y cada vez que ella se rezagaba, tiraba de la cadena que estaba atada a su pie, poniéndola en riesgo de caerse de nuevo.

—La próxima vez que necesites lavarte —le dijo con la voz fría y cortante—, lo harás en un

barreño en la caverna principal, a la vista de todos. Así no se te pasará por la cabeza intentar escapar, maldita estúpida.

Maisi estaba aterrorizada. Se había arriesgado por nada y había estado a punto de morir. ¿De verdad creía que alguien como ella, pequeña y débil, podría tumbar a un hombre alto y fuerte como Blake, usando tan solo la rama de un árbol? Incluso un guerrero como Kenneth tendría dificultades en lograr derribarlo. Y ahora Blake estaba furioso con ella y no podía ni imaginarse cómo se lo haría pagar. Porque estaba segura que su intento de fuga le traería graves y desagradables consecuencias.

Llegaron a la orilla del estanque que se había formado a los pies de la cascada, y lo bordearon hasta llegar a la caída del agua. En el borde había una roca con una argolla, y Blake fijó allí la cadena. Después rebuscó entre el follaje y sacó una cesta con varias cosas dentro.

—Toma —le dijo—. Este es el lugar al que traemos a las vírgenes para que se laven antes de ser entregadas al Amo. En ese cesto tienes todo lo que puedes necesitar.

Su voz sonó fría como el hielo, cortante. No había burla, ni nada. Era como si le hablara alguien sin alma. Maisi se estremeció. Casi prefería al tipo que la violaba mientras farfullaba obscenidades. Por lo menos, con él tenía la sensación que disponía de una oportunidad.

Necesitaba que ese hombre regresara.

—¿Quién es ese Amo? —se atrevió a preguntar mientras sacaba las cosas de dentro del cesto. Había un paño para frotarse, jabón, y un aceite para después del baño que dejaría su piel suave y perfumada. También había un lienzo grande para secarse después.

Blake se sentó en la roca y se entretuvo a mirarla. No contestó inmediatamente. Parecía estar estudiándola, como si se preguntara por qué hacía esa pregunta.

—Nadie que deba importaros —contestó finalmente—. Ya no sois virgen, así que no tendréis tratos con él. Afortunadamente para vos.

Maisi cogió el paño y el jabón, y entró con cuidado dentro del agua. Estaba fría, muy fría, pero era una mujer de las Tierras Bajas y no se amilanaba con poco. Empezó a frotarse por todo el cuerpo con energía para quitarse la suciedad, el olor, y los restos del sexo de la noche anterior.

—¿Y para qué necesita a las vírgenes? —insistió al cabo de un rato. No sabía por qué hacía tantas preguntas, solo que había algo en su interior que le decía que era importante que lo hiciera hablar.

—No lo sé, y no es de mi incumbencia. Yo solo hago lo que me ordena.

Maisi paró de frotar y lo miró fijamente.

—Habláis de él como si fuera vuestro dueño...

—No lo llamo Amo por capricho —respondió con una sonrisa torcida en la que Maisi vio un trazo de pesar.

—Entonces sois su siervo.

—No. Es mucho más que eso, pequeña Maisi. Miradme a los ojos —le ordenó, y ella obedeció.

Sus miradas quedaron prendidas la una de la otra. Fue como si los ojos de Blake la absorbieran, llevándola por un túnel de escalofríos plagados de horrores. Vio muerte, destrucción y dolor; mucho dolor. Allí ardía un fuego eterno que provenía del principio de los tiempos y lo estaba consumiendo. El Infierno desatado en su interior extinguía su alma que gritaba por la atrocidad que lo obligaban a vivir.

—¡Basta!

Blake gritó y saltó al agua. La cogió por los hombros y la sacudió hasta que ella volvió en sí.

Estaba llorando. Las lágrimas manaban de sus ojos como dos torrentes.

—Lo siento —musitó Maisi perdida todavía en el dolor que había sentido. Se abrazó a él, desconsolada, no sabiendo cómo ayudarlo. ¡Tanto sufrimiento!

—Es un demonio, pequeña Maisi. Se apoderó de mí cuando solo era un chiquillo aterrorizado que huía de un padrastro que lo molía a golpes —susurró Blake. No sabía por qué le estaba contando esto. Nunca se lo había dicho a nadie, y las únicas personas que conocían su secreto eran la bruja, el Amo y él mismo—. Llegué a la grieta por la que entramos y me escondí allí. Lo oí llamarme. Me atrajo su voz y el miedo que le tenía a mi padrastro hizo que aceptara su trato. «Tu alma a cambio del poder de la venganza», me dijo. «Nunca más nadie podrá hacerte daño». Le creí y acepté sin saber bien qué estaba haciendo. Desde ese instante, le pertenezco.

—¡No es justo! —exclamó Maisi alzando la mirada y encontrándose en los ojos de él un atisbo de humanidad—. Solo erais un niño. ¡Ha de haber una manera de romper el pacto!

Blake sonrió con tristeza. Alzó una mano y le acarició el pómulo antes de estrecharla entre sus brazos.

—No hay ninguna manera, pequeña. Le pertenezco, igual que vos ahora.

—¡No! —gritó, y lo empujó para alejarse de él—. ¡Yo no le pertenezco! Ni le perteneceré nunca.

—Os equivocáis. Sois mía y, por lo tanto, le pertenecéis.

—¡No! —volvió a gritar, negando lo evidente, reforzando la negación con el movimiento de su cabeza, pero Blake se acercó a ella, la aferró con fuerza y se apoderó de su boca en un beso salvaje y posesivo.

Maisi le rodeó el cuello con los brazos y le devolvió el beso con la misma pasión, dejando que la devorara y la estrechara contra él. Buscó con desesperación la cinturilla de sus calzas. Tiró del lazo y se las bajó hasta que su verga quedó a la vista. Blake la cogió por las nalgas y la levantó a pulso, instándola a rodearle la cintura con sus piernas. Después, cogió su polla con una mano y la penetró sin dejar de besarla salvajemente.

Maisi jadeaba y gemía al sentirlo dentro, abriéndose paso con fuerza, mientras la impulsaba arriba y abajo con sus poderosos brazos. Su verga se deslizaba entre los jugos de su excitación, y el roce la llevaba más allá de la realidad. Era estar en el cielo y en el infierno al mismo tiempo. Era tan grande, larga y gruesa, que sentía cómo golpeaba en el borde de su útero mientras su lengua seguía explorando el interior de su boca.

Sus labios se separaron y Blake la miró mientras seguía follándola con dureza, sosteniéndola entre sus musculosos brazos, entrando y saliendo de su cuerpo sin misericordia. Maisi sollozaba de placer y suplicaba una y otra vez, gimiendo, por alcanzar la liberación.

—Sois mía, ¿os dais cuenta? —le espetó él mientras seguía follándola—. Mía para siempre. No vais a ir a ningún lado, muchacha. Esta será vuestra vida a partir de ahora. Conmigo. ¡Mía!

El orgasmo la alcanzó con el último grito de él mientras seguía follándola sin parar. La atravesó como un huracán llevándose parte de su alma y de su corazón sin que pudiera hacer nada, hasta quedar laxa en sus brazos, sin fuerza, mientras él seguía y seguía sin parar.

Blake se giró y caminó con ella en brazos hasta la roca. Tiró de la cadena para apartarla y la depositó allí encima. Levantó sus piernas y se las pasó por encima del hombro. Era su postura favorita porque así podía penetrarla con dureza mientras veía y acariciaba sus bamboleantes y llenos pechos.

Bombeó y bombeó al mismo tiempo que pellizcó sus pezones. Ella empezó a responder otra vez. No iba a dejar que se comportara como una muñeca sin vida. La quería despierta y excitada,

con su orgasmo construyéndose de nuevo. Quería oír sus gemidos, sus sollozos, sus súplicas desesperadas. Quería que le agarrara los brazos y le clavara las uñas mientras le exigía más y más. Y lo consiguió, porque Maisi volvió a abrir los ojos y participó de nuevo en aquel acto feroz sin importarle la roca que se clavaba en su espalda con cada empujón de él, hasta que el orgasmo la alcanzó de nuevo y gritó una y otra vez mientras Blake se derramaba en su interior y le susurraba obscenidades.

Él se dejó caer sobre ella, exhausto, y Maisi lo rodeó con los brazos, acunándolo como si fuera aquel chiquillo que había sido engañado por el demonio que vivía en el interior de la montaña, mientras esparcía tiernos besos por su rostro.

—Esta noche vamos a hacer otra incursión —le dijo él cuando recuperó las fuerzas y se incorporó. Maisi sintió como si se hubiera llevado parte de su alma al apartarse—. Se quedarán dos hombres vigilando las cuevas, pero no debéis temer nada. Saben que sois mía y no se atreverán a tocaros.

Blake se preocupaba por ella. No entendía por qué, pero lo hacía. «¿Será acaso —pensó Maisi— que he conseguido abrir una brecha en su coraza?».

Tal y como Kenneth había previsto, Elsie no lo acusó de nada. Al día siguiente le demostró su furia con miradas amedrentadoras a escondidas de su cornudo esposo, que le hacían mucha gracia. Era una mujer fogosa y con mucho carácter, y estaba seguro que aquella misma noche volvería a presentarse en su alcoba buscando más sexo. Y él se lo daría porque no podía decir que no.

Nunca había sido un hombre especialmente obsesionado con el sexo opuesto. En su juventud tuvo amantes, por supuesto, sobre todo en la época en que su corazón latía por Seelie sin ninguna esperanza, pero no le valía cualquier muchacha y muchas veces, a pesar de las miradas de las mozas, declinaba sus invitaciones y prefería la soledad de su dormitorio.

Pero después de la muerte de su amada, todo cambió.

Las mujeres... no, el sexo se convirtió en una obsesión. Al principio alternaba las borracheras con las folladas, mezclándolas la mayor parte de las veces. Le daban igual si eran mozas decentes o putas a las que tenía que pagar: mientras se abrieran de piernas y lo acogieran, a él no le importaba. Incluso dejó de importarle si estaban casadas, prometidas o eran solteras. Su padre, el McDolan, tuvo que terciar en más de una disputa con maridos cabreados por haberse follado a sus mujeres, hasta que al final, seis meses después de la muerte de su prometida, le dio un ultimátum: o volvía a comportarse tal y como su posición le obligaba, o lo desterraría de las tierras del clan. Kenneth no se lo pensó ni un minuto: hizo su petate, cogió su claymore, y se largó a lomos de su caballo Tormenta.

Se convirtió en un mercenario que peleó para cualquier clan que lo contratara, sin importarle las razones ni quién tuviera la razón en las rencillas desatadas. Las disputas entre clanes eran tan normales como el frío, o el agua de la lluvia, y se llevaban por delante las vidas de muchas personas inocentes como su querida Seelie. Después se cansó de esas peleas estúpidas, y empezó a buscar comunidades menos favorecidas, como las aldeas de Recodo Salvaje, Tomillo Ventoso o Sauce Alegre, lugares que sufrían el azote de los bandidos y cuyos lairds tenían cosas más importantes que hacer que preocuparse por la suerte de unos poblachos que a duras penas rendían beneficios.

Y entre pelea y pelea, en las que buscaba la muerte con desesperación, se metía en la cama

con tantas mujeres como podía porque esos momentos que les dedicaba, eran los únicos en que Seelie se iba de su mente y podía olvidarla. El resto del tiempo estaba allí presente, rompiendo cada pedazo de su alma en trozos más y más pequeños.

Esperaba que su amor no pudiera ver en qué se había convertido, y si acaso lo veía desde el cielo, rezaba para que, cuando volvieran a encontrarse, lo perdonara. Aunque había veces en que dudaba que él pudiera ir allí al morir.

—Estáis muy pensativo.

La voz de Elsie lo sacó de su abstracción. El sol había llegado a su ocaso sin que Kenneth se diera cuenta, sumido en sus recuerdos mientras estaba sentado en el pequeño jardín que había en la parte posterior de la casona.

Miró a la muchacha y le guiñó un ojo mientras sonreía, provocándola.

—Estaba pensando en vos.

Elsie ni siquiera se sonrojó cuando se acercó a él contoneándose, siendo consciente de la atracción que ejercía sobre Kenneth. Se sentó a su lado y se sacudió el pelo, coqueta.

—Esta noche os volveré a visitar, Kenneth.

Lo dijo como si fuera a hacerle un inmenso favor y le volvió a guiñar el ojo.

—Probadlo. Puede que os esté esperando, o puede que haya salido a pasear bajo la luna.

Se levantó y la dejó allí sola con un mohín de fastidio en los labios.

Cuando Blake y Maisi regresaron al interior de la cueva, él la llevaba en brazos y envuelta en el lienzo que le había servido para secarla. Ella le rodeaba el cuello y descansaba la cabeza en torso, con su aliento muy cerca del hueco del hombro.

La dejó sobre la cama con mucho cuidado, fijó la cadena a la pared, y se marchó sin decir nada.

Caminó por los túneles hasta la caverna que hacía las veces de almacén. Allí tenían guardadas muchas cosas, entre las cuales había varios vestidos que habían rapiñado en alguna de sus incursiones. Ni siquiera sabía por qué sus hombres lo hacían. Cogió el que le pareció el más bonito y, más o menos, de la talla de Maisi, y se lo llevó.

—Póntelo —le dijo. Y se marchó de nuevo.

Tenía una aldea que asaltar y unas mujeres que secuestrar.

La bruja lo observó desde la oscuridad de su escondite. Acababa de darse cuenta que había cometido un error al entregarle aquella muchacha a Blake. El esclavo de su Amo estaba empezando a tener sentimientos por ella, y eso era inaceptable. Sobre todo porque pudo ver, en el corazón de la mujer, que serían correspondidos si le daba la oportunidad.

Tenía que intervenir, y con rapidez. La aldeana debía saber cómo era el verdadero espíritu de Blake, cruel y retorcido, para que sintiera horror y lo despreciara. No podía permitir que la recién llegada le diera un hálito de esperanza.

Capítulo cinco. El ataque.

Maisi estaba tumbada en la cama mirando con fijeza la vela que Blake le había dejado sobre la mesita antes de darle un beso y decirle que volvería en unas horas. Estaba preocupada. Los sentimientos contradictorios la estaban consumiendo. Por un lado temía lo que los criminales pudieran hacer en su aldea, pero por otro, temía lo que Kenneth le pudiese hacer a Blake.

Era un sinsentido. Aquel hombre la había secuestrado, paseado desnuda por todo el bosque, con la intención de entregarla a una especie de demonio que vivía bajo las montañas. Cuando eso no fue posible porque ya no era virgen, la drogó con una extraña pócima que la hizo excitarse como nunca antes, y atada y todo, se entregó voluntariamente a su captor. Pero después, aquella misma noche, ya sin los efectos del brebaje, volvió a follarla y ella alcanzó el éxtasis. Y en la cascada, dentro del agua, lo mismo. ¿Qué le pasaba? Incluso sentía piedad por él, y ganas de abrazarlo y acunarlo para consolarlo por todo lo que había sufrido.

Cuando le ordenó que lo mirara a los ojos, en el estanque de la cascada, fue como si él la empujara hacia el pozo de sus recuerdos. No había visto hechos, pero sí sentimientos y emociones, y fue horrible. No podía imaginar cómo Blake había conseguido sobrevivir a tanta locura manteniendo la cordura.

Sin darse cuenta, se quedó dormida.

La aldea estaba silenciosa. Todo el mundo se había retirado a sus casas a dormir, dejando las calles vacías y solitarias. Kenneth paseó bajo la luna, atento a cualquier ruido que pareciera fuera de lo normal. Se oía el viento entre los árboles, y el sonido de algunos animales nocturnos que habían salido a buscar su sustento diario. Todo parecía en calma.

Parecía.

Estaba girando para volver a casa del alcalde para meterse en la cama, cuando oyó el piafar de un caballo. Todos sus músculos se tensaron, desenvainó su espada y se escondió.

Estaba solo. Había intentado convencer al alcalde de la conveniencia de tener algún tipo de patrulla permanente que vigilara, haciendo turnos rotatorios entre los hombres de la aldea, pero el muy cabezota se había negado. Para eso ya le pagaba a él, le había dicho. Ni siquiera había permitido que los dos muchachos que lo habían acompañado en el rastreo, Duncan y Brandon, permanecieran con él.

Los caballos pasaron muy cerca, y Kenneth aguantó la respiración para que no lo descubrieran. El primer jinete era el mismo que se había llevado a Maisi. Lo reconoció por el manto y la capucha con la que se cubría el rostro. Había siete más. Los caballos llevaban las pezuñas cubiertas con trapos para evitar hacer ruido, y si no hubiese sido por el inoportuno piafar, lo habrían cogido desprevenido.

El jinete que estaba al mando dio indicaciones al resto con las manos, señalando una y otra casa, y el grupo se separó.

Kenneth sabía que no podría evitar que se salieran con la suya, pero intentaría aguarles la fiesta lo más que pudiera. Corrió en silencio por detrás de la tapia en la que se había escondido, para rodearla hacia el bandido que se dirigía a la casa más cercana. Lo pilló desprevenido antes que entrara, y lo golpeó en la cabeza con la empuñadura de la claymore. Sonrió malévolo. Ya tenía a quién interrogar después.

Lo ató deprisa y lo arrastró hasta dejarlo fuera de la vista.

En ese momento, empezaron los gritos.

Kenneth esperaba que los aldeanos salieran para socorrer a sus vecinos, pero ninguna luz se encendió, excepto en aquellas casas que habían sido invadidas.

—Cobardes —masculló, y por un momento pensó que acaso merecían lo que les pasaba.

Corrió hacia la siguiente casa, y detuvo a otro de los malhechores que ya salía arrastrando por los pelos a una muchacha que gritaba y se debatía, intentando soltarse. Balanceó su espada y le dio un tajo en la espalda. El hombre gritó de dolor y cayó al suelo, retorciéndose. Kenneth se giró, dispuesto a seguir, cuando vio que el jinete al mando iba hacia él montado a caballo y con la espada en alto.

Kenneth plantó los pies en el suelo con firmeza, separando las piernas, y cogió la espada con ambas manos, preparándose para el ataque. El bandido cayó sobre él, arrollándolo con el caballo. Kenneth fintó en el último momento, girando sobre sí mismo, lanzando un tajo y alcanzando al caballo en el vientre, que tropezó y cayó hacia adelante, despidiendo al jinete por encima de su cabeza.

—¡¡Blake!! —gritó uno de los bandidos, y pareció ir a correr hacia el caído para ayudarlo, pero el aludido se levantó de un salto y lo impidió con un gesto brusco de la mano para, inmediatamente, tirarse sobre Kenneth, al que pilló desprevenido.

Rodaron por el suelo. Kenneth perdió su espada y empezaron a lloverle golpes en la cara y en el pecho. Los devolvió, y de un empujón sobrehumano consiguió zafarse de su contrincante.

Los puñetazos iban y venían entre los dos combatientes, mientras el resto salía de las casas con sus presas, montaban a caballo y se alejaban de allí al galope.

Blake se creyó perdido durante un momento cuando Kenneth le lanzó un puñetazo que le dio en la oreja, haciendo que su cabeza retumbara y que cayera aturdido al suelo, pero vio un caballo sin jinete, se levantó aturdido aún y corrió hacia allí dando tumbos, perseguido por Kenneth.

El escocés vio que iba a escapar, así que sacó el puñal que llevaba escondido en la bota, y lo lanzó justo cuando Blake montaba en el caballo, alcanzándolo en un hombro.

Así y todo, el herido consiguió aferrarse a las riendas y salir de allí al galope.

Había conseguido salvar a una muchacha y herir al que parecía el cabecilla, pero cuatro muchachas habían sido secuestradas.

Cuando el pueblo quedó en silencio, Kenneth regresó sobre sus pasos para recoger la claymore que se le había caído y, después de enfundarla, volvió al lugar donde había escondido al malhechor que había conseguido dejar inconsciente.

Lo agarró por la ropa con una mano, y lo llevó arrastrando como si fuera un pelele por toda la calle hasta la casa del alcalde.

Aquel hideputa hablaría hasta por los codos, y le contaría con todo detalle cómo podía llegar al campamento de sus compinches, y qué hacían con las muchachas que habían secuestrado.

—Estás loco.

—¿Por qué? ¿Por querer lo mismo que el jefe?

Ambos malhechores estaban escondidos vigilando el túnel de acceso a las cavernas donde se escondían, tal y como Blake les había ordenado, esperando el regreso de la patrulla que había ido hasta la aldea en busca de vírgenes. Llevaban horas allí, el tiempo suficiente para que la mente ociosa de Grub se deleitara en mil crueldades.

—Yo solo digo que no deberías provocarlo. Ese hombre me da escalofríos.

—Es un hombre —replicó el otro—, tú lo has dicho. ¿Por qué le tenéis tanto miedo?

—Grub, tú hace poco que has llegado. No lo conoces y no sabes qué es capaz de hacer.

El aludido sonrió con maldad, mostrando una dentadura negra.

—Él tampoco me conoce a mí. Te digo que voy a follarme ese coñito que tiene guardado para él, y después lo mataré.

—Grub, no lo hagas, o serás tú el que muera. Y no será agradable. Mató a Dwayne y a...

—Esos dos —lo interrumpió con exasperación—, se dejaron matar como corderos. Ni siquiera opusieron resistencia.

—Porque sabían que lo único que conseguirían sería morir lenta y dolorosamente.

—Tonterías. Blake solo es un hombre. Un puñal afilado en su corazón hará un trabajo rápido con él.

—¿Solo un hombre? —murmuró el otro, nada convencido, mientras veía a Grub entrar en el túnel dispuesto a conseguir lo que deseaba—. No estoy tan seguro de eso...

Blake alcanzó a sus hombres antes que llegaran el desfiladero. Le dolía el hombro pero estaba acostumbrado al sufrimiento y una herida así no iba a impedirle llegar a su destino.

Sus hombres estaban todos excepto dos.

—¿Lud y Zark? —preguntó, y los hombres se miraron unos a otros, dubitativos.

—No lo consiguieron, jefe —contestó uno finalmente.

—¿Alguno los ha visto caer?

—Vi caer herido a Zark, de un tajo. De Lud, no sabemos nada.

Blake empezó a repartir órdenes. Dos irían con él hacia la cueva para entregar a las muchachas a la bruja. El resto, llevaría a los caballos hasta el refugio y se dispersarían por el bosque para borrar sus huellas y mantener el ojo avizor por si aparecía alguna patrulla de aldeanos buscándolos.

Mucho se temía que Lud no estaba muerto, sino en manos del gigantesco escocés que se había enfrentado a él, y estaba convencido que conseguiría hacerlo hablar.

No le preocupaba que encontraran su escondite. Los aldeanos eran unos cobardes que no osarían ir hasta allí, y el guerrero escocés no sería un problema una vez se internara en las cuevas que eran los dominios de su Amo. Hasta podría llegar a ser que se hiciera con su alma. Todo dependía de qué necesitase aquel hombre, y si el Amo podía proporcionárselo.

Grub llegó a la pequeña caverna que servía de dormitorio a Maisi. Estaba decidido. Hacía meses que no tenía una buena diversión que incluyera sexo, a pesar de todas las mujeres que

habían pasado por aquella red de túneles y cavernas que horadan el interior de las montañas. Le entregaban las pequeñas putas a la bruja, y él tenía que conformarse con su propia mano para desahogarse. ¡Estaba harto! Ahora había allí una mujer que no era intocable, y que tenía unas buenas tetas. Había tenido la suerte de verlas cuando el hijo de puta de Blake la paseó por la caverna en la que estaba con los otros. Todos la habían visto, y se habían relamido. ¿Tan seguro estaba de sí mismo el jefe que pensaba que podía refregarles por la cara de forma impune a aquel bombón?

Si Blake podía meter su polla dentro de ese coño, él también.

Entró e iluminó el lugar con la antorcha. Sobre la desvencijada mesita había una vela que se había consumido. Se relamió de gusto cuando vio que la muchacha estaba dormida, y bien amarrada con una cadena a la pared. No podría escapar.

Sujetó la antorcha a la pared, en el soporte que había, y se frotó la entrepierna. Tenía la polla henchida y deseosa.

Se acercó a la cama y tiró de la manta con la que ella se había cubierto. Maldijo porque esperaba encontrársela desnuda, pero alguien le había proporcionado un vestido que cubría su desnudez. No importaba. También sería divertido arrancárselo mientras forcejeaba.

La agarró por el cuello con una mano, apretando lo suficiente para inmovilizarla pero no para matarla, y se rio cuando Maisi se despertó aterrada, abriendo los ojos desmesuradamente, y lo agarró con ambas manos intentando soltarse.

—Va a ser divertido, putita —le susurró al oído mientras con la mano libre empezaba a manosearla por encima de la ropa—. Tienes unas tetas estupendas —dijo mientras le apretaba una tan fuerte, que le hizo daño.

—Por favor... no... —suplicó Maisi con los ojos anegados de lágrimas. En los últimos tres días su vida se había convertido en una pesadilla de la que no sabía cómo despertar. El apestoso aliento de aquel hombre le inundaba las fosas nasales, y aquella mano que la toqueteaba, mugrienta, asquerosa... Quiso gritar pero la presión en su garganta se lo impidió.

—Suplícame, nenita —se burló de ella—. Me excitan las súplicas...

Le arrancó el corpiño del vestido y sus pechos quedaron desprotegidos. Ella volvió a suplicar, sollozante, y Grub se rio de nuevo mientras bajaba la cabeza y empezaba a chuparle un pezón, apretándole el pecho con la mano. Maisi le tiró del pelo, intentando deshacerse de él, y lo único que consiguió fue que Grub alzara la cabeza con los ojos inflamados de furia y le diera un puñetazo que la aturdió.

—Así me gusta, quietecita y tomando todo lo que te dé —gruñó mientras aprovechaba que ella no se defendía para tirar de su vestido hasta quitárselo.

No llevaba nada debajo.

—Vamos a ver que tal le sienta a mi polla tu lindo coñito, zorra —refunfuñó.

Se acostó encima de ella, abriéndola de piernas. Maisi sintió su peso e intentó luchar, pero el golpe había sido muy fuerte y la había dejado medio inconsciente. Notó el movimiento de su atacante, que se estaba bajando los calzones y liberaba su verga. Sintió la punta rozándole la entrada a su vagina e hizo un esfuerzo para reaccionar, luchar, gritar, algo...

Lo empujó por los hombros con todas sus fuerzas, y gritó, gritó y gritó cuando notó que empezaba a penetrarla.

—¡¡BLAAAAKEEEEEEE!!!

Blake iba de camino hacia la caverna donde lo estaba esperando la bruja. Iba precediendo la marcha, y detrás, sus hombres llevaban a unas asustadas y sollozantes muchachas. La bruja tenía que cerciorarse que eran vírgenes antes de entregarlas al amo.

Oyó el grito de Maisi cuando casi habían llegado a su destino, y no tuvo que pensar ni un instante en qué debía hacer: su prioridad fue clara. Salió corriendo en dirección a su dormitorio, desesperado, sintiendo cómo el corazón le latía tan deprisa que amenazaba con salirse del pecho.

Llegó desbocado, furioso, aterrorizado. Vio al nuevo, Grub, encima de Maisi, y los ojos se le llenaron de sangre. Lo agarró por el pescuezo y tiró de él hacia atrás. Maisi seguía gritando su nombre, «¡Blake! ¡Blake!», como si fuera una letanía que fuese a salvarla.

Lanzó a Grub contra la pared, y éste rebotó, cayendo al suelo. Le pateó el estómago y los huevos con las botas, ensañándose con él, mientras el otro gemía y sollozaba suplicando piedad. Después se arrodilló y le cogió la cabeza, empezando a golpearla contra el suelo hasta que la convirtió en una masa sanguinolenta, mientras rugía de pura rabia.

Grub había dejado de suplicar. En realidad, había dejado de emitir cualquier sonido. Blake se levantó, respirando agitadamente. Sus hombros y pecho subían y bajaban con rapidez, al mismo ritmo que sus pulmones necesitaban aire. Estaba de espaldas a Maisi, y temió girarse por lo que podría ver en sus ojos. Miedo, pavor, terror ante la brutalidad exhibida por él.

Que así fuera, pensó. Si le tenía miedo, debería aprender a vivir con ello porque no tenía ninguna intención de renunciar a ella y dejarla ir.

Se giró y la miró.

Maisi se había cubierto con los restos del vestido destrozado. Se había sentado, acurrucándose contra la pared con las rodillas dobladas. Las lágrimas corrían libres por sus mejillas; hipaba entrecortadamente mientras lo miraba. Blake dio un paso hacia ella, y Maisi se levantó, tirando el vestido, y corrió hacia él hasta aferrarse a su cintura, buscando consuelo y protección.

La sorpresa se reflejó en el rostro de Blake. Había esperado cualquier cosa menos aquello. Había matado a un hombre, ensañándose, y a pesar de eso, ella se había lanzado a sus brazos sin importarle las manchas de sangre, ni la violencia de la que había sido testigo.

Poco a poco alzó las manos hasta acariciarle la espalda. Tenía la piel tan suave, y sus curvas se amoldaban a la perfección contra su duro cuerpo. Era hermosa, valiente, sincera... una luz en la oscuridad.

Uno de sus hombres apareció, resoplando, y se quedó en la puerta mirando del cadáver hacia Blake.

—Llévate esto —le ordenó—. Y dile a la bruja que estoy con ella en unos minutos.

—Sí, jefe.

Se llevó a Grub arrastrándolo por las piernas mientras Blake seguía acariciando la espalda desnuda de Maisi.

—Ssssh, cielo —le susurró al oído—. Ya terminó todo.

Rodeó su cintura con fuerza, como si temiera que él se fuera a marchar. Blake dejó ir una risita suave.

—No os preocupéis, pequeña. Nadie más osará haceros daño.

Los susurros y las caricias la fueron calmando poco a poco. Levantó la mirada hacia su rostro, anhelante, y Blake no pudo resistirlo.

La besó larga y profundamente mientras deslizaba las manos por su espalda hasta llegar a las nalgas. Las apretó, empujándola hacia su incipiente erección. Maisi le devolvía el beso gimiendo como si le fuera la vida en ello. Le rodeó el cuello con los brazos, enterró las manos en su pelo, acercándolo más a ella como si quisiera que se fundieran en uno.

Blake rompió el beso un instante.

—Sois mía —afirmó respirando con dificultad—. No voy a dejar que nadie más os toque.

La levantó y ella le rodeó la cintura con las piernas. Caminó con ella, besándola con dureza, hasta apoyarla contra la pared.

—Quiero follaros ahora mismo. Liberad mi verga, Maisi.

Ella lo obedeció con rapidez, e intentando abarcar la gruesa longitud con la mano, lo guió hasta su coño.

Blake se introdujo en ella de golpe, con furia. Rugía con cada estocada, cada penetración, cada invasión. Ella le devolvía gemido por bramido, beso por beso, pasión por pasión. La folló con violencia, dejando ir así todo el miedo que había sentido al pensar que podía perderla. No le importó el dolor que sentía en el hombro, ni que su espalda desnuda se estaba arañando contra la pared. No le importó que Maisi no estuviera preparada, que su invasión le fuese dolorosa, que ella sollozara de nuevo con el rostro escondido contra su hombro.

No le importó nada excepto su propia liberación, sentirse vivo, sentirla a ella apretando su miembro con su vagina, exprimiéndolo, saciándolo. Todo desapareció excepto Maisi, sus gemidos, sus gritos, sus rugidos, y el tintineo de la cadena con la que la mantenía prisionera, golpeándose contra el suelo.

Eyaculó con violencia, llenándola con su semen, sin dejar de martillar. Cuando por fin los estertores de la liberación se fueron apagando, se dio cuenta de lo que había hecho. La soltó, y Maisi resbaló por la pared hasta quedar sentada en el suelo. Se apartó de ella caminando hacia atrás sin dejar de mirarla. Ella tenía la cabeza caída hacia adelante y el pelo le tapaba el rostro, y los brazos, laxos, a los lados del cuerpo. Respiraba con dureza, como si le costara.

Blake se abrochó la cinturilla de los calzones, recuperada la serenidad a la fuerza. Esto es lo que era, y más le valía a ella entenderlo si quería sobrevivir.

—Tapaos —le ordenó con voz dura y fría. Estaba seguro que ella ya no lo miraría nunca más con la ternura que le había visto en el estanque, ni que esperaría encontrar un refugio entre sus traidores brazos—. Alguien os traerá agua para que os lavéis.

Se fue de allí, dejándola sola, aturdida, desconcertada, sin saber qué había pasado, ni por qué.

Capítulo seis. El ritual del diablo.

A Kenneth no le fue difícil hacer hablar al prisionero. Por suerte o por desgracia, tenía una amplia experiencia en estos menesteres adquirida durante los últimos cinco años. Cuando regresó a la casa del alcalde, estaba sucio, cansado, dolorido, y asqueado. El prisionero le había contado cosas que le habían erizado el vello, cosas que eran terroríficas hasta para un guerrero curtido como él.

La locura podía manifestarse de diversas maneras, y por lo visto, ese tal Blake, el jefe de los bandidos que atacaba las aldeas, estaba más loco que una cabra. Las cosas que le había explicado el cautivo, solo podían salir de una mente realmente enferma. ¿Demonios? ¿Brujas? Él no creía en tales cosas.

Pero ahora sabía dónde se escondían, y acabaría con él.

—¿Os gustaría tomar un baño caliente, Kenneth?

La pregunta de Elsie lo tomó por sorpresa. No la había oído llegar; estaba demasiado cansado y necesitaba desesperadamente dormir un buen rato. Ella estaba en camisón, apoyada en el marco de la puerta, mirándolo con ojos apreciativos, desnudándolo con los ojos.

—Por supuesto, pero dudo que a vuestros criados les apetezca preparármelo a estas horas.

Faltaban pocas horas para el amanecer, y después de todo el alboroto que había habido en el pueblo con el ataque, estarían durmiendo.

—No necesito a los criados. —Entró en el dormitorio, contoneándose—. Soy perfectamente capaz de lavaros con mis propias manos.

Estaba intentando seducirlo, y aunque Kenneth creía estar demasiado cansado, cuando ella deslizó las manos por su pecho hasta llegar a la cinturilla del kilt, su verga respondió a la provocación con rapidez.

—Será un placer —susurró dejándose llevar de la mano hasta la cocina, donde había un barreño lleno de agua caliente, lo suficientemente grande para que cupiera su enorme cuerpo.

Elsie se acercó a él, le puso las manos sobre el pecho y lo acarició. Se miraron a los ojos. Después ella le quitó la camisa pasándola por encima de su cabeza, y volvió a acariciarlo. Una cicatriz al borde de su corazón, le llamó la atención. Lo besó ahí, y sintió cómo Kenneth se ponía tenso.

—¿Qué os pasó? —le preguntó mientras extendía un reguero de besos por su pecho.

—Nada importante —contestó él. Tiró de su camisón hasta quitárselo y dejarla desnuda—. Vaya, mira esto —exclamó, bromeando, mientras abarcaba sus pechos con ambas manos—. Son perfectos —susurró.

—Como vos, Kenneth —replicó ella con un susurro, dándole un leve empujón—, pero ahora meteos en el agua.

Kenneth dejó caer el kilt al suelo y la obedeció. Elsie cogió el paño y el jabón que había preparado y se puso detrás de él para frotarle la espalda. Lo hizo con ternura; tenía varios moratones en el cuerpo, allí donde había recibido los golpes, y pasó el paño con cuidado. Kenneth se relajó sentado dentro del barreño, dejándola cuidarle. Hacía tiempo que una mujer no cuidaba

así de él, desde que Seelie... Se la quitó de la cabeza obligándose a pensar solo en las caricias que estaba prodigándole Elsie.

Cuando terminó con la espalda, siguió por su pecho. Lentas y lánguidas pasadas del paño enjabonado sobre su piel hacían que su excitación creciera. Elsie fue bajando paulatinamente, acercándose cada vez más a su verga.

—No seáis tímida, Elsie —la provocó él. Tenía su cabeza muy cerca de la boca y le susurró al oído—. Tratadla con amor, y se os será devuelto con creces, cariño.

Ella se rio, simulando modestia, y dejó que su mano vagara provocadora alrededor de la pelvis pero sin tocarlo allí donde más ansiaba. Kenneth le cogió la mano y durante un instante se miraron a los ojos. Pudo ver la rendición de ella en un leve brillo de lujuria en los ojos. Le guió la mano sin dejar de mirarla, y ella accedió gustosa a acariciarle el miembro con el paño, limpiándolo con delicadeza, mientras Kenneth empezaba a gemir.

—Tengo que lavaros las piernas también —murmuró ella.

—Después.

La cogió por la cintura y en un alarde de fuerza, la levantó en vilo y la metió dentro del agua. Ella dejó ir un pequeño gritito de sorpresa, y después se rio descaradamente cuando Kenneth la puso a horcajadas sobre él, dejando la entrada a su vagina muy cerca de su polla.

—¿Estáis dispuesta, pequeña Elsie?

Antes que pudiera contestar, la empaló. Penetró su cuerpo con la polla de un solo empujón, haciendo que ella se agarrara a sus hombros y le clavara las uñas.

—Cimbrearos, muchacha. Hacedme feliz.

Elsie no se hizo de rogar. Su cuerpo empezó a ondular mientras se impulsaba arriba y abajo. La polla de Kenneth, grande, larga y gruesa, la penetraba hasta el fondo, llenándola completamente.

—Sois tan magnífico —murmuró—. Nunca un hombre me ha llenado tanto...

—Me alegro por vos, princesa.

Se inclinó hacia adelante y se apoderó de un pezón con la boca. Los jadeos de Elsie se intensificaron con cada chupada, raspada, lamida. Después pasó al otro, atendiendo en la misma medida. Kenneth llevaba barba de dos días, y esta raspaba la piel de Elsie, haciendo que se erizara también. Era tan masculino y arrebatador, tan hombre. Se aferraba a sus poderosos hombros sintiendo bajo las palmas de las manos la dureza y la fuerza de sus músculos tensos.

Kenneth metió la mano entre ambos, y la deslizó hasta llegar al coño de Elsie. Empezó a frotarlo, jugando con los labios vaginales, provocando al clítoris, oyendo cómo los gemidos de ella aumentaban más y más. Deslizó la otra hasta las nalgas y jugó con el rugoso ano. Elsie empezó a sollozar cuando le introdujo un dedo por allí y lo movió. La sensación de tenerlo en ambos agujeros a la vez magnificó su placer, lanzándola a un abismo de gozo que la catapultó hasta un orgasmo arrollador.

—Así, muchacha, así —susurró él—. Dejaos llevar sin pudor ni miedo, yo os sostengo.

El orgasmo se alargó y alargó mientras el dedo de Kenneth seguía entrando y saliendo de su ano. Cuando introdujo otro, Elsie dejó caer la cabeza hacia adelante, posándola en el hombro de él, refugiándose allí. Levantó el culo para facilitarle la penetración, y cuando entró un tercer dedo, sollozó al notar que el orgasmo que aún no había terminado, volvía a construirse entre temblores.

—Daos la vuelta, Elsie —le pidió él—. Quiero correrme dentro de este agujerito tan tentador que tenéis entre las nalgas.

Elsie levantó la cabeza y lo miró, algo atemorizada.

—Pero...

Kenneth la calló con un beso demoledor. Se apoderó de su boca hasta quitarle el sentido y convertirla en una masa balbuceante y obediente que solo podía estremecerse de placer.

—Hacedlo —ordenó cuando rompió el beso.

La mirada de Elsie estaba ya perdida, como si el guerrero escocés la hubiera hipnotizado, apoderándose de su alma y su voluntad. Nada más importaba que lo que él quería.

Se giró, salpicando de agua el suelo de la cocina, y se apoyó en el borde del barreño ofreciéndole lo que él quería.

—Así me gusta, princesa. No os preocupéis, lo vais a disfrutar.

Kenneth se incorporó y se puso de rodillas detrás de ella. Abrió las nalgas de Elsie, separándolas con las manos, y colocó la cabeza del pene en la entrada del agujero.

—Quizá os duela un poco —la advirtió, pero no le dio tiempo a responder que empezaba ya a penetrarla.

Elsie sintió como si la quemaran y ahogó un grito mordiéndose el puño. Kenneth la sujetaba con las manos puestas en su cintura, impidiéndole moverse. Ella intentó apartarse para detener aquel dolor, pero él la azotó con la mano abierta en las nalgas.

—Quieta, princesa. Os juro que acabará gustándoos.

Elsie sollozaba mientras Kenneth la iba penetrando poco a poco. El recto no estaba acostumbrado a aquel tipo de invasión y cedía poco a poco.

—Esto es el cielo, princesa, el cielo...

Se inclinó hacia adelante, rodeándola con los brazos, y empezó a torturarle los pezones, apretándolos con los dedos, lanzándole espasmos de dolor por todo el cuerpo.

—¿Os gusta?

—¡No! —El grito salió ahogado porque aún tenía el puño en la boca.

—Relajaos, princesa. Os gustará.

Y tuvo razón. Poco a poco el dolor fue convirtiéndose en punzadas de placer que inundaron su coño, haciendo que pulsara con desesperación. Los ramalazos fluían por su cuerpo, la verga de Kenneth hacía que se sintiera llena, plena, seducida, y pronto los quejidos se convirtieron en jadeos espasmódicos, reflejo fiel del placer que recorría su organismo, desde la coronilla a la punta de los dedos de sus pies.

—Más —gimoteó, y Kenneth soltó una risita satisfecha antes de deslizar una mano por el abdomen de Elsie hasta llegar a su coño, y empezar a acariciarla allí—. ¡Más!

Las caricias y la penetración se hicieron más agresivas, salvajes, fuertes, poderosas. Elsie sollozaba desesperada, sintiendo cómo su cuerpo se elevaba cada vez más y más en las cimas del placer, buscando con desesperación un orgasmo que no parecía llegar nunca. Necesitaba liberarse, necesitaba el estallido que la alzaría hasta las cotas máximas que nunca hubiese alcanzado.

Giró la cabeza y lo miró. Los ojos de Kenneth la estaban mirando de una manera en que nunca lo había hecho nadie. Era casi como... si la amara. Pero no podía ser. En un momento de lucidez absurda, envuelta en el placer y la lujuria, se preguntó en quién estaría pensando él para tener esa mirada en los ojos.

Kenneth se derramó en su interior, gruñendo en su oído, y al notar el flujo caliente y sedoso de su semen en el interior de su recto, Elsie estalló en una serie de espasmos liberadores que duraron una eternidad y la llevaron hasta un lugar de extrema placidez cuando terminaron.

Se dejó caer, retorciéndose para dejar sitio para Kenneth a sus espaldas. Ambos se quedaron quietos, abrazados. Los brazos de él envolvían la cintura de ella, apretándola contra su cuerpo. La

mitad del agua del enorme barreño se había derramado fuera, encharcando el suelo de la cocina.

—¿Quién es ella?

La inesperada pregunta de Elsie lo cogió desprevenido. El cuerpo de Kenneth se tensó como el de un felino antes de saltar sobre su presa. Se levantó sin decir nada, salió del barreño y se envolvió en el lino para secarse.

—Nadie —respondió con un gruñido.

Elsie también salió del agua y empezó a secarse con movimientos monótonos.

—No me mintáis, Kenneth. No era a mí con quién habéis fornicado —replicó Elsie con amargura.

—No es de vuestra incumbencia, y dudo mucho que una mujer como vos podáis entenderlo.

—¿Una mujer como yo? —Aquella calificación la había herido—. ¿Qué queréis decir con eso? No, no contestéis, ya sé a qué os referís. —Estaba molesta, ofendida, dolida—. Una mujer que se ha casado con un hombre viejo, por su dinero. Probablemente penséis que he tenido multitud de amantes, que no tengo corazón y que soy egoísta y manipuladora. Eso es lo que creen todos en la aldea.

—¿Y no es así?

La media sonrisa de Kenneth la sacó de quicio, pero, ¿qué se esperaba? ¿Que un hombre como aquel pudiese ver la desesperación que embargaba su vida?

—Da igual. —El tono triste de Elsie alarmó a Kenneth, y cuando ella intentó irse, envuelta en el lienzo con que se había secado, la cogió por la muñeca y tiró de ella para abrazarla. No tenía por qué ser un completo hijo de puta, después de todo.

Ella luchó, pero él era mucho más fuerte y no cejó en su empeño hasta que Elsie cedió y se relajó con su abrazo.

—Perdonadme, no ha sido mi intención heriros. La única excusa que tengo es que vuestra pregunta me ha... alterado.

—No importa. Debería estar acostumbrada a ser juzgada de manera equivocada, Kenneth. No es culpa vuestra pensar igual que el resto de la aldea.

—En eso erráis. Precisamente por ser un extraño, no debería juzgaros de ninguna manera. No sé nada de vos, y he sido un irresponsable al pensar que...

—Sois mi segundo amante. —La afirmación, pronunciada con voz temblorosa, lo sorprendió—. Esa es la verdad. Y ojalá... ojalá el primero no hubiera existido nunca —susurró al borde de las lágrimas.

—¿Por qué? —preguntó con precaución—. ¿Qué os hizo?

—Engañarme. Hacerme creer que yo era el mundo entero para él, que me amaba con toda su alma; alimentó mis sueños, mis esperanzas. Iba a abandonarlo todo por él, sin importarme nada más que estar a su lado, y todo resultó una mentira. Lo único que quería eran mis joyas. En cuanto las tuvo en su poder, desapareció de mi vida.

—Lo siento mucho, Elsie. Nadie merece que lo traten así.

—¿Y a vos? ¿Qué os pasó?

Elsie había levantado el rostro para mirarlo. Seguía prisionera de su abrazo, y no quería escapar de allí. Ya no.

—Murió, Elsie, y me dejó con el corazón hecho añicos y sin manera de volver a recomponerlo.

—Lo siento mucho, Kenneth.

—Yo también.

Se quedaron un rato allí, abrazados el uno al otro, pensando en cómo podría haber sido su vida si el destino no los hubiese golpeado con tan mala suerte.

Cuando Blake fue a ver a la bruja, esta lo estaba esperando muy enfadada. Cuando entró en la caverna, los ojos lechosos de la vieja lo taladraron y lo apuntó con un dedo huesudo que temblaba de rabia.

—¡Tú! ¡Maldito desagradecido! ¿Dónde estabas? —La pregunta era retórica porque conocía la respuesta a la perfección: fornicando con la mujer—. Has dejado que los salvajes de tus hombres trajeran hasta a mí a las muchachas, sin vigilarlos. ¡Traerlas es tu obligación!

Blake se encogía ante los gritos que profería la bruja. El miedo que había anidado en él cuando solo era un crío, aún estaba ahí, latente aunque no se manifestara. Lo sabía disimular muy bien, manteniendo la cabeza erguida, la sonrisa torcida y la mirada impasible. Pero en el fondo, le seguía temiendo.

—Fuisteis vos, ¿no? Vos incitasteis a Grub para que...

—¡¡¡Silencio!!! —La bruja se acercó tan rápidamente a él, que pareció que flotaba en el aire—. ¿Has olvidado a quién sirves? —siseó.

Blake apartó la mirada hacia un lado. Por supuesto que no lo había olvidado. Nunca podría hacerlo.

—La muchacha estará presente en el próximo ritual —anunció la bruja con voz serena, mirándolo fijamente con sus ojos sin vida, esperando un estallido por su parte.

—¡No!

Blake se horrorizó. Maisi no debía ver algo así. Era una buena muchacha, no iba a permitir que la mirada inocente con la que veía el mundo le fuera arrebatada de aquella manera.

—Por supuesto que sí. Es una orden del Amo. —La bruja lo miró largamente con una sonrisa malévolamente colgando de sus marchitos labios—. ¿O piensas desobedecerlo? Sabes qué pasará si lo haces, ¿verdad?

—Por favor. —Sabía que suplicar no iba a servir de nada, pero tenía que intentarlo. Maisi se había apoderado de una manera brutal de su inexistente corazón. Había hecho que volviera a latir, de forma desacompañada y balbuceante, pero latir al fin y al cabo. Tenía que hacer cualquier cosa por intentar protegerla, incluso humillarse—. Os lo ruego, no la obliguéis.

—No sirve de nada suplicar, Blake. Asistirá. El ritual será esta misma noche.

Kenneth consiguió reunir un grupo de hombres de la aldea para que lo acompañaran hasta el escondite de los secuestradores. Padres y hermanos de las jóvenes que habían sido secuestradas durante aquellos últimos meses, y que estaban dispuestos a cualquier cosa con tal de recuperarlas, o de vengar sus muertes.

Llegaron al desfiladero al atardecer. Algunos quisieron pararse allí y esperar el amanecer para seguir, pero algo en el interior de Kenneth le decía que si no actuaban aquella misma noche, sería demasiado tarde, así que los obligó a seguir.

Dejaron los caballos fuera, al cuidado de dos de los muchachos. El malhechor que había hecho prisionero le había advertido que el desfiladero se iba estrechando más y más a medida que

se internaban en él, y que los caballos acabarían siendo una molestia. Sabía que podía haberle mentido, pero con los años había desarrollado un especial sentido que le advertía cuando esto sucedía, y se fiaba de su instinto.

Un par de horas después, encontró la entrada a los túneles.

Blake le había llevado otro vestido hacía un rato y le había ordenado que se vistiera. Ni siquiera la había mirado, a pesar que ella se lo suplicó. Intentó tocarlo, y la empujó, haciendo que cayera al suelo, sentada sobre sus posaderas. Tiró el vestido sobre el camastro y se fue, dejándola más sola que nunca.

Al cabo de un rato, un par de hombres fueron a por ella. Intentó resistirse, pero uno de ellos le dio un puñetazo en la barriga que la dejó sin aire en los pulmones, y la acarrió sobre el hombro como si fuera un saco de harina. La llevaron por los túneles hasta la caverna que solo había visto el mismo día en que llegó, aquella en que había una especie de altar de piedra, y dibujos extraños pintados en las paredes.

La encadenaron a la pared, muy cerca del altar. Ataron la cadena que llevaba sujeta al pie, pero también le pusieron un cepo en las muñecas y las fijaron a la roca de la caverna. Después se fueron, dejándola sola.

Estaba muerta de miedo, sin saber qué iba a pasar. ¿Iban a sacrificarla? ¿Qué pensaban hacer con ella? El corazón le martilleaba a mil por hora, le sudaban las manos y la cabeza parecía que estaba a punto de explotar.

La bruja apareció de entre las sombras y se acercó a ella. Se deslizó sobre el suelo, como si flotara; en su rostro había una determinación perversa.

—¿Estás preparada, querida? —le preguntó con una voz melosa que se contradecía con su mirada.

—Pa... ¿para qué?

—Para ver a Blake en su máximo esplendor, por supuesto —contestó como si la respuesta fuese evidente—. Pronto lo verás. El Amo se apoderará de su cuerpo y... —soltó una risa seca—. Pero es mejor que no te cuente nada. Así te horrorizarás más, querida.

En ese momento empezaron a entrar. Los hombres llevaban sujetas a las mujeres con cadenas que les rodeaban el cuello, como el collar de un perro. Iban desnudas, y sus ojos vidriosos y desenfocados, a Maisi le recordaron la primera noche que pasó allí, cuando Blake la obligó a tomarse la extraña melaza que la excitó.

Las fueron encadenando a la pared, de la misma manera que a Maisi, con los pequeños cepos que inmovilizaban sus manos, creando semicírculo alrededor del altar, y después se fueron.

Ninguna de ellas lloraba. Solo gemían, de la manera en que lo hace una mujer a la que su hombre no ha satisfecho aún.

La bruja se acercó al altar y se hizo un pequeño corte en la palma de la mano. La sangre goteó. El altar empezó a resplandecer, a volverse incandescente. Emitía diminutos destellos que chisporroteaban y humeaban, llenando el aire con el olor a azufre.

La voz de la bruja, susurrando palabras extrañas, fue llenando de sonidos la caverna. Poco a poco, la cadencia y el tono fueron subiendo. Alzó las manos con las palmas hacia arriba, y una lengua de fuego se alzó del altar, revoloteó y se lanzó por los túneles en busca de algo.

«¡Blake!».

No sabía cómo, pero Maisi estaba segura de que estaba buscándolo a él.

Implacable, el fuego crepitó y reverberó por toda la red de túneles y cavernas, hasta que alcanzó su objetivo.

Blake estaba esperando su turno de entrar en escena. Había ido al cubículo que le servía de dormitorio, y estaba sentado sobre la cama que había compartido con Maisi durante aquellos poquísimos días. Ella lo había cambiado todo. Antes no era feliz con su destino, pero sí estaba resignado. Pero su llegada había revuelto su alma hasta el punto de ver un puntito de luz al final del oscuro túnel.

Falsa esperanza.

Sabía que la ternura que Maisi creía sentir por él desaparecería en cuanto su verdadera naturaleza saliera a la luz. También estaba seguro que la bruja la vería como alguien peligroso, una mujer que podía hacer trastabillar los cimientos sobre los que estaban contruidos la obediencia ciega de Blake, y que haría lo imposible por destruirla. Pero sus creencias la obligaban a acabar antes con su cordura. La bruja temía a los fantasmas, y Maisi sería un fantasma poderoso debido a su bondad innata y a su inocencia. Por eso la obligaba a asistir al ritual. Se vería cara a cara con el mal que habitaba bajo la montaña... y con él mismo.

El cántico de la bruja reverberó por los túneles y llegó hasta Blake. Este supo que el momento había llegado.

Se levantó y se miró las manos, sabiendo lo que estas harían en pocos minutos.

Lo odiaba.

Se odiaba.

Pero no podía hacer nada por impedirlo.

Kenneth se internó en el túnel seguido por los aldeanos. Estaba oscuro como la garganta de un lobo, pero advertidos por el prisionero, habían llevado antorchas suficientes.

—Silencio a partir de ahora —les advirtió en un murmullo.

Caminaron intentando no hacer ningún ruido. La red de túneles parecía un laberinto que se iba cerrando sobre ellos poco a poco. Podía sentir el nerviosismo de los hombres que lo acompañaban, y se maldijo por su cobardía. Eran labriegos, sí, pero la valentía no tenía nada que ver aquello. La valentía nacía de la fuerza del alma, y aquellas almas eran débiles.

El prisionero le había dado indicaciones sobre qué túneles seguir, pero Kenneth las confirmaba estudiando el rastro del suelo. Había algunos en las que era evidente el trasiego de gente por las huellas de pies dejadas sobre la tierra, y otros permanecían immaculados, como si nunca hubieron sido pisados por ser vivo alguno.

Siguió sus instintos, y el rastro lo llevó hasta una cueva que se fue ensanchando poco a poco, iluminada por antorchas, y con evidencia de ser utilizada como campamento. Pero no había rastro de hombres ni muchachas.

Avanzaron con precaución, y el caos estalló a su alrededor.

Blake sintió cómo el Amo se apoderaba de él. Siempre era igual: su conciencia iba desapareciendo hasta que todo a su alrededor se convertía en una neblina difusa, y entraba en un estado parecido al sueño, como si todo no fuera más que una pesadilla. Se veía moverse, caminar, hablar, pero no era consciente de nada de todo aquello. Como si fuese otra persona y él solo estuviera mirando.

Atravesó los túneles y entró en la cámara. El altar estaba poseído por la lengua de fuego a la que se le adivinaban unos ojos malvados que lo observaban todo. La sensación cuando entraba allí siempre era la misma: aquellos ojos lo miraban, pero al mismo tiempo, él miraba a través de ellos, y así podía verse a sí mismo como si estuviera sentado sobre el altar, pero también veía el altar con el fuego crepitando como si fuera un ser vivo.

La letanía de la bruja seguía imparable, y él se movió tal y como se esperaba. Las muchachas encadenadas se retorcián de lujuria, presas del efecto de la pócima que les habían dado. Lo llamaban con el ondular de sus cuerpos y el aroma de sus flujos. Suplicaban porque les consiguiera la liberación.

Se acercó a la primera. Era una muchacha rolliza, generosa en formas, con grandes pechos y anchas caderas. Se arqueaba, ofreciéndose, con la mirada perdida.

Blake la cogió del pelo, echándole la cabeza hacia atrás, y le lamió la mejilla, ella respondió con un gemido y un estremecimiento.

—Por favor, por favor... folladme, me duele... —sollozó.

Blake pasó la mano desde la cadera hasta uno de sus pechos, y apretó. Ella respondió con un gemido de placer.

—¿Servirás al Amo? —le preguntó con voz cavernosa.

—¡Sí! ¡Sí! —respondió ella.

Blake le cogió una pierna y la enroscó en su cintura. Ella se apretó contra él, apremiándolo a que se diera prisa. Se aflojó las cintas de las calzas y liberó su polla. La cogió con una mano y la acercó a la vagina de la muchacha, que seguía sollozando y suplicándole que la follara. Jugó unos instantes, acariciándole los labios vaginales con el glande, deleitándose con aquella sensación.

La penetró de golpe. La muchacha gritó y se convulsionó mientras Blake empujaba dentro de ella, follándola con violencia, usándola sin ningún tipo de compasión.

El corazón de Maisi se rompió en mil pedazos. Aquello no podía estar pasando. Blake estaba violando a una de las muchachas que habían traído secuestradas. Ella la conocía, se llamaba Abby y era una chica con un corazón de oro. Se había prometido hacía pocas semanas con un hombre al que amaba. Pero ahí estaba ahora, retorciéndose de placer mientras Blake la follaba contra la pared de roca.

No podía ser Blake. Se negaba a creer que el hombre que le había confiado sus secretos, fuera capaz de algo tan cruel como aquello: violar a una muchacha, obligándola a desearlo con una pócima del diablo, y follarla delante de ella, disfrutándolo.

Cuando Blake giró el rostro y la miró, con una sonrisa malévolamente en los labios, se le heló la sangre en las venas. Sus ojos ya no eran de aquel azul tan claro que parecían hielo: ahora eran rojo fuego, como las llamas que crepitaban encima del altar, y el color se arremolinaba como si estuviera vivo en ellos.

—Blake, por favor... Dios mío, ayúdale... —suplicó, aunque sabía que allí no había Dios para escucharla, y rompió a llorar de pena por el alma de aquel hombre, poseído por un demonio que se había apoderado de él cuando era un niño, y lo utilizaba a su antojo.

Capítulo siete. Fuego bajo la montaña.

Estaban escondidos en las sombras, y habían saltado sobre ellos por sorpresa. La lucha se desencadenó alrededor de Kenneth, que sacó su espada y empezó a defenderse y atacar a los malhechores que allí había, protegiendo los túneles. Había unos diez o doce, no los suficientes para tener la seguridad de vencer. ¿Habría más escondidos?

Mató a uno de un tajo, cortándole la cabeza, que salió rodando por el suelo. Paró las estocadas de dos, golpeando a uno con la empuñadura, y clavando la espada en el otro, atravesándolo. Se giró, y miró a su alrededor. Los hombres que le habían acompañado no estaban teniendo mucha suerte, pero eran más numerosos, y aunque algunos habían salido despavoridos al primer alarido de ataque, los que quedaban eran más que suficientes.

Puso su atención en el enemigo que estaba más cerca, y lo atravesó con la espada. Otro le atacó por la espalda, pero lo paró con el puñal que esgrimía en la mano izquierda, y devolvió el golpe, matándolo.

No podía quedarse allí. Los lugareños tendrían que apañárselas sin su ayuda, porque su misión era encontrar a Maisi.

Cogió por el cuello al bandido que había golpeado con la empuñadura, y lo sacudió.

—¿Dónde están? —rugió, y el hombre pareció empequeñecerse. Alzó un brazo, y señaló hacia uno de los túneles más alejados de la caverna—. Guíame, y si quieres vivir, más vale que no me traiciones.

Lo llevó a empujones atravesando la caverna, golpeando a un par de enemigos de paso, y penetró en el túnel. El cabrón que llevaba delante, a punta de espada, caminaba trastabillando. Estaba oscuro, pero no lo suficiente como para no ver nada, pues el reflejo de las antorchas de la caverna llegaba hasta allí.

Giraron una vez, y al final del nuevo túnel vio una luz que se agitaba, furiosa, y oyó una voz cascada y envejecida que canturreaba algo parecido a unos salmos.

—¿Qué es eso que se oye? —preguntó, aplastando a su prisionero contra la pared, poniéndole el puñal en el cuello.

—La... la bruja —contestó el aludido, pálido como la muerte—. Están en pleno ritual. El Señor de la montaña ha despertado. No... no podemos ir allí o nos matará.

—Sandeces —escupió Kenneth, y lo atravesó con la espada, dejando allí el cadáver de aquel mal nacido.

Caminó con cautela intentando no hacer ruido. Al llegar a la luz, se asomó y lo que vio, lo dejó helado y clavado en el suelo...

Blake no soportaba ver cómo Maisi lloraba por él. No lo merecía. Su alma estaba ya tan podrida, que no valía la pena que nadie derramara lágrimas por su causa.

No había redención posible, pero podía intentar salvar a Maisi...

Había poseído a todas las muchachas, llenándolas con su semilla, mientras la bruja canturreaba su letanía para conseguir que alguna de ellas se quedara preñada, y que así, la esencia del Amo pudiera penetrar en ella y nacer en el mundo hecho carne. Sería terrible si aquel ser conseguía escapar del encierro bajo la montaña, y crecer como un hombre cualquiera. El poder que esgrimiría lo haría invencible, y sometería al pueblo escocés a una tiranía inenarrable.

Sería el Infierno en la tierra.

Y no podía permitirlo.

Por eso, lo había traicionado posicionando a sus hombres en la caverna, donde sabía que, cuando se presentara el escocés, tendría mayores posibilidades de vencer y sobrevivir.

Quizá, con un poco de suerte, conseguiría rescatar a Maisi.

«¿Qué es lo que quieres?».

La extraña voz sonó en su cabeza, fuerte y decidida. Una punzada de dolor atravesó a Kenneth, que lo obligó a cerrar los ojos. La maldad lo envolvió, oscureciendo sus pensamientos.

«¿Kenny? ¿Amor? ¡Ayúdame!».

Seelie. ¿Dónde estaba? Kenneth miró a su alrededor, desesperado por encontrarla.

Las paredes del túnel en el que estaba escondido fueron desapareciendo poco a poco, difuminándose como la niebla al mediodía, transformándose en un paisaje colorido y cálido, además de terriblemente conocido.

«¡¡Por favor!! ¡¡Kenny!! ¡¡Ayúdame!! Me duele mucho...»

La súplica de Seelie no cayó en saco roto. Kenneth se revolvió sobre sí mismo, buscándola con avidez con los ojos, girando sobre sí mismo, empuñando las armas con fortaleza; pero no la veía por ningún lado.

«Estoy aquí, Kenny. ¡Ven, por favor!»

Kenneth caminó hacia la voz de su amada. Estaba seguro que venía de aquella dirección, no había error posible. Trastabilló una vez, tropezando con alguna piedra que no había visto. Un dolor terrible le atravesó el costado, y el calor le abrasó el rostro.

—¡¡SEELIE!!! —gritó, desesperado.

«Yo te la puedo devolver».

Otra vez aquella voz profunda y desconocida. ¿Devolver? ¡No! Seelie estaba muerta. ¿Cómo podía devolvérsela?

«Tengo poder sobre la vida y la muerte, Kenneth Allaban —le dijo—. Puedo traerla de vuelta. Y a cambio solo quiero una cosa: tu alma».

¿Era demasiado, ofrecer su alma al diablo a cambio de la vida de Seelie?

«Te quiero, Kenny. ¡¡Sálvame!!».

Kenneth sacudió la cabeza. Aquello no podía ser. ¿Qué poder sobre la tierra podría tener tanto poder?

—¡¡KENNETH!!!

La voz que se introdujo en su mente era de una mujer, pero no era Seelie. ¿Quién era? Volvió a trastabillar, aturdido. Sentía cómo algo cálido y pegajoso resbalaba por su costado, mientras otro ramalazo de dolor le atravesaba las costillas.

Cayó al suelo de rodillas, sin fuerzas.

—Seelie... —susurró.

La bruja había atacado a Kenneth en cuanto lo vio. Algo le pasó al guerrero, pues no era capaz de defenderse de los ataques de la vieja. Le había apuñalado en un costado, y le había clavado el puñal en la espalda, entre las costillas. Si no hacía nada, estaría perdido.

La lengua de fuego estaba alborotada sobre el altar. Crepitaba, crecía, disminuía, y temblaba. Era como si estuviera haciendo un gran esfuerzo.

Maisi miró a Blake. Había terminado de violar a la última muchacha, María, y ahora caminaba hacia ella. No podía verlo bien porque tenía los ojos empañados por las lágrimas, que corrían libres y salvajes por sus mejillas.

Su rostro estaba contraído por el dolor, y sus pasos, firmes y seguros hasta aquel momento, se habían vuelto pesados y vacilantes.

—Blake, por favor... —sollozó—. Vos no sois así, por favor. Luchad contra el demonio que os posee, os lo suplico. —Un espasmo de desesperación se apoderó de ella y durante unos segundos, no fue incapaz de hacer nada excepto hipar—. Te quiero —susurró entre sollozos—. Te quiero... ¡Te quiero! ¡TE AMO!

Blake se quedó quieto delante de ella, mirándola con incertidumbre. Sus ojos brillaron y pasaban con rapidez del rojo fuego al azul hielo, varias veces, mientras el rostro se tensaba y contraía por el dolor.

—No... puedo... —susurró, mirándola con los ojos claros como un cielo de primavera, pero duró un segundo, pues rápidamente se volvieron rojo infierno de nuevo.

—¡NO! ¡BLAKE! ¡LUCHAD!

—No puede luchar, insensata —graznó la bruja, separándose de un Kenneth que yacía de rodillas, desangrándose—. El Amo lo posee completamente desde que era un niño. Es su esclavo. No tiene la fuerza ni la voluntad necesaria para liberarse.

Las lágrimas de Maisi corrieron, furiosas. Miró a la bruja, y devolvió la mirada a Blake, que se había quedado parado delante de ella, observándola con interrogación.

—Por favor... —musitó, creyendo que no había salvación alguna—. Por favor...

Las súplicas de Maisi calaron en su conciencia, y su voz se abrió paso por la neblina de su mente hasta llegar a su espíritu. «Te amo», había gritado, y aquel grito rompió las cadenas que lo mantenían como un esclavo. No entendía cómo podía ser posible que aquella muchacha lo amara, pero lo había dicho, y él la creía.

No podía permitir que muriera, porque ese iba a ser su destino. El Amo estaba hambriento, e iba a tragarse su alma si él no lo evitaba.

Luchó, como nunca había luchado. El rayo de esperanza que representaba Maisi le dio la fuerza necesaria para romper la primera cadena, suficiente para liberar su voluntad y hacer lo que debía.

Se giró con decisión y, sacando el puñal del cinto, atravesó a la bruja en el corazón, matándola en el acto.

El fuego rugió sobre el altar, y las llamas se extendieron, buscándole, pero ahora no podía encontrarle. La bruja ciega era los ojos del Amo, y sin ella, no podía ver nada.

Agotado por la lucha interior, sintiendo que las fuerzas le fallaban, liberó a Maisi de sus cadenas sin pensarlo un instante.

—Ayudad al escocés —le dijo cuando ella se echó en sus brazos y empezó a besarle el mentón, las mejillas, el cuello. Quería devolvérselos, pero no había tiempo—. El Amo lo tendrá preso con una de sus mentiras.

—Blake...

—Ssssht, princesa —le susurró, calmándola—. Haced lo que os digo.

Maisi asintió con la cabeza y corrió al lado de Kenneth, mientras Blake liberaba a las otras muchachas, que miraban aterrorizadas lo que ocurría ante sus ojos.

La voz de Seelie seguía llamándolo, suplicándole su ayuda. Pero ella estaba muerta, muerta y enterrada, y solo Dios tenía el poder para devolvérsela. Sus firmes convicciones, y la seguridad que su amada no querría para él una eternidad en el infierno a cambio de su vida, hicieron que luchara contra aquella pesadilla.

Pero entonces una figura femenina se arrodillo a su lado, y lo cogió del brazo, sacudiéndolo, y llamándolo por su nombre. Pensó que era Seelie, con su roja cabellera flotando y enmarcando su rostro salpicado de pecas, pero la visión se aclaró, y vio que el pelo no era rojo, sino dorado como el sol, y que la piel era blanca y limpia. Maisi.

—Kenneth, por favor —le suplicaba con los ojos anegados en lágrimas mientras los gritos de terror de las mujeres llenaban un espacio que antes había estado silencioso excepto por los cánticos de la bruja.

Volvió a ver con claridad, y vio la bruja en el suelo, muerta, con el corazón atravesado por un puñal. Y vio al cabecilla de los bandidos allí, de pie, ante él.

Rugió.

—¡NO! —gritó Maisi poniéndose delante de él antes que pudiera levantarse y arrojarse sobre aquel malnacido—. Él os ha salvado, Kenneth —le dijo y, ante la mirada de incredulidad que se reflejó en su rostro, añadió—: mató a la bruja y os liberó.

Aquello era una locura, pero el llamado Blake permanecía allí de pie, en una pose nada amenazadora.

Se levantó, y el dolor le cruzó el torso, doblándolo y obligándolo a poner una rodilla en el suelo de nuevo.

—Estáis herido —le dijo su enemigo—, pero no es grave. La vieja bruja no tenía mucha fuerza. Lo que más os ha debilitado, ha sido la mente del Amo.

Un Amo que en aquel momento, rugió de rabia lanzando lenguas de fuego por toda la caverna.

—¡Debéis sacar a las mujeres de aquí! —gritó Blake, girándose para enfrentarse al demonio—. ¡Deprisa!

—¡Allaban! —gritó uno de los hombres que había llegado hasta allí con él. Acababa de aparecer por el túnel, y en la mano llevaba una robusta hacha de doble hoja.

—¡Dadme eso! —gritó Blake, y el hombre se puso a la defensiva, preparado para golpear.

—¡No! —gritó Kenneth—. ¡Dadle el hacha y ayudadme a sacar a las mujeres!

El hombre obedeció sin dudarle, y lanzó el hacha por el aire hasta las manos de Blake.

—¡Seguid por ese túnel! —les indicó mientras se posicionaba delante de las lenguas de fuego que, cegadas, intentaban atraparlos a todos—. No os desviéis y ni dobléis en ningún cruce —

siguió, gritando—, hasta una cámara como esta. La salida es el cuarto túnel a la derecha. ¡Vamos! ¡Deprisa!

El hombre empezó a empujar a las temerosas mujeres hacia donde Blake les había indicado. Kenneth lo saludó con la cabeza, impresionado por la valentía de aquel hombre. Maisi se negó a irse, aferrándose a la espalda de Blake, sollozante.

—No, no me voy sin vos.

—Debéis iros, amor mío. Dejad que haga este último acto, que quizá consiga salvar mi alma de la condena eterna.

—¡NO! ¡NO! —gritó, pero Blake, en un último acto de compasión, la golpeó para dejarla inconsciente. La abrazó contra su cuerpo, cerrando los ojos, inhalando su aroma por última vez, y después miró a Kenneth, suplicante—. Salvadla, por favor.

Kenneth asintió con la cabeza, cogió a Maisi, y salió de allí, dejando a Blake solo para enfrentarse al diablo.

Cuando todos salieron de allí, Blake centró su atención en el altar. No sabía si lo que iba a hacer sería eficaz o no, pero no se le ocurría ninguna otra cosa.

El poder del Amo seguía buscándolo en la oscuridad en que ahora estaba sumido, lanzando lenguas de fuego por toda la caverna. Algunas le rozaron, quemándolo, pero se mordió los labios para no soltar ni un solo quejido. El Amo se alimentaba del dolor de sus víctimas, ofreciéndoles una salvación que era una farsa pero que servía a sus propósitos. Así lo engañó a él cuando era un niño indefenso y asustado, y lo había atado con cadenas que no podían verse pero que pesaban sobre su alma.

Consiguió esquivarlas sin que consiguiera tocarlo, y cuando llegó ante el altar, levantó el hacha por encima de su cabeza, y descargó el primer golpe, astillando la piedra y provocando un rugido de las llamas, que se intensificaron, creciendo ante sus ojos hasta convertirse en un monstruo aterrador.

Desenganchó el hacha, y volvió a golpear con todas sus fuerzas. Lo hizo una vez tras otra, dejándose en ello toda la energía y la voluntad que le quedaba, gritando con desesperación, sintiendo cómo las llamas lo rodeaban y se apoderaban de él. Su ardiente caricia quemaba su piel, pero no cejó en su empeño: siguió golpeando el altar, astillándolo con cada hachazo, viendo la piedra resquebrajarse y saltar astillas que lo atacaban como si tuvieran vida propia y quisieran defenderse.

Finalmente, con un rugido atronador, lanzó el último golpe que rompió el altar. Las llamas rugieron, se ensancharon, temblaron en el aire y, en un último acto agónico de desesperación, estallaron, inundando toda la caverna con el fuego del infierno.

Blake había tenido razón, sus heridas eran mucho menos graves de lo que había parecido en un principio. A medida que se iba alejando de la influencia del demonio bajo la montaña, recorriendo los túneles en dirección al exterior, el dolor iba disminuyendo. Y la sangre que manaba, también. ¿Había sido brujería? Kenneth tenía unas firmes convicciones religiosas, pero siempre había sido bastante escéptico en cuanto a la eficacia de los hechizos y esas cosas, pero

ahora, después de lo que sus propios ojos habían visto, ya no sabía qué pensar.

Llevaba a Maisi colgada del hombro, aún inconsciente.

—¡Apresuraos! —gritó al resto, y todos caminaron más deprisa para salir cuanto antes de allí—. ¿Dónde están los demás? —preguntó al cabo de un rato, refiriéndose a los hombres que habían entrado con él y que se habían quedado luchando contra los maleantes en la caverna anterior.

—Algunos, muertos —sentenció el de la hacha—. El resto, heridos, así que los envié fuera. Pensé que no nos serían de ninguna utilidad, no hacían más que lloriquear.

—Hicisteis bien.

El que había tirado el hacha a Blake, abría la marcha. Kenneth la cerraba, y en medio, las mujeres, que caminaban todo lo deprisa que les permitían sus pies descalzos. Estaban desnudas, y Kenneth se preguntaba cómo harían para cubrirlas. Tendrían que conformarse con las mantas que llevaban en los caballos.

—Blake...

El susurro de Maisi le avisó que estaba despertando, y se removía sobre su hombro, haciendo que le fuera más difícil moverse.

—Estaros quieta, muchacha —le ordenó—. Ya casi hemos llegado afuera.

Oía el ruido de los golpes del hacha contra el altar, y el rugido de las llamas. Casi habían alcanzado el exterior, cuando una explosión sacudió las entrañas de la montaña, haciendo que todos corrieran para salir de allí mientras el suelo temblaba, las paredes y el techo se resquebrajaban, y empezaban a caer cascotes sobre ellos.

Corrieron como alma que lleva el diablo. Los gritos de las mujeres rebotaban contra las paredes, imponiéndose sobre todo lo demás. Una nube de polvo los envolvió, y salieron tosiendo y escupiendo tierra, felices por estar vivos.

Ya en el desfiladero, Kenneth se giró para mirar lo que había sido la entrada a los túneles. Una montaña de piedras y tierra la había tapado. Nadie podría ya entrar o salir de allí, nunca más.

Los hombres del pueblo que habían sobrevivido a la lucha en la caverna, los estaban esperando un poco más allá, donde el desfiladero empezaba a ensancharse un poco. Maisi hacía un rato que había empezado a recuperar la conciencia, pero aún estaba aturdida, sin saber muy bien qué había pasado. Preguntaba por Blake, y Kenneth le decía que todo estaba bien, que no se preocupara. Sabía que el llamado Blake no podría estar vivo, pero la insistencia de la muchacha, y la forma en que se había comportado cuando intentaba sacarla de allí, le habían dejado claro que entre estos dos había pasado algo importante durante los pasados días.

—¡Bajadme!

Maisi se había despertado completamente. «Demasiado pronto», pensó Kenneth, pues intuía qué pasaría ahora.

La bajó con cuidado, y ella se tambaleó un poco, mareada, y se apoyó con la espalda en la pared del desfiladero. Se llevó una mano a la cabeza y la pasó por el golpe que Blake le había dado.

—¿Dónde está Blake? —preguntó en un murmullo, temerosa que sus sospechas fueran ciertas. Si estuviera allí, no sería Kenneth quién la hubiese estado cargando.

—Maisi...

—No —lo interrumpió, mirándolo con fiereza—. Quiero la verdad, Kenneth. No ha salido,

¿verdad?

Kenneth negó con la cabeza, afligido. Cuando las lágrimas empezaron a manar, la cogió de los hombros y la apretó contra su pecho, ofreciéndole un consuelo que sabía que no serviría de nada.

—Lo siento, chiquilla. Hubo una explosión y la entrada ha quedado tapiada; es imposible que nadie más salga de allí.

Maisi se agarró a su camisa, arrugándola con los puños, mientras el dolor la atravesaba. ¡No era justo! Blake había tenido una vida infame que ni siquiera podía llegarse a imaginar, y ahora, cuando podría haber conseguido un poco de felicidad, a su lado... se sacrificaba por ellos. ¿Y si había sobrevivido a la explosión? Estaría enterrado en vida. ¡Qué muerte más horrible!

Las lágrimas arreciaron, y los sollozos se hicieron desgarradores. Kenneth no sabía qué hacer excepto abrazarla, porque no había consuelo posible. Quizá con el tiempo, el dolor se mitigaría, pero decirle aquello en aquel momento sería cruel. Sobre todo porque, si lo amaba de verdad, sería una gran mentira. Su dolor por la pérdida de Seelie no había menguado en absoluto.

—Tenemos que seguir, muchacha.

—Lo sé. —Inspiró profundamente varias veces, intentando controlar el llanto. De repente, se separó de él y alzó el rostro para mirarlo. Sus ojos estaban brillantes por la esperanza—. Esperad. Un momento. Si ha sobrevivido a la explosión, quizá tenga una oportunidad. Esta no era la única salida de la red de túneles. Hay otra... —Su rostro se ensombreció—. Pero no sé dónde está.

—¿Qué queréis decir?

Maisi le habló sobre la salida que llevaba al pequeño lago donde se había bañado, y donde había hecho el amor con Blake, omitiendo la última parte. Parloteó apresuradamente, sobre el río, la cascada, y el pequeño valle cerrado, y Kenneth tuvo que obligarla a hablar más despacio porque era imposible entender qué quería decirle.

—¡Puede que haya salido por allí!, ¿no creéis? —exclamó al final, esperanzada, agarrándolo por la pechera y dando saltitos.

Kenneth lo dudaba, pero sabía que ella no se daría por vencida y que intentar hacerla desistir, sería inútil.

—Buscaremos ese valle, Maisi, pero primero debemos salir de aquí.

Capítulo ocho. La esperanza es lo que mueve el mundo.

Al día siguiente por la mañana, después de descansar durante el resto de la noche, y de despedir al resto de la partida, que volvía al pueblo con las mujeres rescatadas, Kenneth y Maisi se pusieron a buscar el valle escondido del pequeño lago.

Al principio, Kenneth se había negado a llevar a Maisi consigo, pero la testaruda muchacha, después de insistir con cada negativa, acabó amenazándolo con que lo seguiría a escondidas, y sola, si no la llevaba con él.

Tardaron un día entero en localizarla.

Se habían dirigido durante medio día hacia el oeste, buscando el río, y cuando lo encontraron, siguieron su curso hasta encontrar la catarata. El valle quedaba a bastantes metros por debajo de donde estaban, y no había ningún camino practicable para llegar hasta abajo, y mucho menos con los caballos. Tuvieron que dejarlos arriba, y arriesgarse a descender por la empinada cuesta de la montaña, agarrándose a las raíces que asomaban de la tierra, a los arbustos, y a los troncos de los árboles que crecían allí, desafiando la gravedad.

A mitad de camino, Kenneth le gritó:

—Ahí no parece haber nadie, Maisi.

—Puede estar en el túnel que hay tras la cascada —replicó ella, y siguió bajando sin hacerle caso.

Kenneth suspiró y la siguió, seguro que todo sería en vano, pero no atreviéndose a insistir.

Llegaron abajo después de tropezar, resbalar y arañarse multitud de ocasiones. Más de una vez, habían estado a punto de acabar rodando por la pendiente, pero la suerte los acompañó y pudieron evitarlo.

Maisi corrió hasta la orilla y miró a su alrededor, angustiada, buscando el camino por el que había bajado desde la catarata con Blake.

—¡Está al otro lado! —gritó, e intentó meterse dentro del agua para cruzar la laguna a nado, pero la férrea mano de Kenneth se lo impidió.

—Nada de eso, muchacha. Rodearemos el lago.

—¡Pero tardaremos mucho! ¡Y Blake puede estar malherido... o algo peor!

—Y si os metéis en el agua con ese vestido, cuando se empape no tardareis en hundiros por el peso.

—¡Pues me lo quito! —gritó, y no tardó en sacárselo y tirarse al agua totalmente desnuda, ante la atónita mirada de Kenneth.

—Mujeres... —barbotó. Miró a su alrededor y cogió una rama larga, bastante robusta. Ató el vestido de Maisi allí, afianzó la espada a su espalda para no perderla, y la siguió, atravesando el lago nadando, y manteniendo la rama con el vestido fuera del agua durante todo el trayecto.

Cuando volvió a hacer pie, Maisi había salido corriendo por el sendero que llevaba hasta la catarata. Gritó para que se detuviera, pero no lo consiguió. Corrió detrás de ella y, a medio camino, la alcanzó.

—¡Maldita sea, mujer! Vestiros, o vais a resfriaros.

Lo que no dijo fue que, verla así, corriendo desnuda, había despertado su lujuria, y que no tenía a nadie más que él mismo para aliviarse.

—¡Oh! Lo habéis traído —se sorprendió ella al ver el vestido en las manos de Kenneth, completamente seco—. Sois un cielo de hombre. Muchas gracias.

Un cielo de hombre. Kenneth jamás se había sentido tan insultado. Prefería mil veces que lo llamaran salvaje folla ovejas, pero jamás lo admitiría. Al final, decidió tomarlo por un cumplido y, mientras Maisi se vestía con rapidez, la adelantó, murmurando un «de nada» un tanto gruñón.

Cuando llegó al final del sendero, se quedó mirando hacia la catarata con los ojos entrecerrados. No veía por dónde debía seguir, ya que el camino terminaba abruptamente.

—¡Es por aquí! —gritó Meisi, saltando hacia la catarata sin pensárselo y haciendo que el corazón de Kenneth se detuviera durante más tiempo del conveniente.

—¡Muchacha! ¡Vais a hacer que me dé un ataque!

Oyó la risa de ella, amortiguada por el sonido del agua caer. Suspiró, resignado, y saltó detrás de ella.

Había un sendero detrás del agua, angosto y resbaladizo, y lo siguió con precaución. Llegó a la entrada de un túnel, grande, iluminada por la luz del sol. Se introdujo allí, sacando la espada por si acaso. No podía saber qué se encontrarían, y maldijo por la necedad que suponía dejar a la chica ir por delante de él.

—¡¡Kenneth!! —oyó el grito aterrizado y apresuró el paso—. ¡¡Está aquí!!

Cuando llegó a su lado, la vio arrodillada en el suelo, al lado del cuerpo de un hombre. Este tenía parte de la ropa quemada, con una herida en el lado izquierdo del torso que ocupaba también cuello, hombro y antebrazo. Tenía muy mala pinta, y dudaba que, en el caso que aún estuviera vivo, pudieran hacer nada por él.

—Hay que sacarlo de aquí, Maisi.

Ella asintió con los ojos llenos de lágrimas. Ver así a Blake, era un horror. Se había arriesgado para sacarla de allí, enfrentándose a un demonio terrorífico que lo había poseído desde que era un niño, superando cualquier miedo que pudiera sentir. Y estaba segura que lo tenía, ¿quién no, en su lugar?

Cuando Kenneth lo cogió en brazos y empezó a salir de allí con él, Maisi se limpió las lágrimas con rabia y fue detrás de él. Estaba vivo, lo sabía porque había visto su aliento salir por entre los labios, e iba a hacer todo lo que estuviera en su mano por ayudarlo y salvarlo. Le amaba. Era una locura, era consciente de ello, pero lo amaba y no podía hacer nada por detenerlo.

—Tenemos que lavarle las heridas —dijo en cuanto llegaron junto al lago—, o se infectarán.

—Además, está ardiendo de fiebre —añadió Kenneth mientras lo dejaba en el suelo.

—Quitadle la ropa, y meteos en el agua con él. —Maisi se había puesto al mando de la situación. Ahora que tenía a Blake con ella, no iba a dejar que muriera.

—¿Estáis segura? —preguntó, indeciso.

—Sí. Mi madre sabía de estas cosas y me enseñó muchas antes de morir. —Rebuscó entre un espeso matorral de hierbas, y sacó el cesto con el jabón, la toalla y el lienzo. Puso el jabón y el paño para frotar en las manos de Kenneth—. Vos lavadlo, limpiando bien las heridas, y yo le prepararé un lecho con el lienzo.

Mientras Kenneth desnudaba a Blake y se metía en el agua con él, Maisi empezó a juntar hojas

de los abundantes árboles. Las unió todas, haciendo un montón en el mismo sendero, y puso el lienzo encima. Blake tendría una cama limpia y seca.

Kenneth lo lavó con esmero, poniendo mucho cuidado en no hacerle daño en las zonas quemadas, pero Blake seguía inconsciente y no dejó ir siquiera un quejido. A Maisi le dolía verlo así, inmóvil, como si estuviera muerto. Su cuerpo inerte estaba totalmente a merced de su buena o mala voluntad, algo que a Blake no le gustaría: indefenso como un bebé.

Cuando Kenneth salió del agua llevándolo en brazos, Maisi corrió a secarlo, sin tocar el área quemada. Por suerte el fuego no había llegado a consumir tejido, pero serían unas heridas dolorosas cuando despertara, si es que llegaba a despertar... pero no quería pensar en esa posibilidad.

—Tiene un corte profundo en la cabeza —dijo Kenneth—, que no hemos visto antes. Supongo que alguna roca lo golpeó. Tuvo suerte de poder salir de ese infierno.

—Sí, suerte y fuerza de voluntad —contestó Maisi en un susurro mientras seguía secándolo con suavidad—. Supongo que no entendéis por qué yo...

—No soy nadie para juzgar, Maisi —contestó con firmeza, mirándola directamente a los ojos, y en ellos vio que él decía la verdad: no la juzgaba.

—Gracias. Pero supongo que es mi deber daros una explicación de por qué...

—El amor es el amor, lo sé muy bien —la cortó, moviéndose. Llevó a Blake hasta la cama que Maisi había preparado, y lo dejó con suavidad—. Cuando nos atenaza el corazón, es imposible luchar; es una guerra perdida. Y da igual que la razón nos grite hasta desgañitarse, advirtiéndonos que aquello que sentimos no está bien, que no es la persona adecuada. El corazón no sabe de lógica ni de razones.

Maisi lo había seguido y estaba de pie a su lado, mirando a ambos hombres: Blake tumbado en el lecho, Kenneth arrodillado a su lado, mirándolo. Eran muy diferentes, y sin embargo, parecían tener algo en común: un terrible sufrimiento los consumía.

—Vos sí lo sabéis —susurró, poniéndole una mano en el hombro. Él se levantó y se apartó de ella.

—Sí. —Calló un segundo, mirando hacia el cielo. Después suspiró y, sin girarse, cambió radicalmente de tema. No quería seguir hablando de eso—. Necesitaremos mantas, sobre todo él. —Miró hacia la pendiente al otro lado del lago y se rascó la cabeza—. Subir a por las que tenemos en los caballos me llevará demasiado tiempo, y se hará de noche antes que regrese. Probaré en el interior del túnel. Había muchos hombres allá viviendo, y con un poco de suerte encontraré mantas y provisiones.

—Muy bien. Yo me quedaré aquí, con Blake.

Kenneth rebuscó algo dentro de su *sporrán*, y sacó un frasquito de barro que le alcanzó a Maisi.

—Usad esto en sus quemaduras. Ayudará a que se curen con más rapidez.

—Gracias.

Maisi lo cogió y sonrió con tristeza, viendo como Kenneth se alejaba de ella en dirección a la catarata. Cuando desapareció tras la cortina de agua, se arrodilló al lado de Blake y destapó el tarro. Le cubrió las quemaduras con cuidado, y después miró el corte que tenía en la cabeza. Era profundo, como había dicho Kenneth, pero no sangraba desde hacía tiempo y había empezado a cicatrizar.

—Debería daros un par de puntos —dijo en voz alta, como si él pudiera escucharla—, pero no tengo nada con lo que hacerlo. —Blake tuvo un leve estremecimiento, y Maisi pensó que quizá

tenía frío. Se tumbó a su lado, y tiró del lienzo para cubrirle hasta la cintura porque la tela no daba para más. Le pasó la mano, estrechándolo contra ella, intentando transmitirle el calor de su propio cuerpo—. Sé que ahora mismo pensaréis que no tenéis ninguna razón para vivir, pero eso no es cierto, Blake. Os amo, y os necesito, y si no lucháis para recuperaros... —Ahogó un sollozo—. Sé que me amáis. Si no fuera así, no os habríais preocupado por mí, y no os habríais enfrentado a... esa cosa. No es justo que os rindáis ahora, Blake. Morirse es tomar el camino fácil; vivir es más doloroso, pero tenéis una oportunidad de saber lo que es la felicidad, conmigo. No sé cómo lo haremos, pero encontraremos la manera, os lo prometo. Solo vivid, por mí, por vos, por el niño que fuisteis y que no tuvo una oportunidad para conocer lo que era la felicidad. Por favor.

Poco a poco, a medida que hablaba, sus ojos se fueron cerrando y acabó profundamente dormida abrazada al hombre que amaba.

Así los encontró Kenneth cuando volvió al cabo de media hora. Habían tenido suerte, y la gran caverna donde los habían emboscado dos días antes, no se había derrumbado completamente y había podido encontrar algunas mantas, pero nada de comida. Los tapó con cuidado de no despertar a la muchacha, y después se puso a preparar un fuego. Sacó el pedernal del *sporrán*, y lo golpeó varias veces con su puñal hasta que las chispas prendieron. Por lo menos no pasarían frío.

La segunda parte, era conseguir comida. Para aquella noche sería imposible, pero podía preparar un par de trampas para conejos y, con suerte, por la mañana tendrían algo que echarse a la boca.

Kenneth entró en su dormitorio. Venía de la taberna, algo borracho, y se tambaleó. Se quedó un segundo parado, apoyado en la puerta abierta, boqueando. Los criados habían encendido el fuego de la chimenea, y la habitación estaba caldeada e iluminada tenuemente por el resplandor de las llamas.

Una figura se movió entre las sombras, y Kenneth entrecerró los ojos, intentando fijar la mirada para descubrir quién era.

—Kenny...

Seelie. Había susurrado su nombre con voz temblorosa. Las turbias brumas que entumecían su cerebro, se disiparon con rapidez.

—¿Qué hacéis aquí? —le preguntó cerrando la puerta, sabiendo que era peligroso que la descubrieran allí.

El sollozo de la muchacha lo hizo correr a su encuentro y envolverla en un abrazo, al que ella se abandonó, enterrando el rostro en su pecho y dejando ir el miedo que la atenazaba.

—No quiero casarme con ese hombre, Kenny... —susurró con voz suplicante, como si él pudiera hacer algo para impedirlo. Su padre, el MacDolan, no iba a cambiar de opinión al respecto.

—Lo sé, cariño, lo sé. —Su voz denotaba todo el dolor que sentía en aquel momento. Tenerla entre los brazos y no poder hacer nada por confortarla, mantenerla a salvo. Se sentía impotente, un inútil. ¿Qué clase de hombre era, si no podía proteger a la mujer que amaba? —. Pero tienes que aceptarlo.

—¡No! —gritó, apartándose de él, yendo hacia el fuego—. Es un mal hombre. Sus dos esposas anteriores murieron en accidentes. ¿Y si las mató? ¿Y si me mata a mí?

—No digáis tonterías —contestó, displicente, quitándole importancia al asunto.

—¿Tonterías?! —Que Kenneth dijera aquello, la hirió profundamente. Se giró al gritar, y su rostro quedó a la luz de la hoguera—. ¿¡Esto también son «tonterías»?! —le preguntó, señalándose el rostro.

Lo tenía amoratado por un lado, de un fuerte golpe. La rabia rugió por las venas de Kenneth.

—¿Os hizo esto? —le preguntó, acercándose a ella y levantándole el rostro para poder verlo mejor.

—Sí —susurró, apartando la cara de su contacto—. Vino a mi dormitorio hace un rato. «Estamos prometidos», me dijo, «así que ya tengo derecho sobre vos. ¿Por qué esperar a la noche de bodas?». Cuando le dije que no, me golpeó, y yo salí corriendo.

—¡Maldito! —rugió, y caminó derecho hacia la puerta, pero Seelie se lo impidió, aferrándose a él con fuerza por la espalda, rodeándolo con sus brazos, sollozando casi histéricamente.

—No me dejéis, por favor, no me dejéis sola —le suplicó—. Me está buscando, pero nunca se atreverá a venir aquí. Si vais a por él, sabrá dónde estoy escondida, acudirá a vuestro padre, y yo estaré perdida... Por favor...

Kenneth se giró y la abrazó con fuerza, besándola en el pelo.

No sabía qué hacer, y su incapacidad para protegerla, lo estaba carcomiendo. Era un cobarde por no tener el valor de enfrentarse a su padre, y Seelie iba a pagar las consecuencias.

—Nos vamos de aquí —dijo, resuelto—. Voy a secuestrar a la novia, y después ya enfrentaremos lo que venga, juntos.

Seelie alzó el rostro y lo miró con los ojos brillantes. Seguían cayendo lágrimas, pero la alegría estaba sustituyendo a la tristeza que había estado allí antes. Sonrió, y Kenneth no pudo evitar lo que ocurrió a continuación.

La besó como si el mundo estuviera a punto de llegar a su final, con una desesperación rayana en la locura, explorando su boca con impaciencia, apretándola contra sí con sus fuertes brazos, luchando contra sí mismo para no arrancarle la ropa y hacerle el amor allí mismo. Ahora que había roto todas las cadenas con las que se había encarcelado, las del honor y la fidelidad a su familia y su clan, ya no había vuelta atrás.

—Vámonos —susurró contra sus labios.

—Sí, vámonos...

Kenneth se despertó sobresaltado, otra vez. Maisi seguía dormida, y Blake, inconsciente. No tenía mucha fe en que el hombre lograra sortear a la muerte, pero tampoco quería quitarle la esperanza a la muchacha. A veces, esta era lo único que quedaba.

Se movió sin hacer ruido y se internó en el bosque. Tenía que mirar si las trampas que había puesto la noche anterior, habían dado frutos.

El sol ya estaba en el cielo cuando Blake se despertó. Lo primero de lo que fue consciente, incluso antes del terrible dolor que lo asaeteaba, fue del cuerpo caliente que tenía a su lado, y del inconfundible aroma que la envolvía. «Maisi».

La desazón se apoderó de él, al pensar, en su atribulada mente, que aún estaban dentro de la caverna, a merced de la maldad; pero al abrir los ojos y verse bajo una cúpula verdosa, recuperó los recuerdos. Maisi había conseguido escapar, ayudada por el escocés. Entonces, ¿por qué estaba allí?

El dolor lo hizo gruñir. Tenía el lado derecho del cuerpo ardiendo, como si estuviera sobre una fogata como un cerdo, asándose. Intentó moverse, pero el dolor fue mayor aún y no pudo contener un quejido gutural que despertó a Maisi.

—Blake... —susurró, incrédula, mientras se incorporaba hasta poder verlo bien—. Habéis despertado.

La voz se le estranguló por la emoción. Quiso abalanzarse sobre él, abrazarlo, llenarlo de besos, pero se contuvo porque no quería causarle más dolor.

—Qué... qué hacéis aquí —preguntó él, y Maisi le contó cómo lo habían estado buscando con la esperanza que hubiera podido escapar al derrumbe de la caverna—. No deberíais haberlo hecho —le recriminó, asustado y enfadado a partes iguales. Ella no debería estar allí. Debería haber vuelto con su padre, a su vida, y olvidarlo.

—No podía no hacerlo —contestó ella, simplemente.

—Tengo sed.

Blake no podía seguir hablando. Tenía la boca y la garganta seca, además de no saber qué decir a aquella afirmación tan tajante. «No podía no hacerlo».

Maisi se levantó con presteza y corrió hasta el estanque. Llenó un cuenco con agua, y se lo llevó. Lo ayudó a incorporarse un poco, lo justo para poder beber, y Blake soportó el dolor con estoicismo, pero no pudo evitar que la cara se le arrugara con una mueca.

—Veo que habéis despertado.

La voz de Kenneth retumbó en el aire. Maisi ayudó a Blake a volver a acostarse, y este volvió a gruñir.

—Más me hubiera valido no hacerlo —refunfuñó.

—No digáis eso —exclamó Maisi, dolida—. No quiero que muráis —susurró.

Blake giró la cabeza para mirarla.

—Deberíais iros y dejarme aquí. Vuestro padre estará preocupado.

—Mi padre sabe que estoy bien, le mandé recado con los que volvieron al pueblo. Y vos me necesitáis.

—Yo no necesito a nadie. Nunca lo he necesitado, y menos que nadie, a vos —dijo con voz dura.

Maisi lo miró con los ojos llenos de dolor. Ahogó un sollozo en la garganta y se levantó.

—Me voy a caminar un rato —dijo, y se alejó de allí. No quería seguir oyéndolo decir sandeces.

—Sois un estúpido —dijo Kenneth al cabo de un rato, cuando la muchacha ya estaba fuera de su vista. Se había arrodillado al lado del fuego y estaba desollando los dos conejos que había conseguido atrapar.

—¿Por querer ahorrarle el sufrimiento? Aun en el caso que al final yo consiga sobrevivir, no tenemos ningún futuro juntos. No tengo nada que ofrecerle.

—Os tenéis a vos, y eso es suficiente para ella.

—Pero no lo es para mí. Ella merece un hombre que la pueda cuidar, mimar; un hombre sin demonios en su alma, y un pasado que llevará como un lastre el resto de su vida. —La risa seca de Kenneth hizo que Blake arrugara el entrecejo e hiciera el esfuerzo de girarse para mirarlo—. ¿Os

reís?

—No hay hombres como los que decís, no en esta tierra. Todos tenemos nuestros demonios, Blake, solo tenemos que acostumbrarnos a vivir con ellos.

—No hablaríais así si tuvierais en vuestras manos la sangre de tantos inocentes.

Kenneth pensó en Seelie. Su sangre estaba en sus manos, pues su muerte había sido provocada por su propia estupidez. Había creído que podría protegerla, pero ni siquiera fue capaz de protegerse a sí mismo.

—Os ama, Blake, y vos a ella. No cometáis el error de pensar que eso no es importante, o que no merecéis su amor. Habéis hecho cosas terribles, y vuestra conciencia os perseguirá siempre por eso, pero no significa que no tengáis derecho a amar y ser amado. Castigándoos a vos, la castigáis a ella también. ¿Merece Maisi sufrir por vuestra causa? Dios os está dando una oportunidad, y seríais un necio si la desaprovecharais.

—Ella me olvidará. Encontrará a otro hombre mil veces mejor que yo, que podrá hacerla feliz.

—Erráis de lleno. Jamás se olvida al amor perdido. Podemos sobrevivir día a día, incluso aparentar ser feliz, pero en el interior siempre queda el vacío que dejó la persona que ya no está. Si os marcháis y la abandonáis, seréis un cobarde, y condenaréis a Maisi a un dolor que no merece. Si no queréis hacerlo por vos, hacedlo por ella. Considerad el hacer feliz a Maisi, como una penitencia, si así os place. Pero hacedla feliz. Y sed feliz junto a ella.

—No tengo cómo hacerla feliz, ¿no lo comprendéis? Qué puedo hacer, ¿ir a Recodo Salvaje con ella? ¿Creéis que su padre me recibirá con los brazos abiertos? Tendría suerte si no me ahorcaran...

—No tenéis por qué volver.

Ahora le tocó a Blake reírse con sarcasmo.

—Por supuesto. Arrastro a Maisi a una vida errante, como esposa de un mercenario, de batalla en batalla. ¿Cuánto tiempo creéis que tardaría en odiarme? No soy nada, ni nadie, y lo único que sé hacer es luchar. El único futuro que tengo es morir en un campo de batalla, luchando por unas míseras monedas, más pronto que tarde, dejando a Maisi sola y desamparada. No, no es el futuro que quiero para ella.

—Hay otra solución —confesó Kenneth. Había terminado de limpiar los dos conejos y los había ensartado para empezar a asarlos sobre el fuego—. Si os atrevéis a aceptarla.

—¿Cuál?

—Conozco gente en las Tierras Altas, personas que pueden ofreceros un hogar a cambio de vuestro servicio.

—No me aceptarán...

—Lo harán si yo se lo pido.

—Estáis muy seguro.

—Sí, lo estoy. Avisadme cuando decidáis qué vais a hacer, pero tened presente algo: si apartáis a Maisi de vuestro lado, ambos lo lamentaréis toda la vida.

Pasaron varios días. Por fortuna, Blake fue recuperándose poco a poco de sus quemaduras. Le quedarían unas feas cicatrices en el cuello, pecho y parte superior del brazo, pero a Maisi no le importaba. Lo que le importaba de verdad, era que se negaba a mirarla o a hablar con ella. Cuando acudía a ayudarlo para que se incorporara para comer o beber agua, la apartaba con

brusquedad.

Sabía porqué lo hacía. Quería que lo abandonara, que renunciara a él y volviera a la aldea, con su padre. Estaba convencido que no podría hacerla feliz, y ella no sabía cómo demostrarle que estaba equivocado. No era estúpida, sabía que estar juntos iba a ser una vida dura para ella, pero estaba dispuesta a correr el riesgo porque lo amaba. ¿Por qué se negaba a entenderlo?

—No sabe hasta qué punto le dolerá dejarte marchar —le dijo un día Kenneth—, y cuánto te hará sufrir a ti.

Eso la hizo pensar que quizá...

Kenneth había salido a revisar las trampas y a buscar leña, y sabía que tardaría un buen rato en regresar. Blake estaba sentado, apoyado en el tronco de un árbol. Seguía débil y dolorido, y no podía moverse demasiado aún. Sabía que estar tan indefenso lo fastidiaba mucho, y depender de ellos para sobrevivir, más. Por eso se mostraba huraño, maleducado, incluso insoportable, en un vano intento por obligarlos a marchar y dejarlo solo. Jamás haría algo así. Temía que pudiese cometer una tontería, como quitarse la vida. En sus ojos lo veía con claridad, que no quería seguir viviendo, y lo único que impedía que actuara en consecuencia, era su presencia allí.

Tenía que hacerlo reaccionar de alguna manera.

—Voy a darme un baño —anunció con voz monótona acercándose al lago. Hacía días que había dejado de mostrarse llorosa, sabiendo que no lo conmovía. O si lo hacía, él lo disimulaba muy bien con palabras crueles dirigidas a ella.

Él no contestó. Se limitó a mirarla con sus ojos azules como el hielo, sin mostrar sentimiento alguno. «Muy bien —pensó—. Ya veremos si sigue tan impasible dentro de unos minutos».

Se quitó la ropa delante de él, quedándose completamente desnuda. Sentía sus ojos en ella como ascuas que le hacían arder la piel, y casi podía sentir su respiración agitada revoloteando en su nuca, como si lo tuviera pegado a la espalda. Pero él seguía apoyado en el árbol, y no se había movido.

Se metió en el lago poco a poco, contoneando las caderas, salpicándose el cuerpo con agua con ayuda de las manos. Estaba fría, pero no era desagradable. Se metió del todo y empezó a nadar, deleitándose en la caricia que recorría todo su cuerpo, moviéndose como una *kelpie* entre las ondulaciones, girándose hacia el sol, flotando lánguida con los pechos fuera del agua. Sabía que Blake la estaba mirando, así que puso en marcha su plan.

Se sumergió, nadando hacia el fondo con decisión, y después giró hacia la derecha, donde había un grupo de árboles cuyas raíces se sumergían en el agua alejadas de la tierra. Sacó la cabeza fuera del agua, protegida de los ojos de Blake detrás de las raíces, y rezó porqué su estrategia diera resultado. Lo observó, viéndolo removerse con preocupación al ver que no aparecía de nuevo. Se levantó con dificultad, emitiendo gruñidos y gemidos por el dolor que le suponía aquel esfuerzo, y caminó hacia la orilla, llamándola a gritos y con insistencia. Le dolía hacerlo sufrir así, pero quería que se diera cuenta de la agonía que representaría para ambos si él no cambiaba de opinión.

Blake dio dos pasos más, entrando en el agua. Llevaba unas calzas que Kenneth había rescatado de la caverna, y sus botas que, aunque algo magulladas, habían sobrevivido. Tenía el torso descubierto porque no soportaba que nada lo rozara allí, pues aún tenía las quemaduras muy tiernas.

Volvió a llamarla, a voz en grito, y decidido entró en el agua, dispuesto a hacer lo que fuera por rescatarla.

—¡Estoy aquí! —gritó ella, saliendo de su escondite. No quería que entrara más en el agua y

pusiera en peligro su recuperación.

—¡Estáis loca! —gritó él, enfurecido, y se dio media vuelta para volver a su árbol.

Ella nadó hasta la orilla, satisfecha. Si él hubiera estado en mejor estado, lo hubiese dejado sufrir un poco más, hasta que se sumergiese en su busca varias veces.

Salió del agua y caminó hasta él, decidida.

—¿Os habéis preocupado por mí? —le preguntó con sarcasmo.

—No —fue su contestación, seca y contundente.

—No os creo —replicó ella—. Os habéis angustiado al no verme, pensando que me había pasado algo. Eso es lo que yo sentiré el resto de mi vida, si me obligáis a apartarme de vos. Nunca descansaré, ni dormiré en paz, ni seré feliz. Lloraré de desesperación hasta que mis ojos se sequen, y me convertiré en una mujer amargada y llena de odio. Por vuestra culpa.

—No digáis eso...

Blake había apartado el rostro, mirando hacia otro lado para no verla, pero ella estaba allí delante de él y no podía evitarlo.

—No queréis escucharlo porque sabéis que es cierto. Y a vos os pasará lo mismo. O peor aún. Buscaréis la muerte desesperadamente hasta que la consigáis. Y yo deberé vivir sabiendo que podría haberos hecho feliz, pero que no fui capaz de convencerlos de ello. Me sentiré culpable. Seré culpable.

—Basta.

—No. No pienso callarme. —Se arrodilló ante él y alzó la mano hasta acariciarle el rostro. Él intentó apartarlo, pero el tronco se lo impidió. Si hubiese estado bien, se hubiera levantado con agilidad, pero el esfuerzo hecho anteriormente para ir hasta la orilla del lago, lo habían dejado dolorido y débil de nuevo—. Es la verdad.

—Maisi, yo...

—Me amáis. Lo sé. Y yo os amo. ¿Por qué no podéis darnos una oportunidad? Tener esperanza.

—Porque ya no sé lo que es, Maisi. Me la arrebataron siendo un niño, y no pude volver a encontrarla.

—Miradme. —Blake lo hizo, fijó los ojos azul hielo en los suyos y se perdió en ellos—. Me tenéis aquí. Yo soy vuestra esperanza. Permitid que os alcance de nuevo.

Blake tragó saliva y la nuez le bailó en la garganta. El rostro de Maisi cada vez estaba más cerca del suyo, se acercaba peligrosamente, provocándolo, seduciéndolo, inundándolo de una terrible ansia por poseerla que el dolor no iba a impedir.

—Maisi... —susurró su nombre, vencido, cogiendo su rostro, abalanzándose sobre él, fundiéndose en un beso interminable, deseado, desesperado.

Sus lenguas pelearon para hacerse con el control. Maisi se agarró a su pelo y fue poniéndose a horcajadas sobre él, deshaciéndole el lazo de los calzones, liberando su verga enhiesta, gruesa, dura, suave como la seda. La acarició, deleitándose en la tersura de su piel, haciéndola llorar de alegría, rodeándola con sus dedos y dirigiéndola hacia donde debía estar, en su hogar, en su interior, llenándola y haciéndola sentir la mujer más feliz del mundo.

Fue una follada rápida y brutal para ambos, una follada en la que no se pronunció palabra alguna, en la que todo se dijo con gruñidos, gemidos y gritos de placer. Hablaron los cuerpos con sus explosivos orgasmos que los dejaron agotados, exhaustos, incapaces de moverse, ella encima de él, él apoyado contra el árbol. Ni siquiera había sentido dolor.

Cuando Kenneth regresó, los encontró dormidos, en la misma posición. Cogió una de las

mantas y la echó con cuidado sobre los hombros de Maisi, y se fue a la orilla a pescar con la caña que se había hecho, sonriendo triunfal al ver que, por fin, Blake había cedido a los deseos de la muchacha.

La boda fue cuatro días después, en la pequeña capilla dedicada a san Andrés, con la presencia de Kenneth y Lean, el padre de Maisi. Este había aceptado la unión a regañadientes, sabiendo que si le daba la espalda a su hija, esta se casaría igual, aunque con el corazón roto.

—¿Estáis seguro de esto? —pregunto Blake cuando Kenneth le entregó la carta para el MacDolan de Aguas Dulces.

—Completamente. Entregadle esta carta al *laird*, y él os acogerá. Os dará un buen puesto entre sus hombres, y un lugar donde ambos podréis crear un hogar.

—No lo entiendo —murmuró, mirando el papel, confuso—. ¿Por qué lo hacéis?

Kenneth se encogió de hombros. Se negaba a contarle su historia, a darle el verdadero motivo: Seelie.

—Porque soy un buen tipo —frivolizó con una sonrisa, y se alejó de allí, caminando hacia su caballo con paso pausado. Montó en Tormenta y les dijo adiós sacudiendo la mano.

Quizá algún día volverían a encontrarse. Cuando su corazón hubiese sanado lo suficiente como para enfrentar de nuevo el que había sido su hogar.

La hija del laird

Trilogía El escocés errante 2

Sophie West

DirtyBooks

Prefacio. La huida.

Dos sombras se deslizaban entre las callejuelas estrechas de Aguas Dulces. Iban agazapados, huyendo de las luces que emanaban de las antorchas de las pocas personas que todavía se movían por las calles, guardias en su mayoría, que hacían las rondas para mantener la tranquilidad en el pueblo que había crecido a lo largo de los años, rodeando las murallas del castillo.

La luna llena les era suficiente para poder ver dónde ponían los pies, y no tropezar con algo. Se movían como fantasmas recién salidos de sus tumbas, en completo silencio, atentos a cualquier movimiento que pudiera producirse a su alrededor.

Solo tendrían una oportunidad de conseguir su objetivo, y sabían que fallar no era una opción si querían mantener la vida, pues si eran apresados, con toda seguridad el *laird* MacDolan los colgaría sin dudarle ni un instante.

Gawin maldijo su mala suerte una vez más al recordar cómo había llegado a esta situación. Era un MacKenzie, el hijo pequeño del *laird* de su clan; provenía de un linaje antiguo que se remontaba a la era de los druidas, cuando ni siquiera los romanos habían pisado sus tierras, y no pensaba consentir una afrenta a su dignidad como la que estaba sufriendo. Su orgullo y amor propio habían sido seriamente heridos, y esta era la única manera que conocía de restablecerlos, a pesar del riesgo para su vida.

Contra su pecho, debajo del jubón, guardaba la carta que Rosslyn le había escrito anunciándole su inminente viaje a Aguas Dulces, junto a su padre, para conocer brevemente a su prometido antes de los esponsales. En ella le decía adiós pues, aunque su corazón siempre le pertenecería a él, debía hacer honor a la palabra de matrimonio dada por su padre a Lean MacDolan, el *laird* de Aguas Dulces.

Pero Gawin no podía permitirlo. Rosslyn y él se amaban desde que eran niños. Siempre habían soñado que formarían una familia juntos, y así hubiera sido si Evanna, la hermana mayor de Rosslyn, no hubiera muerto seis meses atrás de una enfermedad fulminante que se la había llevado en apenas una semana. Evanna era la prometida de Lean, y no Rosslyn; pero a la muerte de la primera, el padre de su amada había negociado en secreto un nuevo compromiso con el MacDolan. Ambos ansiaban la unión de los dos clanes, pues esta alianza los convertiría en los más fuertes de todas la Highlands, y el Douglas se aseguraba un sucesor digno cuando él muriera, pues Dios no lo había bendecido con ningún hijo varón que heredara sus tierras.

Pero él sabía que también podría ser un digno sucesor como *laird* de los Douglas cuando se casara con Rosslyn. Su padre, el MacKenzie, se había ocupado que tanto él como su hermano mayor estuviesen igualmente preparados para gobernar, pues nadie sabía qué podía deparar el futuro.

—Sigo sin tener clara esta locura, Gawin —susurró Craig contra su espalda mientras seguían deslizándose por las sombras, cada vez más cerca del torreón donde sabía, estaban los aposentos de su amada.

—Nadie te ha obligado a venir —contestó, conteniendo su impaciencia, pues su amigo había estado rezongando la misma letanía desde el momento en que abandonaron su hogar para venir

aquí.

—Que haya venido por mi propia voluntad, no quiere decir que me guste tu idea.

—¿Entonces por qué has venido?

—Porque alguien tiene que vigilarte las espaldas, maldita sea. No podía permitir que vinieras solo, y estaba claro que no había nada que pudiera hacerte cambiar de idea.

—Solo la muerte podrá obligarme a renunciar a Rosslyn —sentenció con voz dura, queriendo terminar así la absurda discusión.

Craig apretó los dientes, consciente de que discutir con Gawin solo llevaría a que sus susurros fueran oídos por alguno de los guerreros que hacían guardia en las murallas, dando la alarma de su presencia.

Por fin llegaron a los muros del torreón, y Craig miró hacia arriba, rascándose la cabeza. Su ensortijado pelo rojizo, rizado y enmarañado, a duras penas percibió la intrusión de su mano.

—¿Estás seguro que puedes escalarlo? —le preguntó, dudando de la habilidad de su amigo. Era cierto que Gawin era muy ágil, y desde pequeño había desarrollado la peligrosa habilidad de escalar los muros como si fuese una lagartija; pero la torre se alzaba ominosa ante ellos, y la única luz que iluminaba sus paredes era el tenue resplandor de la luna, que podría ocultarse tras las nubes en cualquier momento, dejándolo a ciegas y colgado como un fiambre.

—Llevo dos días observando estos muros. Puedo hacerlo con los ojos cerrados.

—Está bien. Acepto que puedes subir hasta los aposentos de Rosslyn. Pero, ¿y si ella se niega a venir contigo? ¿Cómo lo harás? Porque no será fácil bajar con ella a cuestras, si se resiste.

Gawin llevaba una gruesa y larga cuerda enrollada alrededor de su torso, con un resistente garfio de hierro atado en uno de sus extremos. El plan era subir hasta la ventana de Rosslyn, afianzar el gancho en el alféizar, tirar la cuerda llena de nudos hasta abajo, y utilizarla para que ambos pudieran bajar por allí hasta el suelo. El plan era sencillo y viable, siempre que Rosslyn colaborara. Su amada no era una muchacha remilgada y miedosa.

—No se negará —afirmó, terco, negándose a pensar siquiera en la posibilidad de que ella lo rechazara después de haber ido hasta allí para rescatarla de un matrimonio que no quería ni deseaba.

—Te envió una carta.

—Estoy seguro de que fue su padre quién la obligó a escribirla. Nada de lo que me decía tenía sentido.

—Pues yo creo que sí lo tenía. Para las mujeres, el honor es tan importante como para nosotros, y ella no querrá faltar a la palabra dada por su padre.

—Vete al infierno —le espetó mientras miraba hacia arriba del muro—. La bajaré a la fuerza si es necesario.

—Os mataréis los dos.

Gawin no contestó. Giró el rostro para mirar a su amigo con fijeza, y un brillo acerado y mortal refulgió en lo más profundo de sus ojos, haciendo que Craig se estremeciera. Esos ojos no parecían humanos, sino sacados de los cuentos que su madre le narraba delante del fuego del hogar, durante las frías noches de invierno; historias aterradoras de hombres que se convertían en lobos, de brujos y hechiceros, de demonios que habían escapado del infierno y caminaban bajo la luz del sol.

Gawin empezó a subir por el muro aferrándose a las piedras salientes mientras Craig permanecía abajo persignándose una y otra vez, alzando una plegaria a Dios para que su mejor amigo no acabara estrellado contra el suelo por culpa de su mal entendido orgullo.

Capítulo uno. El vagabundo.

Habían pasado seis meses desde su despedida de Blake y Maisi. Seis meses en que había estado vagando sin rumbo fijo, de taberna en taberna, y de cama en cama. Seis meses en que se sentía feliz por ellos, por haber conseguido tener la oportunidad de construir un futuro juntos, pero en que había sentido, más que nunca, la ausencia de Seelie.

Se echó hacia atrás y apoyó la espalda en la pared de la taberna. Estaba sentado en un rincón cerca del fuego, como siempre, con la espalda protegida y las puertas a la vista. Fijó los ojos en la tabernera que lo había servido hacía un rato, coqueteando con él. Deambulaba entre las mesas, riendo y provocando a los comensales, instándolos a beber y comer más.

Todo estaba tranquilo, un perfecto anochecer de finales de verano. Pronto llegaría el otoño, y con él, el frío, la lluvia y después, la nieve.

Echaba de menos su casa, su hogar. Los últimos días le estaba rondando la idea de volver a Aguas Dulces, por lo menos una temporada. Descansar, tornar a ver a los suyos, abrazar a su padre y sus hermanos... sería una prueba de fuego, regresar a los lugares en los que había sido feliz con Seelie, y mantenerse cuerdo.

Pero no sabía si estaba preparado.

La moza de la taberna se acercó a él, contoneando las caderas. Adornó su rostro con una sonrisa y se sentó a su lado. Descarada, le puso una mano en la pierna y se arrimó, susurrándole al oído:

—Tengo algo para vos, entre mis piernas. ¿queréis verlo?

¿Lo quería? Por supuesto.

—¿Y a dónde tengo que ir, para que me lo mostréis, muchacha?

—Solo tenéis que seguirme...

Se levantó y él la siguió. En la parte de atrás de la taberna había una habitación con un camastro, pero Kenneth no tenía ganas de camas. La cogió por el pelo y la arrimó a él, agresivo.

—Venid aquí, muchacha. Dejadme ver qué tenéis...

Ella se deshizo con rapidez del vestido, dejándolo caer al suelo, mostrándose sin pudor ni vergüenza.

—¿Qué os parece? —le preguntó, sonriendo provocadora mientras recorría su propio cuerpo con las manos hasta llegar a los pechos, ofreciéndoselos con generosidad.

—Os lo diré en cuanto los pruebe —contestó él abalanzándose sobre ellos.

Siempre era así. Durante el rato que duraba el coito, Kenneth era capaz de olvidar a Seelie y todo el dolor que embargaba su corazón. Pero en cuanto el orgasmo lo sacudía, volvía a sentirse vacío, abandonado, miserable. Mil veces se había preguntado si no sería mejor mantenerse casto, sustituir el sexo por la cerveza y el whisky, y permanecer en un estado de embriaguez constante hasta que la muerte lo sorprendiera. Pero siempre acababa cediendo a la necesidad de sentirse vivo de nuevo, y eso solo lo conseguía cuando estaba entre las piernas de una mujer.

Salió de la habitación dejando a la muchacha sobre la cama, plácidamente dormida y saciada

después del intenso encuentro que habían mantenido. Dejó unas monedas sobre la mesa desvencijada que había al lado del camastro, y volvió a la taberna.

Se sentó en una mesa desocupada, y empezó a beber una jarra de cerveza tras otra. Su sed parecía infinita, pero no había nada que pudiera lavar su conciencia manchada, ni todo el alcohol del mundo podría lograr un milagro así.

La muchacha regresó unos minutos más tarde, sensualmente despeinada, y con los labios hinchados de los furiosos besos que le había dado. En el hombro que su vestido dejaba al descubierto, se veía la señal de un mordisco que él le había dado. Se sintió un mal hombre, indigno, y se consoló hundiendo la cara en otra jarra de cerveza, bebiendo como si la vida le fuera en ello.

—¡Eh, tú! Follador de ovejas. Esa mesa que ocupas es nuestra.

Un estallido de carcajadas inundó el local. Kenneth tenía la mente turbia por culpa del alcohol, y se aferraba a su jarra manteniendo la vista fija en el líquido ambarino que todavía había dentro.

—¿Es que no me has oído? Salvaje bueno para nada, lárgate de aquí y vuelve a tus montañas.

Alguien golpeó su mesa y la jarra tembló. La cerveza se arremolinó en su interior y salpicó el rostro de Kenneth. Alzó los ojos y miró con escepticismo al hombre que, plantado delante de él, con los brazos en jarras, seguía la burla sobre su gente.

—Disculpadme, ¿que habéis dicho?

—Que todos los hombres de las Tierras Altas son unos salvajes, folladores de ovejas, buenos para nada, que cuando no están con la polla fuera, se divierten matándose entre ellos.

El coro de carcajadas los rodeó a ambos. Los parroquianos de la taberna parecían muy divertidos con sus palabras. Kenneth pensó que eran bastante estúpidos al provocarlo así. ¿Es que no se habían dado cuenta de la enorme espada que llevaba atada a su espalda? ¿No habían visto sus músculos, desarrollados durante los años que hacía que iba de batalla en batalla? ¿Es que no habían percibido el filo de peligro que siempre irradiaban sus ojos?

Parecía que no.

—Admito que sois muy valiente diciéndolo ante mí. ¿Vais a disculparos por vuestras palabras?

—¿Por que tendría que hacer eso? —preguntó, bravucón, envalentonado al sentirse arropado por el resto de bebedores del lugar.

—Porque puedo haceros pagar vuestras palabras con sangre.

—¿Vos? —El hombre miró a su alrededor mientras seguía burlándose—. ¿Y cuántos más?

Cuando volvió la mirada hacia Kenneth, se encontró con el puño de este yendo directo hacia su nariz. Con el impacto, empezó a chorrear sangre. Trastabilló hacia atrás, balanceando los brazos irracionalmente para intentar mantener el equilibrio, pero finalmente cayó sobre una de las mesas con gran estrépito, tirando al suelo jarras, platos, bebidas y comidas.

Y estalló la pelea.

Empezaron a volar objetos, mezclados con puños, rugidos, maldiciones, obscenidades, jarras de cerveza, sillas... Lo que empezó siendo una pelea de uno contra uno, se convirtió en una batalla campal en el mismo momento en que el oponente de Kenneth quiso devolverle el golpe pero falló, aterrizando sobre otro parroquiano que lo obsequió con una imprecación mientras se lo sacudía de encima, lanzándolo hacia el otro lado. Al empujarlo, golpeó al hombre que tenía al lado, que maldijo y se revolvió.

Media hora más tarde, con el local destrozado y el tabernero sollozando y clamando al cielo,

Kenneth salió del establecimiento con solo algunas magulladuras pero el ánimo mucho más calmado. Una buena pelea siempre le servía para relajarse. No era lo mismo que follar, por supuesto, porque el estado de después no era, ni mucho menos, tan satisfactorio; pero el cuerpo maltratado y dolorido le impedía pensar demasiado, y el dolor agudo de los maltrechos músculos lo ayudaba a enmudecer el dolor sordo que siempre lo acompañaba.

Era como cuando siendo un chiquillo, corría llorando hacia su padre porque se había hecho daño, por regla general por culpa de alguno de hermanos. Su padre, todo corazón, le daba una bofetada que le hacía resonar la cabeza, dejando su mejilla pulsante, y el dolor que le había llevado hasta allí, pasaba a ser insignificante en comparación con el causado por el revés, unido a la humillación de ser reprendido con brusquedad por el hombre que más admiraba en el mundo.

Estaba borracho y dolorido, y caminó tambaleante en dirección a la posada donde se hospedaba. Tenía una ceja partida que sangraba escandalosamente, y el ojo se le estaba hinchando; en cambio, su ánimo se había calmado y pensaba dormir hasta el amanecer de un tirón.

Sí, señor; una buena pelea sí que ayudaba.

El amanecer lo sorprendió durmiendo a pierna suelta sobre su camastro. La luz del sol incidió sobre su rostro y lo hizo parpadear, confuso. Uno de sus ojos palpitaba como si se lo hubiesen hinchado de un puñetazo... Un momento, se lo habían hinchado de un puñetazo en una salvaje pelea en la taberna donde había estado bebiendo esperando acabar inconsciente. En cambio, había salido de allí caminando sobre sus propios pies, y había terminado durmiendo como un lirón, completamente agotado.

Gruñó cuando intentó moverse y todos sus músculos protestaron en contra de tan absurdo movimiento, pero no podía quedarse allí. Llevaba varios días en aquel pueblo de mala muerte, y los aldeanos empezaban a ponerse nerviosos por su culpa. La prueba la había tenido la noche anterior.

Se sentó con dificultad y se miró las manos. Estaban sucias, y supo que el resto de su cuerpo no presentaría mejor aspecto. Hora de darse un buen baño.

El posadero lo miró con ojos extrañados cuando le solicitó tan insólito servicio. La limpieza no era algo muy normal por aquellos lugares; ni siquiera lo había sido en Aguas Dulces, y sus hermanos se reían de él por tener esa peculiaridad: no soportaba estar sucio. Aunque debía admitir que, con los años, se había vuelto más distendido en este asunto. Pero hasta ahora, cuando todo le daba igual, tenía sus límites en aquel aspecto, unos límites que procuraba no cruzar para no convertirse en un salvaje.

Desayunó mientras le preparaban una tina en el patio trasero, llenándola con agua caliente. Comió con ganas, intentando aplacar el gruñido de su estómago que se revolvía ante tan abrupta invasión, obligándose a tragar porque, en cuanto se pusiera en marcha, no sabía cuánto tiempo pasaría antes de poder volver a comer caliente. Mientras viajaba de un pueblo a otro, no le gustaba perder el tiempo en cazar un escuálido conejo que después tenía que desollar. Prefería alimentarse a base de carne seca, queso y pan duro, mientras regaba su garganta con agua. Nada de alcohol mientras viajaba. Uno nunca sabía qué podía encontrarse por el camino, y aquellos lares estaban plagados de bandidos que asaltaban a los viajeros despreocupados.

Cuando terminó de desayunar, salió al patio trasero, protegido por una alta valla de juncos entrelazados. Dejó la espada apoyada contra la pared, siempre al alcance de su mano, y se quitó el jubón, el *kilt*, la camisa y el *plaid* de lana. Dejó el puñal sobre el montón de ropa cuidadosamente doblada y se metió en la tina llena de agua caliente.

Para caber, tuvo que encoger sus piernas hasta que las rodillas le rozaron la espesa barba que lucía. Se la rascó despreocupadamente, y pensó que quizá sería mejor afeitársela. Se frotó el cuerpo enérgicamente, arrancando la suciedad acumulada, y después, con un pequeño cubo, tiró agua sobre su cabeza y frotó el cabello hasta sentirse limpio. Se puso de pie para poder aclararse, y al poner los pies fuera de la tina, unas manos cálidas lo envolvieron con un lienzo para secarse.

—Buenos días, señor —le dijo una voz tan suave como la seda.

Kenneth se giró y posó los ojos sobre la hija del posadero. Era hermosa, a su manera salvaje. El pelo rojo brillaba bajo la luz del sol, y sus ojos verdes con motitas doradas, lo miraban con deseo.

—Buenos días, preciosa.

La muchacha había estado intentando seducirlo desde el primer día en que llegó al pueblo. Kenneth se había resistido porque sabía que la muchacha no era como las mozas que servían en la taberna por la noche, pero parecía que era infatigable en su afán por llevarlo a la cama.

—Me pregunto cómo será vuestro rostro debajo de todo este pelo —murmuró mientras le acariciaba la barba—. Puedo afeitáros. Tengo el pulso firme, y estoy acostumbrada a hacerlo. Afeito a mi padre a menudo, desde que cumplí los diez años.

Kenneth se enrolló el lienzo en la cintura y la miró con un brillo de picardía en los ojos.

—¿Y qué me pediréis a cambio, muchacha?

El dedo de la chica se deslizó por su pecho desnudo y sus pestañas revolotearon con interés, hasta que llegó al borde del lienzo.

—Quizá... saber qué se esconde aquí debajo, también.

—Sois muy joven, muchacha. —No tendría más de quince años, pensó. Demasiado joven para comportarse así.

—No tanto. En unos días cumpliré los dieciséis, y mi padre me entregará a mi prometido. Es un hombre viejo y achacoso que huele a rancio, y me repugna.

—¿Y por qué vuestro padre quiere casaros con él?

—Porque es rico, y no tiene parientes que hereden sus tierras. Si yo le doy un hijo, cuando muera, todo será para él. Sino, la corona se quedará sus propiedades. Pero es tan viejo, que dudo mucho que sea capaz de cumplir con su deber de esposo.

Kenneth alzó una ceja, intuyendo qué era lo que ella buscaba en realidad.

—Y queréis que yo os preñe —afirmó con mucha amargura en la voz.

Kenneth había soñado con tener hijos. Preciosos hijos con su preciada Seelie. Pero cuando ella murió, ese deseo desapareció al mismo tiempo. No sabía si en estos casi seis años que había pasado por los caminos había engendrado algún bastardo. Podría ser, no es que se hubiera preocupado demasiado de dónde derramaba su semilla. Al antiguo Kenneth, algo así lo hubiera alarmado mucho; pero al actual...

—Así es, señor. Mi prometido solo me ve como a una yegua de cría, alguien que puede proporcionarle un heredero. Cuanto antes me sepa embarazada, antes abandonará mi cama. —La muchacha hizo una mueca de asco—. Me dan escalofríos solo de pensar en la noche de bodas —musitó, ahogando un temblor al abrazarse a sí misma.

Kenneth le acarició el pómulo con el dorso de la mano, muy suavemente. Dejó que la mano vagara hasta el mentón, y le alzó el rostro para poder ver sus hermosos ojos verdes. Si solo hubieran sido azules, como los de su amada Seelie...

—¿Y no preferirías buscar a algún mozo más cercano a tu edad? —le susurró.

—No —musitó la muchacha, acercándose a él y poniendo las palmas de sus manos sobre el

hermoso pecho de Kenneth—. Os prefiero a vos...

—De acuerdo, muchacha, que no se diga que Kenneth Alaban no acude a socorrer a una hermosa mujer que está en apuros. Espérame en mi alcoba, chiquilla. Estaré contigo en unos minutos.

Cuando la chica se fue, Kenneth se entretuvo vistiéndose con parsimonia. Iba a darle tiempo para que se lo pensara detenidamente. Quizá cuando estuviera arriba, en su cuarto, la ansiedad se acumularía y decidiría abandonar su idea de ser desflorada por un desconocido; o quizá la espera la pondría no solo nerviosa, sino también deseosa y exultante de sensualidad.

Casi dieciséis años, le había dicho. Era una verdadera pena que la vida dura que llevaban los obligara a vivir tan deprisa para exprimir al máximo todo lo que pudiesen antes de envejecer. Quince años eran pocos para poder madurar; era apenas una chiquilla, pero casarse a esa edad era lo normal allí, en estas tierras tan duras que te arrebataban la vida cuando menos te lo esperabas.

Se afeitó sin contemplaciones. Se había dejado crecer la barba porque estaba cansado. Sentía que su vida era una carga demasiado pesada, y cada día que pasaba, tenía menos ganas de cuidarse a sí mismo. Por eso bebía muchas veces hasta caer redondo, y se enzarzaba en peleas absurdas que lo único que le proporcionaban era el placer momentáneo del olvido.

No le gustaba su vida desde la muerte de su amada Seelie. Verla morir ante sus ojos había sido como sentir en su cuerpo el efecto de la cizaña que empuña la muerte, y así se sentía desde entonces, muerto en vida, deseando que esta se lo llevara pronto, o esperando que la locura acabara por nublarle el juicio. Sería un bálsamo poder olvidar.

Subió los escalones despacio. La melena se balanceaba a su espalda, lanzando reflejos carmesí cuando el sol la alumbraba a través de las ventanas. Entró en su cuarto, esperando que la chiquilla hubiese cambiado de idea, deseando que todavía estuviera allí. Sabía que hacer el amor con ella no iba a arrancar de su corazón el dolor que sentía, agudo y punzante, desde aquél trágico día; pero no podía negarse a sí mismo el leve descanso que le proporcionaba enterrarse profundamente entre los muslos de una muchacha, porque durante los minutos en que se concentraba en darles placer, se olvidaba de todo lo demás.

La chica lo estaba esperando, de pie en medio de la habitación. Ni siquiera sabía cómo se llamaba, pero eso no le impidió arrodillarse delante de ella, subir bruscamente el vestido hacia arriba, y empujarla hacia atrás contra la puerta, inmovilizándola allí sin decir una palabra.

La chica emitió un leve gemido cuando Kenneth rozó ligeramente el pubis con sus dientes, deteniéndose para mordisquearla suavemente, esparciendo ligeros besos sobre su piel.

—Voy a saborear cada pulgada tuya, muchacha —ronroneó, y empezó a cumplir la promesa a golpes largos y aterciopelados de su lengua, que se movía dulce y perezosa por las partes internas de sus muslos, y dejando ardientes besos sobre la piel.

Después, su mano avanzó para separarle las piernas, y su cabeza se sumergió entre ellas. Cuando le dio un golpecito con la lengua en el ya hinchado clítoris, ella se agarró de su melena suave y sedosa, y se estremeció, apoyándose contra la puerta mientras un estremecimiento la invadía y sus rodillas se debilitaban.

Le separó los húmedos pliegues para beber de allí. Estaba empapada de deseo, y su aroma le invadió las fosas nasales. Volvió a pasar la lengua, y mordisqueó el hinchado brote provocando que las rodillas de ella se doblaran de placer mientras dejaba ir un «oh» de asombro. La cogió rápidamente por la cintura para evitar que cayera al suelo, dejando ir una risita de masculina satisfacción.

—¿Nunca habías sentido algo así, preciosa? —preguntó en un susurro cálido contra su oreja.

—No, nunca —contestó ella entre estremecimientos.

Kenneth se levantó y la cogió en brazos. La puso de pie al lado del camastro, maldiciendo que fuera demasiado pequeño para que pudiera darle la comodidad que quería para ella. Era su primera vez, y toda mujer merecía una cama grande y blanda, con sábanas suaves y limpias, en un momento tan trascendental como aquel.

Le quitó la ropa despacio, aprovechando cada movimiento para dejar sobre su piel caricias que le hormiguearon y ardieron, mientras la instaba a hacer lo mismo con él. Sus pequeñas e indecisas manos fueron apartando las prendas que lo cubrían, mientras su mirada vacilante parecía preguntarle si lo estaba haciendo bien.

—Eres muy hermosa, chica —le dijo, espolvoreando besos por sus bellos y turgentes pechos.

Se dejó caer sobre el jergón, arrastrándola con él, colocándola sobre su musculoso cuerpo para evitarle la incomodidad de un camastro duro y maloliente. Quería ir despacio, llenarla de besos primero, provocarla hasta que su deseo fuese tan grande que no le importase nada más, pero ella parecía que no podía esperar. Se contoneó contra él hasta que se aseguró de que su dura erección estaba donde la quería, friccionándose contra el lugar donde su necesidad estaba acumulándose.

—Tranquila, pequeña —le susurró antes de sujetar suavemente su rostro con ambas manos y besarla con intensidad, violando su boca con la lengua, haciendo una excelentísima imitación del acto sexual.

La muchacha empezó a frotarse contra él de forma impúdica, perdido completamente cualquier indicio de timidez que pudiese haber tenido. Kenneth dejó que su mano vagara hacia el coño, deslizándose lentamente por el costado, atormentándola con sus callosas manos. Una vez allí, se dedicó a acariciar el clítoris, jugar con él, provocándola hasta que parecía estar a punto de llegar al orgasmo para dejarla al borde, sin permitirle estallar. Ella gimoteó, gimió, sollozó y suplicó sin que él se permitiera darle tregua. La chica era virgen, y la polla de Kenneth era muy gruesa y larga. No iba a ser fácil para ella si no la preparaba adecuadamente antes. Debía empujarla una y otra vez, hasta que su desesperación fuese tan grande que su intrusión no representara un problema, sino el alivio más deseado.

—Oh, por favor, por favor, os necesito dentro de mí —suplicó por enésima vez. Él emitió un sonido ahogado, como una risa gruñida, ronca y muy erótica.

—Tranquila, chica —ronroneó, tomándola por las caderas y dirigiéndola hacia donde ansiaba estar tan desesperadamente—. Vas a tenerlo todo, cariño. Abre bien las piernas, cielo, y relájate. Esto no va a ser fácil.

Un pequeño temblor la estremeció al oír sus palabras. Era evidente que ella lo sabía, pero no le importaba.

Kenneth metió la mano entre sus piernas de nuevo, y un dedo resbaló en el ardiente interior de la chica, presionando dentro, buscando la barrera de su virginidad. Después fueron dos dedos, y ella solo estaba débilmente consciente cuando rompió la membrana, y la atravesó un dolor fugaz que fue eclipsado rápidamente por el placer. Sus caderas se movieron buscando más, desvalidas y ansiosas. Entonces, la mano con sus dedos desapareció, y en su lugar, la gruesa cabeza de la polla de Kenneth rozó contra sus suaves y húmedos pliegues, empujando lentamente hacia adentro.

Ella lloriqueó, intentando ajustarse a la invasión, pero él era demasiado grande y ella estaba demasiado nerviosa.

—Tranquila, chica, relájate.

Lo intentó, respirando agitadamente, dejando su cuerpo estremecido encima del de él,

concentrándose en las caricias que sus manos esparcían sobre la piel, y en los besos ardientes que acaloraban su rostro.

—Has de dejarme entrar, cielo —susurró, intentando amortiguar el gruñido que estaba pugnando por salir de su garganta.

—Lo intento —sollozó ella—. Quiero esto, lo quiero. Por favor.

Con una maldición amortiguada, la cogió por el pelo y tiró de él hacia atrás, y se apoderó de su boca con sus duros labios, tomándola profundamente, como si con aquel beso la estuviera reclamando. Su lengua aterciopelada exploró, entró, se retiró. Cuando la tuvo lo bastante aturdida por el duro y exigente beso, la empaló sin contemplaciones. Ella dejó ir como un pequeño maullido, como si fuera un gatito, que se convirtió en un gemido de puro placer cuando él se impulsó profundamente en su interior, llenándola por completo.

Se quedó quieto durante un largo instante, solo besándola, dándole tiempo a que su cuerpo se adaptara a su tamaño y grosor. La presión de su estrecho canal alrededor de su polla se sentía como el mismo cielo.

—Ya estás dentro de mí —susurró ella, asombrada por el placer que sentía solo por saberlo.

Entonces, él empezó con un erótico movimiento circular de caderas, una fricción lenta y profunda. Empujando y retrocediendo un poco, aproximándose cada vez más al apretado brote de su clítoris con un masaje exquisito.

El estrecho canal se contrajo, cerrándose todavía más alrededor de su enardecida polla, y cuando ella estalló en un orgasmo abrasador, él la siguió sin dudarle un momento, llenándola con su semilla caliente.

Capítulo dos. Regreso a Aguas Dulces.

El sol había cruzado el mediodía cuando, por fin, Kenneth se estaba preparando para partir. Había pasado toda la mañana con la muchacha, asegurándose de derramarse en su interior varias veces para que las probabilidades de que se quedara preñada, fueran altas.

Un hijo de su propia sangre.

Su sueño de tener una gran familia había muerto junto a Seelie. Era la única mujer con la que quería casarse, y ya no estaba en el reino de los vivos; por eso, se había olvidado de todos los sueños que la implicaban y se había centrado en guerrear, pelear, meterse en problemas, con la esperanza de reunirse con ella pronto.

Pero aquí seguía, vivo, a pesar de que por dentro se sintiera muerto y vacío. Respiraba, su corazón palpitaba, tenía hambre, sed, sueño... pero solo satisfacía sus necesidades por puro instinto, porque abandonarse era lo mismo que suicidarse y no quería ni pensar en no poder encontrarse con su amor cuando muriera. No era un santo, eso lo sabía muy bien, pero jamás había cometido un acto tan absolutamente execrable como para que Dios lanzara su alma al infierno sin posibilidad de redención.

Y quería volver a ver a Seelie, aunque fuese en el otro mundo. Necesitaba volver a sentirla entre sus brazos, apoderarse de su boca con desesperación, y llorar de felicidad al contemplar su amado rostro.

Estaba en el establo de la posada, preparando a Tormenta para partir, cuando oyó los cascos de un caballo entrar casi al galope en el recinto, y una voz conocida pero largo tiempo no oída, gritó:

—¡Kenneth! ¡Kenneth!

—¿Alistair?

Salió del establo para ver cómo su amigo de la infancia descabalgaba de un salto y se dirigía hacia él con decisión. Se fundieron en un abrazo y se palmearon las espaldas con fuerza, felices ambos de reencontrarse.

—¿Qué haces por aquí? —preguntó Kenneth con una enorme sonrisa en los labios cuando por fin pudo soltarse del abrazo de oso de su amigo.

Alistair era unos centímetros más alto que él, ancho y peludo. Era como un enorme oso de pelo rojizo y ojos ambarinos, con aspecto fiero y mortífero, pero mirada amable.

—Llevo semanas siguiendo tu rastro —dijo, la tristeza filtrándose en sus palabras—, y no para traerte buenas noticias. Lo siento, hermano, pero tu padre ha muerto y Lean te reclama en Aguas Dulces.

La noticia lo golpeó como un puñetazo en el estómago; le quitó el aliento, le vació los pulmones y tuvo que hacer un gran esfuerzo para no dejarse caer al suelo cuando a sus rodillas se le fueron todas las fuerzas.

—¿Cómo..? —preguntó mirando aquellos ojos ambarinos, esperando que de repente Alistair soltara una carcajada para burlarse de él y le dijera que todo había sido una mala broma pesada. Pero no. Era verdad.

—Lo atacaron las fiebres, y se lo llevaron en una semana. Lo siento, hermano.

No, no podía ser. Su padre era como la roca sólida sobre la que se asentaba Aguas Dulces, inmutable y permanente; no era posible que unas simples fiebres se lo hubieran llevado.

Su relación no había sido muy buena durante los últimos años, pero cuando se despidió de él para abandonar Aguas Dulces jamás pensó que no volvería a verle. Su padre estaría allí cuando decidiera regresar, y le daría la bienvenida que se merecía su hijo pequeño, una gran fiesta en la que comerían hasta reventar, beberían hasta perder el conocimiento, y bailarían hasta caer agotados.

Pero ahora estaba muerto, y nada de eso iba a suceder.

Parecía que la muerte se empeñaba en quitarle todo lo que anhelaba su corazón.

—Gracias —dijo, todavía aturdido por la noticia—. Volvamos, pues, a Aguas Dulces.

Hicieron juntos el viaje de regreso. Cabalgaron durante dos semanas taciturnas solo rotas por algunos ocasionales recuerdos de su infancia y juventud, que Alistair se empeñaba en narrar por las noches, cuando estaban sentados ante el fuego y preparándose para dormir. Quizá quería que Kenneth hiciese memoria de los buenos momentos para que el dolor que lo hizo huir de su hogar, no volviese a acumularse en el corazón cuando se adentraran en los paisajes cada vez más familiares de las *highlands*.

Fue cuando se internaron por fin en las tierras McDolan que el ánimo sombrío de Kenneth se intensificó. Había decidido dejar de usar su apellido en un arrebato cuando las abandonó cinco años atrás, enfadado con su clan, con su padre y con el mundo entero. Lleno de rabia y odio hacia sí mismo, también, por no haber sido capaz de proteger a su Seelie. Y cuando pasaron cerca del paraje donde se encontraba la cascada de fuego, Kenneth no pudo evitar que los recuerdos se filtraran en su mente, y volvió a revivir el mágico momento que guardaba en su corazón como un tesoro inapreciable.

—¿A dónde me llevas? —le preguntó Seelie sin soltarle la mano. Con la otra se levantaba las faldas para no tropezar en el suelo angosto y pedregoso.

—Ya lo verás —contestó él con una sonrisa enigmática en el rostro.

Estaban subiendo por una pendiente pronunciada llena de rocas sueltas y árboles canijos. Seelie aferraba su mano con fuerza, con miedo a resbalar y caerse, pero Kenneth era como una de las grandes rocas que colgaban desafiando la naturaleza, sólido y estable. Él no dejaría que se deslizara pendiente abajo.

Frente a ellos, la montaña se alzaba impávida y majestuosa, desafiándolos a descubrir sus secretos.

—Acabaremos cayéndonos —protestó ella, algo asustada, al mirar hacia abajo y ver la distancia recorrida. Si resbalaba, nada pararía su caída.

—No lo permitiré. Confía en mí.

Seelie sonrió ante la seguridad que el hombre del que se había enamorado, exudaba por cada poro de su piel. A veces, pensaba que Kenneth creía de sí mismo que era todopoderoso, como si fuese la reencarnación de algún dios pagano de los que habían vagado por aquellas tierras antes de la llegada del Dios cristiano.

—Siempre confío en ti, Kenny —aseguró mirando la ancha espalda, los brazos musculosos y

las piernas poderosas que asomaban por debajo del kilt.

Más arriba, los débiles árboles se convirtieron en un bosque majestuoso aferrados a la tierra por gruesas raíces. Allí les fue más fácil avanzar, pues podían ayudarse agarrándose de las ramas y las raíces. Llegaron a una pared vertical, desnuda de vegetación, cuyo final se perdía entre la canopia del frondoso bosque que los rodeaba.

—Espero de corazón que no pretendas que nos encaramemos por ahí.

—No te preocupes, no tenemos que hacerlo. Ven.

Kenneth la guió siguiendo la pared aterradoramente lisa, hasta encontrar un estrecho desfiladero que la partía en dos. Se internaron por allí, Seelie confiada detrás de Kenneth, sabiendo que la excursión valdría la pena. Él le había dicho que iba a mostrarle algo maravilloso, y ella le creía.

El desfiladero se abrió abruptamente a una explanada, un verde campo lleno de flores rojas, amarillas, lilas, azules... todo el abanico del arco iris estaba presente, como una alfombra tejida con múltiples hilos de color.

—¡Esto es precioso! —exclamó Seelie desasiéndose de su mano y agachándose para oler las magníficas flores. Todo el lugar olía dulce, como a tarta recién hecha.

—Pues esto no es nada. Solo tenemos que caminar un poco más, y lo verás. ¡Vamos, hay que llegar antes del atardecer, o nos lo perderemos!

Corrieron cogidos de la mano, riéndose, henchidos de felicidad. Sabían que los estarían buscando, y que el McDolan estaría furioso por su huída, pero ninguno de los dos se arrepentía de nada. Aquella misma madrugada Kenneth había «robado la novia» en un ataque de locura, sin importarle las consecuencias. Había pasado toda la noche despierto, furioso con su padre porque había comprometido a su Seelie con otro hombre. Habían discutido, Kenneth había exigido la ruptura del compromiso después de confesarle que la amaba, pero el McDolan no había dado su brazo a torcer.

«Seelie es poco para ti», le había dicho, para pasar a enumerar la responsabilidad que tenía sobre sus hombros como hijo del laird, que era afianzar alianzas con otro clan mediante los lazos del matrimonio, exactamente igual que iba a hacer Seelie.

Responsabilidad versus felicidad. Esa era la dicotomía que se le había presentado en su camino, y tenía que tomar una decisión. ¿Sería capaz de vivir, sabiendo que Seelie pertenecía a otro hombre?

La respuesta le llegó clara y contundente: No. Imaginarse un futuro sin tener a Seelie a su lado, fue como caer en un oscuro pozo de desesperación de donde la luz había huido presa del terror. No había futuro sin ella.

Por eso, antes de la llegada del alba, y después de hablar con su hermano Lean, había preparado un ligero petate, lo justo para pasar una noche al aire libre, y había acudido al dormitorio de su amada con la mente totalmente impregnada de una idea loca: llevársela de allí.

No iba a ser el primero ni el último en conseguir forzar una boda indeseada gracias a secuestrar a una mujer. Era una tradición arraigada en su pueblo, y su padre no podría oponerse al enlace una vez hubiesen pasado un día y una noche enteros a solas.

—¿Oyes el ruido del agua? —preguntó Kenneth cuando se estaban acercando a la cascada de fuego que todavía no estaba a la vista.

—Sí. Es... estruendosa.

Giraron un recodo y allí la vieron, cayendo majestuosa desde lo más alto de la pared

vertical que habían seguido.

—La cascada existe solo en verano —le explicó Kenneth—. Se forma gracias al deshielo de la nieve de la cumbre, y cae durante los meses más calurosos, llenando poco a poco una parte del valle. Con la llegada del otoño, el frío en la cumbre hace que el agua empiece a helarse, y deja de caer.

—Es maravilloso.

Seelie estaba embobada viendo la magnífica catarata. Estaban a principios de verano, y el colorido valle rodeaba el profundo lago que se había formado en la tierra cóncava, horadada a través de los años por la fuerza del agua que la golpeaba sin compasión cada verano.

—Pues todavía no lo has visto todo.

Kenneth deshizo su petate, que había llevado colgado de la espalda durante todo el viaje, y extendió una manta en el suelo para que Seelie pudiera sentarse. Él se acomodó a su lado y le pasó el brazo por la cintura, acercándola más a él hasta conseguir que su cabeza le descansara sobre el hombro.

—Obsévala bien, porque en unos momentos, se obrará el milagro.

Seelie no apartó la mirada de la catarata, absorta en la maravillosa vista. El sol, poco a poco, descendió del cielo, y cuando se acercó al horizonte detrás de la montaña, pareció que el agua estallara y se prendiera fuego. Pasó de ser clara y cristalina, a teñirse de rojos, amarillos y naranjas. Era como si las entrañas de la montaña se hubiesen incendiado y expulsase fuego, salpicando todo a su paso.

—¡Oh! —exclamó Seelie, extasiada—. ¿Cómo es posible? ¿Se ha convertido en fuego?

—No. Si te acercas y la tocas, sigue estando tan fría como siempre. Es el sol, que la tiñe con su color. ¿No es magnífico?

—No tengo palabras —susurró ella, admirando el espectáculo que la naturaleza les estaba ofreciendo.

Kenneth la miraba a ella, deleitándose en el delicado perfil de su rostro, en las pecas traviesas que salpicaban su piel, en el pelo que refulgía igual que el agua bajo el sol del atardecer. La amaba, y la deseaba, y aquella noche iba a ser suya.

Lamentaba no poder ofrecerle un sitio cómodo y agradable para la ocasión; hubiera preferido poder hacerla suya bajo el techo de su hogar, después de haber formalizado su unión ante un sacerdote, en presencia de su familia y de la gente que los quería; pero estaba intentando compensarlo al traerla a este lugar romántico y lleno de magia que muy pocos conocían, y menos aún se aventuraban a visitar.

—Seelie... —susurró contra su oído, dejando traslucir el deseo que lo embargaba con la trémula voz que salió de su garganta.

—¿Sí, Kenny?

—Te amo.

—¿Kenneth?

La voz de Alistair lo sacó de su ensimismamiento y volvió a la dura realidad en la que Seelie ya no estaba con él.

Nada salió como había planeado. Sí, después de aquella noche, su padre aceptó su unión a regañadientes; pero el prometido de Seelie, no. Se sintió humillado y ultrajado, y su orgullo lo

llevó a atacar Aguas Dulces. La batalla que se libró dentro del castillo, tuvo un alto costo para ambas partes; pero el que pagó el precio más alto, fue Kenneth. Perdió su alma, su corazón, su vida, pues eso fue lo que se llevó Seelie al morir aquel día.

—Sigamos, Alistair. Quiero llegar cuanto antes a Aguas Dulces.

Espoleó a su caballo sin esperar respuesta de su amigo, y avanzó al galope con los ojos fijos en el camino porque no quería que sus retinas se impregnaran de los recuerdos dolorosos que un día habían sido felices, cuando Seelie estaba viva.

El corazón de Kenneth se contrajo al tener ante sus ojos de nuevo la silueta recortada contra el crepúsculo del castillo de Aguas Dulces. Frenó a Tormenta para que cesara su galope y se detuvo durante unos segundos para admirar la magnífica construcción que su abuelo había iniciado, y continuado su padre. Era sólida, con altas murallas rodeándola, adarves protegidos y almenas preparadas para la defensa diseminadas a su alrededor.

No había otro castillo igual en todas las *Highlands*.

El castillo se alzaba en un promontorio, al borde de un acantilado, y en las noches silenciosas, cuando el mar estaba bravo, podía oírse el retumbar de las olas al estrellarse contra la sólida roca que la sustentaba.

Kenneth se acercó lentamente a la profunda barbacana que daba paso al interior, reticente y ansioso al mismo tiempo. En todos los años transcurridos, no había sido consciente de cuánto había echado de menos su hogar, hasta ahora, que volvía a tenerlo al alcance de la mirada.

Alistair iba detrás de él, respetando su silencio, obligando a su caballo a mantener el mismo paso que Tormenta.

—No ha cambiado nada —susurró Kenneth.

—No ha pasado tanto tiempo. Vamos, tu hermano está ansioso por abrazarte de nuevo.

—Así que ahora Lean es el nuevo MacDolan —susurró con una sonrisa torcida. Su pobre hermano, sometido a la presión de ser responsable desde tierna edad, cuando el resto de sus hermanos podían mostrarse todo lo irresponsables y belicosos que quisieran.

—Sí, y será un buen *laird*. Tu padre le enseñó bien.

Kenneth asintió y espoleó a Tormenta sin decir nada más, poniendo rumbo hacia la barbacana. Fueron saludados con alegría por los hombres que hacían guardia allí, y se sorprendió al cruzar el rastrillo y llegar al patio de armas, y ver tanta actividad y algarabía, como si una patrulla acabase de regresar.

Se dirigió hacia el oeste del castillo, donde estaban emplazadas las caballerizas, y al pasar por delante del portón de la torre del homenaje, vio salir a su hermano Lean detrás de otro hombre, de la edad de su difunto padre. El hombre parecía furioso, y estaban discutiendo.

—¡Esto es inconcebible, MacDolan! —gritó el desconocido—. ¡Habéis permitido que mi hija fuera secuestrada ante vuestras propias narices! ¿Es que vuestros guardias estaban durmiendo? ¿O es que vuestra reticencia a este matrimonio os ha nublado el sentido común?

—Comprendo que estéis ofuscado, Douglas, pero medid bien vuestras palabras —contestó Lean, haciendo verdaderos esfuerzos para no estallar en cólera ante la velada acusación—. No voy a permitir que me insultéis u ofendáis en mi propia casa.

—¿Insultar? ¿Ofender? ¡Yo soy el insultado y el ofendido! ¡Dos días hace que mi hija ha desaparecido, y vuestras patrullas no han sido capaces de encontrar ni un solo rastro de ella!

—La encontraremos, Douglas, os doy mi palabra.

El Douglas abrió la boca, como si fuese a replicar con un exabrupto, pero se lo pensó mejor y

la cerró con un chasquido, girándose con furia para caminar dando grandes zancadas hasta las caballerizas.

Lean lo siguió con la mirada, y fue entonces cuando vio a su hermano allí, todavía montado en Tormenta. Su rostro y su cuerpo, que habían estado tensos a causa de la discusión, se relajaron ostensiblemente, y le dirigió una sincera sonrisa al tiempo que caminaba a paso ligero hacia él, para abrirle los brazos y recibirlo con un cálido abrazo.

Kenneth bajó de Tormenta dando un salto, y fue hacia esos brazos para hundirse en ellos. Tanto lo había echado de menos que tuvo que hacer un esfuerzo sobrehumano para no echarse a sollozar como si fuese un niño. Sus ojos se humedecieron, y cuando se apartó levemente para poder mirar el rostro de su hermano, vio que los de él estaban igual.

Los lazos que los habían unido siempre habían sido fuertes. Fue Lean el que lo animó a secuestrar a Seelie, y también fue el que los encubrió durante el tiempo suficiente para que pudiesen llegar a su destino sin ser detenidos. Cuando las patrullas enviadas por su padre se dispersaron buscándolos, se ocupó de que ninguna se acercara ni remotamente al desfiladero que conducía a la cascada de fuego.

—Me alegro mucho de tenerte de nuevo en casa, hermano —le dijo con la voz ronca por la emoción.

—Y yo me alegro de estar de vuelta.

—Has tardado demasiado. Padre... —sacudió la cabeza, apesadumbrado—. Vamos adentro, tenemos mucho de lo que hablar.

Hizo un gesto, ordenando así que se ocuparan de Tormenta, y condujo a Kenneth hacia el interior, dejando que su brazo reposara sobre los hombros de su hermano como si temiera que, al cesar el contacto físico entre ambos, este desapareciera como si de un espectro se tratara.

Dentro, todo seguía igual: la gran sala con las siete chimeneas enorme que caldeaban el ambiente, las paredes cubiertas con grandes tapices, el sillón de su padre delante del hogar principal... Subieron las escaleras hasta los aposentos privados de Lean, y allí, sentados ante el fuego, con una buena cerveza en la mano, pudieron hablar.

—¿Cómo pasó? —preguntó Kenneth en un susurro, con la mirada fija en las llamas que bailaban ante sus ojos—. ¿Cómo es posible que unas fiebres se lo llevaran? Padre era como una roca.

—No desde que te fuiste —contestó su hermano—. Después que te marchaste, padre decayó. Ver la desesperación en tus ojos fue un duro golpe para él. Envejeció, Kenny.

Kenny. Hacía tanto tiempo que nadie lo llamaba así.

—No podía hacer otra cosa, Lean. Después de la muerte de Seelie, no podía quedarme entre estos muros. Estaba tan atormentado y afligido por todo...

—Lo sé. No te culpo de lo ocurrido a padre, y tú tampoco debes hacerlo. Él lo provocó todo prometiéndola a otro cuando todos sabíamos lo enamorados que estabais.

—Pero yo nunca dije nada... no hasta el final. Cuando todo ya estaba hecho.

—No, ninguno de los dos dijo nada, pero no hacía falta. Se lo advertí a padre. Le dije que no debía prometerla a...

—No digas su nombre —siseó Kenneth, apretando los puños.

—Está bien, no lo pronunciaré, pero todos sabíamos que vosotros dos os amabais. Era evidente en la manera en que os mirabais. Cuando estabais en la misma habitación, no podíais quitaros los ojos de encima. No debió hacerlo.

Lean sacudió la cabeza con exasperación. Si su padre le hubiera hecho caso, si no se hubiese

empeñado en una alianza que era una locura...

—¿Sufrió mucho?

Lean se encogió de hombros, sin saber qué responder. ¿Le decía la verdad? ¿Que su padre estuvo en cama siete semanas antes de morir? ¿Que empezó primero con dolores muy fuertes que la curandera solo podía aliviar dándole el jugo de la flor del sueño? ¿Que se debilitó y adelgazó hasta parecer una sombra de sí mismo? ¿Que las fiebres que se lo llevaron no fueron más que el colofón de un sin fin de enfermedades que lo aquejaron?

—No.

La mentira le supo amarga en la boca, pero era lo mínimo que podía hacer para disminuir la culpabilidad que Kenneth estaría sintiendo. Lo conocía demasiado bien para saber que era así.

Kenneth emitió un profundo suspiro, y se pasó las manos por el rostro.

—Y ahora eres el McDolan.

Lean sonrió débilmente.

—Sí. Ahora toda la responsabilidad recae sobre mis hombros.

—Envié a una pareja para que los acogieras, Blake y Maisi. ¿Han llegado? Él es un buen guerrero, con un brazo fuerte y muy hábil con la espada.

—Sí, llegaron hace unos días. A ella la envié a la señora Stroud, y Blake está ahora en una de las patrullas que han salido.

La señora Stroud era el ama del castillo, la que ejercía de castellana hasta que Lean se casara. Se encargó de la responsabilidad al morir la madre de Kenneth, y después de tantos años seguía dirigiéndolo todo con mano firme.

—¿Y por qué las patrullas? Oí una parte de la conversación que tuviste, pero no he terminado de comprender del todo qué ha pasado.

Ahora le tocó el turno a Lean de suspirar y pasarse las manos por la cara, en un gesto que evidenció su cansancio.

—Mi prometida, Rosslyn Douglas. Llegó hace unos días junto a su padre, el hombre con el que me has visto discutir.

—No sabía que estabas prometido.

—Padre se encargó poco después de tu marcha, pero no fue con Rosslyn, sino con su hermana mayor, Evanna. Pero esta murió, y padre insistió en llegar a otro acuerdo. Estaba ya en las últimas, y no quise contrariarlo. Al fin y al cabo, tengo que casarme aunque la idea no me atraiga en demasía.

—Has de traer herederos para el clan.

—Exacto. Contigo desaparecido, y con Rogue abandonando Aguas Dulces para unirse a los Templarios, no me queda más remedio.

—Así que nuestro hermanito al final lo hizo. —Kenneth mostró una sonrisa cariñosa al nombrar a su segundo hermano.

—Sí. Otro disgusto para padre, pero entiendo a Rogue. Siempre estuvo dividido entre su vocación de servir a Dios, y su pasión por las armas y la guerra. Al unirse a los templarios consiguió lo que tanto ansiaba.

—Y, ¿qué ha pasado con tu prometida?

—Que esta noche la secuestraron de sus aposentos. Aunque, entre nosotros, dudo mucho que se la llevaran a la fuerza. Más bien creo que la doncella tenía otro pretendiente que era más de su agrado que yo.

—¿En serio? —se burló amigablemente Kenneth—. ¿Más de su agrado que el magnífico y

apuesto Lean McDolan?

De los tres hermanos, Lean era el más agraciado físicamente. Tenía un rostro angelical, con su pelo rubio adornado con trenzas, sus increíbles ojos azul tormenta, y sus facciones suaves, casi femeninas. No hubiese parecido un guerrero curtido y temible si no fuese por su corpulento torso, los gruesos brazos y los poderosos muslos, que desvirtuaban el mensaje que daba su rostro. Era el que más éxito de los tres había tenido con las mujeres... y no es que a Lean le hubiesen interesado mucho, ni siquiera cuando eran jóvenes y empezaron a despertar al deseo.

Cuando los tres hermanos salían de gresca en busca de mujeres, Lean acababa desapareciendo la mayor parte de las veces antes de terminar en la cama con alguna moza bien dispuesta. Cuando sus hermanos se burlaban de él, siempre aducía que era su responsabilidad no sembrar de hijos bastardos el lugar, y ellos se reían todavía más por la moralidad con la que su hermano se comportaba. Cualquier hombre de su posición que se preciara, traía multitud de bastardos al mundo. Incluso Rogue, con su vocación religiosa, hacía gala de una virilidad más que demostrada.

—Eso es lo que creo. En sus aposentos no había señales de lucha, y encontramos el camisón doblado sobre la cama, por lo que hemos deducido que su secuestrador le permitió vestirse con calma. ¿Por qué no gritó pidiendo auxilio, o huyó si tuvo la oportunidad? No se resistió, Kenny, y yo no quiero una esposa que acabe odiándome porque la obligaron a casarse conmigo.

—Entonces, ¿por qué la buscas?

—¿No has visto a su padre? Está hecho un basilisco, y la muchacha estaba bajo mi techo y mi protección. No puedo mirar hacia otro lado, como hice cuando tú te llevaste a Seelie.

Oír el nombre de su amada en labios de su hermano, hizo que el corazón de Kenneth se contrajera en una punzada de dolor. ¿Alguna vez conseguiría olvidarla? «Nunca», le dijo su conciencia.

—Mañana me uniré a una de las patrullas.

—No tienes porqué hacerlo —dijo Lean—. Acabas de regresar a casa.

—Y no me iré de nuevo —contestó Kenneth, sorprendiéndose a sí mismo. Y de repente lo vio claro, deambular sin rumbo por el mundo no lo había ayudado en nada; quizá ya era hora de establecerse de nuevo en su hogar. Su hermano lo necesitaba aquí, a su lado.

—No quiero obligarte a hacer algo que no quieres, hermano.

—Lo sé. Y quiero quedarme, Lean. Estoy muy cansado de buscar... ni sé qué es lo que he estado buscando durante todo este tiempo. ¿Paz? ¿Perdón? ¿Olvido? No lo sé, y ya no me importa. Necesito sentir que vuelvo a pertenecer a un lugar.

—Este siempre será tu hogar, y siempre has pertenecido a Aguas Dulces, Kenneth. Incluso cuando tú no lo sabías.

Capítulo tres. Los fugitivos.

Rosslyn estaba sentada en el suelo sobre el *plaid* de los MacKenzie mientras miraba el perfil de Gawin, recortado por la luz de las llamas que aleteaban en la fogata que acababa de encender. Habían estado cabalgando todo el día sin prácticamente ningún descanso hasta que llegaron a la cueva en la que ahora estaban escondidos. Craig se había quedado atrás desde el principio, encargado de borrar su rastro y de dejar pistas falsas para despistar a las diferentes patrullas que sabían que saldrían en su busca.

—¿Estás seguro de que no nos encontrarán si nos quedamos aquí? —preguntó con voz queda, sin atreverse a mirarlo. No quería que pensara que era una cobarde, pero tenía tanto miedo por ambos.

—No hay nada seguro en la vida —contestó él mientras sacaba de sus alforjas un pedazo de pan y otro de queso, y se los daba—. Pero estoy convencido de que, por lo menos, les será difícil.

—Estoy preocupada.

—Lo sé.

—No debiste venir a buscarme. —Alzó el rostro y fijó los ojos en la intensa mirada que él le estaba dirigiendo.

—No podía hacer otra cosa.

—¡Oh, Gawin! —exclamó Rosslyn con la congoja en la garganta, aferrándose a la comida que le había dado, apartando la mirada de esos ojos tan penetrantes que la observaban—. Si nos atrapan, no quiero ni pensar...

—No lo hagas —le dijo él con ternura, rozándole la mejilla con el dorso de la mano—. No nos cogerán, ya lo verás. Ahora, come, por favor.

Gawin la observó masticar un rato, después suspiró y caminó hacia la entrada de la cueva. Craig y él habían estado varios días preparando la huida de Aguas Dulces, previendo cualquier contingencia, planeando hasta el último detalle.

Comprobó el estado del entramado de ramas y hojas que habían tejido simulando un gran arbusto, y que ahora descansaba apoyado en la entrada de la cueva, cubriéndola totalmente, para que cualquiera que mirara hacia allí, no viese más que una planta entre tantas como había en aquellos parajes, en lugar de la entrada.

—¿Cuánto tiempo deberemos permanecer aquí? —preguntó Rosslyn.

—Una semana, por lo menos, hasta que el McDolan se dé por vencido y deje de buscarnos.

—Una semana, aquí escondidos, en esta cueva...

—No te preocupes, lo tengo todo preparado. He acumulado provisiones y mantas. Tenemos suficiente leña para mantener la hoguera encendida siempre, y en el techo hay varios agujeros naturales que harán las veces de chimenea para que el humo no se acumule aquí dentro. Tampoco nos faltará el agua.

—No veo nada de eso aquí.

—Porque está más adentro de la montaña. Esto no es solo una cueva, Rosslyn. Hay una serie de grutas que mañana, cuando hayamos descansado, te mostraré. Es en una de ellas donde he

metido al caballo para que, si hace ruido, no lo oigan desde el exterior.

—¿Y por qué no me las enseñas ahora?

—Estoy muy cansado, cariño. Y tú, también. Es mejor que durmamos.

—Pero...

—Confía en mí, por favor.

Rosslyn asintió con la cabeza y siguió comiendo. Gawin volvió a su lado y se sentó delante del fuego, alargando las manos para calentarse. A pesar del verano, las noches eran frías en las Highlands.

—¿Tú no comes?

—Sí. Ahora lo haré.

No tenía mucha hambre. El nudo en el estómago permanecía allí desde que escaló la torre, y no desaparecía, como un mal presagio, pero se obligó a dar un mordisco al queso y tragar. Necesitaba reponer fuerzas tanto como Rosslyn, porque aún tenía algo que hacer antes de poder echarse a dormir.

—Envuélvete bien en el *plaid* —le dijo cuando ella terminó de cenar y se disponía a dormir.

—¿Me abrazas, por favor?

—Por supuesto.

Se echó a su lado, sobre la fría tierra; la rodeó con los brazos y la atrajo hacia su cuerpo para proporcionarle todo el calor que su amada necesitaba. Rosslyn era toda curvas suaves encajadas contra sus duros músculos. El aroma a mujer penetró en sus fosas nasales, y las delicadas y pequeñas manos le provocaron varios estremecimientos cuando las apoyó contra su pecho.

¡Cuánto la amaba! ¡Y cuánto la deseaba! Solo tocarla castamente, como lo estaba haciendo ahora, era una tortura para él. Deseaba besarla, acariciarla, descubrir todos los secretos de su cuerpo, y hacerla suya; pero no iba a hacerlo aquella noche. Ambos estaban cansados, y probablemente, Rosslyn estaba dolorida por todas partes por culpa del ritmo vertiginoso que le impuso a su montura. Su caballo, Relámpago, los había llevado a ambos durante todo el viaje; Rosslyn había ido sentada a horcajadas delante de Gawin, y el constante roce de su cuerpo lo había excitado hasta el punto que el dolor que sentía era casi insoportable.

—No deberías haber venido a buscarme —susurró ella poco antes de quedarse dormida—. Iba a hablar con el McDolan, ¿sabes? Es un hombre razonable, y habría roto nuestro compromiso si yo se lo hubiera pedido.

Gawin sabía por qué decía aquello. Rosslyn temía lo que pudiera pasarle a él si los encontraban; temía por su vida más que por la propia, pero Gawin prefería morir a vivir sin ella, así que, para él, no había riesgo alguno.

Además, no se fiaba del McDolan. Todo el mundo sabía que era un guerrero formidable, muy fiero y orgulloso. ¿Dejar marchar a su prometida porque estaba enamorada de otro? No solo dudaba mucho que lo aceptase, sino que el orgullo herido podía ser muy mal consejero y Rosslyn podría acabar pagando su confesión durante el resto de su vida.

No, había hecho lo correcto yendo hasta Aguas Dulces y sacándola de aquella trampa mortal que era ese matrimonio concertado. Llegarían a las tierras de los MacKenzie sin problemas, y una vez allí, se casarían y nadie podría hacer nada por evitarlo. Tendrían la protección de su clan. Sobre todo ahora que él había aceptado qué era.

Gawin esperó un buen rato hasta que Rosslyn estuvo profundamente dormida. Se levantó con cuidado para no despertarla, y volvió a la entrada de la cueva. Dibujó unos símbolos a ambos lados, y susurró las palabras de poder que los protegerían. Un leve destello invisible a ojos

humanos recorrió el entramado de ramas y hojas que protegían la entrada, y un leve zumbido pulsó durante unos segundos en los oídos de Gawin. Ahora, nadie repararía en ello. Si alguien intentaba mirar hacia allí, sus ojos serían incapaces de ver, y sus oídos no captarían ningún ruido que proviniera del interior de la cueva.

Rosslyn no sabía lo que él era ahora, lo que la desesperación lo había llevado a hacer, y nunca lo sabría. Ocultaría el poder que había aceptado y contra el que había luchado toda su vida, con tal de poder llevarse a su mujer de allí. Porque Rosslyn era su mujer, lo había sido desde que la vio por primera vez cuando él contaba solo trece años, y ella, siete. Habían pasado once años desde entonces, y nunca, jamás, dudó de lo que sintió en ese momento cuando vio aquella niña de pelo negro ensortijado, y ojos del color de la tierra húmeda por el rocío.

Cuando la niña se convirtió en una mujer de pechos y caderas generosas, sintió que había sido liberado de una prisión en la que había estado cautivo durante mucho tiempo, preso de sus propios sentimientos y pasiones reprimidas. Empezaron a verse a escondidas, escapando de sus respectivos hogares durante horas para poder pasarlas juntos, caminando por el bosque, pescando en los riachuelos, o bailando bajo la luz de la luna acompañados solo por el rumor del viento entre los árboles. La vio crecer y convertirse en una mujer hermosa que le quitaba el aliento.

Cuando Rosslyn cumplió los quince años, Gawin quiso ir a hablar con el Douglas para pedirle su mano, pero ella se lo impidió. Su hermana mayor todavía no estaba casada; su prometido, el hijo del McDolan, no parecía tener intenciones de reclamarla pronto, y no quería entristecerla dejándola sola. Evanna era una muchacha tímida y solitaria, que siempre estaba muy triste, y Rosslyn era su único apoyo. Gawin lo aceptó, pero con un límite: si al llegar ella a los dieciocho, Evanna seguía soltera, él no esperaría más.

Pero con los dieciocho llegó la muerte de Evanna y el nuevo compromiso que ataba a Rosslyn a otro hombre, y Gawin decidió que no iba a consentirlo.

Se acercó a ella de nuevo y se acucilló a su lado. Dormía segura y tranquila, como si tuviera toda la confianza en él para mantenerla a salvo. Ese era un regalo inestimable que no pensaba echar en saco roto.

Lamentaba obligarla a dormir sobre el duro suelo cuando más adentro de las cavernas tenía preparado un mullido colchón de hojas, pero esta noche era primordial que él se mantuviera allí para vigilar que el hechizo que había lanzado en la entrada, funcionaba. Todavía no era muy docto en estos menesteres, y pasaría toda la noche pendiente del zumbido que solo él podía oír y que le indicaba que todo iba bien. Si se adentraban en las cavernas, dejaría de percibirlo.

Podría haber acompañado a Rosslyn y dejarla allí sola mientras él volvía al exterior, pero dudaba que ella lo aceptase; además, se negaba a perderla de vista un instante. Necesitaba verla para saber que estaba bien.

Rosslyn suspiró y se removió, envuelta en el *plaid*. Dormía de lado, con el rostro vuelto hacia el fuego. Su rostro era angelical, con esa nariz pequeña que le daba un aire travieso, y los labios carnosos ligeramente entreabiertos. Esos labios pecaminosos que tantas veces había imaginado engullendo su dura polla, dándole placer, lamiendo su miembro con la lengua juguetona.

Gimió, desesperado. Estar echado a su lado, sintiendo todo el contorno del dulce cuerpo pegado al suyo propio, había sido una tortura que lo había excitado como si fuese un lobo en celo. Sus firmes nalgas le habían rozado la polla cada vez que ella se había removido, inquieta, hasta que consiguió caer en un sueño profundo. Y ahora, por culpa de su imaginación traicionera, que había plantado imágenes lujuriosas en su mente, todavía estaba más duro y dolorido.

Se levantó y se apartó de ella, temeroso de despertarla. Buscó una vela en las alforjas y la

encendió en el fuego; con ella en la mano, se internó en las cavernas dándose la excusa de ir a comprobar que el caballo estaba bien, pero tenía muy claro qué iba a hacer.

Rosslyn se despertó porque sintió frío en la espalda. Se removió, medio adormecida aún, buscando el contacto de Gawin, y cuando fue consciente de que no estaba allí con ella, abrió los ojos.

—¿Gawin? —susurró, llamándolo. Giró la cabeza para buscarlo, pero fuera del alcance de la luz de la hoguera, todo era oscuro como la boca de un lobo—. ¿Gawin? —insistió.

Al ver que no contestaba, Rosslyn se irguió. Todavía estaba aturdida por el sueño. Se frotó los ojos y paró atención con los oídos. Había un ruido que venía del interior, parecía como un gemido profundo pero amortiguado. Se levantó y caminó con reticencia hacia el lugar del que provenía. Dudó cuando salió del alcance del fulgor de la leña que ardía, pero respiró profundamente, irguió los hombros con decisión, y dio varios pasos vacilantes en aquella dirección. Se introdujo en lo que parecía un túnel, con la mano apoyada en la pared para guiarse, y al final pudo ver el leve resplandor de una vela. Suspiró, aliviada. Seguro que era Gawin que había ido a ver cómo estaba el caballo. Pero, ¿esos gemidos? ¿Qué significaban?

Siguió caminando en silencio, llena de curiosidad. Su cuerpo era inocente, pero su mente no. Había oído antes ese tipo de gemidos, y supo qué estaba haciendo él. Un hormiguelo de interés y curiosidad la atravesaron, haciendo que todo el vello del cuerpo se le erizara de anticipación.

Procurando no hacer ruido para no alertarlo, se asomó por la boca de la caverna y lo vio. Estaba apoyado contra la pared, con el rostro levantado, las piernas abiertas, y los ojos cerrados mientras se acariciaba el miembro con su enérgica mano. Rosslyn se ruborizó de pies a cabeza, y sus manos picaron por el deseo de ser ella quien lo estuviera acariciando.

Era una hermosa estampa. Se había quitado el jubón y el kilt, y tenía la camisa abierta, mostrando impúdico su cuerpo perfecto. Tenía los músculos tensos, y ondulaban con cada movimiento que él hacía. Gotitas de sudor le resbalaban por la frente, el cuello y el pecho, creando un camino que Rosslyn quiso lamer. Sacó la punta de la lengua en un acto reflejo de su deseo, y se lamió los labios, ávida de probarlo.

—¿Necesitas ayuda con eso? —preguntó en un susurro. Sabía que no debía acercarse en silencio a un hombre como él, un guerrero, pues su primer impulso sería golpear a aquello que lo había sobresaltado. Por eso mantuvo la distancia, relamiéndose los labios, mirándolo descarada, cuando él abrió los ojos y todo su cuerpo se tensó, preparado para defenderse. Se relajó cuando vio que ella era, pero inmediatamente el rubor le cubrió las mejillas y se agachó con un gesto brusco para coger la ropa que había tirado al suelo y cubrirse con ella.

—¿Qué haces aquí? —preguntó con más brusquedad de la que había querido.

—Me desperté, y no estabas.

Rosslyn dio los cinco pasos que todavía lo mantenían alejada de él hasta que sus cuerpos se rozaron.

—Rosslyn, no... —gimió Gawin cuando la mano de ella le aferró la suya y tiró de la ropa que estaba cubriendo sus caderas y su miembro viril.

—Ssssht. Hace tiempo que quiero hacer esto. Déjame darte placer.

—Eres una dama, no deberías... —protestó débilmente.

—Pero también soy mujer, con deseos y necesidades.

Rosslyn tiró de la ropa y se arrodilló delante de Gawin. Su polla estaba erecta, era gruesa y estaba plagada de venitas que recorrían todo el tronco. La estaba llamando, hipnotizándola como

la serpiente hipnotiza al ratón antes de comérselo. Se pasó la lengua por los labios, anticipándose a su deseo, la cogió por la base con su pequeña mano, y entonces le dio la primera lamida.

Todo el cuerpo de Gawin tembló, y se estremeció de pura lujuria dejando ir un gemido gutural. Rosslyn sonrió cuando vio que él había vuelto a cerrar los ojos, rindiéndose a ella. Se sintió poderosa, como si fuera un gran guerrero invicto en la batalla, porque este hombre tan magnífico, que siempre se había mantenido controlado estando con ella, y que nunca le había hecho un requerimiento indecente excepto unos cuantos besos robados, se ponía en sus pequeñas manos sin dudarle, temblando de lujuria, de placer, de deseo..

—Eres muy grande... —susurró y volvió a lamerlo de abajo arriba. Gawin soltó una risita que se cortó cuando ella se apoderó del glande con los labios, y empezó a obrar magia con la boca. Lo acarició con la lengua mientras deslizaba una mano por el tronco y con la otra le acariciaba los testículos.

—Oh, Dios, bendita tortura... —gimió Gawin, con las manos aplanadas contra la pared, temeroso de tocarla por si aquello era un maldito sueño y se despertaba.

Sin titubear, Rosslyn engulló la polla en su boca. Gawin no pudo resistirlo más y agarró un mechón de pelo sedoso con el puño, guiándola para que lo succionase completamente, marcando el ritmo mientras gemía sin parar.

—No hay vuelta atrás, cariño, ya no —musitó perdido en el placer de aquella boca lujuriosa que estaba volviéndolo loco—. No te detengas.

Rosslyn movió la boca y la mano, de arriba abajo, dándole golpecitos con la lengua, intentando tragarlo todo aun sabiendo que era imposible. Era demasiado grueso, demasiado largo, demasiado... todo. Pero no quería rendirse.

—Voy a correrme, cariño. ¿Lo tragarás todo?

Gawin abrió los ojos y la miró. ¡Qué hermosa era! ¡Qué espectáculo tan erótico! Tenerla allí de rodillas, con la polla entrando y saliendo de su dulce boca, ayudándose con sus manos diminutas, y los ojos vidriosos por el placer que estaba sintiendo al dárselo a él.

Rosslyn asintió como pudo, dándole su consentimiento con la mirada, succionando más fuerte. Gawin luchó por mantener los ojos abiertos, para poder seguir admirando aquel espectáculo tan maravilloso, viendo su miembro deslizándose dentro de la lujuriosa boca. Empezó a bombear las caderas al mismo ritmo que el movimiento de la cabeza de ella. El clímax se enroscó, acercándose a pasos agigantados, un infierno atronador que rugía como una tormenta de fuego. Cuando llegó la liberación, salvaje, indómita, brutal, se mordió el interior de la mejilla para no gritar.

Ella no se detuvo. En lugar de apartarse, chupó con más fuerza, tragándose cada gota de semen que salía de él, admirándose al ver cómo le había hecho perder el control hasta que su cuerpo se convulsionaba contra la pared.

Cuando ya no pudo aguantar más, Gawin la apartó suavemente y se dejó caer deslizándose su espalda por la pared hasta que su trasero dio contra la tierra. Respiraba con agitación, su pecho alzándose convulsivamente una vez y otra, intentando llenar los pulmones de aire.

Rosslyn seguía de rodillas, situada entre las piernas abiertas de él, y lo miraba con timidez. Sus mejilla arreboladas, los ojos brillantes, los labios entreabiertos con gotitas de semen todavía resbalándose entre ellos. Deslizó los dedos por la mejilla de ella, los ensortijó con el pelo que le caía en cascada sobre los hombros, y la atrajo hacia su cuerpo para poder besarla a conciencia. Se degustó a sí mismo; la boca de Rosslyn tenía un sabor salado y especiado, intenso.

—Dónde... dónde aprendiste a hacer algo así —preguntó finalmente con mucha suavidad,

temiendo que la respuesta no fuese de su agrado, pero teniéndola que hacer de todos modos.

—Soy curiosa —bromeó ella, fundiéndose entre sus brazos, apoyando la cabeza sobre el musculoso pecho—, y las criadas en mi casa nunca han sido muy discretas.

—¿Ellas te enseñaron? —exclamó, sorprendido.

—¡Dios, no! —contestó, riéndose—. Si hubiese preguntado habrían ido corriendo a mi padre a contárselo todo, muy escandalizadas, y él me habría dado una azotaina de las que impiden sentarse durante una semana. Las espiaba sin que ellas lo supieran. No quería defraudarte cuando llegara el momento, así que cuando sospechaba que alguna iba a encontrarse con su amante, la seguía y la espiaba a escondidas. Quería saberlo todo, para poder complacerte.

—Mi cielo, tú me complaces solo con mirarme. Pero ahora, en cuanto recobre el resuello, será el momento de complacerte a ti.

—¿Vas... vas a...? —parecía algo asustada, pero también excitada con la idea. Sus ojos lanzaron un destello interesado mientras alzaba la vista para mirarlo, y la traviesa lengua salió de su refugio para relamerse los labios.

—No, cariño, no voy a quitarte la doncelléz aquí, sobre el duro suelo. Pero no es necesario que tengas mi polla profundamente enterrada en tu cuerpo para sentir placer.

—¡Oh! —exclamó, sorprendida—. Pero yo creía que las mujeres no sentíamos placer con estas cosas... Por lo menos, las criadas no parecían precisamente contentas cuando alguno de los hombres les exigía... eso.

—Cielo, me da miedo preguntar qué tipo de hombres tiene tu padre bajo su techo.

—Pues... soldados, guerreros, como tú.

—¿Como yo? No, cariño, absolutamente no son como yo. Y voy a proceder a demostrártelo.

Le alzó el rostro con un dedo y su boca descendió hasta apoderarse de la de ella, mordisqueando y succionando el labio inferior. Los labios se deslizaron por la línea de la mandíbula, bajando hasta el cuello, y allí se encontró con el primer obstáculo: su ropa.

Volvió a besarla, esta vez profundamente, dejando que las lenguas se buscaran, volviéndola loca con sus juegos, mientras sus manos trabajaban afanosamente deshaciendo los lazos del vestido, sacándole los brazos de las mangas, tirando hacia abajo hasta tenerla desnuda de la cintura hacia arriba.

—Llevo años muriéndome por saber de qué color son tus pezones. Por chuparlo, besarlos, provocarlos con mi lengua —le dijo acariciándoselos con el aliento.

Cerró la boca entorno a uno. Rosslyn se arqueó, quejándose del dulce placer que le recorría la piel. Gawin lo apresó suavemente con los dientes, y tiró con cuidado de no provocarle dolor. Arremolinó la lengua en el duro pico antes de capturarlo y mordisquearlo con suavidad.

Las manos de Rosslyn volaron para aferrarse al pelo de él, sujetándolo con firmeza mientras le adoraba los pezones. Gawin se dio un festín con las puntas sensibles, lamiendo, chupando, mordiendo.

—Pero necesito más de ti —susurró contra ellas mientras la empujaba cuidadosamente y la tumbaba en el suelo. Tiró del vestido por las caderas hasta que logró quitárselo y dejarla completamente desnuda—. El espectáculo más maravilloso que mis ojos han podido contemplar...

Construyó un camino de besos hasta llegar a su ombligo. La única vela que les alumbraba lanzaba destellos sobre la rosada piel. Pasó la lengua alrededor del ombligo, dejando un rastro húmedo a medida que iba descendiendo.

—¿Qué... qué vas a hacer? —farfulló Rosslyn perdida en el placer que estaba sintiendo, ruborizándose con cada caricia, cuando él le separó las piernas y fijó su mirada en la mata de pelo

que cubría su coño.

—Darne un festín contigo. Hace tanto tiempo que deseo saborearte, llenarme la lengua con tu esencia...

—Pero... pero... ¡oh!

Gawin utilizó los dedos para separar con suavidad los dulces pliegues, y se inclinó para lamerle el clítoris.

El cuerpo de Rosslyn se sacudió y suspiró de placer absoluto. Los dedos de él trabajaron en su abertura mientras mordía y lamía el tembloroso brote. Cerró los ojos, entregándose por completo al cúmulo de sensaciones que la asaltaban y que la estaban llevando hacia algo desconocido pero que adivinaba absolutamente maravilloso.

El primer dedo la penetró con facilidad. Estaba húmeda, mojada con la esencia que su coño expulsaba en reacción a sus caricias. Rosslyn emitió un grito al sentir la extraña invasión y su cuerpo se tensó ante la insólita reacción. Le gustaba, quería más, sentía que aquello era poco...

Gawin le introdujo un segundo dedo. Imitaba el movimiento de la cópula, teniendo mucho cuidado de no rebasar el límite que le imponía la delicada membrana que denotaba su virginidad. Solo quería proporcionarle placer, no dolor.

Con la mano que tenía libre, le acarició el pecho, apretando el pezón con los dedos. Rosslyn gritó y se llevó una mano a la boca, mordiéndose el puño para sofocar los gritos que se le acumulaban en la garganta. Su cuerpo ardía como si el fuego se hubiera apoderado de él; una extraña y apabullante sensación se iba arremolinando en el bajo vientre, creciendo con cada caricia, cada penetración de los dedos, cada vez que la lengua atacaba el clítoris.

—Déjate ir... acéptalo, mi amor. No luches contra lo que sientes.

Las palabras de Gawin penetraron en su desconcertado cerebro, obedeciendo sin dudar. Dejó que todas las sensaciones se apoderaran de ella, que la invadieran y la sobrepasaran, y estalló en un orgasmo devastador que llevó a su cuerpo a convulsionarse, sacudiéndose sobre el frío y duro suelo, mientras gritaba hasta quedarse enronquecida.

Laxa y completamente agotada, Gawin volvió a ponerle el vestido y la alzó, cogiéndola en brazos para llevarla de nuevo al lado de la fogata, en la caverna contigua. Se tumbó a su lado, la apretó contra su cuerpo, y la contempló mientras dormía, manteniéndose vigilante durante el resto de la noche.

Capítulo cuatro. Vender el alma.

Cuando Rosslyn abrió los ojos, el amanecer se filtraba a través de las rendijas del entramado de hojas y ramas que protegían la entrada de la cueva. El fuego seguía chisporroteando, como si alguien se hubiera estado preocupando de que no se apagara durante toda la noche.

«Gawin».

Seguro que había sido él, porque una hoguera no duraba tantas horas si no era alimentada regularmente. Ella había estado durmiendo, y él había permanecido despierto, cuidándola.

Giró el rostro, buscándolo. Gawin estaba de pie, de espaldas a ella, con la mirada fija en el entramado de hojas y ramas. Tenía una mano alzada por delante de sí, el brazo totalmente extendido hacia adelante, y parecía estar murmurando algo.

Había algo diferente en él, algo que no estaba la última vez que se vieron. Rosslyn no sabía qué era, pero le daba escalofríos. Tuvo el impulso de santiguarse para protegerse, pero se contuvo de hacerlo. Este hombre era Gawin, y era incapaz de hacer algo que la dañase, ni de obra ni de palabra. Quizá la oscuridad que intuía solo se debía al dolor que le había causado con su marcha; bien sabía Dios que ella misma había estado teniendo pensamientos nefastos, y que había increpado al Altísimo más de una vez por su amargo destino. Tener el amor al alcance de la mano y perderlo abruptamente, podría oscurecer cualquier alma, por muy limpia y pura que fuese.

—¿Gawin?

Él se giró al oír su voz, y le dedicó la sonrisa más maravillosa que podía imaginar, una sonrisa que le levantó el ánimo y le ensanchó el corazón.

—Buenos días, mi amor.

—Buenos días, mi galante protector. No has dormido, ¿verdad?

—No podía. No hasta convencerme de que estábamos a salvo.

Rosslyn se incorporó y, sentada aún en el frío suelo, levantó los brazos por encima de la cabeza, desperezándose como un gato. Los ojos de Gawin se oscurecieron por el deseo. La imagen de su amada era tan sensual e inocentemente provocadora, que su miembro viril saltó de alegría.

—Necesito lavarme un poco. ¿Crees que podría ser posible? —preguntó Rosslyn con un mohín de disgusto al sentirse tan sucia y desarrapada.

—Este es mi palacio. Cualquier cosa que desees, es tuya, mi dulce cautiva.

Rosslyn se rio, recordando las historias con las que él la entretenía muchas veces, tumbados sobre la hierba, mirando el cielo azul. A Gawin le gustaba contar historias sobre tierras y reinos extraños llenos de magia, y ella disfrutaba escuchándolas.

—Entonces, deseo poder darme un baño con agua caliente, mi príncipe encantado —bromeó Rosslyn, sabiendo que allí era imposible pero no pudiendo evitar seguirle el juego.

Gawin se acercó a ella y se arrodilló a su lado. Le acarició el mentón con la punta de los dedos, y posó los labios sobre los suyos, dándole un beso que, de tan leve, fue totalmente insatisfactorio; pero antes que ella pudiera reclamar más pasión y profundidad, él ya se había puesto de pie otra vez.

—Dadme unos minutos, mi bella hada, y obraré mi magia para cumplir vuestro deseo.

Gawin la dejó sola, con la boca abierta por la sorpresa, y se internó en las cavernas.

«Cuanta más magia utilices, más se apoderará de tu voluntad». Esta fue la advertencia que le lanzó Ludllynn, la bruja que la ayudó a reclamar el poder que le pertenecía por herencia. «No la utilices para hacer algo que un simple hombre podría hacer con sus manos». Por eso no la había usado para sacar a Rosslyn de Aguas Dulces, y se había arriesgado a bajar por la cuerda anudada con ella, guiándola durante el descenso.

Pero ahora, la mujer que amaba necesitaba darse un baño. No lo había dicho, pero seguro que además de sucia y dolorida, estaba aterida de frío. Las cavernas eran húmedas y heladas, y la hoguera no había conseguido caldearlas en absoluto. Se necesitaría mucho más que un pequeño fuego para lograr algo así.

Caminó por el túnel y cruzó tres pequeñas cavernas hasta llegar a aquella que había escogido para convertirla en su hogar provisional. Era espaciosa y más seca que el resto. Las paredes no rezumaban agua como en la mayoría de las demás, y la tierra que cubría el suelo estaba seca. Tenía la forma de un ocho un tanto distorsionado; a vista de águila, la parte inferior del número era bastante más grande que la parte superior, y esta última parecería achatada e inclinada hacia un lado, como si al escribano que la dibujó lo hubiese sobresaltado algo mientras trazaba la línea, y se le hubiese ido la mano. Al estar torcida, esa parte de la caverna quedaba aislada y separada del resto, lo bastante para dar un atisbo de intimidad, y Gawin pensó que sería el lugar ideal para hacer realidad el deseo de Rosslyn.

Cruzó el arco de entrada, tapado con una gruesa manta a modo de cortina, para que mantuviera el calor en el interior. La caverna principal estaba preparada para pasar allí escondidos bastantes días, sin renunciar a la comodidad. A un lado había acumulada la suficiente leña para mantener viva la fogata que Gawin acababa de encender, y que era lo bastante grande para iluminar todo el recinto. Al otro, Gavin y Craig habían preparado una cama rudimentaria, llenando con hojas frescas varios sacos de arpillera que después habían cubierto con una sábana. A los pies de esta, un baúl lleno de ropa de mujer esperaba la llegada de Rosslyn.

Habían tapado las paredes y el suelo con mantas y alfombras, para mantener el calor allí dentro. En el techo, había varias chimeneas naturales que evitaban que el humo se acumulase dentro, y Gawin las había asegurado gracias a la magia.

Era un lugar aceptablemente acogedor en el que podrían esperar el tiempo que fuese necesario, hasta que el MacDolan y el Douglas desistiesen de su búsqueda. Cuando creyesen que habían logrado huir y que estaban fuera de su alcance, saldrían de allí y se dirigirían hacia las tierras de su familia. «O quizá deberíamos irnos a Inglaterra, —pensó mientras encendía otra fogata, esta más pequeña, en el reducido cubículo que quedaba apartado del resto de la caverna—. O viajar más hacia el sur, hasta España. Allí podríamos vivir en paz y, con mis nuevos poderes, no tendría ninguna dificultad en convertirme en alguien rico e importante que le pudiese dar a Rosslyn todo lo que desee y necesite».

«Cuanta más magia utilices, más se apoderará de tu voluntad». La voz de Ludllynn acudió para sacarlo de sus ensoñaciones.

Quizá utilizar la magia para prosperar no era tan buena idea, aunque la semilla ya estaba plantada y no le iba a ser fácil olvidarse de ello.

Pero mientras tanto, iba a necesitarla para cumplir el deseo de Rosslyn de darse un buen baño caliente.

Se concentró en sí mismo, en aquel lugar al que debía acudir cada vez que necesitaba saber.

Era extraño cómo conseguía comprender cosas que nunca había leído o estudiado; solo tenía que concentrarse, y los conocimientos requeridos acudían a él con facilidad, como si estos tuviesen vida y estuvieran impacientes por ser utilizados. Y así fue cómo supo lo que debía hacer.

Llamó a la tierra con su cántico silencioso, y a la roca que en ella se escondía. La tierra se abrió con un ligero estremecimiento; se comprimió y condensó, abriendo un agujero en el suelo que fue ensanchándose poco a poco. La voz de Gawin seguía murmurando palabras extrañas mientras sus manos bailaban y dibujaban extraños símbolos en el aire. La tierra le respondía y lo embargó una eufórica sensación de poder que le colmó las venas con fuego. Parecía que iba a arder, una pira humana que se consumiría irremediabilmente, pero nadie que lo mirara vería algo extraño. Su cuerpo permanecía inalterable, pero él sentía el ardor correr por debajo de la piel.

La tierra se fundió y compactó, hasta que se fue transformando en dura roca. Entonces su cántico cambió, y empezó a llamar al agua. Había mucha corriendo libremente en canales subterráneos construidos con la fuerza de la naturaleza. Uno escuchó su llamado y desvió su curso; se abrió paso a través de la montaña, y rompió la pared de piedra para manar suavemente y llenar la hoquedad. Hubiera parecido algo natural, un producto de la naturaleza, si la piscina no hubiese sido tan perfecta, y la piedra que la recubría, tan lisa y pulida. Podría haberla hecho irregular, con picos y cantos, pero eso hubiese sido un peligro innecesario para la suave y delicada piel de Rosslyn.

Cuando la pequeña piscina estuvo llena a rebosar de agua, Gawin ordenó al agua que dejara de manar y volvió a cambiar su cántico. El agua empezó a subir su temperatura, hasta que una ligera nube de vapor se formó en el interior de la cavidad.

El baño estaba preparado.

Fue a buscar a Rosslyn y la encontró sentada ante la fogata, masticando un trozo de queso que había sacado de las alforjas.

—Tenía hambre —le dijo medio avergonzada cuando giró el rostro para mirarlo.

—Culpa mía por no ofrecerte un desayuno como Dios manda. Lo siento.

—No importa. Me gusta el queso.

Ambos rieron, y él le ofreció la mano para ayudarla a levantarse. Cuando sus dedos se tocaron, un chisporroteo le sacudió todo el cuerpo, una sensación cálida lo envolvió como si de una manta se tratara.

—Vamos.

Rosslyn lo siguió sin decir una palabra. Caminó detrás de él, que ahora iba alumbrando el camino con una antorcha. Cuanto más se internaban en la montaña, más frío hacía, hasta que llegaron a una caverna que la dejó con la boca abierta.

—Esto es... es maravilloso —exclamó mirando a su alrededor. Gawin había conseguido convertir una inhóspita cueva en un lugar acogedor, con las paredes cubiertas con alfombras y mantas, una cama, y una fogata que calentaba el ambiente.

—Me alegra que te guste. Pero no es todo. Sígueme.

La guió hasta la pequeña piscina de agua humeante, y se deleitó con la alegría que iluminó el rostro de Rosslyn cuando lo vio.

—Oh. Esto... esto es... Pero, ¿cómo..?

Gawin se rio con los balbuceos incoherentes de su mujer, motivados por la sorpresa. Sabía que ella se preguntaba cómo lo había logrado, pero no pensaba contárselo. Si alguna vez descubriría en qué se había convertido él...

—Te dije que cumpliría tus deseos, y eso he hecho —se limitó a decir, henchido de orgullo al

ser testigo de su reacción—. También tenemos... esto... —Se rascó la cabeza, no sabiendo cómo decirlo. ¡Se sentía tan ridículo teniendo vergüenza! Pero, ¿cómo hablas con una dama, sobre las necesidades propias del cuerpo, como orinar y defecar?— Quiero decir que he adecuado una de las otras cavernas más pequeñas para que puedas hacer tus necesidades básicas en la intimidad.

—Has pensado en todo.

—Por supuesto. No sé cuánto tiempo tendremos que estar aquí, y no iba a permitir que carecieras de cualquier comodidad que pudiera proporcionarte.

—Pues lo has conseguido, porque podría quedarme a vivir aquí para siempre. —Se giró hacia él y lo miró a los ojos—. Siempre y cuando, tú te quedaras conmigo.

—Siempre estaré contigo. —Se miraron a los ojos, y el recuerdo de lo vivido la noche anterior irrumpió en su mente con fuerza, alterando su respiración, provocándole una dolorosa erección. Tragó saliva, y esta deshizo poco a poco el nudo que se le había formado en la garganta—. En el baúl que hay a los pies de la cama, tienes ropa para cambiarte —susurró con voz ronca, sin quitar los ojos de los labios de Rosslyn.

—Gracias.

Ella se acercó un paso hacia él, y él retrocedió apresuradamente hasta volver a estar en la parte de la caverna más grande. Rosslyn, extrañada, lo siguió. Sabía que la deseaba, que se moría por hacerle el amor, al igual que ella. ¿Por qué retrocedía?

—¿Qué ocurre? —preguntó, preocupada.

—Tengo que salir.

—¿Vas a dejarme sola?

—No te preocupes. Aquí estás a salvo, y yo volveré en un rato. Date un buen baño, relájate, y antes de que te des cuenta, estaré de vuelta.

—Pero, ¿a dónde vas?

Gawin no contestó, y la manta que cubría el arco de entrada, cayó detrás de él cuando abandonó el lugar.

Rosslyn suspiró, y se envolvió con sus propios brazos, intentando consolarse. Había visto algo en la mirada de Gawin, una sombra negra que cruzó sus ojos y transformó su rostro durante un instante. Fue algo aterrador que se desvaneció tan rápido que hasta llegó a pensar que se lo había imaginado. Hasta que él se retiró y se marchó apresuradamente.

¿Qué había pasado realmente allí?

Gawin salió de las cuevas dando trompicones. Apartó el matorral artificial que taponaba la entrada y salió al exterior. Necesitaba aire, sentir el viento sobre el rostro; ver el cielo, el sol; alejarse rápidamente de Rosslyn.

Dios, ¿qué había hecho?

Lo había sentido, en su interior, como una fuerza inconmensurable que iba apoderándose de él poco a poco. ¿Cómo había sido tan loco de pensar que podría controlarlo? ¿Cómo se había dejado engañar por su propia altanería?

Ludllynn lo había advertido antes del ritual, y él se había negado a escuchar. Su único pensamiento había sido que tenía que recuperar a Rosslyn, y que sería bienvenido cualquier precio que tuviera que pagar. Orgullosa, pensó que aquel al que se había entregado a cambio del poder suficiente para mantener a salvo a Rosslyn, no podría apoderarse de él. Pero ya no estaba tan seguro.

Durante un instante, mientras miraba a la mujer que amaba más que a su vida, al sentir crecer

el deseo que ella despertaba, lo había notado: una oscuridad creciente, una oleada de crueldad, imágenes de dolor y sufrimiento; Rosslyn, dirigiéndole una mirada cargada de temor, mientras intentaba alejarse de él, completamente aterrorizada. Y una risa resonando en su cerebro, cargada de brutalidad y maldad, que salía de su propia garganta.

Solo había sido una visión, pero había conseguido que se cuestionara su propio raciocinio.

Por eso había salido huyendo, apartándose de Rosslyn. Había tenido miedo de sí mismo y de lo que podría llegar a hacerle a pesar de que se repetía a sí mismo una y otra vez, que nunca, jamás, le haría daño.

Porque ya no estaba tan seguro.

Algunos días antes...

«Mi amado Gawin:

Te escribo esta carta a toda prisa, para que Tom pueda llevártela antes de mi marcha. Mi padre ha hecho lo que nunca me hubiese llegado a imaginar. Me ha ofrecido a Lean MacDolan en lugar de mi difunta hermana Evanna, renegociando el contrato matrimonial, y este ha aceptado su exigencia de que la ceremonia se llevase a cabo inmediatamente. Padre acaba de comunicármelo ahora mismo, obligándome a prepararme para partir al amanecer rumbo a Aguas Dulces, donde espera verme casada antes de tres semanas. Las primeras amonestaciones ya se han hecho públicas.

Lo siento mucho, mi amor. Me veo obligada a cumplir con mi deber de hija, obedeciendo a mi padre, aunque mi alma y mi corazón están llorando de tristeza y dolor. Te amo, y el solo pensamiento de este matrimonio obligado, me parte en dos y me desgarran por dentro. Pero no puedo hacer otra cosa más que obedecer.

Padre sabe que el único hombre al que amo eres tú, se lo he gritado entre sollozos cuando me ha anunciado el compromiso, y por eso me obliga a viajar con él inmediatamente. No quiere darme una oportunidad de huir contigo, pues sabe que lo haría sin dudarle un instante; pero cuando tú recibas esta carta, yo ya estaré camino de Aguas Dulces.

Lo siento, lo siento mucho. Sé que esto para ti será como una traición. Soy cobarde, y no me atrevo a escaparme sola para poder reunirme contigo. Además, me vigilan, ni siquiera conseguiría salir del castillo sin que me descubrieran, y temo demasiado la ira de mi padre si le desobedezco.

Olvídame, cura tus heridas, y sé feliz. Debes ser feliz para que mi tormento sea más leve, aunque imaginarte en brazos de otra mujer me desgarran el alma. Por mi parte, jamás conseguiré arrancarte de mi corazón.

Tuya en cuerpo y alma,

Rosslyn Douglas».

Con la carta en la mano, roto de dolor y lleno de ira, Gawin salió montado a caballo, galopando como alma que lleva al diablo.

No podía ser. Su Rosslyn no podía casarse con otro hombre. Ella era suya, lo había sido desde

siempre. Su vida giraba en torno a ese convencimiento desde los trece años, cuando había visto por primera vez a la niña con los ojos del color de la tierra húmeda por el rocío. Todas las decisiones que había tomado desde ese momento, habían sido pensando en ella y en un futuro juntos, porque estaba escrito en las estrellas.

Y ahora, ¿debía permitir este giro del destino? ¿Debía aceptarlo sin luchar? ¿Resignarse a vivir sin ella?

Cabalgó como un loco sin pensar en su propia seguridad ni en la de Relámpago, su caballo. Lo forzó a seguir un ritmo endiablado con la esperanza de caerse y romperse el cuello. Morir sería mil veces mejor que seguir viviendo sin tenerla a ella a su lado. Rosslyn era su vida, y sin ella, ¿qué le quedaba?

Había peleado con uñas y dientes contra todos; había hecho enfurecer a su padre cuando se negó a entregar su vida a la Iglesia, tal y como le correspondía por ser el hijo menor. Lo había defraudado enormemente con esa decisión, y había estado mucho tiempo soportando el desdén y el desprecio de su padre, y el llanto de su madre. Todo por ella.

¿Iba a resignarse?

Cabalgando a ciegas, con los ojos anegados en lágrimas, no se dio cuenta que se había internado en el bosque prohibido hasta que fue demasiado tarde. En la parte más frondosa, decían, vivía una bruja. Él la conocía. Había acudido allí de forma regular, a escondidas de su familia, buscando las respuestas a unas preguntas que ni siquiera sabía que tenía.

Gawin había sabido siempre que era diferente. Había algo en él que no era como en los demás: tenía sueños, visiones, y oía voces nítidas hablándole cuando no había nadie más allí. Nunca podía recordar qué veía ni qué oía, pero siempre quedaba la misteriosa sensación de haber vivido algo diferente. A veces, estando en esa etapa del sueño en la que no estás dormido, pero tampoco despierto, había vislumbrado brevemente a una figura de pie a los pies de la cama. Era un hombre alto, musculoso, que vestía una túnica azul, y tenía unos ojos llameantes que lo miraban fijamente. Sus orejas eran alargadas, y peludas, como de ciervo, y también lucía una enorme cornamenta soportada desde su frente.

Pero cuando abría totalmente los ojos, asustado por aquella presencia, la figura desaparecía como si nunca hubiese estado allí, dejando tras de sí el olor del musgo.

Y después estaba esa pulsación que sentía en el cuello y las muñecas, como la vibración que queda remanente después de haber golpeado una campana: el sonido ya no está, pero el zumbido persiste constante en el aire. Un zumbido que, a veces, se apoderaba de sus oídos, desenfocaba su visión, y le mostraba cosas que no estaban allí.

Por eso acudió a la bruja del bosque la primera vez, sin saber que allí encontraría unas respuestas que no quería escuchar. Respuestas que Ludllynn le proporcionó.

—¿Qué te ocurre, muchacho tonto?

La voz de la bruja lo sacó del trance en el que se encontraba. Ni siquiera se había dado cuenta del rumbo que había tomado al salir del castillo, pero allí estaba ahora, delante de la mugrienta cabaña en la que vivía Ludllynn, la bruja del bosque prohibido, a la que todo el mundo evitaba, pero a la que todo el mundo acudía cuando necesitaba sus extraños servicios.

—Se ha ido, Ludllynn. Su padre va a casarla con otro hombre.

Su voz sonó como el lamento de un perro apaleado, y no como la de un hombre.

—¿Y qué vas a hacer? ¿Quedarte aquí llorando como un niño? ¿O vas a ir a buscarla?

La voz burlona de la bruja, sentada delante de la desvencijada puerta de su cabaña, lo enfureció. Ludllynn estaba fumando una de sus mezclas de hierbas, lanzando al aire volutas de

humo apestoso, una costumbre que había adquirido durante sus viajes a países lejanos de oriente. Su pelo gris y enredado, le caía en mechones sucios sobre la cara, ocultando su rostro arrugado.

—¿Y qué puedo hacer? —exclamó, iracundo, y bajó del caballo de un salto para acercarse a ella dando grandes zancadas. Quería intimidarla, pero la vieja bruja ni parpadeó.

—Ve a por ella.

—Hace dos días que se fue. Tom, el muchacho que me ha traído su carta, no ha podido escaparse de sus obligaciones hasta hace unas horas. Salieron hace dos días, de madrugada, y su padre la acompaña con un pelotón de hombres como escolta. ¿Cómo pretendes que me la lleve?

—Tú sabes cómo puedes hacerlo. Por eso has venido hasta mí.

Sí, lo sabía. Aunque su mente no había tomado la decisión conscientemente, en su desesperación había acudido hasta el bosque prohibido porque sabía qué tenía que hacer: aquello a lo que se había negado desde que Ludllyn le había contado por qué él era diferente.

—Sabes que no puedo hacerlo. ¡Te lo he dicho mil veces! Es una abominación, y va en contra de todo en lo que creo. ¡Perdería mi alma! ¡Y estaría condenado al fuego eterno!

—Pamplinas, y tú lo sabes. ¿Condena eterna? ¿Peor condena que vivir tu vida sin Rosslyn a tu lado?

—Estamos hablando de mi alma, de...

—¡Tu alma le pertenece, muchacho! Desde que fuiste engendrado en el vientre de tu madre, tú le perteneciste. No puedes luchar contra tu destino, igual que no puedes arrancarte el corazón y seguir viviendo. Acéptalo de una vez.

—Ha de haber otra manera...

—Estoy harta de oírte decir sandeces —exclamó Ludllyn levantándose pesadamente—. Si no quieres aceptar tu poder, y el destino que está escrito en las estrellas, obedece a tu padre y vete al monasterio. Conviértete en un monje, vive una vida estéril plagada de insatisfacción, dirigiendo plegarias a un Dios absurdo que nunca escucha a sus devotos servidores. Pierde tu vida.

Escupió en el suelo y se giró para entrar en su choza, dejándolo allí plantado sin saber qué hacer, con las riendas de Relámpago enrolladas en una mano, y la otra cerrada en un puño desesperado.

—¡Espera! Si lo acepto, si le entrego mi alma, ¿conseguiré el poder suficiente para rescatar a Rosslyn? ¿Podré tenerla a mi lado durante el resto de mi vida?

—Niño, si le entregas tu alma, podrás conseguir todo lo que te propongas. Tendrás en tus manos el poder de un dios, no habrá nada que pueda pararte. Pero hay un precio a pagar a cambio de tanto poder. Cuanta más magia utilices, más se apoderará de tu voluntad; no la utilices para hacer algo que un simple hombre podría hacer con sus manos.

Se había sometido al poder de Gwynn, el dios oscuro, el cazador salvaje, pensando que podría controlarlo, que su voluntad sería más fuerte, y que jamás conseguiría doblegarlo. Pero lo notaba en su interior, y su voz insidiosa había empezado a susurrarle al oído. Se había debilitado al convocar su poder sobre los elementos para conseguirle a Rosslyn un baño caliente, y Gwynn había dejado de ser una sombra oscura agazapada en su interior, a ser una voz constante que le susurraba maldades y se reía con crueldad al ver su turbación.

Había sido un iluso, pero, ¿qué otra cosa podría haber hecho? La sola idea de vivir su vida sin tener a Rosslyn a su lado, era una tortura. Rosslyn era suya tanto como él era de ella, se pertenecían y complementaban. Si no la tenía a su lado, su vida no tendría sentido y se convertiría en una cáscara vacía sin ningún propósito. Por eso había accedido, y por eso no podía

arrepentirse ahora de la decisión que había tomado.

No volvería a usar la magia, a no ser que sus vidas dependiesen de ello. Si no le daba más poder a Gwynn, quizá conseguiría acallar su voz y dejaría de oír sus susurros perniciosos. Gawin era terco como una mula y estaba convencido que lo lograría si se lo proponía.

Caminó sin rumbo por el bosque, durante horas, intentando tranquilizarse. La voz de Gwynn había sido muy fuerte dentro de las cavernas. Sus palabras le habían martilleado el cerebro, enviándole imágenes retorcidas de él tomando a Rosslyn contra el duro suelo, arrebatándole su virginidad sin ninguna contemplación, complaciéndose en su terror y sus gritos de dolor. Y se había horrorizado al ver que su cuerpo reaccionaba con una imponente erección ante aquella visión tan aterradora. Se había excitado al imaginársela suplicando piedad, luchando contra él, vertiendo lágrimas de dolor. ¿En qué clase de hombre lo estaba convirtiendo Gwynn? ¿Qué tipo de mente perversa era capaz de excitarse con el sufrimiento de una mujer?

No, no era él. Quizá su cuerpo había reaccionado así, pero no había sido él el que se había deleitado con entusiasmo con aquellas imágenes. Había sido Gwynn y su alma páfida la que había saltado de alegría y fervor, en un frenesí de pasión insatisfecha.

Pero el torbellino de emociones había sido intensa, y por eso había tenido que alejarse de ella con rapidez, porque durante un simple instante estuvo a punto de ceder al impulso que el dios le enviaba, y la habría tomado allí mismo sin ninguna consideración hacia ella.

Y no podía permitirlo.

Rosslyn era pura e inocente, tanto en cuerpo como en alma. El amor que sentía por Gawin la había protegido de abandonarse a las bajas pasiones como hacían otras muchachas jóvenes a su edad. Solo lo deseaba a él, y él se había ocupado de que permaneciese sin mácula, permitiéndose solo robarle algunos castos besos... hasta la noche anterior.

Pensar en lo que habían hecho envió una nueva oleada de excitación que atravesó como una ola furiosa su ya ardoroso cuerpo. Volvió a sentir los labios de miel rodeándole la polla, sus pequeñas manos acariciándole toda la longitud, sus gemidos bajos, el sabor de su esencia cuando le dio placer con la boca, el terciopelo de sus pechos bajo las ásperas manos de guerrero...

Su voluntad estuvo a punto de flaquear y no fue consciente de que volvía hasta que se encontró de nuevo ante la entrada de la cueva, disimulada por las hojas y las ramas que la protegían. Se frenó en seco, sorprendiéndose de encontrarse allí, estallando en su interior una batalla entre el deseo de entrar y someterla a sus deseos, y el honor que lo impulsaba a alejarse de allí.

Nunca sabría cuál de los dos hubiese ganado, porque fue entonces cuando oyó los gritos de Rosslyn.

Capítulo cinco. La pesadilla no ha terminado.

Los ojos azules de Seelie siempre habían logrado hipnotizarlo. Eran del color del cielo durante el verano, cálidos y luminosos, y brillaban con la alegría que sentía por la vida. Era una muchacha de corazón noble que se entristecía con el dolor ajeno, y hacía todo lo que estuviera en sus manos para aliviar el sufrimiento de los demás. Era joven, pero su voluntad de hierro la convertiría en una magnífica castellana cuando tuviese bajo su mando la dirección de alguna fortaleza, y Kenneth estaba seguro que conseguiría la lealtad incondicional de sus sirvientes, que la amarían y respetarían a partes iguales.

Sí, un hombre estaría muy satisfecho de tenerla por esposa, aunque no la amase. Más lo estaría él con todo el amor que sentía por ella.

—¿En qué piensas? —le preguntó ella.

Seelie seguía tendida sobre la hierba. El canto de la catarata los arrullaba, y volvía a tener su color de siempre. El sol se había escondido detrás de las altas cumbres que los rodeaban y el cielo del atardecer los alumbraba con su tenue resplandor.

—En lo afortunado que soy.

Su risa cantarina inundó el aire, y las entrañas de Kenneth se contrajeron de deseo. La amaba, y la deseaba con una desesperación que estaba a punto de volverlo loco.

—Y en que voy a hacerte el amor. Ahora mismo.

La contundencia de sus palabras enviaron un estremecimiento que atravesó el cuerpo de Seelie, anticipándose al placer.

—Sí. Por favor.

Extendió sus brazos y le rodeó el musculoso cuello, atrayéndolo hacia ella. Le ofreció la jugosa boca, entreabriendo los delicados labios para recibir su apasionado beso.

Kenneth se despertó de repente, con una erección de órdago. Tenía la respiración tan agitada que parecía el fuelle de un herrero. Se levantó de la cama y miró por la ventana del castillo. Todavía era de noche, no había amanecido todavía, pero sabía que aunque volviera a acostarse, no conseguiría dormir.

Se envolvió con el *plaid* y salió de su dormitorio sin calzarse siquiera. Bajó los rugosos escalones sintiendo la dura y fría piedra en las plantas de los pies, y salió al exterior.

El patio de armas estaba silencioso. En los adarves, podía ver las sombras de los soldados que patrullaban vigilantes. Aguas Dulces aún no se había despertado.

En cada rincón de aquel lugar, todavía podía ver y oír a Seelie. Habían crecido allí, se habían hecho amigos, y habían acabado enamorándose. Durante mucho tiempo la había rehuido, negándose a sí mismo sus sentimientos, ahogado con el peso de las responsabilidades que tenía como hijo del *laird*. Pero cuando ella le dijo que iban a prometerla a otro hombre, todo cambió. Los días que siguieron a esa noticia, marcaron un antes y un después para él, que lo olvidó todo excepto el amor que sentía por ella

En la pared al lado de la herrería, le había robado su primer beso. Había sido inocente,

apenas un roce de labios sobre labios, que lo había dejado confuso e insatisfecho. Junto al pozo, le había susurrado su primer «te quiero», y ella se había alejado riéndose, contagiando su alegría al mundo. En la despensa, escondidos del resto del mundo, había osado acariciarle un pecho por primera vez; por encima de la ropa, y solo durante unos segundos, porque fueron interrumpidos por una de las sirvientas y tuvieron que esconderse detrás de los sacos de harina para no ser descubiertos. En el huerto trasero, donde la cocinera cultivaba las plantas aromáticas que echaba en sus guisos y asados, le recitó por primera y última vez los versos que le había dedicado. Nunca había sentido tanta vergüenza como ese día, cuando al poner voz a las palabras escritas, se dio cuenta de cuán horrorosos eran. Pero Seelie fue benévola con él, y agradeció sus esfuerzos con un beso, permitiéndole por primera vez penetrar con la lengua su inviolada boca.

Habían sido días muy intensos que terminaron con su huída y, después, la muerte.

Había demasiados recuerdos entre aquellos muros, y aunque su intención al volver a Aguas Dulces había sido la de quedarse para prestarle su ayuda a su hermano Lean, ahora no estaba tan seguro de conseguir vivir en paz allí.

Pero tampoco lo había logrado cuando estuvo fuera, recorriendo las Highlands y las Lowlands, llegando incluso a atravesar la frontera e internarse en suelo inglés, peleando por cualquier causa que considerase lo bastante buena.

Dudaba que hubiera un lugar en la Tierra donde él pudiera vivir en paz, sin el atormentado recuerdo de todo lo que podría haber sido, y nunca llegó a ser.

Kenneth cruzó el patio de armas y atravesó la puerta que llevaba al patio interior donde estaban el pozo y el enorme lavadero de piedra donde las mujeres del castillo se reunían para lavar la ropa. El agua estaba helada, pero no le importó; estaba acostumbrado a asearse en ríos y pozos, tanto en verano como en invierno.

Se quitó el plaid, cogió uno de los baldes para llenarlo, y se tiró el agua por encima. Ahogó un estremecimiento mientras cogía el jabón y se frotaba el cuerpo con fuerza, con la esperanza que el agua fría se llevara la calentura que le había provocado soñar con Seelie otra vez.

—Puedo ayudaros si queréis, mi señor.

La voz, dulce y musical, logró sorprenderlo. Se giró bruscamente y se encontró con una muchacha joven, vestida solo con un fino camisón, que lo miraba con ojos ansiosos, apreciando todo lo que había a la vista. Cuando estos llegaron hasta su entrepierna, allí donde su hombría estaba acunada por un nido de rizos, se relamió los labios, golosa, imaginándose qué podría hacer con aquel rígido miembro.

—¿Qué haces aquí tan temprano? —le preguntó sin mostrar signo alguno de vergüenza por su desnudez—. Y en camisón...

—No podía dormir, mi señor. No quería molestar al resto de sirvientas con mi inquietud, así que pensé en salir a dar un paseo.

—¿Y qué es, lo que te causa inquietud?

La chica se acercó, coqueteando mientras enrollaba un mechón de su propio pelo en uno de sus dedos.

—Un hombre. ¿Qué, sino, nos mantiene siempre en vela?

—¿Un marido? ¿Prometido?

—No, nada de eso. Y ese es el problema. Ha habido muchas promesas por su parte, pero ninguna cumplidas. En cuanto obtiene lo que quiere de mí, tiene prisa por alejarse de nuevo. Dice que me ama, pero todo son palabras.

—Y una muchacha como tú, no puede vivir solo de promesas.

—Ajá. De un hombre como él, necesito más. Pero de un hombre como vos... me conformaría con poder teneros para mí solo un rato. Seguro que no sois un muchacho inexperto, y sabéis muy bien qué hacer con esto.

Alargó la mano y la cerró con cuidado alrededor de la polla de Kenneth, tan enhiesta y excitada que provocó un hondo jadeo en su garganta. Ella sonrió y se acercó más a él, hasta estar pecho contra pecho.

—Vais a coger frío, mi señor.

Le acarició el abdomen con la mano libre, alzando el rostro hasta posar los ojos en los labios de Kenneth. Deslizó la mano hacia arriba, por los duros músculos del pecho, hasta los enormes hombros.

—En estos momentos, el fuego arde en mi interior, niña. ¿Cómo te llamas?

—Friggal, mi señor.

—Muy bien, Friggal, hermoso nombre para una hermosa muchacha. ¿Qué esperas de mí?

—Que me llenéis, mi señor.

—Tus deseos son órdenes para mí...

La cogió por la cintura y la levantó, girando con ella, hasta sentarla suavemente en el borde del lavadero. Kenneth era mucho más alto que ella, y al sentarla allí, sus sexos quedaron a la misma altura. Le abrió las piernas y enrolló el camisón en la cintura, dejando al descubierto el coño de Friggal. Estaba oscuro, solo iluminados por la luz de la luna y las estrellas.

Friggal jadeó cuando él tiró del camisón y la dejó completamente desnuda, e intentó protestar.

—Mi señor, los guardias del adarve, pueden vernos...

Pero se olvidó completamente cuando él se apoderó de su boca en un beso exigente que le nubló la razón, y de sus pechos con sus callosas manos. Los amasó y pellizó los pezones con los dedos, mientras se posicionaba entre las piernas de Friggal, dispuesto a penetrarla con rapidez.

Lo necesitaba. Necesitaba perderse en el abrasador olvido momentáneo que le proporcionaba el sexo, cuando las sensaciones lo ahogaban todo, cuando no había nada más que el placer que estaba sintiendo.

Ella gimió, abandonada a las caricias, y ahogó una honda exclamación cuando una de las manos de Kenneth le acariciaron el coño, comprobando que estaba empapada y preparada para recibirlo. No lo pensó más. La sujetó rodeándole la cintura con un brazo, y con la otra mano dirigió su excitado miembro hasta la entrada, penetrándola de un solo golpe.

—Rodéame con las piernas —le ordenó mientras empezaba el vaivén del baile de la cópula. Sus caderas se balanceaban hacia adelante y hacia atrás, golpeando su carne prieta y joven, y cuando ella lo obedeció, pudo llegar más profundo.

La cogió del pelo y tiró de él, haciendo que Friggal se arqueara para poder llegar a las preciosas tetas con la boca. Eran grandes, generosas, suaves y sensibles. Ella se agarró frenéticamente en sus bíceps y se mordió los labios para no gritar de placer, mientras Kenneth chupaba, lamía y investía sin compasión, haciéndola entrar en un maravilloso estado de enajenación que no se detuvo hasta que estalló en un fantástico orgasmo que compartieron a la vez.

Laxo y maleable como la arcilla, así quedó el cuerpo de Friggal cuando el orgasmo terminó.

—Ha sido...

—Todavía no hemos terminado, muchacha —le susurró Kenneth. Movié sus caderas, y ella se dio cuenta de que la polla todavía estaba rígida en su interior.

—Pero...

—¿Lo has hecho alguna vez como los perros, chica?

Ella se ruborizó, aunque él ni siquiera se dio cuenta por culpa de la oscuridad. No esperó contestación; simplemente la bajó del lavadero, la giró, y la puso a cuatro patas sobre el suelo.

—Mi señor, no...

—Silencio, Friggall, si no quieres que nos oigan es mejor que permanezcas callada.

Sabía que estaba siendo un cabrón, que estaba aprovechándose de ella al tratarla así, pero no podía evitarlo. El sexo con cualquier mujer que no fuese Seelie, podía convertirlo en un hombre despiadado, como en aquel momento. La necesidad de acallar los recuerdos era tan inmensa, que no importaba nada más, ni podía tener consideración con nadie. Era egoísta por su parte, lo sabía, y cruel, pero una vez que había empezado, no podía parar.

De rodillas en el suelo, enrolló el pelo de Friggall en su mano y tiró, para obligarla a alzar el rostro y el torso. Ella a duras penas llegaba al suelo con las manos. La penetró con rudeza. Una punzada de remordimiento lo asaltó, pero este huyó con rapidez cuando oyó los lloriqueos de ella. No era dolor o miedo lo que sentía, sino desesperación por lo excitada que estaba.

Sonrió. A la muchacha le gustaba rudo y salvaje, por lo visto, a pesar de su reticencia inicial.

Se inclinó un poco hacia adelante, lo suficiente para poder acariciarle los pechos con la mano libre, sin dejar de bombear en su interior. El ruido de la carne al chocar rebotaba contra las paredes, creando un eco extraño y excitante.

—¿Te gusta, Friggall?

—Sí, oh, sí, mi señor. Más, por favor. Más.

Sí, le gustaba. Lo notaba en la manera en que la carne alrededor de su polla pulsaba, contrayéndose; en sus jadeos, desesperados; en el sudor que resbalaba por su piel desnuda. Oh, sí, le gustaba mucho.

La alzó y la apretó contra su pecho, girándole el rostro para poder besarla. Se perdió en el baile de sus lenguas sin dejar de empujar. Su mano bajó y le torturó el clítoris, lo que le valió un grito estrangulado de ella, que él ahogó con su propia boca.

Estaba a punto, otra vez, y el orgasmo los sorprendió haciendo que miles de estrellas estallaran ante sus asombrados ojos.

—Dios... mío —susurró ella, completamente relajada contra el cuerpo de él—. Nunca había sentido algo así.

—Pues deja al tonto que solo te promete cosas que no cumple, muchacha, y búscate a un hombre que te haga sentir lo mismo que yo. Te lo mereces.

Dijo las palabras con cariño, intentando compensarla de alguna manera por la brusquedad con la que la había tratado. No importaba que a ella le hubiera gustado, porque si no hubiera sido así, a él no le hubiese afectado y hubiera seguido hasta el final.

Así era el hombre en el que se había convertido durante los años transcurridos lejos de Aguas Dulces.

«Quizás has vuelto con la esperanza de encontrar al hombre que solías ser», pensó.

Quizá. Quién podía saberlo.

—Debería haber imaginado que eras tú.

La voz ronca y profunda de Alistair irrumpió en el pequeño remanso de paz que habían construido, rompiendo el momento. Friggall gritó y buscó frenéticamente el camisón para taparse, y se fue corriendo de allí, mostrando sus nalgas blancas y desnudas. Alistair se rio por la turbación de la muchacha, siguiendo su huida con la mirada, y cuando ella desapareció por la puerta que llevaba a las cocinas, se giró para mirarlo a él.

—Unas buenas nalgas. ¿Cómo se llama?

—Friggal.

—Quizá la buscaré esta noche. ¿Crees que estará receptiva a mis encantos?

Kenneth se encogió de hombros mientras se levantaba y cogía su *plaid* para envolverse con él.

—Probablemente. Solo busca un hombre que sepa satisfacerla.

—Pues quizá yo sea ese hombre. ¿Le gusta rudo?

—Yo diría que sí. Aunque puede que lo que la haya satisfecho haya sido mi enorme polla.

—Yo soy más grande que tú, así que la mía seguro que lo es más. —Alistair sonrió, provocador—. Ya le preguntaré cuál le ha gustado más, cuando acabe con ella.

—Seguro que lo harás.

—Entonces, ¿ya has superado lo de Seelie? —le preguntó, pero se arrepintió de inmediato al ver cómo se demudaba la expresión de su amigo, para volverse sombría.

—Nunca.

Una hora después, ya había amanecido. Agua Dulces vibraba con la actividad diaria cuando Kenneth volvió a bajar de su dormitorio para desayunar. El salón principal bullía con las charlas de los hombres que estaban sentados a las mesas, llenando la barriga y preparándose para la larga jornada que les esperaba. Lean alzó una mano cuando lo vio aparecer, y lo instó a sentarse en el lugar que le correspondía como su hermano, a su lado, en la mesa principal. Al Douglas no se le veía por ninguna parte.

—¿Sigues empeñado en salir de patrulla esta mañana? —le preguntó su hermano en cuanto se sentó.

—Por supuesto.

—¿Y no quieres ir a ver la tumba de padre primero?

El corazón de Kenneth se apretó como si alguien lo estuviera agarrando con un puño. Sabía que tenía que hacerlo, en algún momento, pero todavía no se sentía preparado. Era como si, mientras no viese la tumba, su padre aún siguiese con vida.

Era difícil aceptar que nunca más volvería a ver al hombre al que había admirado durante tanto tiempo, y del que se separó con palabras amargas cuando abandonó Aguas Dulces.

«¿Mi hijo se ha convertido en un cobarde? ¿Abandonas tus obligaciones solo porque tienes el corazón roto? ¿Qué clase de hombre he criado?».

La amargura en las palabras de su padre lo habían perseguido durante mucho tiempo, pero siempre había creído que algún día volvería y se lo encontraría recibéndolo con los brazos abiertos.

Pero ya no sería así, y esa certeza lo atormentaba.

—Eso puede esperar, Lean. Es más urgente que encontremos a tu prometida.

—No estoy seguro de querer encontrarla —musitó—, pero padre había dispuesto mi matrimonio con su hermana porque sería una buena alianza para ambos clanes. Y a la muerte de Evanna...

—Creíste que debías aceptar casarte con Rosslyn.

—Sí. Pero cuando la conocí... —Sacudió la cabeza, negando—. Me di cuenta de cuán infeliz era ella con este enlace. No quiero tener una esposa desdichada, Kenneth. Sé que en mi posición, conseguir un matrimonio por amor es casi imposible; pero tampoco quiero obligar a una mujer a aceptarme como esposo en contra de su voluntad.

—¿Matrimonio por amor, Lean? —preguntó Kenneth, sorprendido por la declaración de su hermano, un hombre que siempre había sido pragmático y nada emocional—. ¿Te has convertido

en un romántico?

—Digamos que, ver lo que tú tuviste con Seelie, me hizo abrir los ojos. Los días que estuvisteis juntos, te transformaste, como si te hubieses convertido en otro hombre. Tu felicidad era tan palpable que hizo que te envidiara y empezara a pensar en si podría ser posible que yo también consiguiese algo así.

La mención de su amada y de los pocos días que pasaron juntos como marido y mujer, asestó una puñalada al ya de por sí ánimo taciturno de Kenneth. Volvió a oír los susurros del pasado, llenos de risas y felicidad. Las bromas, los besos y las caricias. Las veces que habían hecho el amor en sus aposentos. Y, después, la batalla y la terrible pérdida.

—Mírame ahora, Lean. No me envidies por lo que tuve.

—Tuviste más que la mayoría de los hombres.

Más tarde, montado ya en Tormenta y a punto de atravesar el portón, las palabras de su hermano todavía resonaban en su cabeza como un eco insidioso. La verdad que había en ellas, lo había hecho recapacitar y ver su pérdida desde otra perspectiva, una que no se había presentado ante él nunca antes. Se había revolcado en su propia miseria, en la injusticia que representaba haber perdido al amor de su vida cuando estaban empezando a iniciar una vida en común. Había llorado por todos los momentos que les habían sido arrebatados y que nunca llegarían; y por todos los hijos que ya jamás serían engendrados. Pero jamás había celebrado la suerte que había tenido, pues aunque solo fuese durante unos pocos días, había conseguido tener entre sus brazos a la mujer que era su vida.

No, en lugar de alegrarse por la suerte que había tenido, se había encerrado en sí mismo y maldecido la mala fortuna que siguió.

Salieron tres patrullas aquella mañana. Durante los dos días anteriores ya habían buscado a Rosslyn en todos los pueblos y aldeas cercanas, y en los caminos principales. Habían rastreado por los bosques próximos a Aguas Dulces, y en las cabañas de los pastores. Nadie la había visto, y no tenían noticias de alguien desconocido merodeando por allí. Era como si se la hubiera tragado la tierra.

De las tres patrullas, dos iban a seguir la costa para visitar, uno a uno, los asentamientos de pescadores que había diseminados. Era difícil que se la hubieran llevado por aquella zona con la intención de embarcar en alguna nave, ya que era una costa abrupta y difícil, llena de bajíos y rocas escarpadas solo sorteables por las pequeñas barcas de pesca, de poco calado y fácil maniobrabilidad, que se usaban allí.

Kenneth iba en la tercera junto a Alistair, la que se dirigía hacia los picos del norte, para relevar a los hombres que llevaban allí dos días y que ya debían estar camino de regreso. Había escogido ir en esta patrulla cuando Lean le dijo que con ellos encontraría a Blake. Tenía ganas de saludar a aquel hombre y comprobar cómo estaba.

Blake había pasado la casi totalidad de su vida bajo el influjo de un demonio que lo forzaba a cometer actos crueles y malvados, apoderándose de su voluntad mediante la magia negra; pero en el momento decisivo, cuando Maisi, la mujer que amaba, estuvo en grave peligro por culpa de ese ser, Blake tomó la decisión correcta, consiguiendo deshacerse del maligno embrujo que lo mantenía cautivo, para poder salvarla.

Y casi le cuesta la vida.

Kenneth recordó las horas de angustia que pasó junto a Maisi, buscándolo después de la explosión que hundió la caverna; la desesperación de ella le recordó la suya propia, y aunque la esperanza de encontrar a Blake con vida era casi nula, no la abandonó ni intentó convencerla de

que debía rendirse.

Por fin, su fe tuvo la recompensa adecuada, pues lo encontraron, al borde de la muerte pero con el suficiente hálito de vida como para tener la esperanza de que pudiera sobrevivir.

Encontraron a la patrulla a mitad de camino, cuando ya iban de regreso hacia Aguas Dulces. Sus rostros, taciturnos y malhumorados, advertían claramente que no habían tenido éxito en su empresa.

—Señor, —exclamó el que era el jefe de la patrulla—, es un placer volver a verlo.

—Gracias, Iain —contestó Kenneth. Todos los hombres de Lean se complacían de volver a verlo en Aguas Dulces, y eso provocaba una extraña reacción en él, de satisfacción y orgullo—. ¿Alguna novedad?

—Ninguna, señor, lamentablemente.

Kenneth asintió con la cabeza. No esperaba otra noticia. Rosslyn parecía haber sido tragada por la tierra, junto a su secuestrador. Si es que había sido realmente secuestrada, algo que Kenneth dudaba cada vez más.

Alzó la mirada, y sus ojos se encontraron con los de Blake. Sonrió al verlo tan cambiado. En su mirada había un brillo de felicidad que no había estado allí antes, y su rostro parecía... limpio, como si nunca hubiera estado tocado por el sufrimiento. Los meses que habían transcurrido desde su separación, se habían encargado de suavizar las tensas facciones y de borrar casi en su totalidad las profundas oscuridades que habitaban en él cuando se conocieron.

—Me alegro de volver a veros, Blake —le dijo encaminando el caballo hacia su amigo, y ofreciéndole la mano en respetuoso saludo. El resto de hombres habían desmontado, tomándose la parada como un leve respiro para descansar, apartándose de ellos y dejándoles intimidad para hablar.

—Y yo me alegro de que hayáis decidido regresar a vuestro hogar, Kenneth. Lamento mucho la pérdida de vuestro padre.

—Gracias.

—¿Habéis visto a Maisi? Seguro que también estará encantada con vuestro regreso.

—No. No me pareció apropiado ir a verla no estando vos presente. Además, tampoco he tenido tiempo. Llegué apenas anoche.

Blake asintió con la cabeza, enfocando los ojos en la crin de su montura.

—Sé que fuisteis vos, el hombre al que le entregó su virginidad. —Kenneth sintió un puño en el estómago, pero no se arrepentía de la noche pasada junto a Maisi—. No os lo reprocho, —aclaró—, al contrario: si no lo hubieseis hecho, ella y yo no habríamos tenido la oportunidad de estar juntos.

Maisi había sido secuestrada por Blake, siguiendo las órdenes del demonio al que servía. Creían que ella todavía era virgen, y que podría ser usada en un extraño ritual que le daría al ser maligno un poder inconmensurable. Cuando fue evidente que Maisi ya no lo era, la bruja que también servía al demonio, se la había entregado a Blake para que dispusiera de ella como mejor le pareciera. Kenneth no sabía qué había pasado entre ellos durante los días que Maisi había sido su prisionera, pero había desembocado en un amor ciego y fiel que había llevado a la destrucción del monstruo que vivía bajo la montaña.

—Bien está lo que bien acaba, Blake. Maisi os ama con locura.

—Lo sé, y no sabéis hasta qué punto estoy agradecido por ello. Sé que no merezco la felicidad que siento junto a ella, pero soy un hombre egoísta y me niego a renunciar a ello.

—Maisi no os dejaría hacerlo aunque quisieseis —sonrió Kenneth. Y era verdad. Era una

mujer fuerte y de armas tomar. Jamás permitiría que su hombre se apartara de su lado por un estúpido sentido de penitencia.

—Lo sé. Es una mujer magnífica, y cada día doy gracias por tenerla a mi lado.

Se quedaron callados durante un instante, sin saber qué decir. Blake alzó la mirada hacia los altos picos que se recortaban a su espalda, a no muchas leguas de distancia. Al fin, suspiró, y volvió a mirarlo a los ojos.

—Hay algo que debo deciros, aunque no os gustará. Ayer por la noche, me tocó la primera guardia en el campamento. Estaba haciendo mi ronda alrededor cuando... creí volver a sentir su poder.

El susurro de Blake le puso los pelos de punta. Sabía a quién se refería, pero tenía que asegurarse.

—¿A quién os referís?

—A *él*, por supuesto. Al demonio. Fue durante un instante, y la sensación desapareció casi inmediatamente. Pero era él, estoy seguro.

—Pero lo matasteis.

—Lo dudo. No creo que sea mortal, como vos o yo. Es un demonio, y no se mata a un demonio tan fácilmente. Acabamos con el altar a través del que se manifestaba, pero nada más. ¿Y si ha conseguido una manera de volver?

Blake no dijo en voz alta lo que verdaderamente lo preocupaba desde anoche: «¿Y si nos ha seguido, a Maisi y a mí? ¿Y si quiere venganza por lo que le hicimos?».

—Entonces, lo enviaremos de vuelta al infierno del que nunca debió salir —sentenció Kenneth—. Vendréis conmigo ahora mismo. Me llevaréis al punto en el que sentisteis su poder, y lo buscaremos.

Era lo que Blake temía que Kenneth dijera. No quería volver, no quería buscarlo; solo quería regresar a Aguas Dulces y perderse en el dulce cuerpo de su esposa. Pero tenía un deber hacia con aquellas personas que lo habían acogido, y tenía la responsabilidad de mantenerlos a salvo. Si el demonio había regresado y viajado hasta allí por su culpa, era su obligación acabar con él definitivamente.

Pero, ¿cómo?

Capítulo seis. Sangre maldita.

—¡Alistair! —La voz de Kenneth retumbó entre las piedras que los rodeaban—. Sigue tú al mando de la patrulla. Ya conoces las órdenes.

—¿Y tú?

—Hay otro asunto urgente que nos reclama a Blake y a mí. Nos encontraremos en Aguas Dulces cuando regreses.

—Sí, señor.

Las patrullas volvieron a montar y se separaron. La que estaba de regreso puso rumbo a Aguas Dulces, y la que encabezaba Alistair, se encaminó hacia el norte, para pasar los dos siguientes días rastreando la zona en la que todavía no habían buscado a Rosslyn.

Cuando se quedaron solos, Blake miró a Kenneth.

—¿Estáis seguro de esto?

—Totalmente.

—Bien. —Blake se persignó y rezó una oración en voz baja mientras hacía girar a su caballo.

—¿Ahora sois un fiel siervo de Dios? —preguntó Kenneth con incredulidad.

—He descubierto los beneficios de ser creyente: la paz de espíritu y la fe en que todo será como Él quiera.

—¿También creéis que nos protegerá?

—Esa es mi esperanza.

Kenneth lo comprendía bien. Era su fe la que lo había mantenido vivo durante los años que habían transcurrido después de la muerte de Seelie, y el convencimiento de que el suicidio le imposibilitaría volver a reunirse con ella. Dios había sido claro con sus palabras, y pasar una eternidad condenado al infierno, separado de la mujer que amaba, era algo que no entraba en sus planes.

Por eso se limitaba a aguardar pacientemente a que la muerte le llegara, poniéndose en peligro constantemente, con la esperanza de que esta llegaría antes si salía en su busca.

Cabalgaron en silencio durante un rato. Kenneth complacía sus ojos empapándose de la belleza de las tierras que le vieron crecer y convertirse en un hombre, y Blake iba sumido en sus propios pensamientos.

—¿Creéis que, si realmente lo sentí, podría tener algo que ver con la desaparición de la prometida de vuestro hermano?

La pregunta no era baladí, pero Kenneth no supo qué contestar a ella. Era posible, pero, ¿probable?

—Lo descubriremos cuando demos con él.

—Espero que no, porque entonces nos encontraríamos con un serio problema.

Abandonaron el camino que cruzaba el valle y se internaron en el bosque que subía por el terreno agreste. Por suerte, la tierra era compacta y los cascos de los caballos no resbalaban, aunque hubo algunos tramos en que tuvieron que bajar de las monturas y llevarlas de la brida hasta que el terreno volvió a ser más estable.

—Lean me dijo ayer que hacía pocos días que habíais llegado a Aguas Dulces.

Había una pregunta implícita que Kenneth no quiso poner en voz alta. Tenía curiosidad por saber qué habían hecho Blake y Maisi durante aquel tiempo, pero tampoco quería invadir la privacidad del hombre que había acabado siendo un aliado y parecía estar convirtiéndose en algo parecido a un amigo.

—Me pasé la casi totalidad de mi vida viviendo en una cueva, bajo la influencia de un demonio. Necesitaba ver un poco de mundo, y tenía algunas cosas en qué pensar; y no quise venir hasta estar completamente seguro de que mi presencia no sería perjudicial para vuestra familia. — Suspiró, y alzó la mirada hacia el techo de hojas que oscurecían el día—. Aunque no parece que lo haya hecho muy bien.

—No os atormentéis. No sabemos si lo que notasteis era realmente él; y si resulta que lo es, no sabemos si su presencia aquí se debe a vos, o a otra cosa.

—¿Y cuantas probabilidades habrá de que se deba a «otra cosa», decidme?

—No es eso lo que nos debe preocupar, Blake, sino cómo acabar con él definitivamente.

—¿Acabar con él? Es un demonio, un ser que no es de este mundo, y aunque su poder está bastante limitado de momento, nosotros no tenemos manera de «acabar con él».

—Acudiremos a pedir ayuda a la Iglesia si es necesario.

Blake dejó ir un bufido de desaprobación, y Kenneth lo miró con sorpresa.

—¿Creéis que es una mala idea?

—Disculpadme por no confiar en las habilidades del clero. Que yo tenga fe en Dios y vaya a misa cada domingo, no significa que tenga la misma fe en sus siervos. La mayoría de curas y frailes son pobres hombres de miras estrechas obcecados por sus dogmas, sin ninguna posibilidad ante un demonio real.

—Entonces, ¿a quién creéis que debemos pedir ayuda?

—Druidas.

—¿Paganos?

—Por supuesto. Ellos conocen la magia auténtica, y es posible que sepan cómo pararlo.

—Dudo que quede alguno.

Blake mostró una sonrisa enigmática y lo miró con los ojos brillantes. No dijo nada y espoleó a su montura para adelantarse, dejando a Kenneth con la extraña sensación de que su amigo sabía mucho más de lo que le había confesado.

Hacía rato que el mediodía había pasado, cuando Blake se quedó inmóvil de repente. Frenó su caballo tirando frenéticamente de las riendas, intentando dominar el nerviosismo que se había apoderado del animal.

—No me equivoqué —susurró cuando Kenneth se puso a su lado—. Está por aquí.

—¿Estáis seguro?

Blake cerró los ojos y aspiró lentamente, dejando que su cuerpo se relajara. Ahí estaba, la opresiva sensación de la oscuridad, el mareo que se adueñaba de sus entrañas, y las ganas de vomitar; como si lo hubiesen metido dentro de una enorme y compacta bola, y lo hubiesen echado a rodar colina abajo.

—Completamente. Debemos irnos antes de que nos descubra. No sería bueno que se diese cuenta de nuestra presencia.

—Tenéis razón. No podemos acometerlo sin tener un plan. Pero, ¿cómo ha llegado hasta aquí? ¿Y por qué?

Hablaban en susurros, con el temor impregnando cada una de sus palabras. Ya se habían

enfrentado antes al terrible poder que ostentaba este ser, y casi les había costado la vida o la cordura.

La rabia creció dentro de Kenneth. Esa cosa estaba dentro de las tierras MacDolan, y era un peligro para su familia y para las gentes que dependían de ella. Las ganas de enfrentarse a eso y luchar para liberar al mundo de esa abominación, y las de huir con el convencimiento de que no tenía ninguna oportunidad de ganar aquella batalla, se enfrentaron en su mente, amenazando con volverlo loco y provocándole un segundo de vacilación.

—Kenneth, vamos —lo instó Blake.

—Sí. —Se sacudió la cabeza para despejarse, volviendo a la realidad—. Tenemos que buscar ayuda. —Aunque no sabía a quién podrían recurrir.

Entonces fue cuando oyeron una voz femenina filtrándose a través del bosque.

—¿Gawin? ¿Dónde estás?

Hacía horas que Gawin había abandonado su refugio, dejándola sola. Rosslyn había tenido tiempo de bañarse, vestirse, secarse y peinarse el pelo delante de la fogata; con una antorcha improvisada se había decidido a recorrer las otras cavernas, encontrando aquella que les servía de despensa. Había de todo, y para muchos más días de los que tenían previstos permanecer allí. Tenían harina, avena, leche, huevos, carne y pescado seco, hortalizas, manzanas y cerveza. Los sacos, las cestas y las vasijas de barro de diferente tamaño, estaban sobre una tarima de madera, a medio metro del suelo para mantenerlos a salvo. Estaba todo bien cerrado y sellado. También había una olla, y Rosslyn sonrió pensando en sorprender a Gawin con un buen guiso para cuando este regresara.

No entendía por qué se había ido de aquella manera, apartándose de ella y dejándola sola. Era como si de repente hubiese tenido miedo de algo. Pero, ¿de qué?

Cogió la olla y dentro puso todos los ingredientes que iba a necesitar para hacer el guiso. Cocinar no era algo que una dama como ella hiciera regularmente, pero su madre siempre le había dicho que una buena esposa tenía que serlo en la riqueza y en los malos tiempos, y que además de convertirse en una buena castellana, debía ser una cocinera aceptable porque nunca se sabía qué podía pasar en el futuro. ¿Y si en algún momento de su vida, se encontraba que no tenía un sirviente a mano? ¿Iba a morir de hambre por no saber cocinar, o por no ser capaz de desollar un conejo o desplumar una perdiz?

Volvió a la caverna principal. Gawin había tenido la buena idea de preparar un asador para ponerlo encima de la fogata, y le iba a ir muy bien para colgar la olla sobre el fuego, pero entonces se dio cuenta que necesitaba agua. Allí solo tenía la que había utilizado para bañarse. ¿De dónde la habría sacado? Quizá había cerca algún manantial, enterrado bajo la montaña.

Dejó la olla en el suelo y suspiró. Debía buscar el manantial porque sin agua no podría cocinar y, desde luego, no pensaba utilizar el agua sucia de la bañera. Le dio asco solo de pensarlo.

Exploró el resto de las cavernas, y no encontró ni rastro del manantial. Habían pasado por lo menos un par de horas, y Gawin no había regresado cuando, abatida, se dejó caer sobre la cama y se quedó dormida.

Despertó al cabo de varias horas sin saber cuánto tiempo había transcurrido. Llamó a Gawin, temerosa, pero no recibió respuesta alguna. Se levantó y se frotó los ojos, discutiendo consigo

misma. La ausencia del hombre que amaba la preocupaba. ¿Y si le había pasado algo? Podía haber tenido un accidente y encontrarse en grave peligro en aquel mismo momento, mientras ella permanecía sentada sobre la cama. Aquella posibilidad la angustió sobremanera, y la hizo salir hacia la cueva exterior para poder mirar entre el enrejado vegetal que protegía la entrada. Observó y escuchó pacientemente, sintiendo cómo la zozobra crecía a pasos agigantados.

«Debería salir a buscarlo —pensó, llena de incertidumbre—, pero sé que no es prudente. Aunque, ¿y si le ha sucedido algo, y ahora está inconsciente y desprotegido?».

Paseó de un lado a otro de la entrada de la caverna, asomándose con cada ruido que oía en el exterior, esperando que fuese él que regresaba, y llevándose una gran decepción cuando no era así.

No podía saber qué hora era, ni cuánto tiempo había estado fuera; desde el interior la luz del sol apenas era visible, y desde luego, era imposible calcular la hora que era.

—Al diablo con todo —musitó, empujando el entramado de ramas y hojas que protegía la entrada—. No puedo quedarme aquí esperando eternamente. Voy a salir a buscarlo.

Abrió un pequeño resquicio por el que se coló, peleando con las ramas cuando su vestido se enganchó en ellas. Deambuló alrededor de la entrada, sin atreverse a alejarse demasiado al principio, llamando a Gawin con susurros, con miedo a que alguien más pudiese oírla.

Pero él no dio señales de vida.

Se alejó un poco más, teniendo cuidado de no perder de vista la entrada de la cueva, temerosa a extraviarse. Miró alrededor buscando pistas, o señales, de su paso. No tenía ni idea de leer las huellas, pero a pesar de la frustración no podía rendirse.

La incertidumbre la atacó con saña. ¿Se habría ido dejándola abandonada? ¿Habría hecho algo malo que lo hubiese enfurecido y hecho cambiar de opinión? ¿Por qué la había dejado sola durante tanto tiempo?

Las dudas sobre el motivo de su larga ausencia se unieron al miedo de que le hubiera pasado algo horrible. En su mente se conjuraban imágenes de él herido y agonizando, con otras en las que lo veía alejándose de ella, abandonándola allí.

Pero no, Gawin no le haría algo así. Él la amaba, no podía dudar de sus sentimientos. Se había arriesgado mucho yendo a buscarla a Aguas Dulces.

Gritó su nombre de nuevo, llamándolo desesperada. Alzó más la voz, girando sobre sí misma, observando y escuchando por si lo oía responder. Se fue alejando de su refugio sin importarle ya nada más que encontrarlo cuando, de repente, se encontró frente a frente con dos jinetes que la miraron sorprendidos y los ojos muy abiertos.

Lanzó un grito de terror, y echó a correr, huyendo de ellos. La alcanzaron sin tardanza, y uno se inclinó desde el caballo para agarrarla por la cintura e izarla hasta ponerla sobre la montura, delante de él.

—¡Es Rosslyn! —exclamó el jinete—. ¡La prometida de tu hermano!

Un grito salvaje rugió en respuesta, y Rosslyn vio con terror cómo Gawin, a pie y desarmado, iba a su encuentro lleno de furia.

—¡Gawin! —gritó con toda la fuerza de sus pulmones—. ¡No! ¡Huye!

Pero Gawin no escuchó y se abalanzó sobre el otro jinete, que lo recibió dándole un fuerte golpe en la cabeza con la empuñadura de su espada.

—¡No le hagáis daño, animal! —gritó cuando lo vio desmontar con la espada en la mano, pareciendo dispuesto a rematarlo en el suelo como a un criminal—. ¡Dejadlo en paz!

Rosslyn se revolvió contra Blake, que la tenía atrapada entre sus fuertes brazos, e intentaba

contenerla sin hacerle daño.

—Quieta, muchacha, nadie va a hacerle daño —intentó calmarla, pero Rosslyn estaba fuera de sí, gritando y pataleando hasta que decidió que era mejor liberarla momentáneamente.

En cuanto los brazos de Blake dejaron de atraparla, Rosslyn saltó del caballo sin importarle el peligro, y se abalanzó sobre Gawin, intentando protegerlo con su propio cuerpo, sin dejara de sollozar.

—¡No ha hecho nada malo! ¡No le hagáis daño, por piedad! —suplicó deshecha en lágrimas.

—No voy a hacerle daño, chica —dijo Kenneth con voz cansada—. Tranquilízate.

—Kenneth —susurró Blake, desmontando del caballo y acercándose para hablarle sin que ella los escuchara—. Está en él.

—¿En..?

—Sí. Dentro de él, como si lo hubiese poseído. Hay que atarlo y amordazarlo rápidamente, antes que despierte.

—Cógela. Yo me encargo de él.

—Para ti la parte fácil, ¿eh? —gruñó Blake al ver que tendría que enfrentarse de nuevo a la pequeña fierecilla. La cogió por los hombros y la levantó a la fuerza. Ella volvió a luchar hasta que le aseguró, con voz firme, que nadie iba a resultar herido.

—¿No le haréis daño? —preguntó, mirándolo con los ojos de un cervatillo asustado.

—Os lo prometo. Pero debemos atarlo y amordazarlo.

—¡No! ¿Por qué debéis hacer eso? —preguntó, indignada—. ¿Vais a llevarlo a Aguas Dulces atado como si fuese un animal salvaje?

—No vamos a llevaros a Aguas Dulces —aseguró Kenneth mientras lo maniataba.

—A una hora de aquí, más o menos, hay una cabaña abandonada —dijo Blake—. Pasé por allí ayer, con la patrulla.

—Sí, la recuerdo. La utilizan los pastores cuando suben a la montaña con el ganado, en verano. Será un buen lugar para hablar, y decidir qué hacer con él.

—¿Qué hacer? ¿A qué os referís con eso? —La voz de Rosslyn sonaba absolutamente aterrada.

—No vamos a matar a nadie, si es lo que teméis —contestó Blake con acritud mientras la cogía por la cintura y la subía a su caballo de nuevo.

Kenneth cogió al todavía inconsciente Gawin y lo puso encima de Tormenta, como si fuese un fardo, antes de montar él también.

—¡Esperad! ¡En la cueva, está nuestro caballo! —gritó Rosslyn antes de que emprendieran la marcha.

—Yo no pienso arriesgarme a entrar ahí —replicó Blake—. Estará plagado de trampas mágicas.

—¿Trampas mágicas? Estáis equivocado. ¡Buen Dios! ¡Estáis locos!

—Muchacha —la amenazó Blake, un poco cansado de tanta cháchara—, con todo mi respeto, pero si no cerráis el pico os amordazaré como a vuestro amante.

La afirmación hizo que cerrara la boca de golpe y no pronunciara ninguna palabra más.

Una hora después, llegaron sin incidentes a la cabaña. Ante la amenaza, Rosslyn se había mantenido en silencio. Sus labios se movían constantemente en una muda plegaria mientras luchaba contra las lágrimas de rabia e impotencia que se agolpaban en sus ojos. No quería darles el gusto de verla llorar. Se había hecho el firme propósito de mantenerse en calma con la

esperanza de encontrar la oportunidad de ayudar a Gawin a deshacerse de las ataduras y huir de aquellos desalmados. Pero la incertidumbre por el futuro que se abría ante ella, la alteraba y tenía que hacer verdaderos esfuerzos por no ponerse a gritar.

Blake fue amable al ayudarla a desmontar, pero Kenneth no lo fue tanto con Gawin, que seguía inconsciente. Se lo cargó sobre el hombro y lo dejó caer sin miramientos sobre el suelo lleno de suciedad de la cabaña, levantando una nube de polvo a su alrededor que la hizo estornudar.

Intentó acercarse a su amado para comprobar que estaba bien, pero Blake se lo impidió agarrándola con fuerza del hombro y obligándola a sentarse en una desvencijada silla que había al lado del hogar.

—En el cobertizo habrá leña. Voy a por ella.

Blake asintió con la cabeza mientras seguía mirando con el ceño fruncido a su prisionero. ¿Cómo era posible que el demonio estuviera en su interior? Él mismo había convivido durante años con esa criatura, y nunca lo había poseído de esta manera. Su inmenso poder lo obligaba a hacer cosas que, de otra manera, probablemente no habría hecho, pero jamás se había apoderado completamente de él. Pero ahora lo sentía allí, agazapado, esperando la oportunidad para acabar con ellos. Sin embargo, no notaba influencia alguna en la muchacha, y por el modo en que se preocupaba y sufría por su secuestrador, era evidente que allí había mucho más que un simple rapto.

—Nos vais a contar la historia completa, muchacha —le dijo. Kenneth entró en aquel momento, cargado con leña seca, y se arrodilló delante del hogar para encenderlo—. Sin omitir ningún detalle.

—No hay mucho que contar —contestó Rosslyn sin apartar los ojos de su amado—. Gawin y yo nos conocemos desde niños, nos amamos, y no soportamos estar separados. Íbamos a casarnos. Aunque no había acuerdo formal, todo el mundo lo sabía. Pero mi hermana Evanna murió, y mi padre decidió que yo ocuparía su lugar para cumplir con el compromiso acordado con el MacDolan. Gawin vino a buscarme para impedir que me casara con un desconocido, y huí con él de buen grado.

—Así que Evanna, la prometida de mi hermano, era vuestra hermana.

—¿Sois el hermano del MacDolan? —preguntó con sorpresa, apartando momentáneamente sus ojos de Gawin para mirarlo a él.

—Sí. Regresé ayer a Aguas Dulces después de una larga ausencia.

—Lamento mucho la pérdida de vuestro padre —le dijo con tristeza.

—Y yo, la de vuestra hermana.

—Gracias.

—¿Y cuando se convirtió vuestro enamorado, en un nigromante?

—¿¡Qué!?! —exclamaron al unísono tanto Kenneth como Rosslyn.

Blake se acercó hasta el inconsciente Gawin y se arrodilló a su lado. Su prisionero estaba amordazado, con las manos atadas a la espalda y los pies bien sujetos; y así y todo, sus manos temblaron con temor cuando tiró para arrancarle la ropa hasta descubrir su pecho. Allí estaba, sobre su corazón, la marca del nigromante, una espiral rota en mil pedazos.

—No... —susurró Rosslyn, agarrándose con fuerza a la silla para impedirle correr al lado de su amor.

—Nuestro demonio está en él, Kenneth —sentenció Blake ya sin ninguna duda, levantándose y dirigiendo a su amigo una mirada onerosa—. Ha vendido su alma para conseguir el poder de la magia negra.

—¡Eso no es cierto! —gritó Rosslyn con fuerza, las lágrimas que había estado conteniendo con tanto esfuerzo, ya corriendo libremente por las mejillas.

—¿De verdad lo creéis, muchacha? ¿Nunca le habéis visto hacer algo imposible?

—No. Nunca. Gawin es un hombre honorable, sin maldad. Y lo que dicen de su familia, son ¡abominaciones! Mentiras que la gente supersticiosa se inventa por odio o rencor.

—¿Mentiras? ¿Y qué mentiras cuentan exactamente, muchacha? —intervino Kenneth, arrodillándose ante Rosslyn, intentando que la suavidad de sus palabras la tranquilizaran.

—Que su estirpe está manchada por Gwynn, el dios oscuro —susurró ella—. Cuenta la leyenda que uno de sus antepasados hizo un pacto con él. Su pueblo se estaba muriendo de hambre porque durante varios años seguidos, las cosechas se habían malogrado, y sus belicosos vecinos estaban apropiándose de unas tierras que no podía defender. Acudió a Gwynn como último recurso, pues los demás dioses no habían atendido sus ruegos ni aceptado sus ofrendas. Este aceptó proteger a su clan, a cambio de una sola cosa: que cada cien años, uno de sus descendientes se ofrecería a él para que pudiese ocupar su cuerpo y traspasar el velo que separa ambos mundos.

—He oído las historias —murmuró Kenneth—. Es un MacKenzie.

—¡Pero todo son mentiras! ¡No existen esos dioses! Solo hay Uno, Todopoderoso y Omnipresente, que se manifestó en la tierra a través de su hijo Jesucristo.

Blake se apoyó con una mano en la pared. De repente, parecía como si las fuerzas le estuvieran abandonando y sintió que las piernas le flaqueaban.

—Un dios antiguo, y no un demonio. Durante todo este tiempo, fue Gwynn... Pero no lo comprendo. Si en esta generación disponía de un cuerpo para ocupar, ¿por qué me hizo cometer todas esas barbaridades? —Miró a Kenneth con un brillo opaco en los ojos, como si la fiebre se hubiera apoderado de él—. Las muchachas secuestradas, las violaciones, su obsesión con tener un hijo al que poder poseer... y las muertes. Dios mío, las muertes.

Rosslyn lo miró sin saber de qué hablaba. Kenneth se acercó a él y le palmeó la espalda, intentando reconfortarlo.

—No sois responsable de todo eso, Blake. Erais un niño cuando os encontró y os moldeó para que obedecierais ciegamente sus órdenes.

—Pero crecí, y seguí sirviéndole. —Inspiró abruptamente, irguiéndose con decisión—. Quedaos aquí, vigilándolo. Yo tengo que ir a buscar a alguien que puede ayudarnos a encontrar las respuestas.

—¿Cuánto tardaréis?

—Un día. Dos a lo sumo. Os dejaré mis provisiones. Si las unís a las vuestras y las racionáis, serán suficientes hasta que yo regrese. Y Kenneth, no os fiéis de él. No le quitéis la mordaza, ni siquiera para darle de comer o beber. Su voz puede hechizaros. Ya conocéis su poder.

—Id tranquilo y no os preocupéis.

Blake asintió con la cabeza, miró a Rosslyn con pena, y le dirigió una mirada de desprecio a Gawin. Después, abandonó la cabaña y se puso en marcha sin más dilación.

Capítulo siete. El resurgir de Gwynn.

Un día y medio transcurrió lentamente. Gawin seguía inconsciente, sin hacer ningún movimiento, pero su respiración parecía regular. Rosslyn deseaba ardientemente poder acercarse a él, acunarlo y cuidarlo, pero la atenta vigilancia de Kenneth se lo impedía.

Ninguno de los dos logró pegar ojo por la noche, y cuando el día amaneció, gris y lluvioso, se limitaron a esperar en silencio el regreso de Blake. Kenneth se sumió durante horas en sus propios recuerdos de todo lo acontecido cuando conoció a Blake y Maisi: el rapto de esta, la desesperación que se apoderó de él cuando vio cómo se la llevaban sin que pudiera hacer nada por evitarlo; los días que pasaron rastreando el bosque, hasta que encontraron las cavernas donde los criminales se escondían; el enfrentamiento que tuvo con el ser que se manifestaba a través del altar en llamas, y cómo este casi acabó con él haciéndole creer que podría recuperar a Seelie. Blake lo impidió, afortunadamente, y su cambio se debió al amor hacia Maisi que nació en su corazón. Se enfrentó al ser maligno que durante años lo había utilizado, y casi le había costado la vida. Solo la terquedad de Maisi, y su obsesión por buscar al hombre que la había raptado y que había conseguido enamorarla, después que las cavernas se hubieran derrumbado, consiguieron que fuese encontrado y salvado.

Habían salido con vida de aquel combate, de puro milagro, y eso que el ser maligno solo se había manifestado a través de una bruja débil y ciega, y de un altar llameante. ¿Qué podría pasar ahora que ocupaba un cuerpo humano? ¿Qué clase de poder podría manifestar? ¿Serían capaces de conseguir vencerlo, e impedir lo que fuese que planeaba? Eran incógnitas que le quitaban el sueño.

Pensó en obligar a Blake a volver a Aguas Dulces junto a Maisi en cuanto regresara, para mantenerlo a salvo. El amor que compartían los hacía merecedores de una oportunidad de vivir en paz. Pero, ¿cómo podrían mantenerse a salvo, si el poder de Gwynn se desataba sobre la faz de la tierra?

Había oído las historias que se contaban sobre los terribles MacKenzie, y todo cuadraba con la leyenda. Guerreros implacables que desataban el terror, cuya sed de sangre había sido legendaria. ¿Todos los grandes guerreros de ese linaje, habían estado poseídos por el dios arcaico? Los rumores sobre sus atrocidades se habían dispersado por toda Escocia, unidos a las historias sobre la brujería que utilizaban sus mujeres.

Kenneth nunca había creído en estas leyendas, hasta ahora.

¿Qué posibilidades tenían ellos de acabar con él? No era muy optimista al respecto, y solo esperaba que la ayuda que había ido a buscar Blake, fuese lo bastante eficaz para, al menos, detenerlo.

Y si todo fallaba, les quedaba un último recurso: matar a Gawin MacKenzie.

Mirando a las llamas, perdido en sus elucubraciones, no fue consciente del amodorramiento que se estaba apoderando de él y se quedó dormido. En sus sueños, volvió al día más feliz de su vida, una jornada que marcaría su futuro devastándolo para siempre.

—¿Me amas?

—Con locura —le contestó mientras deshacía los nudos de las cintas que sostenían el vestido de Seelie—. ¿Acaso lo dudas? He desafiado a mi padre solo por ti.

—No lo dudo, Kenneth. Eso jamás. Solo necesito oírtelo decir.

Él dejó ir una sonrisa traviesa mientras seguía desabrochándole el vestido, dejando poco a poco la cremosa y perfecta piel a la vista. «Te amo» le dijo mientras le dejaba un hombro al descubierto y posaba sus labios allí para acariciarla con un beso. «Te amo», repitió mientras se deleitaba el alma con la vista de sus magníficos pechos, coronados con unos pezones tan rosados y tentadores que casi se atraganta. «Te amo», susurró cuando Seelie empezó a agitarse, presa de la pasión. «Te amo», volvió a decir, como una letanía que lo mantenía cuerdo cuando ella empezó a desnudarlo y a acariciar su piel con las pequeñas manos.

Se lo dijo una y otra vez, alternando las palabras con sus actos, las caricias y los besos.

La besó profundamente, apoderándose de su boca, conteniendo el salvajismo que estaba naciendo en él porque no quería asustarla. Desnudos, al lado de la fogata, en un marco incomparable de belleza y paz, Kenneth se entregó en cuerpo, corazón y alma a la mujer que había amado siempre, eufórico de deseo y alegría. Le hizo el amor a su boca, introduciendo la lengua, tragándose los gemidos que ella liberaba, estremeciéndose con el contacto de su piel.

Pronto el valle se llenó con los sonidos de sus cuerpos haciendo el amor, mezclándose con el supiro del viento al rozar las montañas que los rodeaban, y el arrullo del agua cayendo en el lago. Sus cuerpos, acariciados por los últimos rayos de sol del día, se unieron en uno solo, sentenciando así su destino.

En cuanto Kenneth se quedó dormido delante del fuego, Rosslyn vio la oportunidad que estaba buscando. Giró su rostro hacia Gawin, que seguía en el suelo, maniatado y amordazado, y lo vio mirarla con los ojos clavados en ella. Uno ojos que le hubiesen parecido fríos y duros si se hubiera detenido a pensar en ello.

Ahogó una exclamación de alegría al verlo despierto, llevándose las manos a la boca, y se levantó intentando no hacer ruido para no despertar a su captor. Se arrodilló al lado de Gawin, y le quitó la mordaza que le impedía hablar.

—Busca algo para cortar las ligaduras —le dijo él en un susurro, sintiendo la garganta seca y la voz más ronca de lo normal.

—No hay nada, y si intento coger su puñal o su espada, se despertará.

Kenneth no se había apartado de sus armas ni un solo instante durante todas las horas que llevaban allí. Tenía la espada firmemente agarrada entre sus manos, y el puñal atado a su pantorrilla.

—Entonces intenta deshacer los nudos, por favor. Tengo los brazos y las piernas entumecidos.

Rosslyn asintió con la cabeza y se arrodilló detrás de él para empezar su batalla particular contra las cuerdas que lo tenían sujeto. Los nudos estaban apretados y por más que lo intentó, fue incapaz de aflojarlos siquiera. Se rompió las uñas en el intento, e incluso lo probó tumbándose a su lado para poder acceder con la boca y pelear contra las sujeciones con los dientes. La desesperación le aceleró el corazón, jadeó de impotencia, y las lágrimas se agolparon en sus ojos.

—Lo siento —gimió de pura rabia—, no puedo. Están demasiado apretados.

—No te preocupes, cariño. —Gawin intentó ser amable para no asustarla, pero la impaciencia fue evidente en la dureza de su voz—. Apártate, y cierra los ojos.

—¿Cerrar los ojos? ¿Por qué?

—No me discutas —la regañó, girando la cabeza para mirarla. Rosslyn se estremeció, porque no reconoció al hombre que amaba ni en el tono de su voz, ni en el brillo frío de sus ojos.

Pero no quiso pensar en ello. Había estado inconsciente más de un día a causa del golpe que le había propinado Kenneth en la cabeza, y seguramente debía estar padeciendo un gran dolor. Sacudió de su cabeza las palabras que les había oído pronunciar, en las que lo acusaban de ser un nigromante, y olvidó a propósito todo lo demás. Eran supercherías de personas ignorantes y supersticiosas. Los antiguos dioses no existían, y desde luego, no podían apoderarse del cuerpo y la voluntad de nadie.

—Está bien —concedió, y se apartó de él hasta que la espalda chocó con la pared de la choza, y cerró los ojos ahogando un estremecimiento agorero que le gritaba que estaba cometiendo un error.

Aquel hombre era Gawin, su Gawin, el hombre más maravilloso, atento, galante y honorable del mundo.

En cuanto Rosslyn se apartó de él y cerró los ojos, una sonrisa cruel estropeó las bellas facciones de Gawin. ¿O deberíamos llamarle Gwynn? Pues era el dios, y no el guerrero, el que se asomaba a aquellos ojos crueles.

Después de batallar con la inconsciencia, había conseguido relegar a su anfitrión a lo más profundo de la mente, manteniéndolo allí, todavía dormido. Había hecho un gran esfuerzo para salir a la superficie y apoderarse de su voluntad. Después, fingiendo que todavía estaba desvanecido, dejó que el poco poder que le quedaba fluyera hacia el alto *highlander*.

Lo había reconocido, por supuesto. Era el hombre que había iniciado la debacle que Blake había terminado al romper el altar a través del cuál se manifestaba. Era el mismo hombre que le había causado tantos problemas en el pasado, y a causa del cual, un plan largamente esperado, se había ido al infierno.

La rabia se apoderó de él, pero la controló porque lo que quería, era que se quedara dormido.

Cuando la cabeza le cayó hacia el pecho, y su respiración se volvió regular y pausada, se decidió por fin a abrir los ojos. Rosslyn, la inocente doncella, actuó con rapidez y silencio en cuanto lo vio despierto, y peleó para poder liberarlo. Se sentía exhausto a causa del poder que había tenido que malgastar en dominar a Gawin primero, y en provocar el sueño de Kenneth después, así que la dejó pelear con sus ataduras pensando que, si ella lo conseguía, podría ahorrar el poco poder que le quedaba hasta que hubiera descansado.

Se había olvidado de lo agotador que era hacerse con el control de un cuerpo humano, pero recordaba perfectamente la explosión de júbilo que vendría después cuando pudiese liberar por fin toda la maldad de su alma. Desataría el caos y la muerte por toda Escocia. Primero se apoderaría del gobierno del clan MacKenzie, tal y como había hecha otras veces antes, sin importarle los obstáculos que pudiese encontrar en su camino. Acabaría con el actual *laird* y sus herederos, y convertiría a Gawin en el nuevo líder. Empezaría una guerra sin cuartel contra los clanes vecinos; acogería bajo su ala a todos los mercenarios que acudirían con las promesas de oro, tierras y mujeres; su fama de guerrero cruel y sanguinario se extendería, y acabaría enfrentándose a Uilliam el Bruto por la corona de Escocia.

Muchos muertos habría, pero más se les unirían cuando, ya con la corona sobre su cabeza, se enfrentara a Juan Plantagenet y se apoderara también de la corona de Inglaterra.

Sí, un futuro de divertimentos sin fin se abría ante sus ojos. Pero antes debía acabar con este escocés y esconderse durante un tiempo para poder recuperar el poder que había agotado al cruzar el velo que separaba su mundo de este lleno de mortales.

Las veces anteriores había sido mucho más fácil. Todos los MacKenzie que había poseído, se habían entregado a él de buena gana a cambio de las promesas de poder y gloria que siempre les hacía. No luchaban contra su presencia, y se deleitaban en la batalla, la sangre y la muerte, tanto o más que él mismo. Pero este era diferente. Las promesas que Ludllynn había hecho en su nombre, tentándolo para que aceptara el pacto, no lo habían seducido; hasta que vio que perdía a lo único que le importaba de veras. Entonces había acudido a él y, aunque a regañadientes, lo había aceptado. Pero había luchado con indudable pasión para evitar que lo controlara, y Gwynn, debilitado por el esfuerzo que había hecho para cruzar el velo y penetrar en el cuerpo mortal, se había visto arrinconado y restringido, pudiendo utilizar solo los susurros para minar su voluntad.

Maldita Ludllynn y sus traidores consejeros. Ella le había advertido a Gawin de lo que ocurriría si se complacía en usar la magia constantemente, y él, siendo un hombre prudente como era, le había hecho caso. Si la maldita bruja con ataques de conciencia se hubiese mantenido en silencio, a estas alturas Gwynn ya se habría apoderado completamente de su anfitrión y estaría recuperándose rápidamente y en un sitio seguro, de la debilidad que todavía lo aquejaba, en lugar de estar aquí, en mitad de ninguna parte, y siendo perseguido por una jauría de *highlanders* cabreados que creían que había raptado a la prometida de su *laird*.

Tendría que deshacerse de Rosslyn y del guerrero, pero antes podía utilizarlos para su propio beneficio y recuperar parte de su fuerza perdida. En cuanto se deshiciera de las ataduras.

¡Cuánto odiaba sentirse así! Débil y vulnerable, poco más que un simple humano, y tan terriblemente mutilado con su poder reducido a una ínfima parte de lo que verdaderamente poseía.

Cerró los ojos e invocó el poder; simplemente un chispazo que recorrió su cuerpo mortal y consiguió fulminar las cuerdas, haciendo que se desintegraran, dejándolo por fin libre.

Tenía los brazos y las piernas entumecidas, a consecuencia de las horas que llevaba quieto y atado en la misma posición. Le dolieron todos los músculos cuando intentó moverse, y tuvo que esforzarse en reprimir un gemido de sufrimiento. El sueño que había inducido en el guerrero se sustentaba muy precariamente, y cualquier ruido podría sacarlo de su letargo.

Poco a poco, consiguió incorporarse hasta quedar sentado. Todavía no se atrevía a intentar ponerse en pie, y tuvo que tragarse su orgullo y pedir ayuda a la mujer. Esta acudió a él sin pensárselo dos veces y le ofreció los hombros para que se apoyara en ellos. Sus piernas a duras penas lo sostenían, y tuvo que apoyarse en la pared a su espalda para no volver a caer al suelo.

Ella estaba apretada contra él, con sus pechos hundidos contra su costado y el rostro levantado, mirándolo con adoración. Qué débiles eran los humanos, y más todavía cuando se creían enamorados. Capaces de cometer cualquier atrocidad en su nombre.

—Golpéalo —le susurró al oído, apresando su cuello con el brazo mientras deslizaba la boca por su oreja. Ella tembló—. Hazlo, o no podremos escapar.

—No puedo...

—Se despertará en cualquier momento, y no podré protegerte. Estoy débil, y todavía aturdido por el golpe en la cabeza. Hazle a él lo que me hizo a mí.

—Gawin... —intentó protestar.

—¿Acaso no me amas? —le recriminó él—. ¿Acaso no ves todo el riesgo que estoy corriendo

solo para que podamos permanecer juntos?

—Yo no sé si...

—Me colgarán, Rosslyn. En cuanto me lleven a Aguas Dulces, el MacDolan ordenará colgarme. Y no quiero ni pensar en lo que te hará a ti. Lo has humillado públicamente. ¿Crees que estará contento de volver a verte?

—No, te equivocas. Él no es así.

—¿Dudas de mis palabras? Golpéalo, mi amor. Hazlo para salvarte. Para salvarnos.

—No me pidas eso, por favor —suplicó con los ojos llenos de lágrimas.

—¿Sabes qué les hacen a las mujeres nobles que se convierten en meretrices? ¿A las mujeres que, como tú, humillan a un *laird*? Te arrastrará hasta el gran salón, y allí te despojará por la fuerza de la ropa. Te dejará desnuda ante la mirada de todos. Te azotará hasta que tu hermosa piel se llene de heridas y la sangre empape el suelo. Te cortará este hermoso pelo que refulge bajo el sol. Y después, te entregará a sus hombres para que disfruten de tu cuerpo. Así te castigará, hermosa Rosslyn. ¿Crees que tu padre hará algo por defenderte?

—No, no es cierto. ¿Por qué me dices estas cosas? ¿Por qué me provocas miedo con tus palabras? Vayámonos, cojamos los caballos y huyamos. Cuando despierte, ya estaremos lo bastante lejos y...

—No. Golpéalo. Si me amas de verdad, golpéalo en la cabeza. O me iré y te dejaré aquí para que enfrentes tu destino completamente sola. No quiero a mi lado a una mujer cobarde que no es capaz de luchar por el hombre que dice amar.

Rosslyn no quería hacerlo. Le parecía horrible golpear a un hombre cuando estaba dormido y no podía defenderse. Kenneth había sido honorable con ella, y la había tratado con respeto a pesar de las circunstancias. ¿Por qué Gawin le pedía algo así? ¿Por qué insistía tanto en obligarla a hacer algo tan execrable? Y sin embargo, sus palabras habían calado hondo en su mente, provocándole imágenes de pesadilla que no podía pasar por alto.

Debía hacerlo, obedecer al hombre que amaba, aunque sus palabras le provocaran un miedo atroz.

Gwynn miró a través de los ojos mortales de Gawin, y observó cómo la infeliz cogía el atizador de la chimenea con manos temblorosas, estremeciéndose con el ruido del metal al rozar el soporte, mirando aterrada al dormido Kenneth mientras levantaba el arma improvisada y la descargaba sobre su desprotegida cabeza. Casi le dieron ganas de reír de felicidad cuando sintió penetrar en su interior el torrente de emociones que la embargaban, llenándolo y consumiéndolo como un fuego, colmándolo del alimento tan largamente añorado. Absorbió el terror de la muchacha igual que un hombre sediento se abalanza en el río para calmar su sed, sin medida ni prudencia, sintiendo recuperar las fuerzas y el poder.

Cuando la chica dejó caer el atizador ensangrentado sobre el suelo, extendió los brazos hacia ella requiriéndola para un abrazo. Ella corrió hacia él para refugiarse allí y enterrar en rostro en su duro pecho para sollozar desesperada.

—Has hecho bien, pequeña mía —la alabó, acariciándole la espalda y deshaciendo los lazos de su vestido—. Pero hay algo más que debes hacer por mí, mi amor.

—¿El qué? —preguntó alzando su rostro repleto de inocencia y lleno de lágrimas hacia él.

—Resistirte a mí.

La voz de Gawin fue cruel, igual que la sonrisa que le ocupó el rostro cuando le desgarró el vestido para dejar al descubierto los blancos pechos. Ella le obedeció, resistiéndose por puro instinto a un hombre que no reconocía. Forcejeó, y la carcajada de Gwynn salió por la boca de

Gawin, lanzándola sobre la mesa mientras le restringía los brazos a la espalda con sus propios ropajes. La giró, y le apretó un pecho con la mano, con fuerza, hasta que ella gritó de dolor.

Oh, sí, bendito dolor que se desprendía de ella y le llenaba las venas de una fuerza inimaginable.

—¿Por qué haces esto? —le gritó entre sollozos mientras él la empujaba para tirarla sobre la mesa, y romper el resto de la ropa hasta que todo su cuerpo quedó a la vista.

—Porque puedo. Porque quiero. Porque me satisface —contestó él con una mueca aterradora—. Porque tu dolor es mi poder, y con él me estoy llenando las venas, niña estúpida.

Le separó las piernas con violencia y se posicionó allí, frotándose con vehemencia contra el coño expuesto de su víctima. Era delicioso, y virginal; un bocado selecto para su alma hambrienta. Se inclinó hacia adelante y le chupó con fuerza un pezón, hasta que ella volvió a gritar de dolor. Lo agarró con la mano y apretó hasta que dejó las huellas de sus dedos en la carne pálida.

—Tienes una tetas muy hermosas, pequeña zorra —le dijo, riéndose de su espanto y su mueca de dolor—. Si me satisfaces lo suficiente, puede que te perdone la vida y te convierta en mi puta, hasta que me aburras.

Los sollozos de Rosslyn eran incontrolables. Mantenía los ojos cerrados y rezaba para que todo acabara pronto. Tanto dolor, y todo provocado por el hombre que amaba. ¿Cuándo había cambiado tanto? ¿Sería cierto lo que habían dicho de él?

—Gawin, por favor —suplicó—, no lo hagas. Así no, amor mío.

—Tú amor ya no está aquí, pequeña idiota. Me vendió su alma y su cuerpo a cambio del poder que yo le proporcioné, para poder recuperarte.

La mordió en el otro pecho, con saña, porque quería volver a oír sus gritos. ¡Cuánto placer! ¡Y cuánto poder estaba reuniendo! Llenarle la cabeza de imágenes horribles hasta que se decidió a golpear a un hombre indefenso, había sido una gran diversión. Corromper a los inocentes era algo que se le daba muy bien, y lo llenaba de satisfacción.

—Prepárate, pequeña —le susurró en el oído mientras se liberaba del *kilt* y lo dejaba caer al suelo—, porque ahora viene lo mejor.

Se cogió el miembro viril con la mano y lo frotó con aspereza contra la entrada de su sexo. Ella forcejeó, pataleó y gritó, suplicándole que parara. Llamó a Gawin, desesperada, hasta quedarse ronca, invocándolo como si un simple mortal pudiera detenerlo.

Y entonces, lo sintió. Como una fuerza imparable que surgía de la profundidad de su ennegrecida alma, Gawin emergió de su letargo para luchar contra él. Su voluntad, determinada a proteger a la mujer que amaba, no pudo ignorar los gritos de angustia que le llegaron hasta el oscuro rincón al que había sido relegado. No podía permitirlo, debía detenerlo, sin importarle el coste a pagar.

Y Gawin se asomó a sus ojos, y vio con horror lo que estaba a punto de hacer. Obligó a su cuerpo a separarse de Rosslyn, tropezando con el cuerpo de Kenneth que estaba en el suelo, y cayendo sobre él en su precipitación.

—Huye —le susurró mientras veía sus fuerzas desaparecer ante la implacable contraofensiva del dios—. Por favor, huye. ¡Ahora! —gritó, desesperado, y el alivio lo recorrió cuando vio que ella se levantaba y salía corriendo por la puerta—. No voy a permitir que le hagas daño —le dijo a Gwynn, el dios malvado que ocupaba su cuerpo, y sintió cómo se reía de él.

«¿De veras crees que puedes impedírmelo? —se mofó, hablándole a su propia mente—. Me has hecho un gran favor, estúpido mortal. Déjala que corra para que yo pueda cazarla. ¿Acaso no sabes quién soy? Enviaré a mis jaurías tras ella. Será una cacería reconfortante después de tanto

tiempo de inactividad. Y cuando la atrape, la poseeré con tanta fuerza y violencia que deseará haber muerto. Y tú, humano, serás un espectador en primera fila, porque te obligaré a verlo a través de estos ojos».

—¡No te lo permitiré!

Gawin se levantó dando tumbos, agotado por la lucha de voluntades que estaba manteniendo con el dios para impedir que su cuerpo lo obedeciera.

«¿De veras crees que lo conseguirás?».

—Haré lo que sea necesario —susurró, cayendo de rodillas. Con las manos temblando, viendo cómo se le estaba escapando el control, alargó el brazo hasta la pierna donde Kenneth mantenía sujeto el puñal. Su mano a duras penas pudo sostenerlo cuando lo agarró, y alzarlo fue un verdadero tormento.

Se cayó de nuevo, de lado, pero no permitió que el arma se escapara de su mano. Apretó el puño sujetándola con firmeza, y alzó una oración pidiendo perdón por todos sus errores y sus pecados.

Sus últimas palabras fueron para Rosslyn, su amor, la mujer a la que había defraudado, y fueron para pedir su perdón.

Entonces, se clavó el puñal en el vientre y la sangre empezó a manar para formar un charco a su alrededor.

Lo último que escuchó antes de que la negrura se apoderara de él, fueron los gritos de Gwynn cuando fue obligado a abandonar de nuevo este mundo.

Capítulo ocho. Derwyddon, el druida.

Blake tardó medio día en encontrar la cabaña. Había creído firmemente que su viaje no se alargaría, pero se dio cuenta de su error al encontrársela vacía.

Maldito anciano.

Había tardado cinco meses en encontrarlo, siguiendo las murmuraciones, arrastrando a Maisi por todas las *Highlands*. Ella lo había entendido, y se había negado a abandonarlo ni siquiera por unas semanas cuando le propuso dejarla con su padre el tiempo que durara su búsqueda.

Su dulce Maisi, que con su bondad y su amor fue capaz de mostrarle un mundo y una vida que creía inalcanzable para él.

Fue una sorpresa encontrar al anciano Derwyddon viviendo dentro de las tierras de los MacDolan, a escasas dos horas de Aguas Dulces, el lugar que iba a convertirse en su hogar. En aquel momento no quiso pensar en las implicaciones que traían su presencia allí; simplemente se regocijó en ello porque tuvo la esperanza de poder tener largas charlas con él sobre todo lo que le había ocurrido en su vida.

La parte racional de Blake sabía que no podía culparse por las maldades que había cometido en nombre del ser llameante que vivía bajo la montaña, ya que había sido un pobre niño abandonado y famélico cuando este lo atrajo hacia sí para convertirlo en el brazo ejecutor de sus planes. La bruja ciega que también servía al ser maligno lo había utilizado durante muchos años de lazarillo durante sus viajes por Escocia, siempre en nombre de aquel demonio, tejiendo tapices de maldad allí por donde pisaba; hasta que cinco años atrás, fueron requeridos para volver a las cuevas y establecerse allí indefinidamente para buscar a la virgen que debía llevar en su seno al hijo del diablo.

Fue entonces, ya siendo un hombre, que había formado una banda de malechores para aterrorizar los pueblos colindantes, secuestrando a las muchachas jóvenes, violándolas en un ritual de muerte al que él no tenía posibilidad de negarse, pues su voluntad siempre era sojuzgada y sometida al poder de aquel ser.

Cuando por fin logró escapar, después de destruir el altar a través del cual el demonio, al que nunca había logrado poner nombre, se manifestaba, las preguntas se le amontonaron en su ánimo, y tuvo que buscar las respuestas porque era la única manera de conseguir lograr un poco de normalidad en la vida que quería compartir junto a Maisi.

Fue Derwyddon quien se las ofreció. Pasaron muchas horas paseando por el bosque sagrado, uno de los pocos que todavía quedaban, él soltando atropelladamente todas las preguntas que lo atormentaban, y Derwyddon ofreciéndole respuestas que, a veces, calmaban su alma, y otras, lo afligían.

Pero fue gracias a estas conversaciones que logró conciliar un pasado tormentoso con el futuro lleno de dicha que se le ofrecía, aligerando considerablemente los remordimientos que lo consumían y que hacían que, la mayor parte de los días, se creyese indigno del amor y de la vida con la que Maisi le obsequiaba.

Hacia aquel bosque se dirigió al encontrar la choza vacía, esperando hallar al druida

paseando entre los robles, como muchas veces hacía. Dejó el caballo atado a un arbusto y se internó entre los robles centenarios. La paz que había allí siempre calmaba su ánimo. Una vez le había confesado a Derwyddon que, paseando por el bosque sagrado, sentía un alivio semejante a cuando se daba un baño con agua caliente y jabón, después de uno de esos días duros en que acababa sucio y sudoroso. El anciano se rio de su ocurrencia y le contó que, igual que el agua y el jabón se llevaban la suciedad de su cuerpo, la magia del bosque le lavaba la suciedad de su alma.

—Buenas tardes, muchacho.

La voz de Derwyddon lo cogió por sorpresa, y miró hacia arriba, encontrándose al anciano afablemente sentado sobre una rama, como si fuese un pájaro en su nido.

—¡Anciano! ¿Qué hacéis ahí arriba? Vais a romperos la crisma.

La risa cordial de Derwyddon siempre lo calmaba, y acabó riéndose con él a pesar de las circunstancias que lo habían llevado hasta allí.

—Los árboles son mis amigos, chico; y los robles, son mis hermanos. Nunca un druida ha recibido daño que proviniese de uno de ellos. Y no creo que yo vaya a ser la excepción.

Con movimientos pausados y muy calculados, Derwyddon bajó del árbol con una agilidad nada acorde con los años que aparentaba. Era un hombre de rostro arrugado, con una larga barba blanca que le llegaba hasta la cintura. El pelo, también canoso y largo, lo llevaba recogido en la nuca con una cinta de cuero. Tenía unos ojos que brillaban con inteligencia y sagacidad, y fue con ellos que le miró intensamente antes de dejar ir un sonoro suspiro y palmearle la espalda con una mano nudosa y llena de manchas.

—Así que ha vuelto, ¿eh? —Blake no contestó con palabras; se limitó a asentir con la cabeza con evidente pesadumbre—. Pues entonces tendremos que ponernos en camino inmediatamente. Pero antes he de pasar por mi choza para recoger algunas cosas.

Se dirigieron hacia allí, y durante la caminata Blake le narró lo acontecido. Derwyddon escuchaba atentamente, y de vez en cuando hacía un gesto de asentimiento, como si en aquella historia pudiese oír mucho más de lo que se decía.

—Cuántos errores causados por la arrogancia —murmuró al traspasar la puerta de la cabaña—. Hace dos siglos creímos haber roto el linaje maldito, cuando el último MacKenzie poseído por Gwynn murió sin descendencia. Ni siquiera pensamos que la maldición podría heredarse por la línea femenina de la familia.

—Habláis como si hubierais estado allí.

—Oh, no, no, muchacho, claro que no. Soy viejo, pero no tanto.

La risilla que dejó ir Derwyddon no convencieron del todo a Blake. Aquel anciano sabía demasiadas cosas como para poder aprenderlas en una sola vida, y Blake había vivido demasiadas cosas como para obviar que en el mundo había mucho más de lo que se veía a simple vista. De todas formas, decidió no contradecir al anciano con sus sospechas y aceptó sus palabras sin cuestionarlas.

Derwyddon se paseó por la choza, rebuscando en un pequeño armario primero, y en un baúl después, hasta sentirse satisfecho. Puso varias cosas en un saquito que ató a su cintura, alrededor de la túnica que se mantenía blanca e impoluta a pesar de sus correrías por el bosque.

—Ya lo tengo todo. Solo me falta llamar a mi montura.

—¿Tenéis caballo? —se extrañó Blake. Durante todas las horas pasadas junto al anciano, nunca había visto que el desvencijado establo que se alzaba al lado de la choza, sirviera de refugio a ningún animal.

—Por supuesto, muchacho. Pero nunca lo tengo encerrado.

Salieron al exterior y Derwyddon dejó ir un largo y agudo silbido, que se expandió por el aire hasta resonar como un eco. No pasaron muchos minutos hasta que un majestuoso corcel, de un blanco tan inmaculado como la túnica que vestía el druida, apareciera ante ellos.

—Mi fiel Leòmham —exclamó Derwyddon con cariño, palmeando la cerviz del caballo—. Tenemos que cumplir con nuestro deber, viejo amigo.

El animal pareció entender las palabras que le habían dirigido, y sacudió la testuz como si diese su conformidad. Derwyddon, haciendo gala de una agilidad que no parecía nada acorde con los años que tenía, montó de un salto sobre la grupa del animal y cogió sus crines, listo para ponerse en marcha.

—¿No le ponéis arreos? —preguntó Blake, sorprendido.

—No los necesita, muchacho. Tú guíanos y nosotros simplemente te seguiremos.

Blake asintió, aceptando aquello como otra singular peculiaridad del anciano, y volvió grupas para desandar el camino que lo había llevado hasta allí.

Rosslyn corría a través del bosque. Todavía llevaba las manos atadas a la espalda con su propio vestido, y se enredaba los pies con la falda rota que aleteaba por detrás, haciéndola tropezar constantemente. Su cuerpo desnudo recibía los golpes de las ramas bajas de árboles y arbustos, y varios arañazos sangrantes manchaban su piel.

Pero no sentía nada.

El terror se había apoderado de ella cuando vio cómo Gawin aparecía en los ojos malvados que la habían estado mirando hasta aquel momento, y los gritos despavoridos de él, instándola a marcharse.

Pero lo que más la aterrorizó, fue la feroz determinación que vio en ellos: Gawin detendría a Gwynn a cualquier precio.

Con los ojos ciegos por las lágrimas, y con el convencimiento de lo que él se proponía hacer, fue dando tumbos sin parar, intentando alejarse de aquella cabaña. No quería hacerlo, hubiese preferido mil veces permanecer al lado de Gawin hasta el final, pero en un momento de lucidez fue consciente de que él no la quería allí, porque probablemente no sería capaz de llevar a cabo lo que tenía en mente si ella era testigo.

Salió huyendo con el alma rota por el dolor, sabiendo que nunca más podría volver a verlo. Su vida se deshacía como la nieve durante la primavera, y pronto no quedaría nada de ella. Sus sueños y esperanzas de una vida juntos, que habían renacido cuando él apareció por la ventana del torreón de Aguas Dulces para ir a rescatarla de un matrimonio que no deseaba, se desvanecieron como si nunca hubieran existido.

¿Cómo podría seguir adelante sin él?

Finalmente, se dejó caer de rodillas y apoyó el hombro contra el tronco de un árbol. Ya no tenía fuerzas para seguir corriendo. Sus pies descalzos estaban llenos de llagas sanguinolentas, los arañazos por su cuerpo descubierto estaban tiñendo de rojo su piel, y las lágrimas, que se deslizaban furiosas por sus mejillas, llenaban sus ojos volviéndolos inservibles.

—No voy a seguir corriendo —murmuró en voz alta para poder oír su propia voz rota y angustiada—. Aquí esperaré mi destino, sea cual sea.

Estaba convencida que Gawin había intentado hacer lo único que su honor le permitía, y era acabar con su propia vida para frenar al dios pagano que había invocado en su desesperación. Y

si Gawin estaba muerto, ¿cómo podría ella seguir con su propia vida?

Si hubiese sido más valiente, nada de aquello habría ocurrido. Cuando su padre le anunció su compromiso con el MacDolan, debió haber huido de su casa para buscar a Gawin. Si no hubiese sido una cobarde, se habría atrevido a desafiar a su padre en lugar de plegarse a sus deseos, ocultando su miedo tras una máscara de obediencia y honor. El honor y el deber tras los que se excusó para no tener que arriesgarse.

Al anunciarle el compromiso, su padre le soltó el mismo discurso que había dirigido a su hermana años atrás, hablando del cumplimiento de su deber como una Douglas, hija y heredera del *laird*. Al no tener hijos varones que lo sucedieran, la responsabilidad de mantener a salvo al clan lo heredaría el marido de su hija primogénita, que en aquel momento era Evanna. Una unión con el hijo y heredero del MacDolan era una buena alianza, pues aseguraba que su clan quedaría bajo la protección de un hombre al que se sabía íntegro y honesto, que acogería sus obligaciones de buen grado y mantendría la prosperidad para que la heredara la siguiente generación. Y al morir Evanna, fue Rosslyn la que heredó aquella obligación, y con ella el matrimonio con Lean MacDolan.

Pero no debió haber escuchado a su padre. Gawin hubiese sido un buen custodio del clan hasta que su primer hijo varón naciera y se hiciera un hombre para poder reclamar el título de *laird*. Debería haber hablado de ello con su padre, intentado hacerle comprender que un pacto con los MacKenzie en ese aspecto, le aseguraría la misma protección y seguridad que el que había firmado con los MacDolan.

Pero fue cobarde, y simplemente se limitó a asentir y a aceptar su destino como si fuese irrevocable.

—Tu cobardía te ha llevado hasta el peor final, —se dijo a sí misma como si estuviese hablando con otra persona—. Y ahora está todo perdido.

Ya no había esperanza para ella y para el clan de los Douglas. Aunque sobreviviera, cosa de la que no estaba segura, no podría ni quería volver a su antigua vida. El MacDolan no la aceptaría como esposa, deshonrada como estaba ahora, y en su clan estallarían las luchas internas por la sucesión a la jefatura. Su gente pasaría penurias, las cosechas se perderían, moriría gente, y muchos buenos guerreros perderían la vida. Todo porque ella había sido una cobarde.

—¿Muchacha? ¿Qué ha ocurrido? —La voz penetró las brumas de su consciencia. Sintió unas manos que la desataban, y el calor de un manto le rodeó el cuerpo—. ¿Rosslyn?

Abrió los ojos. Hacía rato que los había cerrado y ni siquiera se había dado cuenta. Enfocó la mirada y vio ante ella al guerrero que se llamaba Blake, que la miraba con una honda preocupación. Estalló en sollozos de nuevo, y entre hipos, intentó contar lo que había pasado. Eran palabras incoherentes, de las que Blake solo pudo deducir parte de la historia.

—Quédate aquí con ella —ordenó una voz que no supo de quién provenía. Su mirada estaba acaparada por Blake, que estaba arrodillado delante de ella, y sus anchas espaldas le ocultaban a quien había hablado.

Blake giró la cabeza, con los ojos entrecerrados. Parecía dispuesto a discutir con Derwyddon, pero al mirarlo vio algo en él que lo obligó a apartar la mirada y asentir con la cabeza.

—Muy bien, anciano. La cabaña no está lejos. Si necesitáis mi ayuda, gritad mi nombre y estaré allí en un minuto.

Derwyddon agradeció la confianza del guerrero con un ligero movimiento de cabeza, y con una suave presión de sus rodillas dirigió al caballo hacia la choza. Se detuvo en cuanto la tuvo al alcance de la vista, bajó de su montura y le habló al oído. El animal balanceó la testuz y se alejó

de allí a paso ligero, sin que los cascos emitieran sonido alguno al golpear contra el suelo.

Se acercó a la cabaña con precaución, olfateando el aire como si fuese un lobo, escuchando el sonido del viento hablarle al soplar entre los árboles, y el canto de la tierra que pisaba con los pies.

Todo hablaba de muerte, y el olor a sangre que provenía del interior del chamizo ratificaba aquella intensa sensación de fatalidad.

Cuando sus pasos lo acercaron a la arcaica construcción, el hedor de la maldad le inundó las fosas nasales y arrugó la nariz en un acto reflejo.

Pero Gwynn ya no estaba allí. Se sentía el eco de su presencia, sí, pero era tenue y estaba desapareciendo, igual que el mal olor de su maldad, disuelto por el viento que había empezado a azotar los árboles.

Derwyddon cruzó la puerta que había quedado abierta tras la huida de Rosslyn y se quedó quieto bajo el umbral.

Kenneth estaba de rodillas al lado de Gawin. La sangre le goteaba por la frente y una de sus manos estaba presionando la herida que tenía en la cabeza. Sus ojos estaban fijos en el cuerpo caído.

—No he sido yo, si es lo que pensáis —le dijo con voz cansada al anciano que acababa de aparecer en la puerta—. Se lo ha hecho él mismo.

—Blake está afuera, con la muchacha, si queréis ir con ellos.

—¿Quién sois? —Kenneth alzó los ojos y lo miró directamente por primera vez.

—Mi nombre es Derwyddon.

—Sois un druida.

—Algo así —admitió el anciano, acercándose al cuerpo de Gawin—. Idos.

Kenneth asintió con la cabeza y se levantó con dificultad. Trastabilló dos pasos hasta recuperar el equilibrio. La cabeza le dolía horrores, pero era más su orgullo por haber sido derribado por una muchacha enclenque, lo que había resultado herido.

Derwyddon pareció leerle la mente.

—Gwynn es muy poderoso, incluso cuando no lo es. Caísteis en un trance provocado por él, así que no teníais ninguna oportunidad de defenderos, ni siquiera de una mujer.

—¿Cómo sabéis..?

—Sé muchas cosas, guerrero. Id con vuestro amigo.

Kenneth abandonó la choza y Derwyddon se quedó a solas con el caído. Se arrodilló a su lado y le pasó la mano por el pecho descubierto, justo allí donde estaba el tatuaje de la espiral rota.

—Ah, muchacho, qué desperdicio de vida —murmuró con tristeza—. Si solo hubieras aguantado unos minutos más...

«No podemos permitir que muera, Twain —resonó una voz femenina en su cabeza—. Vamos a necesitarlo».

—Yo no soy capaz de resucitar a los muertos, Morgaine.

«Pero sí puedes curar sus heridas. Déjame el resto a mí».

Derwyddon asintió con la cabeza, sabiendo qué debía hacer. El alma de Gawin ahora estaba en manos de Morgaine, y si él conseguía reparar el cuerpo, ella la devolvería a su lugar.

Sacó el puñal de la herida con una sonrisa afligida. Si su joven amigo Blake supiera quién era él en realidad...

El rostro macilento de Gawin parecía estar en paz, como si hubiese conseguido acabar con todos sus demonios antes de morir. Con las manos manchadas de sangre, le cerró los ojos

vidriosos que ya no podían ver, y después las puso sobre la enorme herida que había abierta en su vientre. Inmediatamente, un halo luminoso rodeó a Derwyddon, pura energía que se concentró en las manos abiertas sobre la herida. El cuerpo de Gawin la absorbió con ansia, y su carne herida empezó a cicatrizar.

De repente, empezó a temblar y a sacudirse, como si fuese objeto de algún extraño ataque. Derwyddon sonrió, sabiendo qué significaba aquella reacción: Morgaine estaba cumpliendo su parte.

La boca de Gawin se abrió en un grito mudo que nunca llegó a surgir de su garganta, su cuerpo se relajó, y abrió los ojos, parpadeando confuso.

—No digáis nada, joven Gawin MacKenzie —le dijo Derwyddon poniendo una mano sobre su pecho. Cerró los ojos, murmuró unas palabras en un extraño idioma, y Gawin sintió una horrible quemazón allí donde estaba la mano del anciano—. Ahora estáis libre de él.

Gawin parpadeó sin comprender bien qué quería decir. Derwyddon alzó la mano y vio que el tatuaje de la espiral rota ya no estaba allí. Había sido sustituido por el *lauburu*, un símbolo de protección que mantendría a Gwynn a distancia, impidiéndole volver a ocupar aquel cuerpo.

—¿Quién sois? —preguntó con voz ajada.

—Eso no importa —contestó Derwyddon levantándose. Tenía la túnica manchada con la sangre que se había encharcado en el suelo. Hizo un gesto con la mano, y las ropas volvieron a estar de un blanco brillante e inmaculado—. Lo importante, es que pronto serás llamado y deberás acudir para cumplir con tu destino.

—¿Qué..?

—Silencio, muchacho —susurró Derwyddon con cariño y pena—. Ahora, duerme.

Los ojos de Gawin se cerraron y su respiración se tranquilizó cuando el reparador sueño acudió a él.

—Espero que estemos haciendo lo correcto, Morgaine.

«Por supuesto que sí —resonó la voz femenina—. Nuestra era ha terminado, Twain. No podemos permitir que Gwynn siga interfiriendo en el mundo de los hombres».

—¿A cualquier coste?

«El coste de no hacerlo, será infinitamente peor».

Sí, Derwyddon también sabía eso. El coste en vidas humanas si Gwynn seguía inmiscuyéndose, sería aterrador. El ser humano ya era lo bastante violento, cruel y dañino por sí mismo sin necesidad de tener a Gwynn suelto por el mundo. Y sin él allí, la humanidad tendría la oportunidad de crecer y desarrollar los dones que también tenía, como la bondad y la generosidad.

Pero para poder derrotarlo, tenían que encontrar el Cáliz.

Derwyddon salió de la cabaña y caminó hasta donde estaban los demás. Rowwlyn todavía seguía sentada en el suelo, con la mirada perdida. En su rostro estaba marcado el vestigio de las lágrimas que habían caído como un torrente por las mejillas. Kenneth estaba con la espalda apoyada contra un árbol, los hombros caídos en señal de abatimiento. Blake lo miraba a él, esperando sus noticias.

—Está vivo —anunció en cuanto estuvo lo bastante cerca para que le oyeran sin tener que gritar—. Cansado y débil, porque ha perdido mucha sangre, pero vivo y libre de Gwynn.

Al oír las palabras, Rosslyn soltó un grito de alegría e incredulidad. Se levantó de un salto sin importarle los pies heridos, agarró el manto que cubría su semidesnudez, y salió corriendo y cojeando hacia la choza. Blake y Kenneth intentaron seguirla, pero Derwyddon se lo impidió.

—Dejadlos unos minutos a solas. Él duerme, pero ella necesitará estar a solas con él.

—De acuerdo, pero esperaremos más cerca.

Fueron hacia la cabaña, siguiendo los pasos de Kenneth. No dijeron nada durante un buen rato, limitándose a escuchar los sollozos ahogados que salían de dentro.

—¿Cómo lo ha habéis hecho? —preguntó finalmente el escocés—. Estaba muerto cuando recuperé la consciencia.

—Cerridwen ha sido benevolente —se limitó a contestar el anciano.

Cerridwen era una de las diosas paganas a las que antiguamente se había rendido culto en aquellas tierras. La llamaban la Diosa Oscura, y era la guardiana del caldero mágico a través del cual las almas obtenían un nuevo renacimiento.

—¿Existen, entonces, los antiguos dioses? —preguntó Kenneth, totalmente confundido. Su educación había sido cristiana, y le habían inculcado que los antiguos dioses paganos eran falsos.

—¿Realmente importa? —contestó Derwydden con una risita divertida ante su turbación.

—Supongo que no.

Algunos minutos después, Rosslyn salió. Todavía se cubría con el manto que Blake le había puesto sobre los hombros, y se limpió las lágrimas con él, pasándose el brazo por la cara.

—Está durmiendo —dijo con un suspiro—, pero está en el suelo. Os agradecería si lo pusierais sobre el jergón para que estuviera más cómodo. Y también necesitamos ropa. En las cuevas en las que estábamos refugiados, Gawin llevó un baúl lleno de ropa.

—No podemos arriesgarnos a entrar ahí, ya os lo dije. Podría haber trampas...

—Yo iré —se ofreció Derwydden—. Os traeré ropa, y aprovecharé para deshacer lo hechizos que pueda encontrar. No queremos que alguien entre por casualidad y resulte dañado.

—¿Necesitáis que os acompañe? —se ofreció Blake.

—No. Quedaos aquí con ellos, y pensad en qué deberíais hacer ahora. En Aguas Dulces todavía la están buscando, ¿no es cierto?

Kenneth ni siquiera había pensado en ello. Lean tenía varias patrullas esparcidas por sus tierras buscando a la muchacha y a su raptor. Y el padre de Rosslyn, a pesar de ser un hombre desagradable y ofensivo, debía estar preocupado por su hija.

—No quiero volver. No me obliguéis, por favor —suplicó ella mirándolos con un profundo miedo en los ojos.

—No debéis temer nada de mi hermano, muchacha. Nunca ha sido un tirano cruel.

—Pero mi padre exigirá la muerte de Gawin...

—No se atreverá, no os preocupéis. Gawin es un MacKenzie, y vuestro padre no querrá iniciar una guerra con un clan como el suyo; además, mi hermano no se lo permitirá.

Rosslyn asintió con la cabeza, sabiendo que no podría ganar esta discusión. Una vez más, su futuro estaba en manos de otras personas, y ella no tenía ningún derecho a opinar.

Capítulo nueve. Buscando soluciones.

Derwyddon regresó al cabo de tres horas, trayendo consigo a Relámpago, el caballo que se había quedado abandonado en las cuevas. En ese tiempo, habían trasladado a Gawin al único jergón que había en la choza, cuidando de que estuviera cómodo mientras seguía durmiendo y recuperándose de la debilidad que le había producido la pérdida de sangre. Blake había salido a cazar, y había vuelto con tres liebres que ahora se estaban cocinando sobre el fuego del hogar. Rosslyn había curado a Kenneth la herida que ella misma le había infligido en la cabeza; al principio estaba cohibida y avergonzada, hasta que vio que él no le guardaba rencor por ello; después habían seguido su conversación, él intentando tranquilizarla de que todo saldría bien, y ella escuchando bastante incrédula las historias sobre Lean que hablaban de un hombre justo y honorable.

—Vuestro hombre os procuró un lugar cómodo para esconderse, muchacha —dijo el anciano cuando entró en la cabaña—. A mí mismo no me importaría quedarme allí a vivir, si no estuviera tan lejos del bosque sagrado.

—Gawin siempre ha procurado mi felicidad, desde la primera vez que nos vimos.

—Vestíos, y después nos contaréis cosas sobre él.

Los tres hombres salieron de la cabaña para darle intimidad mientras se ponía la ropa que Derwyddon le había traído. Se vistió rápidamente y aprovechó que estaba fuera de su vista para acercarse a Gawin. Le pasó la mano por el pelo mientras lo observaba dormir, y una lágrima se deslizó por su mejilla.

—¿Qué haremos ahora, mi amor? —se preguntó en un susurro. Acercó los labios a los suyos y le depositó un beso lleno de ternura.

Había pasado tanto miedo cuando aquella cosa se apoderó de él. Pero no le guardaba ningún rencor, porque Gawin había luchado por mantenerla a salvo y ganado la batalla, sacrificando su propia vida para lograrlo.

—¿Rosslyn? —musitó él entre sueños, angustiado.

—Tranquilo, mi amor, todo está bien. Duerme y descansa.

—No me dejes.

—No pienso moverme de tu lado.

La mano de Gawin se movió sobre la cama, buscando desesperadamente su contacto. Rosslyn la cogió con las suyas y se sentó en el suelo, apoyando la cabeza sobre ellas.

Los hombres entraron poco después, golpeando ligeramente la puerta antes de hacerlo, y preguntando si ya estaba visible. Mientras ellos se sentaba ante el fuego y empezaban a discutir sobre la mejor manera de proceder, ella se quedó dormida.

—Debemos regresar a Aguas Dulces, eso es incuestionable —dijo Kenneth mientras le daba la vuelta a las liebres para que no se quemaran.

—¿Gawin, también? —preguntó Blake.

—Sobretodo, Gawin. Si quiere tener la oportunidad de contraer matrimonio con Rosslyn llevando la bendición de su padre, debe hacerlo.

—Se armará un buen revuelo.

—Pero las aguas acabarán volviendo a su cauce. Conozco a mi hermano. No permitirá que estalle un conflicto entre los tres clanes que podría traer graves consecuencias para toda la región.

—¿Y el MacDolan no se sentirá ofendido por todo este asunto?

—Lean no quería este matrimonio, igual que no quería el que se había acordado con la hermana. Verá la oportunidad de librarse de él sin consecuencias para nuestro clan, así que aprovechará la oportunidad. Además, es un buen negociador, por lo que encontrará la manera de convencer al Douglas para que apoye esta alianza. Pero el primer paso es regresar a Aguas Dulces. Nada puede hacer, ni a favor ni en contra, si no tiene conocimiento de lo que ha pasado realmente.

—Estoy de acuerdo —afirmó Derwyddon—. Es la mejor manera de arreglar este desaguisado. Pero no podéis contar nada de lo que ha ocurrido realmente, así que debéis inventaros una mentira lo bastante convincente para explicar por qué os separasteis de vuestro grupo, cómo los encontrasteis, y por qué él está tan débil.

—Eso ya lo sé —contestó Kenneth, sarcástico—. No me apetece que mi hermano crea que me he vuelto completamente loco.

«Y no sería extraño que lo pensara», se dijo. Tantos años viviendo sumido en el dolor por la pérdida de Seelie, podrían haber hecho que cualquiera perdiera la cordura.

—Lean sabe que conozco estas tierras mejor que nadie —siguió—, y que sé de lugares donde es fácil esconderse durante días. Seguí mi intuición, y los encontramos.

—¿Y por qué no llevasteis a toda la patrulla? —preguntó Blake.

—Porque tenían sus órdenes dadas por él, y no quería interferir. Por eso os llevé solo a vos.

—Suena veraz —concedió Derwyddon, asintiendo con la cabeza—. ¿Cómo justificaréis el estado del muchacho? Su herida ya está cicatrizada, y no podréis usarla como excusa.

—Por esta zona abundan las bayas venenosas. No es de extrañar que alguien que no sea de la región, las tome por buenas y las coma. Sus efectos no son mortales, pero sí desagradables.

—¿Aduciréis que su estado se debe a una diarrea? —exclamó Blake estallando en carcajadas, pero las reprimió con rapidez para no despertar a la muchacha.

—Una pequeña venganza para hacerle pagar todo los dolores de cabeza que nos ha causado —contestó Kenneth con una sonrisa sesgada.

—No creo que le haga ninguna gracia.

—Aceptaré esta pequeña humillación si a cambio obtiene lo que desea.

—Estoy de acuerdo —dijo Gawin desde el jergón, con voz débil—. Pero, ¿por qué estáis haciendo esto? Enhebrando una sarta de mentiras solo para protegerme.

—No os protegemos a vos, sino a ella —contestó Kenneth bruscamente, sin sorprenderse por verlo despierto—. Si por mí fuera, os colgaría del árbol más cercano por lo que habéis hecho; pero Rosslyn sufriría por ello.

Gawin se mantuvo en silencio durante unos segundos. Cerró los ojos, y después los abrió para fijarlos en el techo.

—Lo último que recuerdo —musitó—, es que os cogí el puñal que lleváis en la pierna y me abrí el vientre con él. ¿Por qué no estoy muerto?

—Eso preguntádselo a Derwyddon.

—Ya habrá tiempo de dar respuestas —se zafó el aludido. No tenía ninguna intención de hacerlo—. Es mejor que sigáis urdiendo esta fantástica historia para contársela a vuestro hermano.

Al día siguiente, cuando amaneció, Kenneth fue el primero en abrir los ojos y ver que el

anciano se había ido en silencio durante la noche.

—¿Tenéis claras todas las respuestas? —preguntó Kenneth por enésima vez al acercarse a las murallas de Aguas Dulces.

—Sí —contestaron todos al unísono.

—Bien.

Después de constatar la desaparición de Derwyddon, Kenneth había despertado a los demás. Era hora de volver a Aguas Dulces y a enfrentarse con lo que fuese que los esperara. Tranquilizó a la pareja asegurándoles que todo iba a ir bien, aun cuando él mismo no estaba totalmente convencido de ello; pero no tenían más remedio que seguir con el plan. Si les permitía huir, podría llevar a consecuencias catastróficas que Gawin, en su desesperación, no había evaluado correctamente y que a Lean le interesaba mucho evitar. Si se producía un enfrentamiento entre los clanes de los MacKenzie y los Douglas por esta cuestión en concreto, su hermano se vería atrapado en medio y obligado a tomar partido por los Douglas, ya que Rosslyn era su prometida. Los MacKenzie siempre habían sido un clan poderoso, incluso en sus horas más bajas, y era mil veces preferible llegar a una solución por la vía del diálogo. Kenneth estaba convencido que su hermano conseguiría llegar a una solución que fuese aceptable para todas las partes, evitándole a él un matrimonio no deseado, y que desembocaría en el enlace entre Gawin y Rosslyn.

Tenía que creerlo, y haría todo lo que estuviese en su mano para convencer a Lean de que aquella era la mejor solución, aunque su orgullo pudiese salir mal parado.

Gawin ahora estaba libre de Gwynn, y no creía que volviese a aceptar el poder que el dios pagano le pudiera ofrecer; pero no quería correr ningún riesgo. La solución más fácil par todos hubiese sido que Gawin siguiese muerto, pero si el extraño anciano llamado Derwyddon lo había vuelto a la vida, habría sido por una muy buena razón, aunque esta escapara de su entendimiento.

Tanto Blake como él mismo, estaban convencidos de que Derwyddon era mucho más que un simple druida, y aunque no llegaban a comprender el qué, tenían la extraña premonición que aquello no había terminado allí; lo habían comentado entre susurros aquella misma mañana, mientras preparaban los caballos para partir.

—Rosslyn, vos iréis a vuestras habitaciones sin decir una palabra. Gawin, Blake y yo nos reuniremos con mi hermano. Hemos de hablar con él a solas sin que vuestro padre esté presente.

—Lo entretendré —musitó, aunque no estaba segura de cómo iba a hacerlo. Su relación con él nunca había sido demasiado estrecha. Para él, tanto ella como su hermana no habían sido más que meras monedas de cambio para conseguir alianzas.

—Pero no le contéis nada de lo ocurrido. Eso, dejádnoslo a nosotros.

—¿Y qué hago cuando empiece a hacerme preguntas?

—Limitaos a llorar. Haced un drama, aferraos a él, suplicadle que no os deje sola. Haced lo que sea para que se quede con vos en vuestras habitaciones hasta que alguien requiera su presencia ante Lean.

Rosslyn asintió con la cabeza, y se aferró con fuerza a las crines de su caballo.

—Todo irá bien —le susurró Gawin en el oído. Iban montados los dos en Relámpago, igual que cuando habían estado huyendo de Aguas Dulces.

Gawin se había recuperado bastante bien gracias a la comida y las horas de sueño. Todavía parecía macilento y tenía los ojos hundidos, pero sus fuerzas habían vuelto casi por completo. Se

mostraba taciturno y silencioso, pero era normal habida cuenta de la experiencia que había vivido.

Solo esperaba que el tiempo curara las heridas del alma, y que le devolviera el ánimo alegre que la había enamorado.

Cruzaron las puertas de Aguas Dulces en silencio, y dejaron los caballos a los mozos para que se los llevaran. Rosslyn subió directamente a sus aposentos, cortó el llanto en el que estalló su doncella cuando la vio, y la envió a buscar a su padre para avisarlo de que había regresado.

Gawin, Blake y Kenneth, fueron directos hacia las habitaciones de Lean y allí esperaron a que el mayordomo lo informara de su presencia.

—¿Os dais cuenta de lo que habéis hecho?! —estalló el Douglas en cuanto cruzó la puerta y entró en los aposentos de su hija—. ¡Estáis perdida! ¡Deshonrada! ¡Ultrajada! El MacDolan romperá el compromiso y nadie querrá casarse con vos. ¡Me habéis humillado! Sois una zorra descarriada, una Jezabel. ¡Vuestras acciones han traído la deshonra y la humillación a nuestro clan! Os encerraré en un convento para que las hermanas den buena cuenta de vuestra alma pecadora.

Rosslyn, totalmente aterrorizada pero sabiendo qué se esperaba de ella, corrió y se echó a los pies de su padre, aferrándose con desesperación a sus piernas, deshecha en llanto. No dijo nada; sabía que no debía hacerlo, y no solo porque Kenneth se lo había pedido. Cualquier palabra que pronunciara ahora, solo haría que el ánimo del Douglas se incendiase más y acabaría yéndose de allí para no verla.

El Douglas intentó zafarse de ella, empujándola con las piernas, pero las manos de Rosslyn se habían convertido en garras y no lo soltaban. La agarró por el pelo y ella gritó de dolor, pero no soltó su presa.

—¿Por qué? ¿Por qué habéis hecho algo así? —le preguntó al cabo de un rato de estar soltando improperios, mientras la rabia iba abandonándolo y se instalaba en su pecho un hondo dolor por el futuro de su hija y de su clan—. Yo solo quería lo mejor para vos y para el clan. Lean MacDolan habría sido un buen esposo, y un buen guardián para nuestro clan hasta que uno de vuestros futuros hijos se hiciera un hombre y pudiera asumir el puesto que yo dejaré vacante cuando muera. ¿Sabéis qué ocurrirá ahora, cuando yo falte, sin alguien fuerte que consiga mantenerlos unidos? El clan se dividirá, y habrá disputas para conseguir ocupar mi lugar.

Rosslyn tenía ganas de decirle que Gawin MacKenzie también sería un buen guardián, que era un hombre honorable y justo, y que él todavía viviría los años suficientes como para guiarlo y enseñarle a ser mejor líder para su gente. Pero se mantuvo callada, tal y como había prometido, porque tenía que evitar a toda costa las preguntas que seguirían a aquella afirmación.

Una hora más tarde, Rosslyn dormía completamente agotada sobre la cama, bajo la atenta vigilancia de un padre desolado ante el negro futuro que vislumbraba para su hija.

Pero no resultó ser negro, al final.

Lean envió un mensajero a las tierras de los MacKenzie reclamando la presencia de alguien con la autoridad suficiente para negociar las cláusulas del contrato matrimonial entre Gawin y Rosslyn. Las conversaciones se sucedieron; primero, con el Douglas, que vio en aquella oportunidad la manera de evitarle a su hija la humillación de ser deshonrada públicamente. Lean aceptó como compensación casi simbólica por la ruptura del contrato matrimonial, la entrega de un rebaño de cien ovejas que producían lana de la mejor calidad, muy demandada en la corte por

su suavidad; después, ofició de mediador entre ambas partes de una manera efectiva, y al cabo de tres semanas, se llegó a un acuerdo que satisfizo a todos los implicados.

—Has perdido la oportunidad de tener una buena esposa con una dote considerable.

—Más bien me he quitado de encima una responsabilidad que no quería.

Kenneth y Lean estaban a un lado del gran salón, con las espaldas apoyadas en la pared de piedra y una buena jarra de cerveza en la mano, observando la fiesta que estaba en pleno apogeo.

Después de la firma del contrato de boda entre los Douglas y los MacKenzie, Lean decidió que era el momento de celebrarlo por todo lo alto, para que no hubiese ninguna duda de su apoyo a aquella boda. Ser el prometido burlado no era plato de buen gusto, pero no era algo que le importara demasiado.

—No tienes intención de casarte, ¿verdad? —preguntó Kenneth en un susurro.

—Tengo que hacerlo, Kenny —susurró Lean con desesperación—. Antes de la muerte de Seelie, pensaba que vosotros llenaríais de niños este castillo. Y también tenía la esperanza que Rogue acabara encontrando a una mujer y abandonara su obsesión por unirse a los Templarios. Pero ninguno de los dos lo han hecho. Ahora, quedo solo yo para continuar con nuestro linaje.

—Pero no quieres.

—No, no quiero.

—¿Por qué?

¿Por qué? Lean casi se echó a reír. ¿Cómo le contabas a tu hermano que las mujeres no te atraían? ¿Cómo le decías que, en realidad, llevabas años enamorado de otro hombre que, además, era su mejor amigo? Pensar en Alistair hizo que le temblara la mano en la que sostenía la jarra de cerveza, y apretó con fuerza el puño antes de llevársela a la boca y dar un buen trago.

Al pensar el Alistair no pudo evitar que sus ojos volaran hacia donde estaba él, bailando con una mujer, con su sonrisa deslumbrante dirigida a la chica que coqueteaba descaradamente con él.

—No es algo que quiera discutir contigo —contestó hoscamente en un arrebato de rabia contra sí mismo, y se apartó de su hermano antes de que este insistiera. No era feliz ni estaba orgulloso de ser un maldito sodomita, pero no podía cambiar sus sentimientos.

Nadie lo sabía. Desde muy joven se había dado cuenta de que era algo que debía mantener escondido, y se había esforzado por cambiar yendo constantemente de putas, hasta que se dio cuenta de que era inútil. Amaba a Alistair desde siempre, desde que tenía uso de razón, y no podía quitárselo de la cabeza.

Kenneth vio a su hermano marcharse de su lado y sacudió la cabeza, pesaroso. No comprendía qué le pasaba, pero se había dado cuenta de cómo miraba a Alistair cuando creía que nadie era testigo. Parecía que ambos tenían una maldición pendiendo sobre sus cabezas, que impedía que pudiesen conseguir la felicidad.

Suspiró, y volvió a dirigir su mirada hacia el gran salón, donde todo el mundo estaba bailando, bebiendo y riendo. Algunas parejas ya habían desaparecido, buscando lugares íntimos en los que poder abandonarse a la pasión.

Vio a Blake y a Maisi saliendo de allí. Iban besándose a cada paso que daban, y una punzada de envidia le atravesó el corazón. Él nunca podría tener aquello, y si sus sospechas eran ciertas, Lean tampoco.

Buscó a Friggal entre los presentes, la muchacha con la que había hecho el amor al lado del

pozo, la misma noche de su llegada. Necesitaba sentir unas suaves formas femeninas contra su cuerpo, y la vio caminando entre los invitados a la fiesta, llenando jarras y mirando con timidez hacia él. Le dirigió una sonrisa, que ella contestó con otra igual, y le hizo un gesto con la cabeza que ella interpretó correctamente.

Dejó la jarra en manos de otra sirvienta y fue hacia Kenneth.

—¿Me requerís para algo, mi señor?

—¿Sabes dónde están mis aposentos, muchacha?

—Sí, mi señor.

—Y, ¿tienes ganas de divertirme conmigo un rato?

—Siempre, mi señor.

—Entonces, sígueme.

—El hermano del MacDolan —susurró Maisi por enésima vez mientras cruzaba la puerta de su casita.

—Para mí también fue una sorpresa —contestó Blake.

—Por eso estaba tan seguro de que nos aceptarían aquí.

—Sí. Tuvimos suerte de que se cruzara en nuestro camino.

Blake se encaminó hacia la chimenea y le encendió. Era una casita pequeña, pero con todas las comodidades necesarias. Lean MacDolan se la había ofrecido en cuanto le dijeron que iban de parte de Kenneth Alaban, al igual que un puesto entre sus hombres, y a Maisi un lugar en las cocinas del castillo. No era mucho, pero sí era más de lo que jamás había soñado: un hogar al lado de la mujer que amaba, y gente a su alrededor que lo habían llegado a apreciar como guerrero y compañero de armas.

La casita era de dos plantas, y Maisi siempre la mantenía limpia y acogedora. Abajo había un amplio salón con el fuego encendido y arriba, dos dormitorios.

—Nunca me has preguntado nada sobre lo que pasó entre él y yo —musitó Maisi. Desde que había visto a Kenneth tres semanas atrás, cuando lo vio regresar a Aguas Dulces al lado de Blake y de los dos fugados, una ligera desazón la mantenía en constante angustia.

—Porque no hay nada que preguntar —contestó él girándose hacia ella para mirarla—. No puedo negar que una parte de mí maldice porque le entregaste a él tu virginidad. Me hubiera gustado poder ser yo quién recibiese tal regalo. Pero en las circunstancias en las que estábamos, si hubieras llegado virgen a mis manos, jamás habría podido tenerte. —Maisi asintió con la cabeza y se acercó a él para ponerle las manos sobre el pecho. Blake las hizo desaparecer bajo las suyas, más grandes y fuertes—. Estoy agradecido, Maisi —confesó al final.

Ella lo entendió. Deslizó las manos por el musculoso pecho hasta llegar a la nuca de Blake, y las perdió entre su abundante pelo. Levantó el rostro hacia él, y le ofreció la boca entreabierta para que la besara. Él no se hizo de rogar, y tomó lo que le ofrecía, deleitándose en el sabor de la persona que lo había salvado de sí mismo, ofreciéndole un futuro lleno de maravillas y esperanza.

Deslizó las manos por su cintura y la apretó contra sí, fundiéndose con ella, profundizando el beso abrasador que le quemaba hasta el alma.

—Te necesito, mi amor —susurró contra su oído cuando sus bocas por fin se separaron.

Ella no contestó; le dirigió una sonrisa provocadora y se deshizo de su abrazo para subir las escaleras corriendo y riendo, con él detrás. La alcanzó al llegar ante la puerta de su dormitorio, la

abrazó con fuerza y la empujó suavemente hacia adentro, cerrando con el pie y apoyándola contra la pared.

—Me tienes loco, muchacha —susurró.

Le besó las mejillas y bajó con desesperación hacia su cuello. Tiró de las cintas del vestido hasta conseguir descubrir los maravillosos pechos. Los ahuecó con las manos, mirándolos con admiración, notándolos más pesados y grandes, mientras acariciaba los rugosos pezones con los pulgares. Maisi gimió y se arqueó, ofreciéndose a él descaradamente. Con sus pequeñas manos tiró de la ropa, tan desesperada como él para tocar su piel y sentirla contra su cuerpo.

—Te deseo —susurró con voz queda, admirando el hermoso y musculoso cuerpo de su esposo. Nunca se cansaría de contemplarlo, siempre maravillándose de su perfección masculina como la primera vez.

Blake consiguió quitarle toda la ropa y dejarla magníficamente desnuda. La cogió por las nalgas para pegarla más a él, y frotó la enhiesta virilidad contra ella, soltando un largo gemido lastimero que la hizo reír.

—No te rías de mí y mi desesperación —se quejó él, sonriendo.

—Me río porque soy feliz, Blake —contestó ella perdida en las caricias que él le estaba prodigando.

—Ahora lo serás más —afirmó mientras su mano se perdía entre las piernas de Maisi y empezaba a acariciarle el clítoris inflamado. Le tocó el turno a él de reír cuando ella dejó ir un gemido igual de largo y suplicante—. Rodéame con las piernas, mi cielo. Quiero estar dentro de ti cuando te corras.

—Sí, oh, sí.

Hizo lo que le pedía, colgando las piernas de la estrecha cintura de su amante, gritando de placer cuando él la penetró de una sola embestida, hasta el fondo, ensartándola con su dura y ansiosa polla. Gritaron y gimieron al ritmo de las acometidas salvajes que a ella tanto le gustaban. Hoy no había habido juegos previos, no había provocado en ella el anhelo desesperado que crecía cuando la ataba o la torturaba con sus caricias sin permitirle nunca llegar al final. Hoy, la impaciencia lo había dominado completamente, perdiendo por el camino el férreo control que siempre le gustaba mantener, y se había convertido en un amante salvaje e impredecible que amenazaba con matarla de amor.

—Córrete para mí, Maisi —le exigió mientras volvía a acariciarle el clítoris, y ella no pudo resistirse a la orden dada con rudeza y gritó mientras clavaba las uñas en sus hombros, y el cielo estallaba detrás de sus ojos cerrados.

Blake le siguió inmediatamente, perdido con las pulsaciones que rodeaban su polla, lanzándolo a un abismo de placer que lo hizo volar como si fuese un halcón peregrino.

Sin soltar el cuerpo laxo de su mujer, caminó llevándola en brazos sin salir de su interior, con las piernas de ella todavía rodeándole la cintura. La posó sobre la cama con cuidado, y se estiró a su lado, abrazándola y cubriendo sus cuerpos con las mantas.

Ella murmuró algo incomprensible. Blake le besó la frente y después le hizo reposar la cabeza sobre su hombro.

—Duerme, mi amor. Descansa.

—Pero tenía que decirte algo —murmuró ella ya casi perdida entre sueños.

—Mañana.

—Vale. Mañana te diré que vas a ser padre.

Maisi se durmió inmediatamente, y Blake pasó toda la noche con los ojos abiertos como platos

por la asombrosa noticia y una sonrisa boba curvándole los labios.

Varios días después de la fiesta, Gawin y Rosslyn partieron hacia las tierras de los Douglas, donde contraerían matrimonio, y Aguas Dulces volvió a su actividad normal, lejos del bullicio que había alterado la placidez que, por regla general, había en aquel lugar.

A Lean MacDolan le gustaba aquella paz. Pensó en ello mientras se dirigía a las dependencias que había ocupado su padre en vida. Todavía no se había atrevido a trasladarse allí, a pesar del tiempo que había transcurrido desde su fallecimiento, pero ya era hora de que se ocupara de los objetos personales que le habían pertenecido. Ya había revisado todos los papeles, informes y tratados que había encontrado en el estudio sin llevarse ninguna sorpresa, pues su padre lo había mantenido al tanto de todo estando aun con vida. Pero las dependencias privadas eran otra cuestión.

Entró en la recámara previa al dormitorio, la pequeña salita que utilizaba para recibir a sus hijos, su esposa y a los amigos más íntimos y soldados de confianza. El lugar al que se retiraba cuando quería permanecer solo, para pensar o simplemente descansar. El lugar en el que, tanto él como sus hermanos, habían crecido admirando a un padre que, aunque nunca se había mostrado demasiado cariñoso, siempre había tenido la misma facilidad para dedicarles una palabra amable que una regañina.

El anterior MacDolan había sido un hombre algo distante y frío, pero jamás cruel con sus hijos o esposa, ni con sus vasallos. Era admirado y respetado por todos, y fue llorado cuando falleció.

—Te echo de menos, padre —susurró a la habitación vacía—. Kenneth ha vuelto por fin a casa, y parece que no tiene intención de volver a huir.

Caminó por la habitación y cruzó la puerta del dormitorio. Todavía olía a enfermedad y pociones. El agrio olor hizo que arrugara la nariz, y abrió las ventanas para que entrara el aire. Debería haber sido ventilada, pero no permitió que nadie volviera desde que se llevaron a su padre para enterrarlo. Antes quería revisarlo todo personalmente, por eso cerró la puerta con llave y se la guardó inmediatamente después que lo sacaran de allí.

Caminó hacia el baúl que había a los pies de la cama, y lo abrió. Su padre le había dado la pequeña llave antes de morir, junto a unas palabras que no había llegado a comprender del todo.

—Dile a Kenny que lo siento.

Aquellas fueron sus últimas palabras antes de que la muerte se lo llevara.

¿Por qué le pedía perdón a su hermano? ¿Por su error al prometer a Seelie con otro hombre? ¿Por haberlo obligado a secuestrarla, causando un enfrentamiento que acabó con muchas vidas, y provocando una enemistad entre dos clanes que habían sido aliados hasta aquel momento? ¿Por la muerte de Seelie?

Tenía tantas preguntas sobre aquel asunto que le hubiese gustado poder manifestar en voz alta, pero su padre nunca se lo permitió. Cada vez que lo intentaba, lo atajaba con brusquedad y salía de su presencia como si hubiese conjurado al mismo diablo. Y ahora, ya no podría obtener las respuestas.

La pena de Kenneth por la pérdida de su padre ya era lo bastante dolorosa como para aumentarla con aquellas palabras, así que se las había callado pensando que era lo mejor. ¿O quizá le servirían de consuelo?

Rebuscó en el baúl, sacando todo lo que había dentro; todo eran recuerdos, pequeños objetos sin ningún valor real pero que lo llevaban a momentos de su pasado familiar: el pequeño caballo tallado en madera que su padre le había hecho con sus propias manos; cintas del pelo que habían pertenecido a su madre; las espadas de madera que tanto él como sus hermanos habían utilizado para aprender a luchar; algunas joyas, ropa, pañuelos bordados; un retrato de su madre en miniatura...

Al fondo de todo, un rollo de pergamino llamó su atención. Estaba protegido envuelto en cuero y tela, y cuando lo desenrolló, se encontró con la rústica caligrafía de su padre.

Empezó a leer, y su rostro demudó hasta un pálido enfermizo.

Epílogo. La carta.

Querido hijo mío:

Espero que esta carta nunca llegue a tus manos. La escribo porque mi alma necesita descargarse de la multitud de pecados que se hacían en ella, y que la están corrompiendo como si fueran gusanos dándose un festín en un cesto lleno de manzanas.

Entono el mea culpa a diario, y rezo a Dios para que, en su bendita misericordia, pueda llegar a perdonarme alguna vez. No pido por la absolución de mi alma, que sé que no merezco; ni por tu perdón, porque sé que, si alguna vez te enteras de mis pecados, no podrás concedérmelo.

Jamás debí aceptar entregar a nuestra pequeña Seelie al hijo del MacDougal. Sabía que la amabas antes de que vinieras a verme para discutir conmigo, cuando el contrato fue firmado; pero mi estupidez y mi arrogancia me hicieron creer que era algo pasajero. Sois primos, y crecisteis juntos. Pensé que confundías un cariño fraternal con algo más, y que casándola con otro hombre te obligaría a olvidarla.

La insistencia de Vika y del padre Stuart, me convencieron de que era lo mejor para ambos. Pero ahora sé la verdad.

¡Malditos sean ambos y sus bocas traicioneras! ¡Qué Dios me perdone!

A Vika, mi amada Vika, la que ha sido mi amante desde que tu madre murió, la he matado con mis propias manos. Su sangre todavía está ahí, y por mucho que me la froto, no se va. Permanece inalterable como un recordatorio de todos los pecados en los que he participado, aunque no fuese consciente de ellos.

El padre Stuart también ha muerto, y doy gracias a Dios por haberme evitado el tener que matarlo yo mismo. Se ha caído del torreón mientras discutíamos. Me he abalanzado sobre él y, al intentar huir de mis golpes, se ha tropezado y caído al mar.

Eran personas malvadas, con almas negras; el peor de los dos, el padre Stuart, que ha utilizado su hábito para encontrar un lugar en mi mesa y en mi casa, ganarse mi confianza, y poder así vigilar a nuestra Seelie e influenciarme con su opinión.

Te preguntaré el porqué.

Pero debería contarlo todo desde el principio.

Cuando los MacDougal entraron en nuestras tierras y empezaron a saquear nuestras aldeas, llegaron mensajeros para advertirnos de lo que estaba pasando en las fronteras. Entonces aún no sabíamos que eran ellos, y pensamos que eran simples incursiones de alguna banda de forajidos, ¿recuerdas? Cometí el error de enviar a la mitad de nuestros hombres a los lugares que habían sido atacados, para rastrearlos y apresarlos, pero todo era un plan para debilitarnos.

¿Recuerdas qué pasó después? Llegó el MacDougal, furioso, a pedir explicaciones por el compromiso roto. Lo acogimos en nuestra casa y nuestra mesa, junto a los pocos hombres que trajo consigo, sin saber que había muchos más esperando a que las puertas de la barbacana se abrieran de noche. Cuando los MacDougal nos traicionaron y atacaron a los hombres que vigilaban el portón para abrirlo, empezó una batalla que costó muchas vidas.

Afortunadamente para nosotros, tu hermano Lean no confió en sus motivos, y cuando atravesaron las murallas, los estábamos esperando.

Lo que no supimos entonces, es que tenían la intención de aprovechar la confusión para llevarse a nuestra Seelie.

Sorprendí a Vika cuando la convenció para que saliese con ella del lugar en el que estaban escondidas todas las mujeres, por su propia protección. La llevó por la parte de atrás, donde la estaban esperando con la seguridad de poder llevársela durante el caos provocado por la batalla que estaba desarrollándose en el interior de nuestra fortaleza. Seelie intentó resistirse cuando sospechó de sus motivos, pero Vika había tenido la precaución de darle de beber un poco del caldo de la flor del sueño, no lo bastante para dejarla inconsciente, pero sí lo suficiente como para que su cuerpo se relajara y no tuviera fuerzas para luchar.

Fue pura suerte que diese con ellas, y en un ataque de rabia al verse descubierta, Vika me atacó, pensando que me cogería desprevenido. Estuvo a punto de conseguirlo, y me hirió en el brazo, pero poco hombre hubiera sido si en mitad de una batalla, con todos los sentidos alerta, me dejase vencer por una mujer con un puñal.

Me las llevé a las dos adentro y le saqué la verdad a golpes. No estoy orgulloso de ello, ya que nunca hasta entonces había golpeado a una mujer, pero la urgencia del momento me obligó a actuar así.

Tenían un plan, Kenneth, desde el principio.

Stuart no sirve a Dios, como pensaba. Tanto él, como Vika y los MacDougal sirven a un diablo, un dios pagano que quiere a Seelie.

Por lo visto, el plan era entregar a Seelie a los MacDougal con la excusa del matrimonio; pero en realidad, estos iban a entregarla a ese engendro diabólico para que se apareara con ella.

Después de su confesión, dejé a Seelie encerrada en mis aposentos y me llevé a Vika. Estaba tan lleno de odio, en aquel momento, pero no lo bastante como para desahogarme delante de nuestra pequeña. Sin testigos, maté a Vika.

Después busqué a Stuart. No podía esperar y correr el riesgo de volver al campo de batalla dejándolo libre. Tenía que proteger a Seelie a toda costa, Kenneth. Tú la amas, pero, a mi modo, yo también. Es la hija de mi hermano, lo único que me queda de él, y no iba a permitir que se la llevaran.

Lo encontré en la torre, discutimos, y el resto ya te lo he contado.

Es todo demasiado confuso para mi alma vieja y cansada. Ya no sé en qué creer. Quiero pensar que todo es una locura provocada por una mente calenturienta y enfermiza, pero, ¿cómo consiguió involucrar a todo un clan en algo así?

Siempre han corrido rumores sobre los MacDougal, igual que de los MacKenzie; yo pensaba que eran habladurías, historias de terror que se cuentan a los niños para meterlos en vereda. Pero ahora... Ahora ya no lo sé. ¿Cómo iba a imaginar que un clan como el MacDougal, tuviese un pacto ancestral con ese demonio? ¿Cómo podía saber que le servían desde antes de la llegada de San Columba a nuestras amadas tierras?

No sé si ese Dios pagano existe, pero el miedo a que pueda ser cierto me ha obligado a tomar una decisión.

Tú crees que Seelie está muerta. Agonizando, tuviste una visión de ella corriendo hacia ti, y de cómo caía muerta a tu lado. Así que mentí, te hice creer que lo que habías imaginado era cierto, a ti y a todos en Aguas Dulces, pero no es verdad.

Seelie está viva. Yo mismo la entregué a las monjas de la abadía de Nuestra Señora del Milagro, junto a una buena cantidad de dinero, para que la alejaran de Aguas Dulces y se la llevaran de Escocia. La Madre Abadesa entendió mi preocupación con toda la historia que le conté, la misma que te expongo en esta carta, y se comprometió a mantenerla a salvo en tierra sagrada.

No sé cuál es su paradero ahora, y tampoco quiero saberlo.

Solo espero que, allí donde esté, sea capaz de perdonarme alguna vez, aunque sé que no lo merezco.

Te quiero, hijo mío.

Calem MacDolan.

La dama de las flores

Trilogía El escocés errante 3

Sophie West

DirtyBooks

Prefacio. El fin de la paz.

En algún lugar de Francia.

La novicia estaba en el jardín. La primavera había llegado y lo había llenado de color y alegría. Estaba de rodillas y tenía las manos desnudas en la tierra, trabajando, mientras su pequeño hijo correteaba a su alrededor. Ella intentaba concentrarse en su trabajo, pero la fascinación que sentía por su propio hijo la hacía distraerse a menudo. ¡Se parecía tanto a su padre! No solo en su hermoso rostro, en el mentón decidido o en la nariz aguilina. Había gestos en él, imperceptibles, como la leve caída de hombros cuando estaba preocupado por algo, que también había visto en su padre.

Sacudió la cabeza para quitarse los malos recuerdos de ella, y volvió su atención a lo que estaba haciendo. Las plantas requerían de sus atenciones, era su responsabilidad, y no podía defraudar a las monjas que tan amablemente la habían acogido cuando llegó cinco años atrás, embarazada y muerta de miedo.

Pero no pudo evitar volver sus pensamientos hacia su difunto marido, y a todos los hechos que la habían llevado hasta allí.

Se recordaba enamorada de él desde que tenía uso de razón, cuando ni siquiera sabía qué era lo que sentía. Solo sabía que cuando su primo estaba al alcance de su mirada, su corazón se aceleraba y no podía apartar los ojos de él. Su cuerpo se estremeció con el recuerdo del día que acudió a su alcoba y se la llevó de allí. La habían prometido con otro, pero él no podía soportarlo y forzó a su padre a que accediera a su matrimonio secuestrándola y pasando con ella todo un día y toda la noche.

Le entregó su virginidad sobre un mullido lecho de hierba, teniendo el cielo como techo, al lado de las cataratas de fuego.

Todavía podía sentir las fuertes manos, llenas de callos por las horas que pasaba empuñando una espada, recorriéndole el cuerpo, sacándole gemidos de placer con sus caricias.

—Madre, ¿puedo cortar una rosa para ti?

Miró al pequeño Kenneth y una sonrisa nació en su boca. Solo tenía cuatro años, pero era evidente que iba a convertirse en un hombre grande y fuerte, como su padre.

—No, cariño. Esas rosas son para la Virgen.

—Pero quiero regalarte algo —se enfurruñó.

—Tú eres mi mayor y más preciado regalo, hijo mío.

El mejor regalo que Kenneth MacDolan le había hecho nunca.

Volvió a entristecerse al recordar a su esposo muerto, y maldijo al destino que se lo arrebató sin permitirle siquiera despedirse de él. ¡Lo seguía echando tanto de menos! A duras penas recordaba las horas terribles de la batalla que se sucedió en Aguas Dulces, cuando los MacDougal lograron cruzar la puerta de la barbacana con engaños y traición, y se abalanzaron sobre un castillo que a aquellas horas debería estar durmiendo. Recordaba a Vika, y el agua con sabor extraño que la obligó a beber. Todo lo demás... estaba envuelto en una especie de niebla

hasta que se despertó en una de las celdas de la abadía de Nuestra Señora del Milagro, con el MacDolan sentado en una silla al lado de su cama.

—¡Tío! ¿Qué ha ocurrido? ¿Dónde estamos? ¿Dónde está mi esposo?

El MacDolan se echó a llorar, con el corazón acongojado por el dolor y la rabia, y le confesó que su amado esposo Kenneth estaba muerto, que había caído en la lucha contra los MacDougal, y que antes de morir le había hecho prometer que la mantendría a salvo y lejos de ellos.

—Y eso es lo que estoy haciendo, muchacha. Por eso estás aquí.

El dolor la había roto por dentro. Durante semanas pensó que su vida ya no tenía sentido y se movía entre las paredes del claustro como un fantasma penitente. La Madre Superiora la observaba con los ojos llenos de compasión, y la piedad por su dolor la llevó a enviarla lejos de Escocia en cuanto supo que estaba esperando un bebé.

Fue ese bebé, el pequeño Ken que ahora correteaba entre las flores, persiguiendo a los insectos y riéndose con inocencia, el que le dio las fuerzas para seguir adelante con su vida.

Si Kenneth estuviera vivo, ¡estaría tan feliz con su hijo! ¡Y tan orgulloso de verlo crecer fuerte y sano! Podía imaginárselo enseñándole a sostener una espada, a pelear con los puños, mientras ella se enfadaba porque lo consideraría demasiado pequeño. Lo podía ver corriendo por el prado, con su hijo sobre los hombros, ambos riéndose de felicidad. Kenneth amaría a su hijo incondicionalmente, y le enseñaría a ser un hombre honesto, y un guerrero fiero y leal. Igual que era él.

Suspiró, y una lágrima se deslizó por la mejilla. Se la limpió enseguida, y dejó un rastro de tierra sobre la piel. Respiró hondo para tranquilizarse. Odiaba estar siempre triste, pero no podía evitarlo. Ni siquiera los recuerdos podían consolarla, sino que le traían más dolor. Lo único que conseguía aliviarlo, era observar a su hijo crecer a salvo, aunque fuese lejos de su tierra y de su familia, y sin un padre que lo protegiera y lo mantuviese a salvo.

—Seelie, querida, la Madre Superiora quiere hablar con vos. Os espera en su gabinete.

Seelie se sobresaltó. No la había oído llegar, sumida en sus recuerdos. Se levantó rápidamente y se sacudió las manos manchadas de tierra en el regazo.

—¿Ocurre algo, sor Brígida? —le preguntó, preocupada. La monja la miró con compasión y le dirigió una sonrisa con la intención de reconfortarla.

—Ha llegado un mensajero de Aguas Dulces para vos, querida. Debéis ir inmediatamente.

—¿De Aguas Dulces? ¿Ha ocurrido algo?

—No lo sé a ciencia cierta. Es mejor que vayáis sin entreteneros. Yo me quedo vigilando al pequeño Ken. Id.

—Sí, hermana. Ahora mismo. Gracias.

Seelie ni siquiera se preocupó por las manchas de tierra en su hábito. Miró a su hijo una última vez, con el corazón angustiado por la incertidumbre, y corrió hasta el gabinete de sor Joanna.

Llamó con los nudillos en la puerta y esperó hasta que la voz suave de la monja le indicó que pasara. Entró, cerró a sus espaldas e hizo una ligera genuflexión, manteniendo la mirada baja con modestia. Estaba nerviosa pero intentó controlarse, manteniendo las manos sucias bajo el hábito.

—Sor Brígida me ha dicho que queríais hablar conmigo, señora.

—Así es. A este caballero lo envía alguien de tu tierra, el laird MacDolan. —Seelie alzó los ojos y se dio cuenta que en la habitación había alguien más. Era un hombre anciano, con el pelo blanco y mirada franca. Delgado, su ropa era cara, aunque estaba algo sucia, probablemente por el viaje.

—Señor —lo saludó y lo miró con atención. No lo conocía, lo que hizo que desconfiara de él. El MacDolan no hubiera enviado a alguien desconocido a buscarla a ella y a su hijo. Habría enviado a alguien en quién ella pudiera confiar, alguien a quién hubiese visto a menudo en Aguas Dulces, alguno de sus hombres o alguno de sus hijos. Quizá no a Lean, pero sí a Rogue, el hermano menor.

El hombre sonrió hacia ella y la saludó con un gesto.

—Es un enorme placer para mí conocerlos por fin, mi señora. Sois tan bella como me habían dicho. Mi nombre es Derwyddon, y he venido para llevaros a casa.

Seelie, nerviosa, se retorció las manos debajo del hábito. Miró hacia sor Joanna, pero esta parecía tranquila y la miraba con una beatífica sonrisa en el rostro.

—¿Cómo puedo saber que decís la verdad? —le espetó a Derwyddon, alzando la barbilla con insolencia.

—Tenéis derecho a sentir desconfianza, mi señora. Por eso, el MacDolan me ha dado esto para vos. —Sacó algo de su bolsillo y adelantó la mano para mostrárselo. Seelie se acercó, hipnotizada por el objeto que veía en su mano, y lo cogió temblando. Era un medallón de oro, con un dibujo intrincado y varias runas gravadas en él—. ¿Lo recordáis?.

—Sí —contestó con la garganta cerrada por culpa de la congoja sin apartar la mirada del medallón. Había pertenecido a su madre y después, a ella. Siempre lo había llevado puesto, desde que era un bebé, y nunca se lo había quitado hasta que se lo regaló a Kenneth el día que salió a la batalla por primera vez. Lo hizo para que lo protegiera y consiguiera volver junto a ella.

—Es un talismán de protección, mi señora. Mi señor el laird MacDolan desea que lo llevéis puesto.

Seelie asintió en silencio y apoyó el medallón contra su pecho. Por supuesto que se lo pondría. Había creído que se había perdido para siempre durante la batalla en Aguas Dulces, el día que Kenneth murió y todo cambió para ella.

—¿Y por qué quiere que regrese? —preguntó con voz trémula.

—Lo siento, pero yo no conozco sus motivos. Solo me encomendó que os llevara de regreso a Aguas Dulces.

—Pero yo no quiero volver, no si lo que me espera es otro matrimonio concertado. —Se estremeció con el recuerdo de lo que había pasado la última vez que su tutor la había prometido sin consultarle, y todo el dolor que trajo a su vida. Esta vez no habría nadie que la salvara—. Soy feliz aquí. Y no quiero separarme de mi hijo.

—¿Vuestro hijo? —Derwyddon parecía sorprendido con la noticia y miró hacia sor Joanna con las cejas fruncidas.

—Sí. Mi hijo y de Kenneth.

—Yo... no sabía nada de eso. Pero mis órdenes son llevaros a Aguas Dulces, y eso es lo que haré.

—¡Pero yo no quiero ir, Madre! —protestó Seelie, mirando desesperada hacia sor Joanna, confiando en que la Madre Superiora estaría de su parte.

—Lo siento, hija, pero tu familia te reclama y yo no puedo hacer nada para evitar tu marcha. El pequeño Ken y tú partiréis al amanecer.

Derwyddon salió de la abadía y se reunió con el grupo de hombres con los que viajaba. Eran soldados de confianza, servidores de Twain, que habían ofrecido sus vidas al dios. Montó a caballo y miró hacia el convento una vez más antes de alejarse.

Cuántas mentiras había tenido que tejer. Cuántas verdades a medias, y cuántas otras ocultadas por el bien del mundo. Cuántas personas manipuladas a lo largo de su existencia para conseguir sus objetivos.

En aquellos momentos, no se sintió mejor persona que aquel que era su enemigo. «Lo haces por la paz, por la humanidad», se dijo, pero no era suficiente consuelo.

Un hijo. El Cáliz había engendrado y dado a luz al hijo de Kenneth. Esto no variaba sus planes, pero los haría más complicados de llevar a cabo.

¡Cuántos sacrificios lo esperaban!

Al amanecer del día siguiente, la comitiva se puso en marcha. Tenían que atravesar media Francia antes de poder embarcar. Derwyddon conducía el carro en el que Seelie y su hijo viajaban, y sus hombres, bien pertrechados con armas, los escoltaron durante todo el camino.

Acababa de ponerse en marcha al destino para acabar con el poder de Gwynn, el Cazador Salvaje, sobre la tierra.

Capítulo uno. La vida plácida.

El amanecer sorprendió a Lean MacDolan en el adarve, mirando más allá por encima de la muralla, hacia el mar siempre enfurecido. Hacía frío a aquella hora, pero la capa de lana y piel que llevaba sobre los hombros lo protegía de la baja temperatura.

Llevaba días sin casi poder dormir. Solo conseguía cerrar los ojos después de horas de dar vueltas en la cama; y, a veces, ni siquiera eso. Como aquella noche.

No podía dejar de pensar en su hermano Kenneth, y en la carta que su padre le había dirigido. Todavía no había tenido el valor de enseñársela, y se sentía un cobarde por ello. Una broma del destino que no temiese enfrentarse a alguien espada en mano, pero casi lo aterrorizara contarle a su hermano la verdad.

Porque sabía que lo lastimaría de una manera que era incapaz de imaginar.

¿Por qué su padre había hecho algo así? ¿Por qué los había separado de aquella manera? Mintiéndole a su propio hijo, arrancándole el corazón en el proceso. Ahora, después de tantos años, comprendía la amargura que poseyó al anterior MacDolan, una pesadumbre que estuvo presente desde entonces hasta el fin de sus días.

«¿Cómo demonios voy a enfrentarme a Kenneth y contarle qué hizo nuestro padre?».

Oyó que alguien se acercaba a él, y el viento le trajo el aroma a leña quemada. Alistair. La sola presencia de su amigo hizo que sus preocupaciones fueran más llevaderas, por lo menos durante un rato.

Giró la cabeza para mirarle. Se acercaba a él con el paso decidido que lo caracterizaba. Alistair siempre caminaba con mucha determinación, como si tuviese una importante misión que cumplir y estuviese preparado para apartar de su camino a cualquiera que osara interponerse.

Alistair era grande y ancho como un oso, e igual de peludo. Tenía vello por todas partes, rojizo como el pelo que le caía alborotado desde la cabeza hasta más allá de los hombros, igual que la espesa barba que cubría su rostro. Tenía unos brazos gruesos, con músculos abultados, y aunque parecía moverse con pesadez a causa de su enorme tamaño, cuando luchaba era sorprendentemente rápido y ágil.

Se preguntó, no por primera vez, cómo sería en la cama.

Era una mierda estar enamorado de tu mejor amigo.

Alistair le sonrió mientras se acercaba, y Lean sintió que su estómago se encogía y una mezcla de enorme pena, rabia y lujuria se apoderó de él. Deseaba poder hundir las manos en aquel pelo salvaje, atraer su boca hasta la propia y besarlo hasta que le suplicara que lo tomara como amante. Quería perderse en la calidez de su piel. Desaparecer entre sus poderosos brazos. Enredar las piernas con las suyas. Follarlo hasta que gritara su nombre.

Sacudió la cabeza y le devolvió la sonrisa.

—Pareces preocupado y cansado estos últimos días —le dijo cuando estuvo a su lado.

—Demasiadas responsabilidades sobre mis hombros —contestó, apartando la mirada de él antes de que pudiera ver el fuego que su sola presencia había encendido en sus entrañas.

—Sí, supongo, pero es bueno que tu hermano haya vuelto, podrá ayudarte en eso.

—Será un alivio tener ayuda, pero quiero darle tiempo. Si le asusto con responsabilidades, igual sale huyendo de nuevo.

Alistair asintió con la cabeza, dándole la razón. Kenneth había estado cinco años alejado de su hogar. El dolor de la pérdida lo había llevado a huir de su casa, abandonando a su padre y a su hermano. A su clan. Había regresado cuando el propio Alistair le había llevado la noticia de la muerte de su padre, y solo Dios sabía por qué había decidido quedarse.

—Es una pena que al final se haya cancelado tu boda. Rosslyn Douglas habría sido una buena esposa.

Una esposa que le hubiera dado hijos, y que habría aligerado la carga que llevaba sobre los hombros, pensó Alistair. Aunque en el fondo, estaba contento de que la boda no se hubiera llevado a cabo. Pensar en Lean atado por el sacramento del matrimonio con una mujer, era algo que lo molestaba, aunque no sabía a ciencia cierta por qué

—Yo no lo siento. Odio la idea de tener que casarme.

—¿Por qué? Tú nunca has sido de los que van de cama en cama, como yo —se rio Alistair.

Era cierto que buscaba compañía femenina siempre que podía. Afortunadamente para él, las mujeres lo consideraban apuesto y nunca le faltaba con quién compartir juegos en la intimidad. Aunque al único al que quería allí era a su laird, era consciente de que nunca lo conseguiría. Por eso se consolaba como podía, luchando contra la amargura que, a veces, intentaba consumir.

Lean ocultó cuánto odiaba imaginarlo en brazos de una mujer, y se preguntó si alguna vez llegaría a sobreponerse a este sentimiento antinatural que se había apoderado de él hacía ya tantos años.

Se encogió de hombros ante la pregunta y no contestó. ¿Qué podía decirle? ¿Que al único que deseaba en su cama era a él? Alistair se horrorizaría.

—Es una de tus responsabilidades —insistió su amigo.

—La que más odio —afirmó con decisión, pero después pensó en el problema que le había traído hasta allí—. Bueno, en realidad es la segunda en esa lista. De la primera ni siquiera quiero hablar.

—Esa primera es la que te tiene despierto a estas horas de la noche, ¿no? Sabes... sabes que puedes contarme cualquier cosa y que no saldrá de mi boca.

Lo enterneció el titubeo en su voz, el tono ronco con que lo dijo, casi como si compartieran intimidad. Se preguntó si le hablaría así después de hacer el amor. Pero nunca lo sabría, ¿no?

—Lo sé, pero ni siquiera a ti puedo contártelo.

El castillo empezó a llenarse de ruidos. El amanecer devolvía la vida entre los gruesos muros, y con ella regresaban las obligaciones. Lean se giró, dando la espalda al mar, para dirigir la mirada hacia el interior de la muralla. Había varios hombres haciendo cola en el pozo para poder sacar agua para lavarse. Bromeaban con las criadas, y ellas se reían. Esa gente, su gente, eran su máxima responsabilidad, y el peso de todas sus vidas recaía sobre sus hombros.

Kenneth se despertó con la mente nublada todavía. La noche anterior había bebido demasiado. Recordó estar en la despensa, sentado en el suelo al lado de las barricas de cerveza, bebiendo solo y taciturno, cuando Friggal había aparecido.

Maldita sea.

Habían follado allí mismo. Le había levantado las faldas sin decir una palabra, la había

sentado de espaldas sobre su regazo, y había metido la polla en su coño sin ningún tipo de preámbulo. No es que ella se quejara. A la muy zorra le gustaba fuerte y duro, y gritó como una posea con cada una de sus embestidas, exigiéndole más, hasta que se corrió.

Lo que no comprendía era qué hacía allí, en su cama. Recordaba perfectamente haberla despachado después de la tercera ronda en la despensa. Le había azotado el culo en reprimenda por haberse quejado por no meterla nunca en su cama. Le había dicho que tenía dignidad, y que merecía ser follada en una cama en lugar de hacerlo siempre en lugares incómodos, oscuros y ocultos.

—La próxima vez, te follaré a plena luz y delante de testigos. ¿Te gustaría eso? —le había preguntado con intención de mortificarla. Y acto seguido, le quitó la ropa para dejarla completamente desnuda, la tumbó sobre las rodillas, y le puso las nalgas bien rojas mientras ella se retorció de placer sobre su regazo.

Por supuesto, remató el castigo aplastándola contra la pared con su cuerpo, obligándola a que el frío de la piedra pusiera duros sus pezones, mientras la follaba por detrás.

Cuando terminó, había recogido su ropa para lanzársela a la cara, y le había dicho muy claro que se fuera a dormir a su cama mientras él emprendía el camino hacia la suya.

No quería a ninguna otra mujer en la cama que había compartido con Seelie. No quería a Friggall allí. Sabía que él no le importaba nada, y que no lo buscaría con tanto desespero si no fuera el hermano del laird. Friggall solo quería salir de la cocina, dejar de ser una más de tantas criadas, y convertirse en su amante era un camino como otro cualquiera para lograr hacer realidad sus ambiciones.

Tiró de la ropa de cama para descubrir su muy desnudo cuerpo, y le dio una fuerte palmada en el culo para despertarla. Ella lo hizo dejando ir un gemido de necesidad.

—Mí señor —musitó, medio dormida—. ¿Me necesitáis de nuevo?

Se giró y parpadeó, bien dispuesta a darle placer, pero Kenneth solo sintió una profunda amargura y una feroz ira enrosándose en el estómago.

—Lo que quiero es que te largues de aquí. ¿Por qué estás en mi cama? Te dije que te fueras a la tuya a dormir.

—Mmmmm —ronroneó con lascivia, desperezándose como un gato, curvando la espalda para mostrar sus pechos sin ningún pudor, acariciándoselos provocativa—. No podía permanecer lejos de vos, mi señor, por si acaso me necesitabais.

—Donde seguro te necesitan, es en la cocina. Así que mueve tu culo holgazán y vete para allá.

—Estáis muy gruñón por la mañana, mi señor —protestó ella, levantándose enfurruñada de la cama, y cogiendo su vestido para ponérselo.

Kenneth se levantó, enfadado por su descaro. La cogió por el pelo y la obligó a pegarse a su cuerpo.

—No vas a conseguir de mí lo que buscas —siseó—. Y si vuelvo a encontrarte durmiendo en mi cama, te azotaré. ¿Ha quedado claro?

Ella le pasó las manos por el pecho desnudo y sonrió, pensando que quizá aquello era otro juego más.

—¿Me azotaréis como anoche, mi señor? —preguntó con los ojos llenos de deseo.

—No —le contestó con dureza—. Te ataré en el patio de armas, y te azotaré en la espalda con una vara hasta arrancarte la piel a tiras. Te aseguro que no encontrarás placer en ello.

Friggall palideció, sabiendo que su señor no hablaba en vano. Así era como castigaban a algunos criminales, con escarnio público, para dejarlos marcados y que todo el mundo supiera que

no eran gente de fiar.

—Pero, mi señor... Yo no he hecho nada malo.

—Te has metido en mi cama. En ella no cabe ninguna mujer, ¿entiendes? Y mucho menos, tú. No eres mi amante, y ni esperes llegar a ser mi mujer. Solo eres una criada a la que me follo de vez en cuando, y espero que, a partir de ahora, te quede muy claro cuál es tu posición en Aguas Dulces.

—Sí, mi señor —contestó ella con lágrimas en los ojos, y no precisamente por el daño que le estaba haciendo al tener su pelo fuertemente agarrado en el puño.

—Bien. Ahora, lárgate.

Kenneth se maldijo cuando la vio marcharse apresurada de su dormitorio, con la ropa a medio poner. Le remordió la conciencia por haberla tratado mal, pero se abstuvo de seguirla para pedirle perdón. Era mejor que ella tuviera claro que no iba a conseguir nada más de él, y que se quitara de la cabeza la idea de volver a meterse en su cama a hurtadillas. En aquella cama había pasado las mejores noches de su vida junto a Seelie, y no quería que ninguna otra mujer pudiera corromper aquellos recuerdos con su presencia.

Miró hacia allí, enfurecido. Las sábanas estaban arrugadas, y seguramente olerían a Friggal. Pediría a alguna criada que se las cambiara por otras limpias.

Media hora más tarde estaba en el pozo, lavándose para quitarse el olor a sexo y a la criada, pensando en buscar a Alistair para entrenarse con él un rato, cuando lo vio en el adarve, hablando con Lean.

Desde que había regresado a Aguas Dulces, se había dado cuenta de que algo extraño ocurría entre ellos. A simple vista todo parecía como siempre; pero había algo oculto que Kenneth no acababa de comprender. Había sorprendido más de una vez a su hermano mirando hacia Alistair de una manera... poco apropiada. No era la forma en que un hombre miraba a otro hombre, con un destello de lujuria en la profundidad de sus ojos. La sodomía era un pecado que iba contra natura, el padre Stuart había hecho mucho hincapié en ello a lo largo de sus vidas. ¿Quizá porque era consciente de las inclinaciones de Lean?

Sacudió la cabeza para deshacerse del agua y se secó con un paño.

Lean era un buen hombre, y un laird ejemplar. Se preocupaba por su gente y mantenía al clan unido y próspero. Y era un fiero guerrero en el campo de batalla. ¿Acaso sentir lujuria por Alistair lo hacía menos hombre?, se preguntó. No, decidió. El corazón y el deseo no atienden a razones. Él lo sabía bien, o jamás se habría interpuesto en el deseo de su padre de casar a Seelie con un MacDougal y conseguir así una fuerte alianza con otro clan. Pero su amor y su deseo por ella tomaron el control de sus actos, y por su culpa ella estaba muerta, y él vivía en una sinrazón que lo acompañaría hasta el día de su muerte.

No, él no era nadie para juzgar a su hermano, y lo sabía perfectamente.

Subió hasta el adarve para reunirse con ellos. Lean fijó los ojos en él mientras se acercaba. En la profundidad de su mirada había un atisbo de tristeza que lo conmocionó. No quería que su hermano sufriera, él sabía muy bien qué era pasar por algo así y odiaba que Lean estuviera en una situación semejante.

—¿Qué hacéis aquí? ¿Contemplando el paisaje? —bromeó cuando llegó a su altura.

—Y buen paisaje que se ve por aquí —se rio Alistair mirando hacia donde las criadas bromeaban con algunos guardias.

—Olvídate de las mujeres o acabará cayéndosete la polla —se burló Kenneth—. Iba a

entrenarme un rato. ¿Os apuntáis?

—Mira quién fue a hablar, don aquí te pillo, aquí te mato. Vamos —le palmeó la espalda en un gesto amistoso—, antes de que Friggal aparezca por aquí y corras detrás de ella como un corderito.

—Lo de Friggal se ha acabado. ¿Vienes, Lean?

—No. Más tarde, quizá.

—Deberías entrenar un rato, o acabarás por olvidar por dónde se coge una espada.

—Ya me lo recordarás tú si hace falta, hermano.

—Como quieras.

Lean los observó marchar hacia el campo de entrenamiento. No pudo apartar los ojos de Alistair mientras al anhelo imposible que lo consumía, se retorció en sus entrañas.

«Olvídate de él», se dijo, y una risa amargada le surgió de la garganta.

Blake era feliz como nunca había soñado lograr serlo. Tenía una esposa, Maisi, estaban esperando su primer hijo, y habían empezado a construir un futuro juntos. No quería saber nada de problemas, ni de destinos, ni de sueños proféticos. Por eso odiaba que Derwyddon se le hubiera aparecido aquella noche, en sueños, para darle un mensaje. ¿Es que no podía haber escogido a otro? ¿Es que no podría dejarlo en paz? Pero el druida había sido un amigo cuando más lo necesitaba, y los había ayudado no hacía mucho a salvar a Gawin MacKenzie del maldito demonio que lo había tenido esclavizado a él mismo durante tantos años. Así que supuso que se lo debía. Aunque maldita la gracia que le hacía.

Se acercó al campo de entrenamiento. Alistair estaba luchando contra Kenneth. Ambos hombres eran muy buenos guerreros, aunque él no tenía nada que envidiarles. Las espadas entrecocaban haciendo saltar chispas, y los gritos rompían las gargantas. Sudaban, a pesar del fresco matinal, y se habían quitado la parte superior de sus atuendos. Ambos lucían amplios pechos musculosos, gruesos bíceps, y el rostro contraído por el esfuerzo de la lucha.

Blake miró a su alrededor y vio a más de una muchacha mirando a escondidas. Se rio. Era evidente por qué ninguno de aquellos dos perfectos ejemplares de masculinidad pasaba ni una sola noche sin compañía, a no ser que así lo decidieran. Las mujeres de Aguas Dulces bebían los vientos por ellos, y daba igual si estaban casadas o solteras.

—¡Basta por hoy! —gritó Kenneth, doblándose sobre sí mismo, agotado. Llevaban más de una hora entrenando, y la espada pesaba ya como un demonio.

Alistair se rio.

—¡Te estás haciendo viejo!

—Vete al infierno.

—Yo podría seguir un rato más. ¿Te animas, Blake?

—No, gracias, tengo que hablar con Kenneth.

—¿Algún voluntario? —preguntó Alistair a los mirones, pero estos disimularon mirando hacia otros lados, como si la cosa no fuera con ellos—. Sois todos unas señoritas.

Escupió al suelo, riéndose.

—¿De qué tienes que hablar conmigo? —le preguntó Kenneth a Blake mientras se secaba el sudor con un paño.

—Aquí no. Hay demasiada gente. Vayamos a dar una vuelta.

—Muy bien.

Kenneth cogió la camisa que había tirado al suelo, la sacudió para limpiarla un poco, y se la puso, envolviéndose después en el tartán. Caminaron en silencio hasta salir del castillo, deambulando por las calles del pueblo.

—Esta noche he soñado con Derwyddon.

—Lo siento por ti. Debió ser una pesadilla —bromeó Kenneth.

—Era más que un sueño. Creo que era una visión o algo así, porque me dio un mensaje para ti.

—¿Para mí? ¿Qué quiere de mí ese viejo?

Kenneth estaba agradecido con el druida por lo que había hecho por ellos, pero no se fiaba ni un pelo. No le gustaba. Vivía a la sombra de otros tiempos, cuando los dioses antiguos habían tenido poder, y él era cristiano hasta la médula. No le gustaba verse involucrado en cosas de magia, ya había tenido más que suficiente con sus dos encuentros con el mismo demonio.

—Quiere que vayamos a Inbhir Úige.

—¿A ese pueblo de come pescados? —Kenneth arrugó los labios con asco—. ¿Para qué?

—No lo sé muy bien, pero tiene que ver con una mujer a la que llama la dama de las flores.

—¿La dama de las flores?

—Sí. Por lo visto, Gwynn está interesado en ella y quiere que la protejamos.

—Vaya, que plan tan magnífico. —Su voz sonó amargamente sarcástica hasta a sus oídos—. No hemos tenido bastante de ese bastardo, que quiere que volvamos a enfrentarnos a él.

—Puede que seamos los únicos capaces de hacerlo, Kenneth. Por suerte o por desgracia, ya nos hemos enfrentado a él antes dos veces y hemos sobrevivido.

—Precisamente. No tengo ninguna intención de tentar a la suerte una tercera vez, Blake. Que Derwyddon se meta sus problemas donde le quepan, que yo pienso mantenerme bien alejado de ellos.

Blake lo cogió por el brazo para obligarlo a detenerse y a mirarlo a los ojos.

—Se lo debemos, Kenneth. Por lo que hizo con Gawin.

—Yo no le debo nada. —Sacudió el brazo para liberarse—. Que vaya Gawin a proteger a esa dama del infierno.

—Es a ti a quién quiere allí.

—Pues mucho me temo que no va a obtener lo que quiere. Soy cristiano, Blake, aunque a ti esa palabra te suene extraña; y no voy a correr de un lado a otro de Escocia solo porque un druida que debería estar muerto y un dios antiguo que se niega a desaparecer, se empeñen en joderme la vida.

—¿Se te ha ocurrido pensar por un momento que, quizá, es tu dios cristiano el que hizo que te toparas conmigo y con Gwynn la primera vez? ¿Que puede que lo que espera de nosotros es que ayudemos a Derwyddon en su misión?

—No, no lo he pensado ni por un momento. Dios escoge a sus guerreros entre los hombres rectos y puros de corazón. —Torció los labios en un gesto de repugnancia—. ¿Tú me ves como alguien recto y puro de corazón?

—Kenneth...

—No. No voy a seguir hablando de este tema. Tú haz lo que quieras, pero yo no pienso abandonar Aguas Dulces.

Capítulo dos. La boda MacKenzie.

El barco se deslizaba sobre el mar impulsado por el viento favorable que hinchaba las velas. Seelie estaba en cubierta. Había salido un rato del camarote que le habían asignado junto a su hijo. Llevaba puesto un vestido sencillo, de lana verde, y se cubría con una capa para protegerse del frío húmedo del mar.

Miraba por la borda con añoranza. Se dirigía de nuevo a su hogar, el que había abandonado precipitadamente hacía cinco años, y todavía no entendía por qué. El laird MacDolan no le había dado explicaciones, solo que Kenneth estaba muerto y que debía enviarla lejos para protegerla. ¿Protegerla de qué? En aquel momento, no había pensado en ello, rota por la pena y el miedo.

Los MacDougal habían intentado aprovechar la batalla en Aguas Dulces para secuestrarla con la connivencia de Vikka, la amante de su tío. Todavía no podía creer que Vikka, la misma que había sido siempre con ella tan amable y cariñosa, fuese en realidad una arpía.

Y ahora el viejo laird la enviaba a buscar. ¿Para qué? Era feliz en el convento. Allí había aprendido a convivir con el dolor de la pérdida, y había encontrado las fuerzas para educar a su hijo. ¿Quizá se trataba de eso? Probablemente había llegado hasta él la noticia de que tenía un nieto y lo quería a su lado. Debía ser eso, aunque Derwyddon había parecido sorprendido cuando le habló de él. ¿Sería lógico enviar a alguien a buscarla a ella y a su hijo, sin hablarle del pequeño?

Miró hacia el horizonte. Ansiaba ver tierra, volver a observar los rompientes y los acantilados de su hogar. Iban a bordear toda la costa inglesa y parte de la escocesa hasta llegar a Inbhir Ùige, en la desembocadura del río Wick. Allí, se adentrarían por tierra hasta llegar a Aguas Dulces. Cuando le preguntó a Derwyddon que por qué no hacían todo el camino por mar ya que el castillo MacDolan estaba junto a la costa, este le había contado que allí las aguas eran muy peligrosas y estaban llenas de escollos contra los que el barco podría chocar y hundirse; que era mucho mejor desembarcar en Inbhir Ùige y hacer el resto del camino a caballo.

Tuvo que resignarse. Ahora que estaba en marcha, ansiaba volver a encontrarse con los parajes tan familiares en los que había crecido y donde se había convertido en una mujer. Sabía que al principio dolería, pues los recuerdos de Kenneth estarían mucho más presentes allí, en el lugar donde su amor había germinado y crecido; pero no le importaba. Estaba empezando a darse cuenta de que en el convento había estado aletargada, igual que un oso en invierno. Las rutinas la habían ayudado a salir adelante, pero no había conseguido que su corazón sanara. El dolor todavía estaba allí, agazapado, esperando por despertar.

Se frotó la frente con rabia. Estaba pensando estupideces. Habían pasado cinco años, había aprendido a vivir sin tener a Kenneth a su lado, y no podía permitir que volver a Aguas Dulces la enviara de nuevo a la oscura cueva de la desesperación. Ken necesitaba que ella siguiera siendo fuerte, y más ahora, en que se vería obligada a pelear contra el MacDolan por él. El viejo querría hacerse cargo de la educación del pequeño y nunca había sido un buen padre. Era un hombre demasiado duro y frío, incapaz de mostrar cualquier asomo de sentimiento. Era un verdadero milagro que ninguno de sus hijos se pareciera a él en ese aspecto.

Al pensar en su hijo, se dio cuenta de que debía hablar con él. Ken no sabía a dónde iban, ni qué iba a encontrarse. Era pequeño, pero debía saber que en Aguas Dulces estaba su familia y que iban a encontrarse con ella.

Sonrió y alzó el rostro hacia el sol para que este la calentara, e imaginó su vida allí. Con un poco de suerte, su hijo sería feliz al lado de sus tíos. Esperaba que ellos pudieran compensar la frialdad emocional del abuelo. A Lean siempre le habían gustado los niños, y recordaba muy bien que a Rogue, el pequeño de los tres hermanos, disfrutaba jugando con los más pequeños del pueblo; incluso se había ganado más de una riña con su padre porque decía que un hombre no debía perder el tiempo con los críos.

Y si no, ella se encargaría. Mantendría a raya el hosco carácter del viejo. Ken era un niño feliz y tenía toda la intención de conseguir que siguiera siéndolo.

Las bodas en el clan MacKenzie siempre habían sido alegres y coloridas. La cerveza corría libremente de mesa en mesa, y se servían los mejores manjares. La gente reía, bailaba y se divertía sin restricciones.

La de Gawin y Rosslyn no fue menos, y ni siquiera el permanente ceño fruncido del padre de la novia pudo aguarla. El laird Douglas todavía estaba molesto porque el matrimonio de su hija con el MacDolan se había ido a pique, y con él la oportunidad de formar una alianza muy ventajosa para su clan, pero ya no había nada que pudiera hacer para remediarlo. Así que se pasó toda la fiesta bebiendo para ahogar las penas, hasta que su dura cabeza fue a parar contra la mesa, y se quedó allí, roncando la borrachera sin que nadie se preocupara de él.

No era el único hombre presente que había bebido más de la cuenta.

Cuando llegó el momento, las damas acompañaron a Rosslyn para prepararla para su marido, y un rato después los amigos del novio lo llevaron en volandas hasta ella, entre risotadas y bromas obscenas. Gawin tuvo que echarlos a todos del dormitorio con cajas destempladas para poder estar a solas con su amada.

—¿Eres feliz? —le preguntó, intentando hacer oídos sordos al alboroto que todavía había al otro lado de la puerta.

—Por supuesto. Soy tu esposa por fin.

Lo dijo con una sonrisa jactanciosa, burlándose de él, que se perdió cuando los labios de Gawin se apoderaron de los suyos. La besó a conciencia, dejando que el amor que sentía por ella fuese palpable en aquel beso.

—No puedo creer que me hayas perdonado —suspiró, apoyando la frente sobre la de ella.

Gawin había permitido que Gwynn lo poseyera en un desesperado intento por impedir el matrimonio al que el padre de Rosslyn la estaba forzando con Lean MacDolan, y había hecho algunas atrocidades impulsado por el demonio.

—Cometiste un error —contestó ella, ahuecándole el rostro con ambas manos—. Por supuesto que te perdono.

Lo decía de corazón. Aunque había pasado mucho miedo, nunca había estado en su ánimo ser rencorosa, y especialmente con el hombre que amaba.

—No sé si te merezco.

—¿Por qué no dejas de hablar y usas la boca para otras cosas más divertidas?

—Mmmm... ¿y a qué cosas te refieres?

—No sé, usa la imaginación.

Gawin silenció sus palabras con un beso. Sus manos volaron sobre la ropa, quitándosela como por arte de magia, haciendo que las prendas fluyeran como una cascada hasta los pies de la muchacha. Le dedicó aquella mueca pícaro y burlona que tanto la provocaba y hacía que el deseo oscureciera sus ojos. La cogió en brazos y la llevó hasta la cama, donde la posó suavemente. Los sentidos de Rosslyn se arremolinaron en una espiral de deseo fuera de control cuando él, todavía vestido, se dejó caer sobre ella, aplastándola con su musculoso cuerpo.

—¿Era esto lo que querías que hiciera con mi boca?

Suavemente, Gawin se apoderó de un pezón con los labios para chuparlo y ella jadeó. Sintió un calor húmedo entre las piernas y ríos de lava se abrieron paso desde sus pechos hasta su sexo, incendiándolo todo a su paso.

—Sí, ¡oh, sí!

Lo mordisqueó, haciendo que los gemidos de ella se intensificaran. Era adorable cuando se dejaba llevar por el deseo, y conseguía enloquecerlo como ninguna otra había logrado. Su mirada y su sonrisa, provocadoras pero inocentes al mismo tiempo, conseguían que la llama de la pasión surgiera espontáneamente, sin necesidad de artificios por su parte.

Se apoderó del otro pezón mientras Rosslyn le enterraba las manos en el pelo. Le encantaban sus pechos, tan llenos y suaves. Podría pasarse la eternidad acariciándolos y chupándolos, consiguiendo llenar la habitación con sus gemidos.

—Mi esposa, tan hermosa...

Le recorrió la piel con los labios, dejando un húmedo rastro de besos. Deslizó la mano entre sus piernas, enterrando los dedos en el vello púbico, acariciando los labios vaginales y jugando con el botón que se escondía entre sus pliegues. Le gustaba torturarla así, verla retorcerse de placer, aceptando lo que le hacía con una naturalidad que lo dejaba anonadado.

—No te has desnudado —protestó ella.

—Ni voy a hacerlo por ahora, mujer.

—Pero yo quiero acariciarte...

—Y yo no quiero que me distraigas con tus caricias.

—Pero...

La silenció con un beso, invadiendo su boca con la lengua, sin dejar de acariciarla entre las piernas hasta que un orgasmo salvaje la sacudió por entero.

Mientras Rosslyn yacía relajada, Gawin se incorporó para quitarse la ropa a toda prisa. Tenía la polla hinchada y enhiesta y Rosslyn la observó, sonriendo coqueta.

—¿A todos los hombres se le pone tan grande como a ti?

Gawin frunció el ceño y le dirigió una mirada penetrante.

—No creo que sea el momento de hablar de otros hombres, cariño.

—Es solo curiosidad; como solo he visto la tuya...

—Y será mucho mejor para ti y para el hombre en cuestión, que todo siga así.

Gawin se echó encima de la cama, a su lado. La mano de Rosslyn voló hacia el miembro y lo acarició con suavidad, haciendo que él dejara ir un suspiro tembloroso.

—Soy curiosa por naturaleza.

—Pues céntrala en otras cosas, no en el tamaño de las pollas del resto de hombres, o tendré que matarlos a todos.

—Qué violento...

Volvieron a besarse y rodaron por la cama, enredando las sábanas y tirando las mantas al

suelo, hasta que Rosslyn consiguió quedarse encima de él. Se sentó a horcajadas sobre su pelvis y se frotó contra el duro miembro mientras se apoyaba con las manos en el pecho de Gawin.

—Quiero hacerlo así —susurró con los ojos entornados.

—Soy todo tuyo, cariño.

Gawin dejó caer los brazos en cruz y miró a Rosslyn mientras esta se incorporaba levemente para poder coger el más que preparado miembro para guiarlo poco a poco hacia su interior. Tensó la mandíbula al sentir el roce de la ardorosa piel alrededor y se aferró a las sábanas para no ceder ante el impulso de cogerla por la cintura, rodar una vez más, y penetrarla con dureza.

Rosslyn iba despacio, torturándolo, dejando que su mirada ardiente se fundiera con su piel como una caricia, deleitándose en la tensión que sentía en todo su cuerpo. Era un hombre hermoso, aguerrido y valiente, y lo amaba con locura.

—Estás dispuesta a quedarte viuda tu noche de bodas —farfulló, y Rosslyn se echó a reír, dejándose caer hacia adelante hasta que sus rostros casi se rozaron, poniendo una mano a cada lado de la cabeza.

—¿Quieres que pare? —lo provocó.

—¡Dios, no! —se quejó él acompañándola en la risa—. Ahí sí me matarías.

—Pues entonces, deja de quejarte y disfruta.

—Te estás volviendo muy mandona.

—Y tú un quejica.

—No me provoques.

—¿O qué?

Gawin sonrió muy ladino. Sin que ella lo esperara, le puso una mano en la nuca y la otra en la espalda, aprisionándola contra su cuerpo. Apalancó los pies encima de las sábanas revueltas y empujó hacia arriba hasta que la penetró completamente.

—O esto —susurró antes de volverla loca con otro beso mientras seguía empujando hacia arriba, hacia el calor de su ardoroso sexo, hasta que ambos estallaron en un orgasmo que los dejó agotados.

Se durmieron abrazados, exhaustos y felices, convencidos de que el futuro que les esperaba iba a ser perfecto.

Las olas rompían contra el acantilado formando un estruendo de espuma blanca. En la bahía que formaba la desembocadura del río, había un barco anclado. Una chalupa estaba siendo arriada y Gawin casi podía sentir los gritos de los marineros.

«¿Cómo he llegado hasta aquí?», se preguntó. Apenas hacía un instante que se había dormido en brazos de Rosslyn, después de hacer el amor con ella.

—Solo es un sueño —le dijo una voz conocida. Se giró y allí estaba Derwyddon, con su túnica blanca.

—¿Un sueño?

—Sí. —Asintió con la cabeza primero, aunque inmediatamente empezó a negar—. Bueno, no exactamente. Tú estás dormido, eso es cierto.

—¿Estás en mi sueño?

Derwyddon rio entre dientes y caminó hacia el borde del acantilado. Con su mano de dedos largos señaló hacia el barco.

—Estás viendo el futuro. Pronto llegaré en ese barco, acompañado de la dama de las flores. Tenéis que venir a buscarnos, Blake, Kenneth y tú.

—¿Quién es esa dama? ¿Y a dónde hemos de ir?

—Inbhir Ùige. En la desembocadura del Wick.

—Pero, ¿por qué? ¿Qué ocurre? ¿Tiene algo que ver con Gwynn?

El viejo druida se limitó a sonreír mientras todo alrededor de Gawin empezaba a difuminarse envuelto en una niebla que había aparecido de repente.

Gawin abrió los ojos. No estaba en ningún acantilado, y no había olas rompiendo contra las rocas. Ni siquiera estaba cerca del mar. Estaba en su dormitorio, en su cama, con Rosslyn abrazada a su costado.

Se frotó el rostro con la mano libre para ahuyentar los restos de sueño que todavía nublaban su mente. Se removió sin poder evitarlo, inquieto, y despertó a Rosslyn sin querer.

—¿No puedes dormir? —le preguntó con voz soñolienta y los ojos todavía turbios por el sopor.

—He tenido un sueño muy raro.

—¿Qué clase de sueño? ¿Una pesadilla?

—No. —Giró el rostro para mirarla y le acarició la mejilla con las yemas de los dedos—. No te preocupes y sigue durmiendo.

—No, ahora me tienes intrigada. Dime. Cuéntame qué has soñado.

Gawin sonrió y se puso de lado en la cama para quedar cara a cara con ella. Le dio un ligero beso en los labios.

—He soñado con el viejo druida. Me decía que debía ir a Inbhir Ùige, en la desembocadura del Wick, a buscarlo a él y a una dama.

—¿Una dama? —Rosslyn frunció el ceño, un tanto espoleada por los celos—. ¿Qué dama?

—La dama de las flores, me ha dicho. Y tenemos que ir los tres. —Gawin sonrió y le frotó con suavidad el ceño arrugado—. Blake, Kenneth y yo. Así lo dijo el druida.

—Debe ser importante —meditó—. Deberíais obedecer.

—Cariño, acabamos de casarnos, ¿y ya quieres que me marche lejos? —bromeó, poniéndose encima de ella y aplastándola con su masculino cuerpo—. ¿Tan mal amante soy, que quieres echarme de tu lado?

—Mmmm, eso todavía no lo he decidido.

—Entonces debería esmerarme más en mis obligaciones maritales.

—¿Obligaciones? ¿Eso soy para ti, Gawin MacKenzie? Quizá debería haberme casado con Lean MacDolan...

—Voy a quitarte esa idea de la cabeza.

—¿Ah, sí? ¿Y cómo harás eso?

—Dándote mucho amor...

Capítulo tres. La verdad siempre duele.

La noche no era silenciosa. Cualquiera que hubiese pasado una sola a la intemperie, lo sabía muy bien. Había ruidos por todas partes, provocados por el viento o por los animales nocturnos que salían a cazar cuando el sol atravesaba el horizonte.

Kenneth estaba sentado en el suelo delante de una fogata, viendo arder las ramas. Las chispas flotaban impulsadas por el aire caliente, y acababan perdiéndose en la oscuridad.

Aquella misma noche había tenido un enfrentamiento desagradable con Friggal. Cuando había salido del gran salón después de cenar, se la había encontrado esperándolo en la puerta de su dormitorio, lista para seducirlo. Se había negado a caer en sus redes y había acabado amenazándola con echarla de Aguas Dulces si no cejaba en su empeño. El camino que la muchacha se había empeñado en recorrer no era posible. Nadie podría sustituir a Seelie en su corazón, y mucho menos una mujer como ella. Ni siquiera había contemplado la idea de convertirla en su amante oficial. Friggal estaba bien para pasar un rato, y le gustaba que fuese receptiva a sus gustos a la hora de follar; pero de ahí a formalizar su relación había demasiado trecho. ¿Y si se quedaba embarazada? Odiaría tener un hijo con ella.

No, se dijo. Friggal quería más de lo que él estaba dispuesto a ofrecer, así que era mucho mejor apartarla de su lado para siempre.

Después de que ella se marchara hecha una furia, Kenneth sintió que se ahogaba entre las paredes del castillo. Tuvo la necesidad de escapar, aunque fuese una sola noche, y dormir teniendo el cielo estrellado como techo. Así que cogió sus cosas, ensilló a Tormenta, su caballo, y salió sin decir nada a nadie. Volvería a la mañana siguiente con las energías renovadas.

Se preparó las mantas cerca del fuego, se tapó con ellas, y se durmió casi inmediatamente.

Kenneth abrió los ojos lentamente. Sobre su cabeza, el viento henchía las velas y hacía chirriar las jarcias. Parpadeó, confuso, y se tambaleó al intentar ponerse en pie a causa del cabeceo del barco sobre las olas. Se agarró a uno de los barriles llenos de agua atados al mástil y se inclinó sobre sí mismo, sintiendo que sus tripas se revolvían y subían con insistencia por su garganta.

Odiaba el mar, y odiaba los barcos. No soportaba estar en ellos. El balanceo le provocaba náuseas y siempre acababa vomitando por la borda.

¿Qué coño hacía en uno?

Miró a su alrededor. Sobre cubierta no había nadie más que él. Parecía un barco fantasma.

—Tienes que venir a buscarla.

Se giró, sorprendido por la voz a su espalda. Derwyddon estaba sentado sobre uno de los barriles con las piernas cruzadas, donde hacía un instante no había nadie.

—Debería haber imaginado que esto era cosa tuya —gruñó con la boca torcida.

El druida dejó ir una risita taimada y se encogió de hombros. El viento le alborotaba el pelo, que parecía más blanco de lo normal, como la nieve virgen que caía en invierno en las cumbres más altas.

—La dama de las flores te necesita —añadió, sin hacer caso de sus palabras recriminatorias.

—No pienso ir a ninguna parte.

—No tienes ningún sentido de la gratitud, ¿verdad? Me lo debes —replicó, concentrando sus ojos acerados en él.

—Yo no te debo nada, druida.

—Entonces, hazlo porque se lo debes al universo. Te espero en *Inbhir Ùige*. Aunque eso tú ya lo sabes.

—Te esfuerzas en vano. No voy a ir. No quiero volver a verme mezclado en tus problemas. Voy a quedarme en...

—Oh, por favor, deja de lloriquear. —Derwyddon hizo un gesto con la mano, un movimiento grácil y armonioso, y las tripas de Kenneth se revolviéron más.

El escocés tuvo que abalanzarse sobre la borda para no ensuciar sus propias botas mientras echaba todas las tripas por la boca. Cuando terminó, tenía a Derwyddon al lado, con la boca pegada a su oído.

—El destino es el que es, y luchar contra él solo te traerá sufrimiento y dolor, Kenneth. Piensa en ello.

Lean no dormía demasiado últimamente. El mal hábito se había ido haciendo un hueco en él desde el día en que supo que tenía que casarse con Rosslyn Douglas, y haberse librado de ese destino no había hecho que volviera a dormir con normalidad.

Tenía demasiadas preocupaciones.

No dejaba de pensar en sus sentimientos por Alistair, aunque en los últimos días lo que ocupaba especialmente su mente era la maldita carta. La maldita carta y lo que sus palabras desvelaban.

Debería haberle contado de inmediato a Kenneth que Seelie estaba viva, pero su boca había permanecido sellada por culpa del miedo que tenía a que su hermano volviera a marcharse y a dejarlo solo. Había sido egoísta y había permitido que sus propios deseos se antepusieran al deber que tenía como laird y como hermano mayor. Sabía que Kenneth sufría cada segundo de su existencia, que el recuerdo de Seelie y su ausencia lo torturaban sin descanso, pero se había negado a suministrarle el remedio aun cuando lo tenía en sus manos porque no quería quedarse solo otra vez.

Qué patético y vergonzoso.

Se levantó de la cama, furioso consigo mismo. Por la mañana buscaría a Kenneth y le contaría la verdad. Le mostraría la carta y aceptaría de buen grado la marcha de su hermano, aunque eso volviera a romperle el corazón. No había justicia ni honor en retenerlo con mentiras y engaños, haciéndolo sufrir sin necesidad.

Necesitaba aire fresco, así que bajó descalzo las escaleras que llevaban al gran salón. Las enormes chimeneas todavía ardían, proporcionando luz y calor. Los hombres de su guardia que habían decidido quedarse allí a pasar la noche, se habían amontonado alrededor de la lumbre, envolviéndose en las mantas para ahuyentar el frío.

¿Estaría Alistair entre ellos? Probablemente, no. El gigantón habría encontrado una cama en la que dormir acompañado, apretado contra el suave y mullido cuerpo de una mujer.

El fantasma de los celos se arremolinó en su estómago, y lo obligó a apretar los puños y la

mandíbula mientras salía al exterior. Tenía ganas de aullar.

El frío le golpeó el rostro y calmó la furia creciente en su interior, sustituyéndola por vergüenza y un extraño sentido de culpa. No tenía derecho a sentir celos, ni a amar a Alistair.

Caminó por el exterior un rato y acabó pasándose por las caballerizas. Era extraño que allí encontrara la paz que le era negada en el resto del castillo. Palmeó en el cuello a su yegua, que salió a saludarlo sacando la cabeza por encima de la valla que la mantenía encerrada en su cubículo. El de al lado, en el que debería estar el caballo de Kenneth, estaba vacío, y la ausencia de Tormenta le produjo una súbita sensación de pánico. ¿Por qué no estaba allí? ¿Se habría marchado Kenneth sin decir nada? ¿Lo habría abandonado de nuevo? La presencia de su hermano en Aguas Dulces le había proporcionado una serenidad que hacía tiempo que no sentía, porque poder compartir con él las obligaciones y los problemas hacían que fuesen más llevaderos. Si volvía a dejarlo solo...

«No puedo permitirlo», se dijo, y en un arranque poco usual en él, preparó su yegua y salió del castillo sin decir nada a nadie; solo los guardias que custodiaban la entrada lo vieron marchar con sorpresa en sus rostros adormecidos.

Era una noche clara y la luna llena iluminaba el camino. Las huellas frescas eran fácilmente rastreables y Lean no tardó en ver la luz de la fogata del pequeño campamento improvisado. Se acercó un poco, lo suficiente para poder verlo durmiendo en el suelo, envuelto en una manta.

Las llamas lanzaban destellos rojizos en su pelo y tenía el rostro contraído, como si estuviese sumido en una pesadilla.

Respiró tranquilo. Si Kenneth no se había alejado del castillo era porque no tenía intención de abandonarlo.

Descabalgó y ató la yegua al lado de Tormenta. Solos los dos, con la naturaleza que los envolvía como único testigo, Lean encontró las fuerzas para hablar con su hermano.

—Kenneth —lo llamó sin acercarse demasiado a él. Tenía muy presente que era un guerrero formidable, mucho mejor que él mismo, y no quería correr el riesgo de acabar degollado por el impulso defensivo que mostraría al ser despertado de improviso.

Kenneth sonrió y aflojó la mano en la que sostenía el puñal. Había oído acercarse el caballo y tenía todo el cuerpo preparado para saltar sobre el extraño que se acercaba cuando oyó la voz de su hermano llamándolo.

—Acércate al fuego —le dijo mientras se incorporaba hasta quedarse sentado con las piernas cruzadas—. ¿Qué haces aquí?

—Te estaba buscando.

—¿Ocurre algo?

—No. Bueno, sí. ¡Maldita sea! —masculló dejándose caer a su lado—. Tengo algo que decirte y no sé cómo hacerlo porque no te va a hacer ni puta gracia.

—Ha de ser grave si te hace maldecir y soltar palabrotas —se burló Kenneth.

—Va a hacer que odies a padre.

—Un motivo más ya no importa.

Lean miró fijamente a su hermano y llenó de aire los pulmones antes de soltar de golpe las palabras que iban a enfurecer a su hermano.

—Seelie está viva.

—¿Cómo? ¿Has venido hasta aquí para decirme esa estupidez? ¿Qué coño te pasa? ¿Te hace gracia verme sufrir?

Kenneth habló con los dientes tan apretados que casi le chirriaron. No podía creer que su

hermano intentase jugar con él utilizando a su amada. ¿A qué venía eso? La furia empezó a apoderarse de él.

—¿Qué? ¡Por Dios, claro que no! Padre dejó una carta en que hablaba de ello.

Lean intentaba parecer calmado, y eso enfureció todavía más a Kenneth. Una carta. De su padre. El mismo padre que intentó por todos los medios separarlo de la mujer que amaba. ¿Podría ser que...? No, ni siquiera su padre podría haber llegado a ser tan ruin como para condenarlo a este sufrimiento con una maldita mentira.

—Lean, no sé a qué viene esta mierda que me estás echando por encima, pero no me hace puta gracia.

—Estoy intentando explicarte que hay una carta, maldita sea. ¿Quieres escucharme por una maldita vez en tu vida? Padre se llevó a Seelie porque estaba en peligro. Tiene algo que ver con un maldito demonio, aunque no sé si padre deliraba por culpa de la batalla.

Kenneth se levantó como impulsado por un resorte. Se volvió hacia su hermano y lo dirigió una mirada que hubiese hecho temblar a cualquier otro.

—Basta. No quiero oír más.

—¡Pues tienes que oírlo! ¡Porque está viva! ¿Entiendes? ¡Seelie está viva!

—¡Basta! ¡Eso no puede ser! ¿Me oyes? Llevo cinco años llorando por ella. ¡No puede estar viva! ¿Sabes cuántas veces me he metido en batalla dispuesto a morir, con la esperanza de volver a encontrarme con ella en el más allá? ¡No puede estar viva! ¡Padre no me hubiera hecho algo así!

—¡Pues lo hizo! —gritó levantándose para encararse con su hermano y hacerle entrar en razón—. Seelie está por ahí en alguna parte, viva. ¿Entiendes lo que eso significa?

No lo vio venir. El puño de Kenneth voló directo hacia su rostro y le golpeó en el mentón, haciendo que su cabeza resonara como un tambor roto. Lean no se quedó quieto y se lo devolvió. Acabaron en el suelo, dándose puñetazos como cuando eran críos, peleándose por todo y por nada, usando la violencia como el único modo que conocían de lidiar con la frustración, el dolor, el miedo, la ira y el fracaso. Lean acabó con un ojo hinchado y el mentón amoratado, y Kenneth escupiendo sangre con el labio partido y un corte muy feo en la mejilla.

Agotados ambos, se quedaron boca arriba sobre la hierba, mirando al cielo mientras resoplaban intentando recuperar las fuerzas.

—Quiero ver esa carta —dijo Kenneth al fin.

—En cuanto volvamos.

—Bien. En cuanto recupere el resuello.

De repente, Kenneth se echó a reír a carcajadas.

Alistair estaba preparando una partida de búsqueda. La preocupación por Lean estaba reconcomiéndole las entrañas. Los guardias de la puerta le habían dicho que había partido cuando todavía era noche cerrada, completamente solo. Solo, sin escolta ni nada. ¡Maldito fuera! ¿Es que no se daba cuenta de que el laird de Aguas Dulces no podía ir por ahí solo? ¿Qué tenía enemigos a los que les encantaría acabar con él? Sobre todo ahora que los MacPherson habían empezado a hacer de las suyas en la frontera del norte. ¿Qué ocurriría si una partida de esos rufianes se lo encontraban?

Todavía no había amanecido cuando ya tenía a todos los hombres listos para salir a buscarlo. Que Kenneth también estuviese fuera no era ningún consuelo. Podían haberse encontrado, o no.

Podían estar juntos, o no.

En su cabeza tenía mil imágenes distintas, todas con Lean herido, desangrándose, o muerto. Y sentía que el alma se le escapaba por el dolor que sentiría por su pérdida. No solo era su laird. No solo era su amigo. ¡Maldito fuese! Se le había metido bajo la piel como una mala enfermedad y ninguna mujer era capaz de lograr quitárselo de la cabeza.

Lo amaba como un hombre no debería amar a otro, con una desesperación rayana en la locura.

Se subió el rastrillo y estaba a punto de dar la orden de partida, cuando dos jinetes aparecieron. Alistair respiró, aliviado. Lean estaba allí, sano y salvo. O quizá no tanto, pensó cuando lo vio acercarse y desmontar a su lado.

—¿Qué está ocurriendo? —le preguntó, e hizo una mueca por el dolor. Tenía el rostro lleno de golpes, y su hermano no tenía mejor aspecto.

—Que a veces te comportas como un maldito niño —masculló, enfadado—. ¿Os habéis peleado contra una horda de salvajes, o qué?

—Diferencias fraternales, nada importante —bromeó Kenneth entregando las riendas de Tormenta a un mozo.

—Supongo que te parecerá muy divertido. ¿Os podéis imaginar lo preocupado que yo estaba? Eres el laird —señaló a Lean con el dedo—, y es mi trabajo mantenerte a salvo. ¿Cómo demonios puedo hacerlo si desapareces sin dejar rastro ni decir nada a nadie? Que no se te ocurra volver a salir solo.

—Soy perfectamente capaz de defenderme solo —gruñó Lean.

Kenneth los miraba a ambos sin decir nada. Nunca había visto a Alistair tan enfadado con su hermano. Apretaba los dientes y las venas del cuello le sobresalían por la tensión que soportaban.

—Nadie está juzgando tu capacidad —siseó a punto de perder la paciencia—, sino tu sentido común. Eres nuestro laird. Eres importante para nosotros. ¿Qué coño haríamos si te perdiéramos? ¿Eh? Maldito seas por conseguir enfurecerme de esta manera.

Alistair se dio media vuelta y se alejó de allí a grandes zancadas. Lean se quedó mirándolo, totalmente confundido. La mirada de su amigo le había dicho mucho más que sus palabras. Se preocupaba de verdad por él, no solo porque fuese su laird, o su responsabilidad. Había... algo más. ¿Podría ser posible? ¿Podría ser posible que estuviese enfadado porque había tenido miedo de perderlo? La sola idea, descabellada de por sí, hizo que tuviera una erección. Ver la pasión con la que le había gritado, sin importarle que estuviesen delante de otros hombres, dejar entrever así sus sentimientos...

«No pienses estupideces. Sois amigos, y te aprecia como tal. Lloraría en tu funeral, pero se iría a consolar entre las piernas de una mujer a la menor oportunidad».

Sí, ese era Alistair, un mujeriego impenitente. Mejor sería que dejase de ver cosas que no eran.

—¿Siempre es así? —le preguntó Kenneth poniéndole a Lean una mano sobre el hombro.

—Se toma su responsabilidad muy en serio.

—Eso veo, sí. ¿Vamos? Quiero leer esa carta de una vez.

La leyó en silencio, sentado ante el fuego de la chimenea que chisporroteaba lanzando luciérnagas ardientes al aire. Lean se mantenía un poco apartado intentando darle, por lo menos, sensación de intimidad mientras lo hacía.

Estaban en su dormitorio. Había guardado allí la carta, dentro del arcón pequeño donde atesoraba otras cosas que eran importantes para él, pequeños recuerdos de su infancia y juventud,

como la cinta del pelo que le robó a su madre antes de morir, o el caballo de madera que le talló Alistair cuando ambos eran pequeños.

Observaba a su hermano, el cambio de expresiones en su rostro, desde la incredulidad hasta la furia, pasando por toda una gama muy elocuente. Cuando terminó de leerla, estiró el brazo para devolvérsela sin levantarse. Lean la cogió, la volvió a doblar, y la guardó de nuevo.

Ninguno de los dos dijo nada durante un rato, hasta que por fin Kenneth se decidió a hablar.

—Ahora todo empieza a tener maldito sentido —murmuró.

—¿Sentido? Yo no le veo mucho.

—Porque no lo sabes todo. Hay un par de historias que debería contarte. Una tiene que ver con Blake, y la otra, ocurrió ante tus narices, y está relacionada con Gawin MacKenzie. Y ese demonio del que habla padre.

—¿Un demonio?

—Sí, aunque no sé si es eso exactamente. Derwyddon el druida dice que es un antiguo dios.

—Dioses antiguos, demonios... Todo eso parece una locura —murmuró sentándose al lado de Kenneth.

—Sí, una locura en la que me he visto inmiscuido dos veces.

—Pues empieza a hablar porque yo ya no sé qué pensar.

Kenneth habló. Le contó lo ocurrido en la aldea Recodo Salvaje, las cuevas bajo las montañas, el demonio que allí habitaba y lo que le obligó a hacer a Blake. Lean navegaba entre la incredulidad de lo que oía y la certeza de que su hermano nunca le mentiría. Escuchó en silencio sin interrumpirle a pesar de que mil preguntas se formaban en su cabeza. Cuando terminó con esa historia, empezó con la de Gawin y Rosslyn.

—Casi no puedo creer todo lo que me has contado. Si fuese otro quien lo hiciera, le diría que estaba intentando tomarme el pelo.

—Te aseguro que no hay mentira en mis palabras —contestó sin ofenderse, porque si no lo hubiera vivido en sus propias carnes, tampoco lo creería.

—Lo sé, lo sé. Pero todo es tan...

—Como un cuento de miedo para asustar a los niños y las mujeres.

—Algo así, sí. Supongo que saldrás en busca de Seelie.

—Por supuesto, pero antes tengo algo que hacer. No puedo traerla de vuelta mientras ese Gwynn sea un peligro para ella.

—¿Y qué se supone que puedes hacer tú?

—Para empezar, hacer caso del sueño que he tenido esta noche.

—¿Qué sueño?

La conversación fue interrumpida por unos golpes en la puerta. Era un criado, anunciando que Gawin MacKenzie acababa de llegar y pedía hablar con Kenneth.

—Supongo que él también habrá recibido el mensaje de Derwyddon —dijo Kenneth mostrando una sonrisa cansada.

—Pues será mejor hablar con él y que me contéis de qué se trata. Si todo este asunto puede acabar afectando Aguas Dulces y a mi gente, debería estar al tanto de todo.

—Sí, tienes razón. Pero Blake debe estar presente también.

—Enviaré a alguien a buscarlo.

Capítulo cuatro. La venganza une tanto como la amistad.

Blake estaba tumbado en la cama, completamente desnudo, con los brazos debajo de la cabeza, observando a su esposa Maisi mientras esta se vestía. Todavía no podía creerse que estuviera esperando un hijo. ¡Su hijo! Un milagro teniendo en cuenta que hasta hacía unos meses, él era un pobre desgraciado en manos de un dios malvado que lo obligaba a...

—Ven aquí —le dijo con voz firme a su mujer. Cuando los malos recuerdos lo asaltaban, solo había una manera de ponerles freno.

—¿Qué? Blake, tengo que ir a trabajar. ¿Crees que el MacDolan va a seguir permitiéndonos quedar aquí si no cumplimos con nuestras obligaciones?

—Ven aquí, mujer —le repitió alargando un brazo y ofreciéndole su mano. Quería permanecer serio, pero no pudo evitar dejar ir una sonrisa—. Tu primera obligación, ¿no es satisfacer a tu marido?

Se pasó la otra mano por el pecho, deslizándola con lentitud hacia el estómago hasta llegar a su polla, que ya estaba enhiesta y deseosa de trabajar.

—Creo que tengo a mi marido bien satisfecho, gracias. —Maisi observaba cada uno de sus movimientos, encandilada. Blake era hermoso, y completamente suyo. Se pasó la lengua por los labios, relamiéndose de anticipación—. El dolor que siento en ciertas partes es testigo de ello.

Blake se levantó de un salto y la aferró por la cintura, por detrás. Ella se debatió intentando soltarse. Era un juego entre ellos, y no pudo evitar soltar alguna carcajada mientras Blake la besaba en el cuello.

—Vas a hacer que la señora Clarke se enfade conmigo —susurró, estremecida.

—La señora Clarke come en la palma de mi mano —respondió bajándole el corpiño del vestido para dejar los pechos al descubierto y acariciárselos—. Te acompañaré y le guiñaré un ojo. Eso hará que se olvide de todo.

—Las tienes a todas enamoradas —gimió, sintiendo las garras de los celos.

—Y todas te envidian porque saben que para mí, solo tú existes, mi amor. Necesito follarte...

—Oh, Blake...

—Necesito meter mi polla en tu delicioso coño, sentir el calor de tu vagina rodeándola. Tu apretado y delicioso coño, que me tiene completamente loco. Voy a follarte fuerte y duro, por detrás. Y si te resistes, mujer, unas nalgadas te pondrán en tu lugar.

A Maisi la excitaba que Blake usara este vocabulario. Las palabras sucias hacían que su cuerpo temblara de deseo, y la amenaza de azotarla hizo que su útero pulsara.

—Voy a luchar.

—Entonces te ataré.

—No te atreverás...

Todo era teatro. A Maisi le gustaba que la atara, y a Blake le gustaba atarla. El descubrimiento de la perversión de su esposa fue una inesperada sorpresa para ella. La primera vez que estuvo en sus manos, acababa de raptarla. Ni siquiera se conocían. Él era un bandido, un salteador, escoria humana que no creía tener derecho a amar o ser amado. Se arrepentía tanto de haberla tratado tan

mal en aquellos días. Le había hecho cosas que ninguna mujer debería perdonar jamás. Pero Maisi no solo le perdonó, sino que le demostró que la redención era posible. Salvó su vida, y en el mismo proceso, también salvó su alma.

—Eres una mujer desobediente y obcecada —la riñó, tirando del resto de su vestido hasta que lo tuvo en el suelo, alrededor de los pies—. Voy a tener que enseñarte a obedecer.

—Sí, por favor...

El cuerpo de Maisi temblaba. Blake le apretó los pechos, más llenos a causa del embarazo. Bajó las manos despacio, hasta abarcar la redondeada barriga en la que su hijo crecía a salvo. Maisi alzó los brazos para rodearle el cuello. Sintió su polla dura entre las nalgas y se movió para provocarlo todavía más.

—De rodillas sobre la cama, mujer —le susurró al oído—. Así me gusta, que obedezcas. Inclínate hacia adelante, y abre bien las piernas. Quiero ver bien lo que es mío antes de follarte.

Maisi estaba a cuatro patas sobre la cama. Bajó la cabeza hasta apoyarla sobre las sábanas, y abrió las piernas todo lo que pudo. Blake se arrodilló en el suelo, y su boca quedó a la altura del coño de su mujer. Era hermoso, con el vello dorado protegiéndolo.

—Ábrelo para mí, Maisi. Ofrecémelo.

Maisi deslizó las manos entre las piernas y con los dedos, separó los labios vaginales. Estaba empapada por el deseo. Le costaba respirar y el corazón le retumbaba en el pecho.

—Tan hermoso... y mío. ¿A quién perteneces, mujer?

—A ti. Solo a ti.

Blake sonrió e inclinó la cabeza hacia adelante hasta besar aquel magnífico regalo. Le lamió el coño de arriba abajo, agarrándola de las nalgas, penetrándola con la lengua, jugando con su clítoris, torturándola sin compasión.

—Por favor, por favor —gemía ella, pero él, implacable, se retiró antes de que llegara al orgasmo.

—Eres una puta muy viciosa —la riñó.

—Sí, sí, por favor, deja que me corra.

Blake le dio un golpe en el culo y su nalga picó por el dolor, un dolor que viajó raudo e hizo que sus flujos vaginales fueran más abundantes.

—Nada de eso, descarada. Antes tienes que ganártelo. ¿Qué has hecho por mí?

—Lo que quieras, haré lo que quieras... te lo suplico...

Blake seguía maravillado por la rapidez con la que Maisi se excitaba con él. En los meses que llevaban juntos, había aprendido a tañer cada una de sus cuerdas para llevarla al borde. Para ella, el mejor excitante eran las palabras. Nada de dulces y acarameladas. Las quería sucias y duras, igual que el sexo.

—Me gusta verte de rodillas, ofreciéndote a mí. Pero mi polla necesita que la mimen. ¿Serás capaz de hacerlo, Maisi?

—Sí, sí, ¿con mi boca?

—No. Quiero follarte las tetas, mi amor. Quiero que tus magníficas y turgentes tetas rodeen mi polla y la acaricies con ellas.

Blake se levantó y se quedó esperando a los pies de la cama. Maisi, temblorosa por el deseo, se giró y se sentó delante de él. Cogió los pechos con ambas manos y dejó que la verga de Blake se deslizara entre ellas.

—Dios, qué bueno —gimió él.

Los pechos subían y bajaban con la polla aprisionada entre ellos. Ahora era el turno de Blake

de temblar, apretando la mandíbula con fuerza para contenerse. No duraría mucho más. Le dolían los testículos y su miembro palpitaba dolorosamente. Estaba hinchado, tan a punto para estallar.

La tumbó sobre la cama de un empujón y le cogió las piernas para alzárselas y apoyarlas en sus hombros. Se cogió la polla con la mano y la guió hasta la entrada del delicioso coño de su esposa. La penetró con brutalidad, como a ella le gustaba. Estaba caliente y húmeda, más que preparada para él. Empujó con fuerza hasta introducirse totalmente en ella.

Maisi gemía con cada empuje. Se agarró a las sábanas y gritó, exigiendo más, más fuerte, más duro, más rápido. Las caderas de Blake se estrellaban contra su pelvis con furia, follándola con desesperación, sin miramientos, como a ella le gustaba.

Maisi arqueó la espalda y empezó a acariciarse los pechos. Se torturó los pezones sin parar de gemir. Su cabeza iba de derecha a izquierda y vuelta a empezar, perdida completamente en el placer que estaba sintiendo. Una palmada en una de sus tetas, fuerte y dura, la detuvo.

—No te toques —le gruñó Blake—. No tienes permiso para hacerlo.

—Por favor, por favor —gimoteó. El golpe había enviado directo hacia su útero una pulsación insoportable—. Necesito correrme ya.

—Aguanta un poco más. Sabes que así será mucho más bueno.

—¡Oh, Dios! ¡Oh, Dios!

Lo sentía en su interior, estirándola. Blake hizo un movimiento con ella y le tocó en un punto sensible allí, la parte mágica, que hizo que gritara sollozando de desesperación.

—¡No puedo más! ¡No puedo más!

—¡Córrete! ¡Ahora! —rugió Blake. Maisi se dejó ir, liberando de golpe todo el placer acumulado. Estalló en su cuerpo como una tormenta de verano, arrasando con todo, arrancándole la piel, la vida y el alma. Gritó y sollozó, y tiró de las sábanas, curvó la espalda, balanceó la cabeza de un lado a otro, mientras Blake seguía empalándola cruelmente con su verga, follándola con dureza, como si quisiera atravesarla con ella, haciendo que el orgasmo se prolongara mucho más, obligándola a correrse una y otra vez hasta que se quedó sin fuerzas, totalmente relajada y débil.

—Esto ha sido... —musitó.

Blake se apartó de ella y bajó sus piernas hasta que tocaron el suelo.

—Todavía no hemos terminado. Date la vuelta.

Maisi abrió los ojos. Estaba agotada, y se sorprendió al ver que la polla de Blake seguía dura.

—Oh.

Él no se había corrido. Miró su rostro, y estaba contraído por el dolor. Se dio la vuelta y se puso como estaba al principio, a cuatro patas, ofreciéndole su trasero. Blake cogió las nalgas y clavó los dedos en ellas. Estaba al borde, no duraría mucho más.

La penetró despacio, con cuidado, conteniendo el deseo. Se enterró hasta la empuñadura y permaneció así quieto durante unos segundos, respirando agitadamente, con todo el cuerpo temblando. Quería arrancarle otro orgasmo a su mujer.

Le rodeó la cintura con un brazo y la agarró del pelo con la otra, tirando hacia atrás. Maisi gritó, pero no de dolor, sino de sorpresa. No podía evitar excitarse cada vez que Blake la trataba con rudeza, que su cuerpo temblara de anticipación, que se mojara su sexo, lubricándose todavía más.

—Te gusta así, ¿verdad? —le susurró en el oído—. Eres una perra, por eso te gusta tanto que te folle por detrás, como un animal, ¿verdad?

—Sí, sí —lloriqueó, sorprendida de sí misma. ¿Cómo podía estar excitada otra vez? ¿Qué

tenía este hombre que era capaz de llevarla al agotamiento, y al segundo siguiente, volver a tenerla a punto de estallar?

—¿Te gusta sentir mi polla llenándote?

—¡¡Sí!!

—¿Quieres que me corra dentro de ti? ¿Que te llene con mi semilla?

—¡¡Sí!! Por favor, Blake, te lo suplico...

El gemido fue casi inaudible. Era una muñeca en sus manos, sin fuerzas para nada, ni siquiera pasa sostenerse. Si no fuese por los fuertes y rudos brazos de Blake, que la sostenían, se hubiera derrumbado allí mismo. Pero en su interior estaba enroscándose otro orgasmo que iba a lanzarla mucho más allá que el último. La dejaría sin mente, totalmente vacía de sí misma.

Blake gritó al correrse, y ella lo acompañó, rasgando su garganta con el chillido de placer y dolor que sintió cuando él le pellizcó un pezón, que desembocó en un frenesí de gozo que la llevó al borde de la locura.

Unos minutos más tarde, cuando ambos yacían tumbados en la cama, con el pecho de Blake pegado a su espalda, Maisi pudo volver a abrir los ojos.

—La señora Clarke me va a odiar.

Blake estalló en carcajadas.

Una hora más tarde, cuando Maisi ya se había ido a trabajar en las cocinas del castillo y Blake se preparaba para integrarse en su guardia, alguien llamó a la puerta.

El MacDolan lo convocaba a su presencia.

Kenneth y Lean recibieron a Gawin palmeándole la espalda, contentos de volver a verlo. Era curiosa la manera en que la amistad entre los hombres podía fraguarse en circunstancias tan extrañas. Cualquiera otro, el lugar de Lean, estaría resentido contra aquel hombre que le había robado la novia ante sus propias narices; pero, en realidad, el MacDolan estaba agradecido de que hubiera sido así.

—Estaba convencido de que no te veríamos en una buena temporada.

—Y esa era mi intención, pero parece que Derwyddon no tiene muchas ganas de dejarme disfrutar de mi mujer.

—¿Derwyddon? —preguntó Kenneth—. Supongo que también te ha enviado con un mensaje. Deja que adivine: hay que ir a Inbhir Ùige a por la dama de las flores.

—¿También te ha visitado en sueños? Parece que nos tiene inquina, a los hombres felizmente casados.

Blake hizo la pregunta mientras cruzaba la puerta. Se saludaron con efusividad y bromearon durante unos instantes sobre las ventajas de ser hombres casados, bajo la mirada indulgente de Kenneth y Lean, que los dejaron fanfarronear sobre lo satisfechas que estaban sus respectivas mujeres sin intentar meter baza en la conversación.

Kenneth seguía teniendo muy presente el desconcertante descubrimiento que acababa de hacer: Seelie estaba viva. O, por lo menos, había esa posibilidad. Aunque cuanto más rato pasaba, más le costaba digerirlo. Lo había invadido una oleada de emociones contradictorias que lo sacudían furiosamente como una tormenta. Por un lado, estaba eufórico ante la posibilidad; pero, por otro, también estaba aterrado. A lo largo de estos cinco años podían haber pasado muchas cosas.

—Bueno, ¿cuándo partimos hacia Inbhir Ùige? —preguntó Blake.

—¿Partimos? Nada de eso. Voy a ir yo solo —sentenció Kenneth, y su tono de voz no admitía réplica.

—De eso, nada. Nos quiere a los tres allí —terció Gawin sin hacer caso.

Kenneth intentó hacerles ver que no era necesario que ellos también fuesen. Tenían esposa, los dos, y además, Blake iba a ser padre en unos meses. ¿Cómo iba a permitir que arriesgaran sus vidas? El único que realmente tenía interés en acabar con Gwynn era él, para poder traer de vuelta a Seelie a casa sin que fuese peligroso para ella, en el caso de que realmente estuviese viva, algo que no sabía si creer.

Pero ninguno de los dos se dejó convencer. Ambos tenían cuentas pendientes con el Cazador Salvaje, y ninguno de los razonamientos de Kenneth iba a impedir que buscasen la venganza a la que creían que tenían derecho. Fue como darse de cabezazos contra la pared, así que al final partieron los tres al día siguiente, en dirección a la aldea de Inbhir Ùige, en la desembocadura del río Wick.

Capítulo cinco. Un reencuentro agridulce.

Inbhir Ùige era una aldea costera cuyos habitantes se dedicaban básicamente a la pesca. Era un conjunto de casas bajas y pequeñas que hablaban de la pobreza de sus gentes. En la playa estaban las barcas, volcadas boca bajo; algunas estaban siendo reparadas por hombres de manos gruesas y callosas.

Seelie desembarcó aquella misma tarde en una chalupa junto a su hijo, al que sostenía sobre el regazo, Derwyddon, y dos marineros que se encargaban de los remos. Cuando se acercaron a la orilla, los dos hombres saltaron al agua para poder empujar la barca hasta la arena pedregosa para que ella no tuviera que mojarse los pies.

Volvía a estar en casa.

—¿Veremos pronto al abuelo y a mis tíos? —preguntó el pequeño Ken, retorciéndose en sus brazos para que lo dejara en el suelo.

—Pronto, cariño. ¿Tienes ganas de conocerlos?

—Sí, supongo —contestó, encogiéndose de hombros.

El muchacho había acogido la noticia de que tenía más familia, además de su madre, con estoicismo y un poco de incredulidad. Su única pregunta fue: ¿y mi papá? A Seelie se le encogió el corazón al tener que explicarle de nuevo que su papá estaba muerto, que no iban a encontrarse con él. Ken era demasiado pequeño para tener un concepto claro de lo que era la muerte, y no terminó de comprender por qué sí iba a tener abuelo y tíos, pero no un padre como el resto de niños.

Seelie lo dejó en el suelo y le cogió de la mano, aunque él miraba con avidez a un grupo de chicos de su edad que jugaban en la arena. Miró a su madre sin decir nada, pidiéndole en silencio permiso para unirse a ellos, pero ella ni siquiera se dio cuenta y lo obligó a ir con ella en pos de Derwyddon, que se había adelantado para guiar a los marineros que llevaban su equipaje hasta la mugrienta posada que había en el pueblo.

Volvía a estar en Escocia, y un extraño sentimiento se apoderó de ella. Durante aquellos cinco años se había negado a sentir nostalgia, sobre todo porque estaba segura de que jamás iba a tener la oportunidad de regresar. Se había resignado a pasar su vida encerrada en un convento, tal y como había dispuesto el MacDolan, y ni siquiera se le había ocurrido que si se enteraba de que tenía un nieto, lo reclamase.

«¿Y cómo se ha enterado?», se preguntó por enésima vez. O quizá no lo sabía. Derwyddon no le había dicho nada al respecto, por lo que las dudas volvieron a asolarla. Quizá había decidido que iba a casarla con otro, y eso le retorció el alma. No iba a aceptar, por mucho que intentara imponérselo. Se negaría en rotundo y volvería al convento.

«¿Y si utiliza a Ken para obligarme a obedecer?».

El MacDolan no era conocido precisamente por tener un corazón blando, sino todo lo contrario. Si tenía que amenazarla con apartarla de Ken para obligarla a aceptar un nuevo matrimonio, estaba segura de que lo haría sin remordimientos. Quizá debería haber dejado a su hijo en el convento para mantenerlo a salvo, pero la sola idea de separarse de él casi la había

hecho enfermar.

Siguió a Derwyddon hacia el interior de la posada y subió las escaleras tras él hasta la pequeña habitación que le habían designado. Había dos jergones contra la pared y los marineros habían dejado los baúles con su equipaje al otro lado.

Volver a poner los pies en Aguas Dulces iba a ser una tortura. Todos los recuerdos junto a Kenneth la acecharían sin misericordia, y sería muy duro vivir allí. Pero, por otro lado, quizá la ayudaría poder compartirlos con su hijo, llevarlo por los mismos sitios en que estuvo con el hombre que amaba, y hablarle de todas las cosas que habían vivido juntos. Así, Ken saciaría la curiosidad por su padre que pronto despertaría, y ella podría exorcizar los recuerdos dolorosos y aprender a convivir con ellos.

Se preguntó cómo estarían Lean y Rogue. Probablemente, a esas alturas ya estarían casados y habrían formado una familia. Ken tendría primos con los que jugar y dejaría de ser un niño aislado, encerrado en un convento en el que solo había mujeres. Sonrió con la esperanza de encontrar a unas amigas en sus cuñadas.

«Tengo que confiar en que todo irá bien», se dijo, aferrándose a esa esperanza.

La comida de la posada no estaba mal, pensó Derwyddon mientras cenaba junto a Seelie y a su hijo. Su hijo. La existencia del pequeño había supuesto una verdadera sorpresa. ¿Estaría al tanto Morgaine? Podía ser que no. Estos últimos cinco años, Seelie había estado demasiado lejos de su madre para que esta pudiera vigilarla, así que era muy probable que tampoco lo supiera.

Sintió un ramalazo de remordimiento por lo que estaba haciendo, llevarla de vuelta a un lugar en el que era probable que encontrase la muerte; pero no había otra alternativa. Seelie era el Cáliz, y era una parte fundamental en el plan que habían trazado para conseguir encerrar definitivamente a Gwynn, un dios salvaje, sangriento y vengativo que ya no tenía cabida en aquella nueva era. La suya, la era de la magia, los druidas y los dioses antiguos, estaba terminando y debían desaparecer ahora que el nuevo dios, el dios de los cristianos, se había impuesto con contundencia.

Pero no se sentía cómodo utilizándola a ella. El Cáliz debería ser alguien fuerte con el corazón de un guerrero, no una dulce joven que ya había sufrido demasiado. Pero saber que era ella había hecho que las acciones de Gwynn cobraran sentido: por eso la quería a ella para engendrar a su hijo. Un bebé engendrado por el Cazador Salvaje y el Cáliz sería prácticamente invencible e invulnerable. Por suerte, el destino o los dioses habían intervenido a tiempo, y Seelie había perdido la pureza en manos de ese escocés gruñón hijo del MacDolan anterior.

«Nunca es un error confiar en los sentimientos de los seres humanos».

—Nos hospedaremos aquí unos días. Recuerda no quitarte nunca el medallón, mujer. Sobre todo, ahora.

Seelie asintió sin entender muy bien de qué estaba hablando. Ella no sabía nada de Gwynn, del peligro que corría estando en Escocia, y de que lo único que la protegía en aquel momento era ese medallón que impedía que el Cazador Salvaje supiera que estaba allí. Si se lo quitaba, aunque fuese un breve momento, sabría que estaba viva y a su alcance, e iría a por ella.

No importaba que ya no fuese virgen y que ya no pudiese utilizarla para engendrar a su hijo. Gwynn era más que consciente de su importancia y de que si conseguía acabar con ella, se aseguraría unos cuantos siglos más de libertad.

«Cuida bien de mi hija, Twain —oyó la voz de Morgaine en su cabeza—. No hagas que me

arrepienta de haberte escogido a ti».

«La protejo con mi vida, Cerridwen. Hasta que sus guardianes lleguen».

Aquella noche, Seelie soñó con Kenneth. Revivió la última noche que pasaron juntos, haciendo el amor. Volvió a sentir la sensación de las manos de su marido sobre la piel, las caricias íntimas, los besos ardientes, las palabras que le susurraba mientras la penetraba, y el éxtasis final. Fue tan vívido que de su garganta surgieron gemidos de necesidad mientras su cuerpo, inquieto, sentía el vacío que nunca jamás volvería a ser llenado.

La despertó su hijo con su vocecita asustada mientras le sacudía el hombro con sus pequeñas manos.

—Mamá, ¿qué te pasa?

—Nada, cariño. Solo tenía una pesadilla. Vuelve a dormirte.

Una pesadilla. Casi podría decirse que había sido eso. Seelie arrastraba la culpabilidad por la muerte de Kenneth. Si hubiera aceptado el matrimonio concertado por su tío, Aguas Dulces no habría sido atacado y Kenneth seguiría vivo. Pero la lujuria le había nublado el sentido común y había cedido, entregándose en cuerpo y alma a él.

En el convento había aprendido que los deseos de la carne eran siempre impuros y traían la desdicha. Una vida de virtud era el camino que debía seguir una mujer, pero ella se había arrojado a los brazos de Kenneth, lo había perseguido con obcecación desde que era una niña, obsesionada con él.

Hasta que lo había conseguido y habían tenido que pagar las consecuencias.

«Nunca más —se dijo mientras arropaba a su hijo—. Nunca más voy a dejarme llevar por la lujuria».

El día amaneció gris y nublado. Kenneth, con el ánimo atormentado, cabalgaba en silencio mientras Blake y Gawin no dejaban de parlotear como dos alcahuetas.

No había pasado una buena noche. Había soñado con Seelie, y la última noche que habían pasado juntos. Todavía no podía creer que hubiese la posibilidad de que estuviese viva, pero eso no impedía que estuviese furioso con su padre, por haberla apartado de su lado y hacerle creer que había muerto; con su hermano, por haber mantenido el secreto durante tantos días, sin atreverse a contárselo.

Y con Seelie. Sobre todo con ella. ¿Por qué había permitido que la apartaran de él sin luchar? Se sentía engañado por todos y muy furioso, con una rabia sorda creciéndole en el corazón, echando raíces como la mala hierba.

Llegaron a Inbhir Ùige poco después del amanecer. Las barcas de pesca acababan de zarpar, y todavía se podía ver a alguna sobre el agua, con los pescadores desplegando la pequeña vela para que impulsara la barca hacia el interior del mar, donde había más abundancia de peces.

—Todo apesta a pescado —musitó Gawin entre dientes, arrugando la nariz.

—Es un pueblo de pescadores. ¿Qué esperabas? ¿Que oliera a perfume? —se rio Blake, burlándose de la cara de asco de su amigo.

—Ahí está Derwyddon —murmuró Kenneth, señalando con el mentón.

El druida estaba sentado sobre un viejo tocón a un lado del camino. Los observaba acercarse

con los labios curvados en una sonrisa. Los saludó con la mano y se incorporó cuando llegaron a su altura.

—Ya estamos aquí, maldito druida —rezongó Kenneth al desmontar—. ¿Dónde está esa dama que tenemos que escoltar?

—Está aquí, pero antes debería decirte algo sobre ella. —Derwyddon respiró profundamente y miró hacia la posada, que estaba a poca distancia. ¿Cómo se lo tomaría el escocés cuando supiera quién era la dama?—. La conoces, Kenneth.

—La conozco. Muy bien. —Kenneth estaba impaciente—. Ahora terminemos con esto porque tengo cosas que hacer.

—Supongo que te refieres a que tienes que ir a buscar a tu esposa, a la que creías muerta pero que no lo está.

El druida había captado toda su atención con una sola frase. Había enarcado las cejas y le había dirigido una mirada prepotente bastante molesta que provocó que Kenneth cerrara los puños.

—¿Y tú qué sabes sobre Seelie?

—Lo sé todo, muchacho. En realidad, te llevarás una sorpresa, porque la dama de las flores a la que debéis escoltar, es ella.

Aquella fue la gota que colmó el vaso de la paciencia del escocés. Se echó encima del anciano y si Blake y Gawin no hubieran sido rápidos en detenerlo, le habría asestado un buen puñetazo.

—¿Es una maldita broma, anciano?! —bramó lleno de furia. ¿Cómo se atrevía el maldito viejo a tomarle el pelo de esa manera? No podía ser que Seelie estuviera allí, tan cerca. ¿Y cómo sabía Derwyddon de su existencia? ¿O dónde se había estado escondiendo durante todos estos años? ¿Cómo había dado con ella?—. No juegues conmigo o le perderé el respeto a tus canas —lo amenazó, cerrando los puños, decidido a deshacerse del agarre de sus amigos.

—No es una broma, Kenneth. Seelie está viva, pero todavía está en peligro.

—¿Y dónde está? No la veo por ninguna parte.

—Está en una de las habitaciones de la posada.

—Quiero verla.

—Sí, pero antes hay algunas cosas que deberías saber.

—Lo que tengas que explicarme puede esperar. Quiero verla. Ahora.

—Ella no sabe que tú sigues vivo. Le hicieron creer que habías muerto, y yo no le he dicho la verdad. Además, no ha venido sola.

—¿Cómo que no ha venido sola? ¿Quién hay con ella? ¿Un hombre? ¿Se ha unido a otro?

—Bueno, no puedes reprochárselo, amigo —le dijo Blake palmeándole el hombro—. Tu has tenido tu buena lista de amantes durante todos estos años, ¿no? Te gusta más el sexo que a un crío un dulce.

—¡No es lo mismo! ¡Yo soy un hombre! Ella... ella... no tenía derecho a borrar me de su corazón tan rápido.

—Dejad de decir sandeces. —La voz áspera del druida los hizo callar—. No es un hombre. Durante todo este tiempo ha estado escondida en un convento. El único contacto que ha tenido ha sido con las monjas y con su confesor. Y con tu hijo.

—¿Con mi qué?

—Con tu hijo. Estaba embarazada cuando se la llevaron. Eres padre, Kenneth.

Era padre. Tenía un hijo. ¡Un hijo! Creyó que las rodillas iban a fallarle y se apoyó en Blake, poniendo una mano en su hombro. El viejo MacDolan no solo lo había apartado de la mujer que

amaba, también se había llevado a su hijo no nato. ¡Maldito fuera! ¡Ojalá se estuviera pudriendo en el infierno!

—Llévame con ellos —siseó, harto de todo.

—Vaya, qué feliz reunión familiar. ¿Verdad, esposo mío? —dijo una fría voz de mujer a sus espaldas.

Seelie se levantó y se vistió con cuidado de no despertar a su hijo. Era muy temprano y quería aprovechar para salir a que le diera un poco de aire fresco antes de tener que concentrar toda su atención en el pequeño. En el convento las cosas eran más fáciles para ella porque eran muchas mujeres, todas dispuestas a atenderlo y mimarlo. Ahora, viéndose sola y sintiéndose desamparada en muchos aspectos, en cuanto Ken se despertaba no tenía tiempo para otra cosa.

En el barco, las interminables horas en que tuvieron que permanecer encerrados fueron tediosas para ambos, y puso todo su empeño en mantenerlo entretenido. En los ratos que les permitían subir a cubierta para que les diera el aire y el sol, toda su atención estaba centrada en él, temerosa de que pudiese ocurrirle un accidente.

Estaba segura de que en cuanto se despertara, querría salir a jugar con los otros niños del pueblo y, aunque sabía que no podría mantenerlo por siempre encerrado en una burbuja, a salvo del mundo, tal y como había estado en el convento, se le hacía difícil perderlo de vista ni un solo instante.

Pero necesitaba meditar sobre su futuro, y sabía que el pequeño no despertaría hasta al cabo de un par de horas. Así que bajó las escaleras de la hostería y salió.

El día estaba gris y nublado, amenazando lluvia, y hacía frío, pero las gentes del pueblo ya estaban ocupadas en sus quehaceres cotidianos sin importarles el tiempo amenazante. Incluso las barcas de pesca se habían hecho a la mar, y Seelie rezó para que nada malo les sucediera. Poco podrían hacer los pescadores en aquellas pequeñas barcas si el mar se enfurecía y estallaba una tormenta.

Rodeó la posada y vio a Derwyddon. Estaba de pie hablando con tres hombres, tres guerreros con espadas, muy altos y de anchos hombros. ¿Serían los que esperaban? Uno de ellos le resultó muy familiar aunque no podía verle el rostro porque estaba de espaldas, ni oírle porque todavía estaba demasiado lejos.

Pero cuando gritó «¡¿Es una maldita broma, anciano?!» sus pies se quedaron pegados al suelo y las rodillas empezaron a temblarle. ¿Era Kenneth? ¿Su Kenneth? ¿El hombre que durante estos últimos cinco años había creído muerto? No, no podía ser. Su tío le había dicho que estaba muerto, ¿por qué iba a mentirle? Quizá era Rogue, el hermano pequeño, que siempre se había parecido a él.

Pero no. Era Kenneth. Lo confirmó cuando por fin pudo acercarse lo suficiente para oírlo hablar sobre las muchas mujeres con las que había yacido durante estos años.

Aquello fue un tortazo de realidad. Durante estos años, mientras ella había estado llorando su ausencia encerrada en un convento, él la había olvidado completamente yendo de cama en cama, entregándose a otras mujeres. ¿Este era el gran amor que decía sentir por ella?

—Vaya, qué feliz reunión familiar. ¿Verdad, esposo mío? —dijo con la voz tan fría como congelado tenía el corazón.

Kenneth se giró completamente sorprendido. Era ella, y estaba allí. Seelie, su Seelie, estaba

viva. La alegría lo inundó y fue hacia ella para poder abrazarla. No estaría seguro de que era real y no una aparición hasta que la tuviera en los brazos. Pero Seelie, dolida por lo que acababa de escuchar, salió huyendo en dirección a la posada, olvidando toda dignidad, con la intención de correr escaleras arriba para encerrarse en su habitación.

Kenneth, balbuceando incoherencias, totalmente confuso por su reacción, sin comprender por qué huía de él, fue tras ella para intentar detenerla. La cogió por la muñeca para impedir que siguiera huyendo.

—Ni se te ocurra acercarte a mí —le dijo tirando del brazo para soltarse, dando varios pasos hacia atrás—. No vas a tocarme con esas manos que han tocado a tantas otras mujeres.

—Me dijeron que estabas muerta, Seelie —se justificó con voz lastimera—. Necesito abrazarte para convencerme de que eres real. ¡Te he echado tanto de menos! Ni un solo segundo he dejado de pensar en ti.

—Claro, mientras te divertías con otras. Debió ser muy duro para ti. —El sarcasmo era tan evidente que para Kenneth fue como una bofetada en pleno rostro—. No quiero que te acerques a mí. No vas a tocarme nunca más.

—Seelie, por favor —suplicó, llevándose la mano al corazón—. Ninguna de ellas significó nada para mí. Solo intentaba olvidarte porque he sido incapaz...

—¿Yendo de cama en cama? ¿Así es como honraste el amor que nos unía?

—Estás siendo terca y obstinada, mujer.

—Siempre lo he sido, ¿recuerdas? Ah, no, que te olvidaste muy fácilmente. Maldito seas.

Seelie estaba alterada y en aquellas circunstancias, era imposible intentar razonar con ella. Estaban empezando a llamar la atención, y algunos de los aldeanos escuchaban disimuladamente su discusión. Por eso decidió darlo por zanjado hasta que pudieran sentarse y hablar tranquilamente, sin testigos molestos.

—Quiero ver a mi hijo.

—Está durmiendo. Cuando despierte ya lo verás, pero antes yo hablaré con él porque cree que su padre está muerto. Mientras esperas, entretente con algo. Seguro que hay muchas mozas ligeras de cascos en este pueblo que te harán feliz por una moneda. Búscate a una.

Seelie alzó la barbilla y se dirigió hacia la posada intentando mostrar dignidad, pero su corazón estaba roto en pedazos.

En el convento, al principio de su llegada, muchas veces soñó con que él estaba vivo y que volvían a reencontrarse. Imaginó mil circunstancias diferentes en las que se producía, pero nunca, jamás, una en la que el corazón se le quedaba helado por culpa de la decepción y los celos.

Kenneth la dejó marchar, abatido y descorazonado. Tenía razón, por supuesto. Si hubiese sido al revés, si Seelie se hubiera abandonado en los brazos de otros hombres con la excusa de intentar olvidar la desesperación que la consumía, él se hubiera sentido exactamente igual de traicionado.

Pero aunque no podía cambiarse el pasado, sí podía tomar las riendas del futuro y, con la determinación propia de un guerrero, decidió hacer todo lo posible por conseguir su perdón.

Capítulo seis. El corazón de un padre.

Derwyddon observó a Kenneth alejarse. Se avecinaba una batalla de voluntades que iba a ser, cuanto menos, divertida, aunque esperaba que no interfiriera demasiado en sus planes.

Sus planes. Miró a los otros dos hombres. Era hora de que les contara qué estaba pasando realmente porque iba a necesitar su ayuda.

—Tenéis cara de estar muertos de hambre. Vayamos adentro.

—Vaya sorpresa se ha llevado —dijo Blake, preocupado por su amigo—. ¿Por qué no dijiste claramente que la dama de las flores era su esposa?

—Para darle un poco de intriga al asunto. Y para ponerlo a prueba.

—¿A prueba? ¿Por qué?

—Será mejor que vayamos a un lugar más discreto para hablar. Además, yo todavía no he desayunado.

Derwyddon se dirigió hacia la posada. Blake y Gawin se miraron entre ellos antes de decidir seguirlo. Blake deseaba ir con su amigo, pero comprendió que lo más probable era que en aquel momento Kenneth prefiriera estar solo.

Se sentaron en una de las mesas de la taberna y les sirvieron un desayuno abundante y delicioso sobre el que se abalanzaron como si hiciera décadas que no comían.

—Creo que se me ha caído el estómago a los pies —bromeó Gawin con la boca llena.

—Tú no pierdes nunca el apetito, ¿no?

—¿Y por qué iba a perderlo? —preguntó, verdaderamente sorprendido.

—Por nada. Da igual. ¿Nos vas a contar ahora de qué va todo? —preguntó, dirigiéndose a Derwyddon.

—Por supuesto. Gwynn es un peligro para la humanidad. La era de los druidas y de los dioses antiguos ya ha terminado, debemos retroceder y dejar que el dios cristiano ocupe nuestro lugar. Nosotros ya cumplimos con nuestra parte en el gran esquema. La evolución de la humanidad ha de seguir adelante, pero ya no tenemos cabida en ella. Gwynn se niega a aceptarlo y está obsesionado con recuperar el poder que ha ido perdiendo. En su locura, cree haber encontrado la solución. Si el Dios cristiano consiguió tanto poder encarnándose en un hombre, ¿por qué él no? Durante los últimos cien años ha estado buscando a la hembra perfecta con la que engendrar a su enviado. —Miró a Blake porque había tenido mucho que ver en su plan. El guerrero se estremeció al recordar esa parte de su vida que estaba deseoso por olvidar—. La hembra perfecta es el Cáliz, la dadora de vida, una mujer con un impecable linaje druídico en cuya sangre corre la magia más pura. —Derwyddon hizo una pausa para mirar a sus compañeros, acentuando el suspense—. Esa mujer es Seelie.

—¿La esposa de Kenneth? ¡Válgame Dios! —susurró Blake. Gawin empalideció.

—Sí, la misma. Cuando ella desapareció después del ataque a Aguas Dulces, estuvo buscándola por toda Escocia. No sé si no supo que había abandonado estas tierras, o si buscaba otra sustituta, pero ahora eso da igual. Seelie ya no sirve para sus planes.

—Porque no es virgen.

—Exacto. Para Gwynn era primordial que el Cáliz se mantuviera puro hasta el momento en que él la poseyera, porque de otra manera no sería capaz de soportar la gestación de su vástago.

—No lo entiendo —murmuró Gawin.

—Tiene que ver con el poder y la magia. Es largo de explicar y no tenemos tiempo para ello. Lo importante es que, aunque Seelie ya no sirva para sus intereses, es un peligro para él. Hay un ritual que lo encerrará a perpetuidad en un lugar desde el que no podrá acceder nunca más a este mundo, y el Cáliz es el único ser que puede llevarlo a cabo. Mi plan es llevar a Seelie hasta el Santuario de Gwynn para que ejecute el ritual.

—Kenneth nunca lo permitirá. ¿Ahora que ha conseguido recuperar a la mujer que ama? — Blake negó con vehemencia—. Se opondrá de plano a este plan.

—Lo sé. Por eso no podemos decírselo.

—Derwyddon, ¿queréis que le mintamos a nuestro amigo?

—No nos queda más remedio. Mientras Gwynn siga suelto, aunque su poder está disminuyendo, es un peligro para todos. Su influencia todavía es muy fuerte en estas tierras, y que su plan principal se haya ido al garete, no significa que no tenga otros modos de conseguir aumentar su poder y expandirse. ¿Que creéis que ocurrirá si lo logra? El resto de dioses están desapareciendo, y el equilibrio que lo sujetaba ya no existe. Pronto no habrá poder en esta tierra que pueda ponerle freno. Los sacerdotes del dios cristiano no tienen armas con las que luchar contra él. Nadie estará a salvo. vuestras familias estarán en constante peligro. ¿Qué crees que pasará contigo, tu esposa y tu hijo, si Gwynn vence esta guerra, Blake? ¿Y tú, Gawin? ¿Creéis que estarán a salvo?

Ninguno de los dos contestó. Por supuesto que sabían que Gwynn iría a por ellos para vengarse. Habían luchado contra él y lo habían vencido, y eso era algo que el Cazador Salvaje no olvidaría.

—Pero Kenneth es nuestro amigo. Le debemos mucho.

—Lo sé. Sé que no será fácil para vosotros, pero no nos queda más remedio que mentirle. Kenneth querrá proteger a Seelie a cualquier precio, algo lógico y comprensible. Cualquiera de nosotros haría lo mismo. Pero no podemos permitirlo, no cuando el resto de la humanidad va a sufrir las consecuencias. Os necesito, a los dos. ¿Vais a ayudarme?

Blake y Gawin se miraron durante unos segundos y acabaron asintiendo. No les gustaba el plan, y odiaban tener que mentir al hombre al que le debían la vida y su felicidad; pero sus familias estaban en peligro, y eso pesaba más en la balanza que la amistad o la lealtad.

—Sí, lo haremos.

—Sí.

—Bien. —Derwyddon asintió, aliviado—. Recordad que él no puede saber nada. Regresaremos a Aguas Dulces y permaneceremos allí. Cuando llegue el momento de ir hasta el santuario, os avisaré.

—Lo dejamos todo en vuestras manos, druida, pero... —Blake dudó, mirando hacia la puerta por la que acababa de aparecer Kenneth—. Esto no me gusta nada. Nada de nada.

Después de su encuentro con Kenneth, Seelie se escondió en su habitación y se sentó en la cama, el único lugar en el que podía hacerlo. Intentó llorar en silencio para no despertar a su hijo. El viaje en barco hasta allí había sido muy largo y agotador, y quería que durmiese un poco más.

Pero el chico tenía el sueño ligero y los sollozos ahogados de su madre acabaron despertándolo. Se incorporó en la cama y se frotó los ojos antes de mirarla.

—¿Estás triste, mamá? —le preguntó poniéndose de rodillas a su lado para tocarle el rostro con sus manitas.

—No, cariño. ¿Por qué dices eso? —Seelie intentó sonreír, pero solo consiguió una mueca.

—Estás llorando.

—No, cielo, es que me ha entrado algo en los ojos y me escuecen.

—Ah. —El niño aceptó la explicación sin ningún problema. En su inocente cabeza no cabía la idea de que su madre le mintiera—. Tengo hambre. ¿Hay algo para comer?

—Claro que sí, pero antes tengo que contarte algo muy importante.

Seelie miró aquella carita tan querida. Se parecía mucho a su padre. Tenía el mismo color de ojos, la barbilla orgullosa y una sonrisa deslumbrante. De ella había heredado la impulsividad.

Tragó saliva con nerviosismo, intentando encontrar la mejor manera de contarle que su padre, en contra de lo que había creído siempre, no estaba muerto. Ken, demasiado paciente para un niño tan pequeño, algo que había aprendido en el convento, esperó en silencio a que su madre continuara hablando.

—¿Recuerdas que siempre, cuando me preguntas por tu papá, te digo que está en el cielo? — Ken asintió con la cabeza—. Bueno, mamá estaba equivocada. Tu papá no está en el cielo.

—¿Está en el infierno? —En su rostro había un atisbo de miedo y Seelie se sintió molesta con las monjas que siempre le andaban contando historias del infierno para obligarlo a obedecer.

—No, cariño. Tu papá está vivo y nos ha encontrado. ¿Quieres conocerle?

—¿Papá está aquí? ¿No está muerto? —Ken permanecía serio. Parecía mucho más mayor de lo que era. Aunque nunca había acabado de comprender lo que significaba estar muerto, sí sabía que implicaba estar ausente para siempre.

—Sí, cielo, está aquí. Todos pensábamos que había muerto, pero estábamos confundidos. ¿No es maravilloso?

Seelie intentaba parecer feliz y contenta, y lo consiguió en parte. Seguía enfadada con él, pero después de tantos años de estar llorando su muerte, volver a encontrarlo hacía que su corazón revoloteara.

—¿Dónde está? ¡Quiero verle! ¿Se ha escondido para que le encuentre?

—No, cariño, está abajo, esperando a que te despiertes para poder conocerte.

Ken se levantó de un salto y corrió hacia la puerta. Sus pies descalzos no hacían ruido al pisar la madera del suelo, y el camisón que llevaba se le pegaba a sus cortas piernas.

—¡Ken! ¡No puedes salir así, tienes que vestirte!

Seelie intentó atraparlo antes de que cruzara la puerta, pero el muy travieso la esquivó y se escurrió escaleras abajo antes de que lo consiguiera. Su corazón bombeaba de contento, pero también estaba asustado. Quería conocer al hombre que era su padre cuanto antes, para saber qué podía esperar de él.

Con su madre pisándole los talones, llegó a la taberna. Corrió hasta el centro, ante la mirada atónita y divertida de todos los presentes, y allí se quedó quieto, mirando a su alrededor. Todas las caras eran desconocidas. Por un instante, creyó que podría reconocer a su padre nada más verlo, pero no había sido así. Un sollozo le nació en el pecho y arrugó el rostro en un puchero. ¿Cuál de todos esos hombres sería su padre?

—¡Papá! ¿Quién es mi papá?

Kenneth estaba sentado en la taberna, desayunando. Derwyddon se había ido cuando él llegó, y Blake y Gawin lo miraban en silencio, con su atención centrada también en la comida.

Tenía la impresión de que le ocultaban algo, pero en ese momento no tenía ganas de pensar en ello. Seguía enfadado con Seelie, por su reacción tan fría y por su negativa a presentarle a su hijo. Estaba ansioso por conocerlo. ¿Cómo sería el crío? ¿Se parecería a él, o a ella? ¿Sería inteligente? ¿Un chico fuerte? Ansiaba poder abrazarlo. ¿Sabría montar a caballo? Lo dudaba, pero él le enseñaría. Y también a usar una espada y el arco, y saldrían a cazar. ¿O quizá era demasiado pequeño? Tenía que admitir que no sabía nada de niños, y que lo asustaba un poco. ¿Le gustaría él a su hijo? Sabía que tenía un cuerpo muy grande y que eso hacía que, a veces, los más pequeños le tuvieran miedo.

Un alboroto procedente de las escaleras lo hizo mirar hacia allí. Un niño pequeño entró corriendo y se quedó quieto en mitad de la sala, mirando a todos. Iba descalzo y solo llevaba un camisón puesto. ¿Sería su hijo? El corazón empezó a martillearle en el pecho cuando vio a Seelie bajar corriendo las escaleras tras él y quedarse quieta al pie, mirándolo. Kenneth le preguntó con la mirada y ella asintió. Sí, era su hijo.

—¡Papá! ¿Quién es mi papá? —gritó el chico, y Kenneth se levantó de inmediato para responder.

—Soy yo, muchacho. Soy tu papá.

El niño se le quedó mirando, indeciso, sin saber qué hacer. Sus ojos estaban llenos de lágrimas. Cuando Kenneth puso una rodilla en el suelo y abrió los brazos, el chico no se lo pensó ni un instante: corrió hacia él sollozando para ser recibido con un fuerte abrazo de oso.

Acogió a su hijo entre sus brazos, apretándolo contra el pecho, sin poder creérselo. No solo había recuperado a su amada Seelie, sino que, además de esposo, ahora también era padre. Un hijo. ¡Un hijo! No podía creer que fuese verdad, pero tenía una prueba irrefutable sollozando contra el pecho.

Fue incapaz de decir nada. Estaba embargado por la emoción y tenía un nudo en la garganta que le impedía hablar. Si abría la boca, acabaría llorando igual que el chiquillo. ¡Maldito muchacho que hacía que se sintiera vulnerable!

Se levantó con él en brazos, acunándolo mientras el chico no dejaba de llorar, y caminó hacia donde Seelie estaba esperándolo. Se había llevado una mano a la boca en un vano intento de mantener la compostura, pero las lágrimas también rodaban por sus mejillas. Le ofreció la mano sin soltar a su hijo, y ella aceptó. Los tres desaparecieron escaleras arriba, dejando en la taberna a un buen número de hombres hechos y derechos tragando saliva para contener la emoción que los había golpeado.

—Joder —exclamó Blake frotándose los ojos con la manga—. No puedo ni imaginarme qué debe estar sintiendo Kenneth ahora mismo.

—¿Te estás convirtiendo en una llorona? —lo acicateó Gawin, sorbiendo sus propias lágrimas.

—Igual que tú.

—Qué vergüenza de guerreros que somos.

—¡Oh, cállate y termina el desayuno! Yo voy a ver si consigo un carro para el viaje.

—¿De verdad eres mi papá?

Estaban en la habitación de la posada. Kenneth se había sentado sobre uno de los catres, con su hijo en el regazo, y Seelie en el otro. Estaban frente a frente. Ella lo miraba, todavía dolida por lo que había descubierto, pero enternecida por la emoción con la que Kenneth observaba a su hijo.

—Sí, lo soy.

—Ah.

El niño alzó las manitas para tocarle la cara lleno de curiosidad, y él lo dejó hacer, cerrando los ojos, deleitándose en esa caricia tan inocente.

—¿Eres un guerrero?

—Y muy bueno.

—¿Me enseñarás a luchar?

—Cuando seas mayor, claro que sí.

Kenneth tragó saliva con dificultad. Las emociones bullían en su interior y no sabía qué hacer con ellas. Tenía ganas de abrazarlo con fuerza, de gritar de alegría, de dar saltos de felicidad. Tenía un hijo. ¡Un hijo! El mundo había girado sobre sí mismo, poniéndolo todo patas arriba. Y, por primera vez en su vida, estaba realmente aterrado. ¿Sería capaz de convertirse en un buen padre para este niño? ¿Sería capaz de educarlo, de ser un ejemplo a seguir para él? Ante él se descubrió la gran responsabilidad que acababa de caer encima de sus espaldas, pero apartó a un lado todo temor y se juró que iba a poner todo su empeño para convertirse en un padre del que su hijo pudiera estar orgulloso.

—Yo no sabía que tenía un papá.

—Y yo no sabía que tenía un hijo.

El niño bajó la mirada con timidez.

—¿Me vas a querer? —preguntó con indecisión.

—Ya te quiero con toda mi alma, Kenneth.

La sonrisa que Ken le dirigió a su padre fue un regalo celestial que lo hizo henchirse de orgullo.

—Nadie me llama así —le dijo, riéndose.

—¿Ah, no? ¿Y cómo te llaman? —preguntó, secundando su risa alegre.

—Ken. Mamá solo me llama Kenneth cuando va a reñirme.

—¿De verdad? —Kenneth alzó la mirada y se encontró con los profundos ojos azules de su esposa, que estaba haciendo un considerable esfuerzo por mantenerse tranquila y no estallar de la emoción por la ternura que le provocaba aquella escena—. ¿Y te riñe muy a menudo?

—No. Yo soy bueno. Está tan triste siempre que intento no hacerla enfadar nunca.

Seelie apartó la mirada y tragó saliva. Nerviosa por la intensa mirada que su marido le dirigía, se levantó y empezó a revolver en el baúl, buscando ropa limpia para vestir a su hijo.

—Yo también estaba muy triste siempre, porque pensaba que ella había muerto. —Seelie soltó un bufido de incredulidad, y Kenneth pensó que era mejor dejar ese tema para más adelante, cuando su hijo no estuviera presente—. Pero ahora estamos juntos de nuevo y no vamos a separarnos nunca más. ¿Tú crees que así mamá dejará de estar triste?

—Yo creo que sí. ¿Vamos a vivir juntos?

—Sí. En un gran castillo lleno de gente.

—¿Habrán otros niños con los que pueda jugar?

—¡Hay un montón de niños! Ya verás como harás muchos amigos.

—Ken, —los interrumpió Seelie. La declaración de Kenneth la había puesto muy nerviosa, y necesitaba que se fuese de la habitación antes de que su corazón se ablandara y lo perdonara cuando todavía no se había ganado ese perdón—. Es hora de lavarse la cara y vestirse, ¿o quieres pasar todo el día solo con el camisón?

—Será mejor que hagas caso a tu madre.

—Sí, papá.

Papá, una palabra que pensó que jamás se le aplicaría a él. Sonrió con ternura y le revolvió el pelo a su hijo antes de ayudarlo a bajar de su regazo.

—Os espero abajo, para dar un paseo por la aldea.

—No —cortó Seelie, mirándolo muy seria—. Ken tiene que desayunar, y probablemente Derwyddon querrá seguir viaje inmediatamente. No hay tiempo para paseos. Tengo que empacarlo todo.

—Mamá, por favor...

El rostro desolado de Ken la hicieron suspirar. Se sentía como si estuviera entre la espada y la pared. Comprendía la necesidad del pequeño de estar con su padre, pero ella todavía no estaba preparada para empezar a actuar como una familia.

—Y, ¿te parecería bien que me lo llevase a él un rato? Así podrás empacarlo todo sin que te estorbe.

—¡Mi hijo no es un estorbo! —protestó, furiosa de repente.

—No he querido decir eso —se justificó Kenneth—. ¡Claro que no lo es! Me refiero a que no tendrás que estar pendiente de él.

—No es ninguna molestia estar pendiente de él.

La mirada furibunda que Seelie le dirigió lo hizo respirar profundamente. No había sabido expresarse y, ahora, cualquier cosa que dijese para arreglarlo, lo empeoraría. Así que decidió hacer una retirada estratégica.

—Está bien, ya habrá tiempo. Voy a hablar con Derwyddon a ver qué tiene decidido hacer.

—¡Pero mamá, yo quería ir con papá! —protestó el pequeño, haciendo pucheros. Los ojos de Seelie fueron de la carita desolada de su hijo, al rostro entristecido del hombre que todavía amaba más que a su propia vida, y se dio por vencida.

—Está bien —aceptó—. Pero no vuelvas a decir que mi hijo es una molestia para mí. No te atrevas—, añadió, mirando a Kenneth con el rostro adusto.

—Nunca más. Vamos, hijo. Vístete deprisa. Te espero abajo.

Capítulo siete. La pasión no se olvida.

Seelie ensanchó las aletas de la nariz para aspirar profundamente el aroma de las Tierras Altas, del que había estado apartada durante tanto tiempo. Iba en el pescante de la carreta que Blake había conseguido en el pueblo, al lado de Derwyddon. El druida manejaba las riendas con maestría, casi sin esfuerzo, y los dos caballos percherones que tiraban de ella lo obedecían con presteza.

En la parte de atrás de la carreta iban los dos baúles que le pertenecían, y habían dejado espacio suficiente para que ella y el pequeño Ken pudiesen dormir allí por la noche. Kenneth había comprado a precio de oro uno de los colchones rellenos de paja de la hostería para que ellos pudieran dormir con comodidad, un gesto que ella agradeció en silencio.

Todavía estaba enfadada, por supuesto, aunque comprendía que su enojo era injusto. No podía culpar a Kenneth por haberse acostado con otras mujeres; pero dolía, le dolía mucho saber que había encontrado consuelo, aunque fuese efímero, entre los muslos de otras, mientras ella penaba en soledad, lejos de todos los que conocía, y rodeada de extraños. ¿Por qué el viejo *laird* les había hecho algo así? No podía concebirlo por más que lo intentaba. Ni siquiera la noticia de su muerte, que Kenneth le había dado aquella misma mañana cuando le preguntó por él, podía hacer que en su corazón hubiese un poco de indulgencia. Su primer pensamiento, muy poco cristiano, había sido: ojalá se pudra en el infierno.

Las risas de su pequeño le llamaron la atención, y hacia él dirigió su mirada. Iba montado en Tormenta. Su padre lo sostenía delante de él, y el chico iba feliz entre los brazos de su padre, protegido y a salvo, agarrado a las crines del caballo. Kenneth parecía henchido de felicidad, hablando y riendo con su hijo, que no paraba de hacerle preguntas.

Había cambiado mucho, durante estos cinco años que habían pasado lejos el uno del otro. Ya no era aquel muchacho con mirada inocente que la rondaba a escondidas, atormentado por amar a su prima en contra de los deseos de su padre. El rostro se le había curtido y los ojos mostraban una fría determinación que, a veces, le daba miedo. Era un hombre que se había endurecido en los campos de batalla, en soledad, sin esperanza, y que se había acostumbrado a obtener lo que quería, aunque tuviese que utilizar la fuerza para conseguirlo.

¿Qué le exigiría a ella, ahora que volvían a estar juntos? Ante los ojos de Dios seguían siendo marido y mujer, y ella le debía obediencia y respeto. ¿La obligaría a cumplir con su deber conyugal? Una parte de ella lo deseaba; la otra, lo temía. Kenneth ya no era aquel muchacho dulce que la había amado con devoción y ternura; ahora era un hombre, un guerrero agresivo y brutal, que la miraba con una pasión irrefrenable. Durante el viaje, era posible que la presencia de su hijo y de los otros hombres le impidieran tomarla, pero estaba segura de que en cuanto llegaran a Aguas Dulces, no podría escapar de él. Le exigiría que se metiera en su cama, y ella no sabía si tendría las fuerzas necesarias para negarse.

Porque también lo deseaba, aunque estuviese enfadada y lo temiese. Ansiaba pasar sus manos por el pecho musculoso, deleitarse en el tacto de su piel, sentirlo de nuevo en su interior, sus gruñidos de placer, los besos sobre la piel, el estremecedor contacto de sus manos callosas...

No pudo evitar sonrojarse y apartó la mirada. Oyó a Derwyddon, sentado a su lado, dejar ir una risa divertida.

—Es un hombre guapo, tu marido, ¿eh?

Seelie tensó la mandíbula y miró hacia otro lado para evitar contestar. Sí, Kenneth había sido un muchacho guapo que se había convertido en un hombre muy apuesto. Pero la sola intensidad de su mirada, la asustaba.

Kenneth sentía los ojos de Seelie mirándolo. Su mirada era como un leve cosquilleo en la nuca, que se deslizaba por la espalda. Hacía rato que lo notaba, pero su hijo había acaparado toda su atención con su charla y sus preguntas sobre Aguas Dulces, hasta que se había quedado dormido entre sus brazos.

Avanzaban lentamente debido al carro en el que iban Seelie, Derwyddon y el equipaje. Afortunadamente, se había levantado un día espléndido y el sol irradiaba vida desde el cielo, haciendo que las hojas de los árboles fuesen más verdes, y el colorido de las flores, más vibrante.

Kenneth refrenó a Tormenta hasta que quedó a la misma altura que el carro. Todavía estaba haciéndose a la idea de que ella estaba viva, y de que tenía un hijo. Era como si Dios hubiese escuchado sus plegarias y hubiera decidido obrar el milagro que se la había devuelto. Pero, a pesar de su fe en Dios, Kenneth no creía en los milagros, lo que hacía que un pequeño resquicio de su mente recelase de su buena fortuna.

—Dámelo, yo lo llevaré.

Seelie alargó los brazos esperando que Kenneth le pasase el cuerpecito dormido de su hijo.

—No es necesario —replicó él, afianzando su abrazo sobre el pequeño.

—Se te cansará el brazo.

—No me importa.

Le parecía mentira tener un hijo, y temía que si dejaba de sentir el calor de su cuerpo contra el propio, el sueño se desvanecería y volvería a encontrarse solo, sin ellos.

Seelie asintió y volvió a acomodarse en el asiento, con las manos sobre el regazo.

Estaba hermosa. El tiempo la había convertido en una mujer muy bella, con pechos plenos y caderas redondeadas. La noche anterior había soñado que estaban de regreso en Aguas Dulces, y habían hecho el amor salvajemente. Se había entregado a él sin dudar, y había satisfecho cada uno de sus deseos. Se había despertado agitado y nervioso, y solo el hecho de saber que no estaba sola en su habitación, que su hijo estaba allí con ella, le había impedido que se levantara y fuese a exigirle que cumpliera como su esposa.

—Esta noche hablaremos —le dijo por fin.

Mientras Blake y Gawin se ocupaban del campamento y de Ken, la llevaría al bosque y conseguiría que lo perdonase.

—No hay nada que decir.

Seelie sabía que estaba siendo obstinada. No podía rehuir eternamente el momento de enfrentarse a él, y de perdonarlo. Pero todavía no estaba preparada. Debía dejar que pasara algún tiempo antes de hacerlo, el suficiente para que su corazón aceptara que no debía culparlo por lo que había hecho. Kenneth pensaba que ella había muerto, esa era la verdad, y no tenía derecho a juzgar sus actos. Pero le dolía demasiado.

—Yo creo que sí, y lo haremos.

Seelie resopló y apartó la mirada de él, levantando la barbilla en un gesto orgulloso. Kenneth se sintió juzgado injustamente y despreciado, y en sus entrañas se removió algo parecido a la ira.

Era como si no fuese la misma. ¿Tanto había cambiado durante este tiempo? Probablemente. Él también lo había hecho. Ninguno de los dos eran los mismos, y tendrían que volver a conocerse y aprender a quererse de nuevo.

Tenía que pedirle perdón. Eso era lo que le dictaba la conciencia y el recuerdo de lo culpable que se sentía siempre después de haber follado con una mujer que no era Seelie. Sus propias justificaciones, todas aquellas que se decía a sí mismo cuando le remordía la conciencia, ahora eran huecas y falsas. Y sentía una extraña urgencia por oírla decir que lo perdonaba, porque la presencia de Derwyddon allí no presagiaba nada bueno. Su mayor miedo era que quisiera involucrarla en algo relacionado con el demonio que él ya había combatido en dos ocasiones, el maldito Gwynn. Si lo que había escrito su padre en la carta era cierto, el Cazador Salvaje la quería a ella, y no sería extraño que al condenado druida se le hubiese ocurrido la magnífica idea de usarla de cebo para acabar con él.

Pero enfrentarse a ese ser era peligroso, él lo sabía muy bien, y no iba a permitir que Seelie se viese envuelta en ese asunto. Iba a frustrar los planes del druida, fuesen los que fuesen, estaba muy determinado a ello.

Ken era una fuente constante de preguntas. Su corta vida había transcurrido entre las paredes del convento en el que había crecido, sin ver a penas el mundo que había más allá. Solo permaneció en silencio el rato en que su madre, después de comer, lo obligó a acostarse para hacer la siesta en el colchón que su padre había preparado en la parte trasera del carro.

Al atardecer, cuando la comitiva se detuvo para preparar el campamento en el que iban a pasar la noche, siguió con su incansable lista de preguntas, pero esta vez, el lugar de martirizar a su padre, los objetivos fueron Blake y Gawin.

Seelie lo observaba sentada en la parte trasera del carro, sin intervenir, aliviada de que su hijo, que se había criado con el único contacto masculino del convento, el sacerdote que las visitaba regularmente, no se sintiera incómodo o vergonzoso al hablar con estos guerreros fornidos.

Por eso no se dio cuenta de que Kenneth estaba junto a ella hasta que fue demasiado tarde, cuando ya le había cogido la mano con fuerza y la llevaba casi a rastras hasta el bosquecillo cercano, en el que estarían completamente solos.

—Kenneeth, basta.

—Nada de eso. Tenemos que hablar.

—No hay nada que tú puedas decir, que yo quiera escuchar.

—Me da igual que no quieras. Lo harás.

Seelie tuvo que alzarse las faldas para no tropezar con ellas. Podría gritar, pero dudaba que alguno de los dos hombres que quedaban en el campamento hiciesen algo por ayudarla, y Derwyddon había desaparecido hacía un rato y no había regresado todavía. Además, no quería asustar a su hijo haciendo una escena.

—Te estás comportando como un bárbaro.

—Soy de las Tierras Altas, ¿lo has olvidado? Somos bárbaros.

—No puedes hacer esto.

—¿El qué? ¿Obligar a mi esposa a escucharme?

—Arrastrarme de esta manera por el bosque, como... como... como si yo fuese un fardo.

Kenneth se paró y la miró con dureza.

—¿Acaso habrías venido voluntariamente si te lo hubiera pedido con educación?

—¡No! No habría venido porque no quiero oír nada de lo que tú tengas que decirme.

—Ajá. Por eso es por lo que te he arrastrado hasta aquí.

—Claro, y ha de hacerse tu santa voluntad porque yo no tengo derecho a negarme.

—Seelie, solo quiero pedirte perdón.

—¿Perdón? ¿Por qué, exactamente? ¿Por haber estado todos estos años refocilándote en camas ajenas? ¿Por no haber tenido ni un solo momento de luto por mí? ¿Por no haberme llorado?

—Todavía te estoy llorando, mujer. Cada momento que he pasado pensando que estabas muerta, ha sido una agonía para mí. He buscado la muerte en mil batallas solo para poder reunirme contigo en el Paraíso. Durante estos años mi vida ha estado constantemente rodeada de tristeza y dolor. Sí, me he acostado con un montón de mujeres en un vano y desesperado afán de volver a encontrar esa parte de mí que había muerto contigo, y nunca, jamás, la encontré. Te llevaste mi alegría, mis ganas de vivir, mi esperanza. Te llevaste todo lo bueno que había en mí, y solo quedó el amargo sabor de la derrota y la soledad. ¿Quieres castigarme por ello? De acuerdo, me lo merezco. Mis devaneos fueron la peor manera que encontré de llorar tu pérdida, pero estaba aturdido, dolorido y enfadado porque te habías atrevido a morirme y me habías dejado atrás.

Había tanto dolor en sus palabras que Seelie no pudo evitar sentirlo en su propio corazón. ¿Cómo podía seguir manteniéndose distante con él, si podía apropiarse de sus palabras? La agonía de la pérdida, la derrota y la soledad, no le eran desconocidas; ni el deseo de morir, tampoco. Ella misma había pasado por ello, y solo había encontrado consuelo en Dios, en las plegarias y en su hijo. ¿Cómo podía seguir culpándolo por buscar desesperadamente un consuelo que nunca había llegado?

Alzó la mano y le acarició el rostro. La oscuridad los había rodeado y, sorprendida, miró la mano en la que quedaba el resto de una lágrima.

Kenneth estaba llorando, torturado por el dolor y el arrepentimiento.

—Me he convertido en un mal hombre, mi amor. Es por eso que te pido perdón. Por no haber sido capaz de comportarme con honor cuando tú me faltaste. Debí haber hecho lo mismo que tú, refugiarme en un monasterio y dedicarme a la contemplación y el estudio de las Escrituras. Rezar, en lugar de aferrarme a mi espada y dedicarme a matar en un desesperado intento de morir.

—Pobres de los monjes que te hubieran acogido. —Seelie lloraba y reía al mismo tiempo, intentando imaginarse a este guerrero, fuerte como un roble, vestido con los hábitos de un monje, dedicado a una vida de contemplación—. Hubieras acabado volviéndolos locos.

Intentó seguir furiosa con él, pero le fue imposible. ¿Cómo podía? Habían sufrido demasiado, ambos, y no estaba en su mano seguir castigándolo.

Se alzó de puntillas y posó en sus labios un suave beso.

—Te perdono —susurró llena de emoción—. Te perdono.

El beso, aunque delicado, espoleó el deseo de Kenneth. Sus manos deambularon hasta posarse sobre las mullidas nalgas y la apretó contra su cuerpo, alzándola en vilo para poder apoderarse de su boca con total impunidad. Seelie le rodeó el cuello con los brazos, abandonándose a la caricia de sus labios, unos labios implacables, exigentes, y tan, tan añorados.

Sin darse cuenta, se encontró con la espalda contra el suelo, aplastada por el fornido cuerpo de Kenneth, que no había dejado de besarla ni un momento. Las manos de él se deslizaron por los costados del vestido para levantarle las faldas y poder acariciar su piel. Las deslizó hacia arriba hasta llegar a las caderas mientras ella temblaba bajo su cuerpo.

—Seelie... —susurró con voz temblorosa—. Te deseo...

Le besó la comisura de los labios, la mejilla, y bajó por el cuello hasta que se topó con el infernal vestido recatado que llevaba. Frustrado, empezó a tirar de los cordones de la espalda para aflojarle el corpiño.

Ella intentó protestar. Aquello le parecía una indecencia, estar medio desnuda tan cerca del resto de hombres. ¿Y si los buscaban y los descubrían? Pero aunque lo intentó, no pudo evitar que él acabara dejando al descubierto sus pechos, tan plenos, tan hermosos, tan deseables.

—Oh, Dios... —susurró, embelesado.

Los pezones estaban duros exigiendo su atención. Seelie respiraba con agitación, aferrada a los hombros de Kenneth, mirándolo con los ojos entrecerrados por la pasión. Cuando pasó la lengua muy lentamente por encima del rígido pezón, el cuerpo de Seelie tembló sin control. El fuego prendió en sus entrañas, una llama incombustible que se expandió por todo su cuerpo.

—Oh, Dios, Kenneth...

No dejó el pezón, torturándolo con la lengua y los labios, perdido en el placer que sentía y proporcionaba. Deslizó la mano por el muslo, escondida bajo la falda, hasta el triángulo de vello púbico. Seelie se estremeció e intentó cerrar las piernas, muerta de vergüenza. Kenneth, implacable, no se lo permitió y acariciándola y susurrándole al oído, consiguió que se relajara y abriera las piernas, permitiéndole acariciarla en el lugar prohibido.

Abrió los labios vaginales con los dedos y jugó con el clítoris, haciendo que se hinchara. Deslizó los dedos hasta penetrarla con uno. Estaba mojada y preparada para él.

—No... aquí no, por favor —le pidió, intentando empujarlo, pero él era grande y fuerte, y le fue imposible moverlo ni un centímetro. El resto de hombres estaban muy cerca y, aunque había intentado olvidarlo, no podía. Y su hijo podía aparecer en cualquier momento.

—Ssssht —le chistó con cariño—, sí, aquí sí. Te necesito ahora, mi amor.

—Nos oirán —protestó ella con la voz entrecortada.

—No, no nos oirán si no gritamos.

—Kenneth, por favor...

La calló con un beso mientras se alzaba el kilt. Se posicionó entre sus piernas abiertas y la penetró con cuidado. Estaba tan mojada, tan estrecha, que todo su cuerpo se sacudió por el placer. Volvía a estar vivo y completo, enterrado hasta la empuñadura en el cielo que era el coño de su mujer.

Empezó a moverse, entrando y saliendo. Ambos jadeaban con fuerza, exhalando el aliento a trompicones, esforzándose por no gritar. Kenneth intentaba contenerse yendo despacio para no hacerle daño porque hacía mucho tiempo que aquel coñito no era visitado.

—Dime si te hago daño —le susurró al oído.

—No, no me lo haces —contestó ella.

Se arqueó cuando la polla de Kenneth golpeó hasta el fondo y tocó aquel punto mágico que hizo que su cuerpo se sacudiera. Gimió de placer y se llevó el puño a la boca para tapar el sonido que salía por ella.

—Mi amor... mi mujer... tan bella... tan estrecha... —susurraba él al oído sin dejar de empujar las caderas contra ella, su polla entrando y saliendo en una cadencia rítmica que marcaba el baile de su deseo—. Voy a follarte mil veces cada día. Voy a follarte hasta que no puedas caminar. Eres mía, mía, mía... y no voy a dejar que nada ni nadie vuelva a apartarte de mí.

Seelie se estremecía y se rebelaba ante cada palabra. La lujuria era un acto pecaminoso, pero se sentía tan bien sentirlo en su interior de nuevo, empujando con vehemencia. Era como si una parte de su cuerpo hubiese estado vacía e inútil hasta que volvieron a encontrarse.

Pero aquello no estaba bien. ¡No eran animales! Su confesor siempre le decía que el acto sexual entre un hombre y una mujer estaba destinado a la reproducción, que usarlo para el propio placer era pecado. Ella echaba de menos hacer el amor con su esposo, y las penitencias por confesarlo habían sido rápidas y duras hasta que consiguió reprimir el deseo.

Y ahora, volvía a caer en él.

—Kenneth, no, esto no está bien... —susurró sin fuerzas.

Estaba dividida. Su cuerpo lo deseaba y respondía a cada caricia, a cada beso, a cada empuje de su pelvis, a cada roce de su polla en su interior. Pero su mente no quería aceptarlo y se rebelaba ante la respuesta salvaje de su piel y su corazón.

—Basta, por favor... —suplicó.

Kenneth volvió a besarla. No quería oírla. En su mente turbia sus súplicas se perdían. No las creía. Su cuerpo respondía. Su coño estaba empapado por el deseo y pulsaba con los primeros estertores del orgasmo. ¿Y le pedía que parase? No pensaba hacerlo.

—Córrete —le gruñó con voz dura al oído mientras su mano volvía a torturar el clítoris, sin dejar de taladrarla con la polla—. Córrete, mujer.

Seelie no pudo evitarlo. Su cuerpo respondió a la orden gruñida y estalló en mil fragmentos, sacudiéndose con espasmos mientras mordía el puño para evitar gritar. La liberación fue brutal, como un puñetazo en el estómago, y la dejó sin aliento, rota y desmadejada, totalmente vulnerable.

—Así me gusta —jadeó él con la mandíbula apretada, conteniéndose—, que mi esposa responda a mis caricias, como debe ser. Ahora vamos a por el segundo.

—No, Kenneth. Quiero que termines.

—Ni hablar. He estado hambriento de ti demasiado tiempo como para permitir que esto termine tan pronto.

Con los dientes apretados, salió de su interior. La polla estaba hinchada y le dolía, pero soportó la tortura. Quería sentir el dolor, atesorarlo como lo que era. Hacía tantos años que no se sentía completo que ahora no iba a dejarse ir hasta haberse saciado de ella completamente.

Le levantó las faldas del todo, dejando descubierto el triángulo de vello. Seelie protestó levemente, intentando volver a cubrirse, pero él no se lo permitió. Se arrodilló entre las piernas, le puso las manos en las nalgas para levantarla un poco y así poder enterrar el rostro entre ellas. Lamió el coño, sorbiendo los jugos que chorreaba y la penetró con la lengua, jugando con ella, deleitándose con sus gemidos. Chupó el clítoris, haciendo que ella se estremeciera y arqueara la espalda.

Así la quería, entregada y atormentada por el placer, sin capacidad para pensar en nada más que en lo que sentía. Quería alejar de ella cualquier otro pensamiento que no fuese el gozo que la hacía estremecer.

Alzó el rostro y observó los ojos vidriosos de Seelie, perdidos en la nada, todo pensamiento racional anulado completamente.

—Eres mía, Seelie, y no voy a permitir que nos niegues el placer que nos merecemos —susurró, aunque no supo si ella lo había oído, ni le importó.

Volvió a penetrarla y empujó con fuerza. Necesitaba liberar su parte salvaje. Necesitaba enterrarse profundamente para soltar su semilla, llenarla con ella, marcarla como si fuese un animal salvaje. Quería que, al regresar al campamento, todos supieran lo que habían hecho al ver su pelo despeinado, su ropa arrugada, sus mejillas arreboladas. Quería que oliese a él.

Empujó con dureza una y otra vez. El único ruido en el bosque era el de sus cuerpos chocando con fiereza, y sus gruñidos de placer insatisfecho. Le pellizcó un pezón para obligarla a abrir los

ojos. Necesitaba que lo mirara, que sus ojos se fijaran en él.

—¡Mírame! —le ordenó, y sus ojos azules lo enfocaron con sorpresa—. Di que eres mía. ¡Dilo!

—Soy tuya —aceptó ella, sintiendo que un nuevo orgasmo arrollador la hacía saltar por los aires.

Ambos se corrieron sin control, los cuerpos sacudidos por el ansiado placer negado durante tantos años. La semilla de Kenneth la inundó, calentando su interior frío y muerto durante tanto tiempo. Jadeantes y sudorosos, Kenneth se dejó caer sobre ella, aplastándola de nuevo con su rudo cuerpo, y Seelie lo abrazó para apretarlo todavía más.

Capítulo ocho. Un viaje accidentado.

Lean caminaba por los pasillos de Aguas Dulces arrastrando los pies, agotado de un duro día. Atender a los lugareños que dependían de él y que buscaban justicia, y hacer de intermediario en las constantes disputas que surgían entre los suyos, era agotador. Eran hombres orgullosos y fieros y no era fácil complacerles con sus sentencias, aunque siempre intentaba ser lo más justo posible.

Estar toda la mañana con un Alistair vigilante a su lado, había hecho que fuese más duro de lo normal. Durante años había podido vivir disimulando lo que sentía en su corazón, y no comprendía por qué ahora se le hacía tan difícil.

Ansiando un poco de soledad, pasó la tarde cabalgando. Sabía que debería haber ido acompañado, pero en aquellos momentos no podía tolerar la compañía de nadie. Necesitaba pensar, y tener a su lado a los guerreros que Alistair se empeñaba en que siempre lo acompañaran cuando salía fuera de las murallas, era inaceptable.

Cuando regresó, se encerró en su gabinete y no dejó que nadie lo molestara.

Sentía que el corazón se le estaba pudriendo en el pecho, incapaz de manifestar el amor ilícito que sentía por su amigo. Se miraba en el reflejo del agua y veía a un monstruo que tenía unos sentimientos anti natura que no eran normales.

Llegó a la puerta de su dormitorio maldiciendo a Dios por obligarlo a sufrir así. A veces, llegaba a preguntarse si aquello era cosa del diablo. La lujuria era un pecado, pero no era simple lujuria lo que sentía por Alistair. Por supuesto que soñaba con noches interminables de placer carnal con él, pero eso no era todo. Había una parte llena de ternura en sus sueños, una parte en la que permanecían con las piernas enredadas mientras sentía el corazón de Alistair golpear bajo el oído mientras permanecía con la cabeza apoyada sobre su pecho, envueltos en un abrazo.

Aquello era más que deseo. Era amor, ni más ni menos, y tenía la sensación de estar siendo engañado y burlado por el destino, con el alma torturada por este sentimiento que era incapaz de controlar ni hacer desaparecer.

Por supuesto, no podía terminar la noche en paz.

Alistair estaba esperándolo ante la puerta de su dormitorio, con el hombro apoyado en la pared y con los brazos cruzados sobre el pecho. Cuando lo vio llegar le dirigió una mirada furiosa y parecía muy dispuesto a reñirlo como si fuese un niño travieso inconsciente de los peligros a los que se exponía.

—Has vuelto a salir a cabalgar tú solo, sin importarte mi opinión.

—No es un buen momento, Alistair. Hablaremos mañana.

Lean no quería discutir, no cuando se encontraba tan agotado que ni siquiera era capaz de reprimir el galope de su corazón por la cercanía del hombre que amaba.

—¿Por qué lo haces? ¿Disfrutas haciéndome sufrir? ¿O desafiarme es alguna manera de reafirmar tu poder como laird? ¿No entiendes que tienes enemigos? Podrías encontrarte en medio de una emboscada y morirías por culpa de tu obcecación. ¿Por qué eres tan irresponsable?

—No soy un maldito niño que necesite estar siempre protegido, Alistair; ni una mujer incapaz de defenderme. —Lean estaba furioso por la palabras de su amigo, y por el torbellino de

emociones que parecían a punto de estallar en su pecho—. Soy un hombre, un guerrero capaz de cuidar de mí mismo. No necesito una maldita niñera, ni escolta armada, para salir a dar un paseo a caballo por mis propias tierras.

Alistair se acercó a él con los ojos encendidos y el rostro crispado por la furia. Tenía ganas de golpearlo hasta hacerlo entrar en razón, y apretó los puños con fuerza.

—Es tu responsabilidad hacer lo necesario para mantenerte a salvo, maldito seas. ¡Eres el laird! No puedes permitirte el lujo de ser un imprudente; demasiada gente depende de ti para que te arriesgues de esta manera. Prométeme que no volverás a hacer algo así. ¡Prométemelo, maldita sea!

—No tengo que prometerte nada —siseó Lean.

Intentó apartarlo de un empujón para sortearlo y meterse en su dormitorio. No quería seguir discutiendo porque su proximidad estaba poniéndolo mucho más nervioso que de costumbre. Su olor a sudor y a cuero; el calor que desprendían sus ojos y su cuerpo; el pelo, recogido en un moño mal hecho que deseaba deshacer. Todo en Alistair era una maldita tentación. Pero este lo agarró por el brazo para impedirselo, y se quedaron quietos, muy juntos, con sus cuerpos casi pegados, y las miradas fijas en la boca del otro.

Lean tragó saliva y, de repente, el fuego estalló. Porque no pudo reprimir las ganas de besarlo, lo hizo. Le cogió la cabeza con rudeza y se apoderó de esos labios que tanto lo habían mortificado durante sus sueños. Invadió la boca con la lengua, empujándolo contra la pared, arrinconándolo allí, obligándolo a aceptar la bendita intrusión.

Alistair no se resistió al principio. Su cuerpo se rindió ante aquella furia contenida en forma de beso, y correspondió con la misma fiereza, rodeando con sus brazos la cintura de Lean, sometiéndose voluntariamente a las caricias que le enardecían el alma.

Durante un instante, fueron felices. Durante un momento, se sintieron libres y exultantes. Sus mentes se regocijaron y sus cuerpos gritaron reclamando más besos, más caricias, más calor.

Hasta que Alistair lo apartó de un empujón para marcharse, asustado de sí mismo, del beso y de sus propios sentimientos tan fuertes y poderosos.

Lean, destrozado, lo observó marchar en silencio, con el pulso acelerado y jadeando todavía, maldiciéndose por no haber sido capaz de contenerse.

El día había amanecido nublado. El cielo encapotado parecía amenazar lluvia. El viento frío del norte se deslizaba por las montañas, formando algunos pequeños remolinos.

Seelie estaba sentada en el carro, al lado de Derwyddon. Se había envuelto en una manta para protegerse del frío y tenía al pequeño Ken en brazos. El niño no estaba conforme porque quería ir con su padre, como el día anterior, pero estaban en una zona peligrosa, en la que abundaban los bandidos y los renegados, y los hombres debían estar preparados para defenderse si era necesario. Llevar a un niño en brazos entorpecería mucho a Kenneth si tenía que luchar.

—¿No os envió el MacDolan, verdad? —le preguntó a Derwyddon, que estaba atento conduciendo el carro.

—No.

—¿Entonces? ¿Por qué vinisteis en mi busca?

—Le debo mucho a vuestro esposo. Todos le debemos mucho. ¿No os habló anoche de sus últimas aventuras?

Seelie enrojeció. La noche anterior no habían hablado mucho cuando se apartaron de los

demás. Se habían besado, acariciado y hecho el amor, sintiéndose extrañamente incómoda y deseosa al mismo tiempo. Durante los últimos cinco años se había obligado a olvidar lo que sentía cuando estaba en los brazos de Kenneth, refugiándose en la fe y en la oración. Ahora era como si estuviese traicionando todo lo que había aprendido estando con las monjas, y las largas conversaciones que habían mantenido con ella sobre la importancia del celibato, y la lucha contra los deseos impuros. Porque no podía negarse que deseaba a Kenneth, pero sentir placer estando en sus brazos ahora la hacía sentir impura.

—No.

—Quizá deberíais preguntarle a él. Y que os hable de los cambios que han habido en Aguas Dulces. No me corresponde a mí daros las noticias.

—¿Os referís a la muerte del anciano MacDolan, y que ahora mi primo Lean es el laird?

—Entonces, sí hablasteis.

—No. Kenneth me lo contó antes de salir de Inbhir Ùige.

Un grito violento cortó la conversación. Siete hombres se abalanzaron sobre ellos, espada en mano, lanzando un estentóreo grito de guerra que erizó el vello de Seelie. Se abrazó a su hijo con fuerza mientras Derwyddon intentaba contener a los asustados caballos. Kenneth, Blake y Gawin sacaron sus armas, prestos a defenderse. Se cruzaron las espadas ante la aterrorizada mirada de la mujer. Los asaltantes eran más, y Seelie temió que aquella escaramuza fuese a costarles muy caro. Cerró los ojos y empezó a rezar, aferrada a su hijo, mientras a su alrededor, los gritos, los relinchos de los caballos, y el entrechocar de las espadas, conformaban una melodía tétrica que penetró en su mente y la trasladó a un lugar lejano en el tiempo.

Aguas Dulces. El ataque. La sangre y la muerte rodeándola por todos lados. El dolor de la pérdida.

Seelie empezó a balancearse adelante y atrás, abrazada a su hijo, mientras no dejaba de rezar. Encomendó su seguridad y la de los demás al Altísimo. Rezó con fervor mientras a su alrededor seguía la escaramuza. Oyó a Kenneth maldecir con fuerza, pero no se atrevió a abrir los ojos para ver qué pasaba. Tenía mucho miedo de perderlo ahora cuando acababa de descubrir que seguía vivo.

—Por favor, por favor, Señor, no me lo arrebatéis de nuevo —suplicó con las lágrimas rodando por sus mejillas.

El pequeño Ken, tan asustado como su madre pero al mismo tiempo fascinado por lo que estaba viendo, mantenía los ojos bien abiertos para no perderse ni un detalle. Su padre y sus amigos se movían con soltura sobre los caballos, manejando las espadas contra los atacantes, acabando uno a uno con ellos.

Un terrible rugido de dolor surcó el aire y Blake cayó del caballo, quedando peligrosamente bajo las patas del mismo, que corcoveó al verse libre del dominio del jinete, alejándose al fin al galope del campo de batalla, deteniéndose unos metros más allá.

Kenneth y Gawin, al ver caer a su amigo, recrudecieron sus esfuerzos hasta que acabaron con el último de los atacantes. Llenos de sangre y sudor, desmontaron para atender al herido que se mantenía en el suelo, muy quieto.

—¡Maldita sea! —rugió Kenneth al arrodillarse a su lado y ver la herida. Tenía un tajo muy feo en el estómago en el que casi podían verse las tripas—. Maldita sea... —susurró, consciente de la gravedad.

Blake consiguió abrir los ojos con mucho esfuerzo y miró a su amigo. En su mirada supo la verdad, que estaba condenado. Maldijo al maldito destino, que le impediría conocer a su hijo, y

que lo obligaba a dejar sola a su amada.

—Maisi... —susurró, aferrándose a la mano de Kenneth—. Júrame que cuidarás de ella y de mi hijo...

—Vas a ponerte bien, maldita sea. No voy a permitir que te mueras ahora.

Blake sonrió y un hilillo de sangre se deslizó por la comisura de sus labios.

—No hay nada que puedas hacer...

—No te rindas, amigo mío...

—Rezad por mi alma... No... no quiero ir al infierno, Kenneth... rezad por mí...

Derwyddon, todavía sobre el pescante del carro, asistía incrédulo a lo que ocurría ante sus ojos. Blake no podía morir. Lo necesitaban para acabar con Gwynn. ¿Podía el destino estar en contra de su misión? No, se negaba a creer tal cosa.

Se maldijo con dureza, porque en su forma original sería capaz de curar al hombre sin ningún esfuerzo; pero así, después de tanto tiempo de mantener esta forma humana, sus poderes habían decaído considerablemente. ¿Qué podía hacer?

Miró a Seelie, sentada a su lado, que seguía aferrada a su hijo mientras las lágrimas brotaban de sus ojos ya abiertos. ¡Claro! ¿Cómo no se le había ocurrido al momento?

—Tú puedes curarlo —le dijo con convicción.

—¿Qué? —Los ojos asombrados de la muchacha se apartaron del espectáculo doloroso para fijarse en ellos.

—¿Por qué crees que Gwynn está tan interesado en ti? ¿Por tu cara bonita? Eres de una antigua estirpe de druidas, y la magia vive en ti. Úsala para curarlo.

—¿Magia? Pero, ¿de qué estáis hablando? ¡Yo no tengo magia!

Derwyddon soltó las riendas para poder cogerla por los hombros y obligarla a girar el cuerpo hasta quedar enfrentada a él cara a cara.

—Tú eres magia pura. Ve hasta él y cúralo.

—¡No! ¡No puedo hacer tal cosa! La magia es perversa, ¡es pecado! —Lo miraba horrorizada por lo que le estaba exigiendo.

—Déjate de monsergas, muchacha. En la magia no hay ni bien ni mal. Úsala para hacer el bien, y habrá bondad en ella. Tú puedes salvar a ese hombre, devolvérselo a su esposa y a su hijo no nato. ¿Es que acaso no hay ni una pizca de compasión en ti?

—Yo no... yo no sé cómo hacerlo —sollozó, desesperada.

—Solo tienes que usar tu voluntad, igual que la utilizas para hacer que tu hijo te obedezca. Ve a su lado, pon las manos sobre la herida, y desea que se cierre. Puedes lograrlo.

Seelie, dubitativa, con los ojos muy abiertos por el terror, apartó a su hijo de su lado, dejándolo sentado al lado del druida, y bajó del pescante. Miró otra vez a Derwyddon, indecisa, pero un gesto de él la conminó a hacer lo que le había dicho.

Caminó hasta Blake, que temblaba violentamente en brazos de Kenneth, y se arrodilló al otro lado. Miró a su esposo, más asustada de lo que nunca había estado. ¡Aquello era una locura! Una locura que la ponía en una situación terrible.

Miró a Derwyddon de nuevo.

—Puedes hacerlo, Seelie. Usa la magia.

Kenneth parpadeó. Miró al druida y después a su mujer, confuso. ¿Magia? Intentó abrir la boca para prohibírselo, pero el cuerpo tembloroso de Blake se lo impidió. No podía permitir que su amigo muriera, aunque eso significara que su esposa se adentrara en un camino peligroso.

—Intentalo —le susurró, procurando infundirle ánimos con sus palabras—. Solo inténtalo.

Seelie asintió. Aspiró profundamente y posó las manos sobre la herida, sin llegar a tocarla. Buscó en su interior la voluntad necesaria y se dispuso a utilizarla.

Kenneth dejó la cabeza de Blake en el suelo, con mucho cuidado, y se apartó para poder dejar trabajar a Seelie sin molestarla. La miró, comprendiendo por primera vez por qué el diabólico Gwynn la quería.

¿Quién sería su madre? Shawe MacDolan, su padre, nunca había hablado de ella. Un buen día había regresado a Aguas Dulces después de años de ausencia, llevando en los brazos a un bebé. Nunca contó qué había hecho durante ese tiempo, ni quién era la madre de la criatura.

De lo que estaba seguro, era de que la sangre de druida que corría por sus venas no venía de la familia MacDolan.

Seelie estaba concentrada, y la herida de Blake ya estaba casi cerrada milagrosamente, cuando un temblor de tierra hizo que sus pies bailaran sobre el inestable suelo. Los caballos, asustados, con los ollares dilatados por el terror, cogieron a Derwyddon por sorpresa y tiraron del carro con brusquedad. El druida, en un movimiento inconsciente, soltó al pequeño Ken para poder agarrar las riendas y controlarlos, con tan mala suerte que la sacudida del carro hizo que el niño cayera hacia adelante.

Seelie gritó. Kenneth se lanzó al suelo, entre las patas de los animales nerviosos, donde había caído su hijo, y se hizo un ovillo a su alrededor para protegerlo con su propio cuerpo.

—No te muevas —le susurró mientras los caballos pateaban a su alrededor. El instinto les decía que corrieran para huir, pero las firmes manos de Derwyddon, aferradas a las riendas, terminaron controlándolos y consiguiendo que acabaran tranquilizándose.

Cuando por fin consiguieron salir de debajo, Kenneth cojeaba un poco y el pequeño Ken corrió hacia su madre, que lo recibió con un fuerte abrazo y el corazón en la boca, para enseñarle las raspaduras que tenía en las rodillas, mostrándolas orgulloso.

Seelie le llenó el rostro de besos y volvió a abrazarlo, dirigiéndole a Kenneth una mirada de agradecimiento. Era evidente que, aunque apenas hacía dos días que había entrado en su vida, amaba tanto a su hijo que había sido capaz de poner en riesgo su propia vida para salvarlo.

Gwynn, furioso, permanecía encerrado en el submundo desde su última derrota, lamiéndose las heridas y regocijándose pensando en la venganza. Una leve vibración en el aire, una pequeña oleada de poder sacudiendo la superficie, llamó su atención y lo obligó a dejar de lado durante unos segundos las lamentaciones y la autocompasión, para fijarse en lo que ocurría un poco más allá.

Siguió el rastro a través de la tierra, columpiándose en las raíces, bañándose en los ríos de magia que corren por el subsuelo, siguiendo el palpitar de ese nuevo poder que nunca antes había olfateado. Era fresco, limpio, puro y muy, muy grande. Era el Cáliz que le fue arrebatado cuando ya era suyo, la hembra que había estado persiguiendo desde su nacimiento, que localizó en el castillo de los MacDolan, y que se le escapó de las manos cuando ya casi era suya. Era la Elegida que podría traer al mundo a su hijo, el cuerpo en el que podría reencarnarse...

La localizó aunque a ella no podía verla. Sintió el palpitar de su corazón y respiró su aroma a inocencia y pureza, deleitándose en ese olor... Pero ya no era pura.

El descubrimiento hizo que la furia lo sacudiera desde su intangible cabeza hasta sus inexistentes pies, propagándose a través del submundo hasta la superficie. Su odio provocó un temblor que estremeció la tierra.

Al resto podía verlos, a todos. El que había sido su esclavo yacía herido en brazos del guerrero que lo había liberado de su control. El cuerpo que poseyó estaba a su lado, con el rostro demudado por la preocupación. Derwyddon, el maldito, los estaba ayudando. La hembra, el Cáliz, aunque no podía verla porque estaba rodeada de algún poder de protección, sabía que estaba aprendiendo a usar su poder, curando al yaciente Blake; lo sentía en sus entrañas, en la magia que reptaba por la superficie de la tierra, congregándose alrededor del herido para sanarlo.

Y el niño.

¡Oh, el niño! Fuerte, sano, inocente. Por sus venas corría la sangre de los antiguos, y en su corazón subyace un poder inimaginable, que se despertará cuando alcance la madurez.

Gwynn sonrió. Ya no necesitaba a la hembra. Solo quería a su hijo. Y estaba decidido a poseerlo.

Capítulo nueve. Corazones angustiados.

La recuperación de Blake fue milagrosa. La magia de Seelie consiguió reconstruir y unir todos los tejidos dañados; ni siquiera le había quedado una cicatriz como recordatorio.

—¿Sentiste el aroma a flores? —le preguntó Gawin, que cabalgaba a su lado..

—Sí.

—Yo ya lo había olido antes. En la cabaña, cuando Derwyddon me revivió.

—¿Qué insinúas? —Los ojos de Blake, de un azul tan claro que casi parecía blanco, se quedaron fijos en él, esperando una respuesta.

—Nada —suspiró al final Gawin—. No lo sé, maldita sea. Solo que... Quizá la magia huela así siempre. Nada más.

—La magia buena. La mala ya te digo yo que no es así.

El atardecer les alcanzó cuando pasaban cerca de una granja. Había una casita de adobe y techo de paja, con un granero de dos pisos anexo, y la tentación de dormir bajo cubierto fue irresistible. El cielo amenazaba lluvia y no sería extraño que las nubes descargaran en cualquier momento.

Kenneth se acercó al granjero que estaba cortando leña, que lo miró con desconfianza, y lo saludó alzando la mano.

Hablaron unos minutos mientras el resto del grupo esperaba, apartado, hasta que Kenneth les hizo señas para que se acercaran.

—La casa es pequeña y no pueden acogernos, pero podemos dormir en el granero.

—Y están invitados a nuestra mesa, señores. Es humilde, pero abundante, y el guiso de mi esposa sabe a gloria.

—Sois muy amable —dijo Seelie mientras Kenneth la ayudaba a bajar del carro.

—Ojalá pudiera hacer más, señora, pero la casa es pequeña y a duras penas cabemos mi familia y yo.

—No os preocupéis. El granero estará bien.

Acomodaron a los animales en la parte baja, junto a la mula y los dos bueyes del granjero. Estarían estrechos, pero si llovía, mucho mejor que estar a cielo abierto.

Blake y Gawin les quitaron los arreos y empezaron a cepillarlos. Kenneth subió a la parte superior para preparar un colchón para su familia con la paja fresca, y Derwyddon cubrió el carro con una lona para que los baúles de Seelie no se mojaran si, como temían, acababa lloviendo. Ella y el pequeño Ken habían entrado en la casita con la intención de ayudar a la esposa del granjero.

—Esto será mejor que dormir al raso, pero echo de menos mi cama —gruñó Blake frotando con el cepillo el pelambre de su caballo—. Estoy harto de dormir en el puñetero suelo.

Gawin se burló de él soltando una risita entre los dientes.

—¿Te has vuelto un blando?

—He llegado a apreciar la comodidad de una buena cama.

—Te has vuelto un blando.

—Llámalo como quieras. —Blake se encogió de hombros—. Durante toda mi vida no he

tenido nada. Crecí en una cueva, como un salvaje, durmiendo en el suelo. Dormir en una cama mullida junto a mi mujer, con un buen fuego calentándome los pies, es un símbolo de la suerte que he acabado teniendo.

Cenaron con el matrimonio de granjeros, apretados en la mesa, mientras los tres hijos jugaban en el suelo con el pequeño Ken.

El hombre había estado en lo cierto al decir que el guisado de su esposa era glorioso, y disfrutaron de la carne tierna y de las verduras.

—¿Sentisteis el temblor de tierra esta mañana? —les preguntó Liam, el granjero.

—Sí —contestó Seelie—. Espantó a los caballos. Nos dio un susto terrible.

—Me pregunto qué pudo provocarlo. Vos parecéis un hombre leído —dijo dirigiéndose a Derwyddon—. ¿Tenéis alguna idea?

Todos miraron al druida, pero este se limitó a encogerse de hombros.

—La Naturaleza tiene sus razones para hacer lo que hace, pero yo las desconozco.

—Fue como si el mismísimo infierno se revoliera —murmuró Katrina, la esposa del granjero.

—El infierno no se revuelve —apostilló Derwyddon—. Eso solo lo hacen sus habitantes.

Katrina se persignó con horror, y Seelie la imitó.

—¿Querriais rezar conmigo un rato, después de cenar? —le preguntó a la granjera. Durante el largo viaje desde Francia, había intentado que Derwyddon la acompañara en sus rezos, pero este se había limitado a mirarla como si le hubiese pedido un milagro.

—Os lo agradecería mucho. Aquí mi marido es un cabeza hueca que no tiene respeto por Dios y nunca reza conmigo. ¿Qué clase de ejemplo para nuestros hijos cree que es ese?

La recriminación fue recibida por el aludido con un leve encogimiento de hombros y una sonrisa inocente.

—Pues hoy rezaremos todos juntos, y si a los hombres les molesta, que salgan a contemplar las estrellas mientras tanto.

—Creo que nos están echando —rio Blake, levantándose de la mesa.

—A mí me parece bien. Estoy muerto de sueño y rezar solo haría que me cayera redondo al suelo —contestó Gawin—. Me voy a dormir.

—Yo creo que pasearé un poco —anunció Derwyddon.

—Y yo os esperaré fuera —le dijo Kenneth a Seelie, refiriéndose a ella y al pequeño—. Señora Katrina, muchas gracias por la cena. Ha estado deliciosa.

—Es todo un caballero —musitó la aludida refiriéndose a él, cuando los hombres ya habían abandonado la cabaña—. Habéis tenido suerte.

—Sí, supongo que sí —contestó Seelie, pero sin estar totalmente segura.

Antes sí lo estaba. Cuando se casaron, Kenneth era un amante tierno y considerado que la trataba con suavidad. Pero ahora... La noche pasada había visto en él indicios de un salvajismo que no estaba allí antes, y que le había dado mucho miedo; sobre todo porque había despertado en ella algo semejante.

—Niños, es hora de decir nuestras oraciones y acostarnos.

Los niños protestaron, por supuesto. No tenían muchas oportunidades de jugar con otros niños, y tener a uno allí era toda una novedad. Pero su madre fue implacable.

—¿Puede quedarse Ken a dormir con nosotros, mamá?

—Lo siento, cielo, pero no —contestó Seelie con una sonrisa, sin darle a Katrina la

oportunidad de hablar—. Estoy acostumbrada a dormir con él a mi lado y sería incapaz de hacerlo si no está.

—Pero mamá... —protestó el aludido.

—Hace horas que deberías estar durmiendo, jovencito —lo recriminó con cariño—, así que no protestes. Rezaremos con ellos y te irás derecho a dormir.

Katrina acomodó a sus hijos en la cama que compartían y se sentó al lado de Seelie, que sostenía a su hijo sobre el regazo. Rezaron durante un rato, hasta que los pequeños se hubieron dormido, incluido Ken.

—Habéis sido muy amable al rezar conmigo, señora —le dijo Katrina, sonriéndole con agradecimiento—. A veces, es muy duro intentar encarrilarlos por el buen camino—añadió, refiriéndose a los niños—. Estamos tan lejos de todo y de todos... Y su padre es un buen hombre, pero no es un buen ejemplo como cristiano.

—Supongo que ningún hombre lo es, excepto los sacerdotes. Están todos más preocupados por las cosas materiales que por las inmateriales.

Seelie salió de la cabaña con su hijo en brazos. Afuera, tal y como había dicho, estaba Kenneth esperándola, hablando amigablemente con el granjero.

—Ha sido un placer hablar con vos, señor. Buenas noches, señora.

Cuando el granjero desapareció en el interior de la cabaña y se quedaron solos, Kenneth intentó coger al niño de brazos de ella.

—Yo lo llevaré.

—¿Acaso crees que no soy capaz de hacerlo yo? —exclamó, a la defensiva.

—Sé que puedes, pero también es mi hijo, y quiero hacerlo. Dámelo. Por favor.

Seelie suspiró. Estaba siendo injusta con él, y lo sabía; pero tenía miedo. Hasta ahora, ella había sido todo para su hijo. Con la aparición de Kenneth, tenía que acostumbrarse a compartir el cariño del pequeño, y eso hacía que se sintiera un poco celosa.

—Está bien.

El pequeño protestó medio dormido, pero se arrebujó en brazos de su padre y empezó a chuparse el dedo con fuerza.

—Es un bebé aún —musitó Kenneth.

—Que él no te oiga decir eso, o lo ofenderás —replicó Seelie con una sonrisa, caminando junto a él hacia el granero—. Es tan orgulloso como su padre.

En el granero ya estaban todos dormidos sobre la paja. Kenneth dejó a su hijo y lo tapó con las mantas.

—¿Quieres dar un paseo conmigo antes de dormir? —le preguntó a Seelie con un susurro.

Ella asintió con la cabeza. Lo cierto era que no quería porque se temía a sí misma y lo que pudiese dejarle hacer si estaban solos; pero era su esposo a los ojos de Dios y de los hombres, y luchar contra él era una guerra perdida de antemano, que solo les llevaría a la infelicidad. Debía esforzarse por convertirse en la esposa que Kenneth necesitaba, era su obligación, y se lo debía a su hijo.

—No estés mucho rato con el culo al aire, o te vas a resfriar.

La voz de Blake sonó medio adormecida, pero no pudo dejar de tomarle el pelo a Kenneth y recibir por contestación un gruñido amenazador que le provocó la risa.

—Ten un poco más de respeto, que hay una dama delante.

—Lo siento, mi señora, pero no puedo resistirme a la tentación de tomarle el pelo a vuestro esposo.

—A mí lo que me preocupa es que tanto cuchicheo acabe despertando a mi hijo —contestó la aludida. Sabiendo que el rubor se había adueñado de su rostro, dio gracias por la penumbra en la que estaban.

—El chico duerme como un lirón, y si se despierta, yo me ocuparé de él. No temáis. Podéis ir a *pasear* tranquilamente con vuestro esposo.

La inflexión que le dio a la palabra «pasear» lo hizo soltar una risilla de nuevo, porque era evidente que Kenneth quería resarcirse de todas las noches en las que no había podido estar junto a su esposa, y que en lo último que pensaba era en «pasear».

Las estrellas titilaban en el cielo como luciérnagas. El viento se había llevado las nubes y había dejado una noche que parecía mágica. La calma los rodeaba y la luna llena iluminaba la tierra con su tenue resplandor.

Kenneth le ofreció su brazo a Seelie y esta lo aceptó, cogiéndose a él con algo de reticencia.

Seguía amando a Kenneth, no podía negarlo; igual que no podía ignorar cómo su cuerpo respondía a él siempre que estaban cerca. La pasión no se había extinguido a pesar de los años en que habían estado separados, y eso era mortificante para ella. ¡Había luchado tanto contra el fuego que la recorría siempre que pensaba en él! Cuando estaba a solas en la celda del convento y los recuerdos la asaltaban, y se imaginaba de nuevo en sus brazos ardiendo de lujuria. Había creído vencerlos, a base de rezos y penitencias.

Pero ahí estaba de nuevo, abrasada por el deseo solo por caminar a su lado bajo las estrellas. Tenía la piel erizada por el calor que emanaba el cuerpo de Kenneth. Los pechos le dolían, pesados y anhelantes. El útero le pulsaba, vacío, ansiando sentirse lleno de nuevo.

—Nunca jamás va a haber otra mujer en mi lecho. Te lo juro por mi honor.

La aseveración de Kenneth la pilló desprevenida y removió la maraña de celos que todavía permanecía, latente, en su estómago.

—¿Por qué dices eso ahora?

—Porque quiero que vuelvas a confiar en mí, aunque sé que será difícil. Seelie, no tengo excusa por lo que hice. Ni siquiera la desesperación que sentía al creerte muerta es suficiente, ahora lo sé.

—No tienes que sentirte culpable. Nadie le debe fidelidad a un muerto.

—Quizá, pero sí se la debía al amor que siempre he sentido por ti. Lo ensucié con mis actos, y jamás podré perdonarme por ello.

—Kenneth. —Seelie dejó de caminar y se puso frente a él para poder mirarle a los ojos—. Ambos fuimos víctimas de las mentiras de tu padre, dichas quizá con la mejor de las intenciones, pero mentiras al fin y al cabo. He pensado mucho en ello durante estos días, y aunque no puedo evitar sentir unos celos terribles por todas esas mujeres, tampoco puedo culparte. El dolor puede llevarnos por caminos muy extraños. A partir de ahora debemos mirar hacia adelante y reconstruir nuestras vidas, juntos de nuevo. Te prometo que voy a esforzarme por hacerte feliz.

—Seelie... —La ternura y el amor fueron evidentes en su nombre susurrado, y en la tenue caricia que le prodigó a su mejilla con el dorso de la mano—. Te hago la misma promesa. Por mi honor, por el poco que me quede, te prometo que voy a hacer todo lo posible por hacerte feliz. Y nunca, jamás, voy a volver a mancillar el amor que siento por ti.

Seelie lo miró con los ojos brillantes. Aquellas palabras habían llegado directo hasta su corazón. Era verdad que le costaría volver a confiar en Kenneth de la misma manera en que lo había hecho antes, pero iba a poner todo su empeño. Era un hombre de honor, no le cabía ninguna

duda, y siempre cumplía sus promesas.

—Yo también te sigo amando, Kenny. He intentado engañarme a mí misma porque tu recuerdo era demasiado doloroso, pero ni un solo segundo he dejado de echarle de menos, de anhelar estar a tu lado, y de maldecir al destino por haberte llevado de mi lado. Ni siquiera la existencia de nuestro hijo pudo llenar el vacío y la soledad que me consumía.

—Mi amor... —susurró contra sus labios antes de apoderarse de ellos con pasión.

Invadió su boca con suavidad, casi con reverencia, a pesar de que el ardor de la lujuria quería obligarlo a avasallarla. Intentó resistirse al impulso salvaje que se había apoderado de su cuerpo, pero cuando las manos de Seelie, inquietas y voraces, le recorrieron el torso con ansiedad, tirando de la ropa para despojarlo de ella, el hambre que sentía por su mujer le estalló en la cabeza, haciéndole perder cualquier temor que pudiese albergar.

Necesitaba saborearla hasta hartarse de ella, que su sabor le explotara en la boca y que sus gritos de placer le reventaran los tímpanos. Quería que ella se sintiera igual de perdida que él, arrebatándole todo control y comedimiento. Quería volver a tener entre sus brazos a la gata salvaje que le arañaba la espalda o le mordía en el hombro; a la mujer que gritaba sin pudor cada vez que llegaba a un orgasmo.

Quería recuperar a su Seelie, que olvidara los años en el convento y la rígida disciplina que había regido su vida desde que se habían separado.

La empujó suavemente sin dejar de besarla hasta que la sentó en un solitario tocón que había en el centro del prado. Apartó el rostro para poder mirarla mientras le levantaba las faldas y le abría las piernas con las manos, acariciando los muslos desnudos.

Seelie tenía la mirada clavada en él. Respiraba con agitación, como si los pulmones no fuesen capaces de llenarse lo suficiente de aire. Una gota de sudor solitaria le resbalaba por la sien y Kenneth la limpió pasando la lengua muy despacio por encima de la piel.

—Voy a follarte hasta que grites —le dijo con la voz ronca mientras empezaba a acariciarla entre las piernas.

—¡No! Nos oirán. Ya sabes que no quiero que nos oigan.

—Me da igual. Antes no te importaba que nos oyeran. Tú misma me buscabas para hacer el amor en los lugares más insospechados, y me provocabas hasta que te hacía gritar de placer.

—He cambiado...

Seelie terminó la frase con un gemido. Kenneth seguía acariciándola, inflamando de pasión el pequeño botón que se escondía entre sus pliegues. Sentía el coño empapado y el útero le pulsaba con la necesidad.

—Y volverás a hacerlo. Haré que te olvides de todo recato, y de las imposiciones morales que te han inculcado en el convento. Conseguiré que vuelvas a ser la misma fiera salvaje que no se avergonzaba de dejarme marcas con sus uñas y sus dientes.

—No, no —suplicó sollozando por el placer que sentía—. No está bien, una mujer decente no siente esto que... esto que...

—Una mujer decente lo siente cuando es su marido el que la toca. No puedes imaginarte las ganas que tengo de llegar a Aguas Dulces para poder tenerte completamente desnuda, tendida sobre la cama, a mi merced. Las cosas que te haré... Me enciendo solo de pensar en ellas. Gritarás hasta quedarte sin voz y me suplicarás que siga, que no me pare. Todo el castillo te oirá, y sabrá que eres mía.

Las palabras de Kenneth le produjeron un escalofrío de terror y de lujuria. Deseaba volver a ser aquella mujer que disfrutaba entregándose a sus juegos sin ningún temor. Quería volver a reír y

gritar mientras hacían el amor en cualquier sitio, con la excitación añadida del miedo a ser descubiertos en pleno acto. Como cuando una de las cocineras casi los descubre en la despensa, o uno de los mozos mientras retozaban en el henar. Ansiaba volver a ser libre, sin el condicionamiento que le habían impuesto en el convento a base de castigos y penitencias, y que ahora la hacía sentirse culpable.

Kenneth la penetró por sorpresa, de una estocada, y no pudo evitar gritar al sentirse tan llena de vida. Se aferró a sus hombros desnudos y le clavó las uñas mientras le rodeaba las caderas con las piernas para darle mejor acceso. Aquello era indecente y pecaminoso. Estaban haciendo el amor como animales, en mitad del campo, a la vista de cualquiera que se asomara a la ventana de la casa, o de la puerta del establo. Seguro que la habían oído. Pero la vergüenza que la invadió no pudo impedir que estallara en un orgasmo avasallador que hizo que todo su cuerpo temblara de dicha mientras sentía la semilla caliente de su esposo derramarse en su interior.

Lean nunca se había sentido tan nervioso. Alistair lo había estado rehuendo durante todo el día. Cada vez que intentaba acercarse a él, salía huyendo poniendo alguna excusa tonta. Pero lo que más le dolía, era que no se atrevía a mirarlo a los ojos. Huía de su mirada tanto como de su presencia, y no podía permitir que esto siguiera así. Alistair no solo era su mejor amigo, también era su mano derecha, el hombre en el que más confiaba en el mundo. Incluso más que en su propio hermano. Debía recuperar su amistad y su confianza como fuese, aunque tuviera que mentir y poner todas las excusas del mundo para justificar el beso apasionado que le había dado.

De camino a sus habitaciones privadas, paró al primer criado con el que se cruzó y lo envió a buscarlo, con el mensaje de que su laird lo convocaba. Alistair no podría ignorar una llamada como esa, por mucho que quisiese.

Lo esperó de pie, al lado de la chimenea, con uno de los brazos apoyados en la repisa y mirando el fuego que crepitaba en su interior, consumiendo la madera mientras esparcía un agradable calor en la fría habitación.

—Me habéis mandado llamar.

La voz ronca de Alistair hizo que se estremeciera, a pesar del tono formal con el que se dirigía a él. Se giró para mirarlo sintiéndose muy triste. Él había provocado ese distanciamiento.

—Sí. Entra y cierra, por favor.

Alistair dudó antes de obedecer, y eso le rompió el corazón. ¿Acaso temía que volviese a tirársele encima para besarlo? Ganas no le faltaban, eso era cierto, pero nunca jamás volvería a hacerlo. A pesar de que él le había devuelto el beso con las mismas ganas. A pesar de la pasión que había visto claramente en él.

—Quiero pedirte perdón —le dijo en un susurro, sin mirarle a los ojos, avergonzado—. Lo que hice anoche no tiene excusa. Estaba borracho y me sacaste de quicio con tu perorata. Solo quise hacer que te callaras y me dejaras en paz, y no se me ocurrió otra forma. Tú siempre dices que la mejor manera de hacer callar a una mujer es besarla —añadió, intentando bromear para quitarle importancia al asunto—, y quise probar a ver si contigo también funcionaba.

Alistair no sonrió. Se limitó a escucharlo en silencio sin decir una palabra, manteniéndose cerca de la puerta, como si estar allí con él, a solas, lo hiciera sentirse incómodo.

Y se sentía incómodo, pero no por los motivos que Lean creía.

El beso de anoche había abierto un enorme agujero en su pecho y había dejado su corazón al descubierto y totalmente vulnerable. Durante un instante fue verdaderamente feliz y deseó que no terminara nunca. Jamás había sentido que todas sus emociones bulleran así, como si las hubieran

puesto en el interior de un puchero y sobre el fuego, para que hirvieran a fuego lento.

Pero lo que más lo asustó fue lo cerca que había estado de confesar sus sentimientos.

Aunque quizá era el momento de poner nombre a lo que estaba pasando entre ellos para poder darlo por terminado antes de que los llevara a complicaciones no deseadas.

—Voy a irme de Aguas Dulces una temporada —anunció con voz queda—. Los MacPherson han empezado otra vez con las pequeñas incursiones al norte, y han saqueado algunas granjas. Iré con algunos hombres para ponerles en vereda.

—No es necesario que vayas tú. Tienes muchos hombres capaces de dirigir una batida de este tipo.

—Lo sé, pero necesito ir yo. —Suspiró y se llevó las manos el rostro para apartarse el pelo hacia atrás. A Lean, aquel gesto le pareció lo más sexy que había visto nunca—. Necesitamos estar separados una temporada, y tú lo sabes. Lo de anoche...

—Fue una tontería, te lo he dicho, y te he pedido perdón por ello.

—No. El problema es que no fue una tontería. Ni estabas borracho, ni intentabas que cerrara el pico. Me besaste porque lo deseabas, y yo correspondí porque lo deseaba también. Hace demasiado tiempo que deseo cosas que no están bien. Necesito alejarme de ti, Lean. Debo arrancarte de mi corazón. Por eso me voy. Solo espero que cuando regrese, podamos retomar nuestra amistad en el mismo punto en que la dejamos. Es todo lo que deseo.

Salió de la habitación y Lean no hizo nada para impedirsele. Se quedó mirando la puerta cerrada mientras el mundo se desmoronaba a su alrededor.

Capítulo diez. Regreso al hogar.

El amanecer los sorprendió profundamente dormidos. El ambiente caldeado del establo, gracias a los animales que habitaban bajo ellos, les ayudó a dormir profundamente durante toda la noche. Solo un inquieto Ken se despertó a media noche para gatear casi a ciegas hasta acurrucarse entre los cuerpos de Kenneth y Seelie, obligándoles a separarse unos centímetros, lo suficiente como para poder caber bajo la manta que compartían.

Kenneth no despertó hasta que el pie de su hijo acabó encajado en su boca. Abrió los ojos, confundido durante un segundo, y acabó ahogando una carcajada que le provocó un ataque de tos.

—Despertarás al pequeño —murmuró Seelie, todavía con los ojos cerrados.

—Ha amanecido ya —contestó él después de quitarse el piececito de la boca con cuidado—. ¿Cómo puede dormir con la cabeza bajo la manta? —preguntó, observando el bulto que era su hijo. De él solo era visible una pierna, de la rodilla hacia abajo. El resto estaba oculto bajo la manta con la que los tres se mantenían calientes.

—No tengo ni idea —contestó ella—, pero siempre acaba durmiendo al revés.

Era algo hermoso despertar así, pudiendo admirar el brillo de felicidad que Seelie tenía en los ojos, con su hijo durmiendo entre ellos. Kenneth sintió un ramalazo de ternura que le humedeció los ojos.

—Será mejor que levante a estos y empecemos a prepararlo todo para seguir viaje —dijo apartando la mirada, sintiéndose vulnerable.

—Y yo debería despertar a este diablillo e ir con Katrina a ayudarla a preparar los desayunos.

Más tarde, con el estómago lleno y los animales preparados para partir, Kenneth se acercó a los granjeros mientras observaba a Seelie y a Derwyddon, que se habían apartado del grupo y estaban cuchicheando al lado del cercado donde estaban encerradas un grupo de ovejas que balaban insistentes. Vio que su esposa asentía y extendía las manos hacia los animales y permanecía así un par de minutos.

Kenneth le dio a Katrina una bolsa de monedas en agradecimiento por su hospitalidad. Tuvo que insistir para que la aceptaran, porque ambos se negaron en un principio aunque era evidente que la necesitaban.

—¿Qué hacíais tú y el druida al lado del cercado esta mañana? —le preguntó cuando, hacia el mediodía, hicieron un alto para comer.

—Bendecir a las ovejas, para que estén protegidas del mal, las enfermedades no las toquen y sean prolíficas y traigan prosperidad a la familia.

A Kenneth no le gustó. Sabía que Derwyddon se traía entre manos algo que no le había dicho, y estaba convencido de que pondría en peligro la vida de su esposa.

Verla curar a Blake con sus manos fue un alivio al principio. Era su amigo, lo apreciaba profundamente, y se alegró de que sobreviviera, por Maisi y por el hijo todavía no nacido.

Pero cuando pudo reflexionar sobre ello, cambió de opinión. Los poderes de los que había hecho gala Seelie eran peligrosos, y la gente era ignorante y altamente supersticiosa. Si alguien la

veía haciendo magia alguna vez...

—Deberías mantenerte alejada de él. Es un intrigante.

—Es el único que puede enseñarme a usar estos poderes.

—¿Y para qué quieres usarlos? Hasta ahora, ni siquiera sabías que los tenías.

—Pero ahora lo sé. No puedo seguir con mi vida como si siguiera ignorándolo.

—¿Por qué? No van a traernos más que problemas.

—Eso es asunto mío.

—No, no es solo asunto tuyo. ¿Es que no piensas en nuestro hijo? ¿En mí?

—No he hecho otra maldita cosa en estos últimos cinco años —replicó con los labios apretados, destilando ira por los ojos.

—Pues deberías seguir haciéndolo, y olvidarte de esta locura.

—No voy a discutir contigo, Kenneth. Durante cinco años, me he visto obligada a tomar mis propias decisiones. Que tú hayas reaparecido en mi vida, no significa que vaya a renunciar a ello. Más vale que te vayas acostumbrando.

Se levantó, furiosa, y se apartó de él, dejando a Kenneth con un regusto amargo en la boca.

Debería hablar con Derwyddon sobre ello, obligarlo a confesarle la verdad, el motivo real que lo había impulsado a traer a Seelie de vuelta. Pero temía sus respuestas. No había olvidado para qué la ambicionaba el maldito Gwynn. La quería para procrear con ella. En su momento no había entendido por qué, pero al ver sus poderes, comprendió. Seelie era capaz de usar la magia ancestral de la que su pueblo había renegado al abrazar la doctrina de San Columba, a Jesús y el Cristianismo. La magia había acudido a ella con facilidad, y la había utilizado con una naturalidad pasmosa, como si lo hubiese hecho durante toda su vida, sin haber recibido ninguna clase de adiestramiento previo.

¿Quién y qué era Seelie, en realidad? El saberlo, ¿cambiaría sus sentimientos hacia ella? No, decidió. Siempre había amado a su esposa, desde el mismo momento en que había llegado a Aguas Dulces en brazos del tío Shawe, cuando era un bebé.

Pero tenía que saber para poder protegerla.

Aquella misma noche, cuando todo el campamento ya estaba durmiendo, Kenneth se levantó despacio para evitar despertar a su esposa y a su hijo, que dormían plácidamente a su lado.

Le tocaba a Derwyddon la primera guardia, y era un buen momento para poder hablar con él sin interferencias, y sin que oídos indiscretos pudiesen escuchar la conversación.

Lo encontró un poco alejado de la fogata. Estaba sentado en el suelo, con la espalda apoyada contra un árbol, entreteniéndose con un trozo de madera y un cuchillo, intentando tallar algo.

—¿No podeis dormir? —le preguntó al verlo acercarse.

—En efecto. Hay una cosa que me quita el sueño desde que os encontré acompañando a Seelie. —No se sentó a su lado. Se quedó de pie, un poco apartado, mirando hacia el bulto que eran su esposa y su hijo—. ¿Qué queréis de ella? Y no me digáis que nada, porque no voy a creérmelo.

—Solo quiero protegerla. Eso es todo.

—Mentís. —Giró el rostro para fijar la mirada en el druida, dejando que fuera consciente de la rabia que sentía—. Si hubiese sido así, la habríais dejado en el convento en el que estaba a salvo, bien lejos de Escocia. Algo tramáis, y planeáis involucrarla a ella. Sea lo que sea, no voy a consentirlo.

—¿Acaso os ha molestado que la trajera hasta vos? Podríais haberos vuelto loco buscándola,

y os he ahorrado el trabajo. ¿Y me lo pagáis con desconfianza?

Parecía burlarse de él. Kenneth apretó los puños para intentar contenerse. Su furia era muy inflamable en todo lo que se relacionaba con Seelie, pero no podía permitir dejarla libre.

—Soy cristiano, Derwyddon. Y aunque me he visto enredado en dos ocasiones en vuestra lucha contra Gwynn, no confío en los druidas ni en la magia. Manteneos apartado de ella. Es más, agradecería enormemente si tuvierais la decencia de desaparecer de nuestras vidas. Ahora mismo.

—No puedo hacer eso, y lo sabéis. Seelie es una pieza muy importante en la partida que se está jugando.

—Seelie no es ninguna pieza. Es un ser humano. Y vuestra partida es una guerra que ya ha costado vidas. Mantenedla al margen.

—Pero no soy yo quién la ha involucrado, hijo.

—No soy vuestro hijo.

—Fue Gwynn quién la involucró —siguió el druida, ignorando su protesta—. ¿Creéis que ha renunciado a ella? En cuanto se percate de que está a su alcance, vendrá a buscarla.

—Entonces, quizá debería llevármela bien lejos de aquí, a dónde él no pueda llegar —amenazó, y por Dios que estaba decidido a coger a su esposa y a su hijo y huir de Escocia como alma que lleva el diablo.

—Podrías hacerlo, sí. Si Seelie se aviniese a ello. Pero mucho me temo que no consentiría. —Derwyddon seguía tranquilo. Hablaba pausadamente y sin mirarlo, con los ojos fijos en la madera que tenía entre las manos, deslizándolo por ella, intentando darle forma, como si aquella conversación fuese mundana y trivial—. Ha echado de menos su hogar, y es allí a donde quiere regresar. ¿Creéis que podríais convencerla de desandar todo el camino hecho, para regresar al convento? Lo dudo mucho. Es más, pensaría que vuestra obcecación al respecto solo está motivada por vuestra inmoralidad. Que queréis quitarla de en medio para seguir con vuestra vida de disipación y desenfreno. Yo no me arriesgaría. Es evidente que os ha perdonado los errores cometidos y que os ha aceptado de nuevo en su cama. Pero si tan solo le sugerís la idea de que debe volver al convento...

—Yo no he hablado de devolverla al convento, ni de dejarla sola, Derwyddon. Estáis tergiversando mis palabras en vuestro provecho.

—Y así mismo le susurraré si sacáis a colación esta idea de nuevo. La pondré en vuestra contra, Kenneth. Me dolería en el alma hacerlo, porque es evidente que os amáis el uno al otro. Pero lo haré sin dudar si me provocáis. Seelie debe cumplir con su función en esta guerra, igual que vos, o Blake, o Gawin. O yo. La derrota de Gwynn depende de ello, y no voy a permitir que pongáis en riesgo el resultado por la estúpida necesidad de ponerla a salvo. Porque ella jamás estará a salvo hasta que Gwynn sea derrotado. ¿Habéis olvidado cómo consiguió poseer a Gawin? ¿Qué le impediría hacerlo con otra persona y enviarla en su busca? Quedan muchos MacKenzie en Escocia, y todos son vulnerables al poder del Dios Oscuro. No insistáis, Kenneth —añadió, levantándose y arrojando al suelo el trozo de madera que había sostenido en sus manos durante todo el rato—. Si en esta guerra tengo que prescindir de alguien, será de vos. Nunca de ella.

Derwyddon se alejó, dejando a Kenneth con la rabia pulsándole por todo el cuerpo, consciente de que había perdido aquella batalla.

Maldito druida. Y malditos todos los dioses antiguos que los habían llevado a aquella situación.

Llegaron a Aguas Dulces aquel mismo día, a media mañana, cuando el castillo hervía de

actividad.

Lean salió a recibirlos en cuanto uno de los sirvientes le avisó. La sorpresa de volver a ver a Seelie fue mayúscula, y le dio la bienvenida con un abrazo fraternal que la dejó con la ropa más arrugada si cabe, y los ojos llenos de lágrimas por la emoción. Hasta aquel momento no había sido consciente de cuánto había echado realmente de menos su hogar y a su familia.

—Y este muchachito, ¿quién es? —preguntó, agachándose para estar a la altura de Ken, mirándolo con curiosidad. El pequeño estaba detrás de las faldas de su madre, con un tinte de desconfianza en los ojos.

—Mi hijo —contestó Kenneth con orgullo.

—¿Tu...? —Lean alzó los ojos para mirar a su hermano, que asintió con la cabeza—. Vaya, esto sí es una sorpresa. Bienvenido a casa. Soy tu tío Lean. Encantado de conocerte.

Le ofreció la mano, como si fuese su igual, pero el pequeño se escondió más todavía, aferrándose a las faldas de su madre con los puños.

—Vaya, eres tímido. —Sonrió con afabilidad, pensando en algo que pudiese sacar al niño de su mutismo—. ¿Te gustan los caballos? —Ken asintió con la cabeza, y en sus ojos apareció un brillo de anhelo—. Entonces, habrá que buscarte uno para que aprendas a montar. ¿Te gustaría?

—¡Sí! —exclamó el niño, perdida ya toda vergüenza—. ¿Podemos ir ahora?

—Nada de eso, jovencito. El caballo va a tener que esperar. Tienes que darte un baño y descansar un rato, que todos estamos agotados por el viaje —intervino Seelie.

—Mamaaaa... —protestó, enfurruñado.

—No te preocupes, los caballos no van a ir a ninguna parte. Tendremos mucho tiempo para escoger uno adecuado para ti.

—¿Lo prometes?

—Palabra de laird.

Lean sonrió de nuevo, llevándose una mano al pecho para enfatizar su promesa, y el niño quedó convencido.

Cuando se levantó para saludar a su hermano, Kenneth lo observó detenidamente. Parecía cansado, con ojeras bajo los ojos y una mirada triste que antes no estaba ahí, y se preocupó por él; quiso preguntarle qué le pasaba, pero tuvo que posponer la conversación porque había demasiada gente rodeándolos.

«Más tarde», se dijo.

Caminó junto a Seelie hacia el interior del castillo, hasta su dormitorio, mientras los criados subían los baúles del equipaje. Ella miró a su alrededor al entrar. Todo seguía igual, como si no hubiera pasado el tiempo. La ventana alta, por la que entraba el sol al amanecer; los tapices cubriendo las paredes para ahuyentar el frío; la cama alta cubierta de mantas de lana y gruesas pieles; y la chimenea a los pies, encendida, esparciendo un agradable calorcillo.

—¿Vamos a dormir aquí, mamá? —preguntó el pequeño Ken, cogido de su mano.

—Sí —dijo ella.

—No —contestó Kenneth—. Tú tendrás tu propia habitación.

—Es demasiado pequeño —protestó mirando a su marido—. Y no está acostumbrado a dormir solo.

—Es lo bastante mayor. En el convento dormiríais juntos por necesidad, pero aquí no hace falta. Ordenaré que le preparen alguna de las habitaciones cercanas para él.

—Me niego a separarme de él, Kenneth.

—Seelie, sé razonable.

—No pienso serlo. Para él, Aguas Dulces es un lugar extraño, lleno de gente extraña. No voy a permitir que lo sepa de mí.

—¿Sepa...? —Kenneth suspiró, resignado, sin terminar la palabra. No quería al niño allí porque no tenía intención de dejar dormir mucho a Seelie aquella noche; pero iba a tener que aguantarse. Estaba claro que ella no iba a dar su brazo a torcer—. Está bien, se quedará unos días, hasta que se acostumbre a su nuevo hogar. Pero solo unos días.

Llamaron a la puerta y Kenneth abrió. Eran los sirvientes con la bañera y los cubos de agua caliente. Se apartó para dejarlos entrar y salió por la puerta en cuanto quedó despejada.

¡Maldita sea! Compartir el dormitorio con su hijo no entraba en sus planes, pero estaba claro que no le quedaba más remedio que hacerlo.

Seelie lo desconcertaba. Desde que habían vuelto a encontrarse, tenía la sensación de que siempre estaba a la defensiva, como si, de alguna manera, lo viese como un enemigo y no como el amigo y el cómplice que había sido antes. A veces, estaba tierna y cariñosa; pero otras, se enfadaba en cuanto él abría la boca.

Debía armarse de paciencia y darle tiempo para que volviera a acostumbrarse a estar a su lado.

Salió al exterior y se encontró con su hermano, observando el entrenamiento de sus hombres. Se acercó a él y le palmeó la espalda.

—¿Te animas a dar unos cuantos espadazos? —le preguntó.

—Ahora mismo, no. Tengo demasiadas cosas en la cabeza y no quiero que me la cortes sin querer.

—¿Y Alistair? No está dirigiendo el entrenamiento.

Lean suspiró y apartó el rostro, pero no antes de que Kenneth viese cómo cruzaba una nube de malestar y tristeza por él.

—Ha tenido que irse. Problemas en el norte.

—¿Otra vez los MacPherson?

—Sí.

Kenneth asintió en silencio. Estaba preocupado por su hermano, pero no sabía cómo iniciar la conversación para darle pie a que se desahogara. Lean estaba sufriendo, eso era evidente, y se temía que Alistair era una parte importante del dolor que sentía. ¿Habría pasado algo entre ellos? ¿O era solo que lo echaba de menos?

—Y tú, ¿cómo estás? Feliz de tener a Seelie de nuevo a tu lado, supongo.

—Muy feliz. Me he pasado cinco años llorándola, creyendo que estaba muerta y que nunca jamás volvería a tenerla entre mis brazos, pero estamos juntos otra vez. Ha sido como vivir un milagro. Y descubrir que soy padre... creo que un mazazo en la cabeza no me hubiese aturrido tanto.

—Tienes la cabeza demasiado dura para eso —bromeó Lean, haciendo sonreír a su hermano.

—Sí, supongo que sí. —Estuvo callado durante unos instantes—. Cuando Seelie murió, comprendí algo: el amor es un regalo demasiado raro como para desperdiciarlo. Cuando se encuentra, hay que aferrarse a él con fuerza y disfrutarlo durante cada segundo de cada día, porque en cualquier momento nos lo pueden arrebatarse. Perder a Seelie me dejó vacío y sin un propósito para vivir. Durante todos estos años, deseé morir, y todavía no sé por qué el destino me mantuvo vivo con todas las veces que me lancé a la batalla sin ningún tipo de precaución.

—Tuviste suerte.

—Mucha. El amor es un regalo de Dios, Lean. Y los regalos de Dios no pueden despreciarse.

—Te repites, Kenneth, y pareces haberte vuelto un sentimental —bromeó.

—Me duele verte tan triste —musitó, apartando la mirada—. En realidad, lo que he querido decir con toda esta parrafada, es que sé lo que sientes por Alistair, y no te juzgo ni te condeno por ello. Yo sé lo que es vivir sin poder tener a mi lado a la persona que amo, y no quiero que tú tengas que vivirlo también.

—No sé de qué me hablas —susurró Lean, con la mandíbula tensa.

Kenneth le miró y negó con la cabeza.

—Sí lo sabes. He visto cómo le miras, y también cómo te mira y se comporta él cuando tú estás cerca. —Le puso una mano en el hombro, y apretó—. Lean, no sé qué ha pasado entre vosotros, pero arréglalo.

—Lo dices como si fuese algo fácil. Estoy enamorado de otro hombre. ¿Qué crees que pensarán ellos —señaló a los guerreros que se estaban entrenando—, si llegan a descubrirlo? No me querrán como laird y renegarán de mí.

—Tus hombres saben que eres un gran guerrero, y un buen líder. Eso es lo único que les importa.

—¿Realmente te has vuelto un iluso; o alguno de los golpes en la cabeza que has recibido, te ha dañado el cerebro? Si llega a saberse lo que siento por Alistair, me considerarán un desviado. La Iglesia se me echará encima y pueden llegar a excomulgarme. Ellos jamás aceptarán a un laird considerado un hereje, eso si me dejan con vida.

—Pues mantenedlo en secreto. Podéis hacerlo. Lo que sea con tal de no verte sufrir así. Conozco a Alistair, sé que...

—¿El qué? ¿Qué sabes? —siseó con furia, manteniendo los puños apretados—. Lo besé, Kenneth. Lo besé a traición cuando no se lo esperaba, y lo que hizo fue huir al día siguiente, con la excusa de los MacPherson. No sé qué te habrás imaginado que hay entre nosotros dos, pero la realidad es que no hay nada. Lo amo, sí, pero es un amor tan estéril como una roca, y solo quiero arrancarlo de mi corazón.

Lean se marchó con brusquedad, dando largas zancadas, conteniéndose para no echar a correr como si fuese una maldita mujer. ¿Regalo? Para él, el amor solo había sido una maldición que lo torturaba y le desangraba el corazón poco a poco.

Capítulo once. ¿La verdad nos hace libres?

El día amaneció tranquilo y soleado. Kenneth estaba despierto hacía rato, pero se había quedado en la cama, relajado, observando a su esposa y a su hijo, que dormía entre ambos.

La noche anterior no había podido hacerle el amor a Seelie, pero no le había importado. La satisfacción de tenerla allí, de sentir el calor de su cuerpo, había sido suficiente. Había dormido como hacía años que no lo conseguía, sin pesadillas.

Seelie abrió los ojos y le dirigió una sonrisa. Se despezó con cuidado de no despertar al pequeño Ken, y se puso de lado para poder mirar a su marido, con las manos bajo las mejillas.

—Es maravilloso estar de vuelta —dijo en un susurro.

—Sí, yo sentí lo mismo hace unas semanas.

Le pasó las yemas de los dedos por la mejilla, acariciándola con ternura.

—¿Hace unas semanas?

—Sí. Me marché, Seelie. Después de tu funeral, me marché. No podía seguir viviendo entre estas paredes. Todo me recordaba a ti. Te veía en cada esquina. Incluso llegué a oír tu risa. Creí que me volvería loco si me quedaba, así que me fui.

—No lo sabía.

—No, por supuesto. No hemos hablado mucho durante estos días, ¿verdad? Ninguno de los dos sabemos qué ha hecho el otro durante estos años.

—Excepto que tú has estado con un montón de mujeres.

—No lo habría hecho si hubiese tenido la más remota esperanza de que estuvieras viva. Te habría buscado, Seelie. Habría removido cielo y tierra hasta encontrarte, sin importarme los peligros. ¿Me crees?

—Sí, te creo.

—Cuéntame, ¿como eran tus días en el convento?

—Muy aburridos y tristes. Todos eran iguales: rezar a todas horas y trabajar mucho. Lo único que me proporcionaba un poco de alegría era la presencia de Ken, aunque me recordaba constantemente lo que me faltaba: tú. Creí que tu padre lo había hecho para mantenerme a salvo, pero ahora... ¿por qué nos separó, Kenneth? ¡No lo comprendo! ¿Tanto le disgustó que nos amáramos que tuvo que aprovechar la ocasión para apartarme de ti?

—No. Hay... hay muchas cosas que no te he contado todavía. Algunas las supe hace poco. Padre lo hizo porque creyó que así nos mantendría a salvo a los dos. Tomó una decisión sin prever las consecuencias que acarrearía. No lo culpes, yo ya no lo hago.

—A salvo, ¿de qué? ¿Tiene que ver con los MacDougal?

—En parte, sí.

—Kenny, no me tengas en ascuas, te lo suplico. Quiero comprender para poder perdonarlo.

Kenneth se sintió reconfortado al oírla pronunciar de nuevo el diminutivo cariñoso que siempre había usado con él. Desde que se habían reencontrado, lo había llamado por su nombre completo, Kenneth, y en sus labios sonaba frío, exasperante, y falto de cariño.

—Es una historia muy larga, y ni siquiera yo lo sé todo. Quizá... quizá lo mejor sería que

leyeras la carta que me dejó y que Lean encontró no hace mucho.

—¿Una carta?

—Sí. En cuanto nos levantemos, lo buscaremos para que puedas leerla.

—Mami, ¿es hora de levantarse?

La voz del pequeño interrumpió la conversación, y Kenneth se vio obligado a callar. Todavía había más cosas que quería decirle, hablarle sobre Derwyddon, Gwynn, y los dos encontronazos que había tenido con el Cazador Salvaje, pero no fue hasta la noche, después de cenar, que tuvo la oportunidad.

Se reunieron en el gabinete de Lean para leer la carta que su padre había escrito antes de morir. Las manos de Seelie temblaban mientras sus ojos corrían sobre el papel, absorbiendo cada palabra. Intentaba mantenerse calmada, pero la confusión y el enfado eran evidentes en su rostro.

—Yo... No recuerdo casi nada de todo esto —musitó, alzando los ojos para mirarlos—. Me acuerdo del ataque, del miedo que tenía, por mí y por ti. Por todas las personas a las que quería. Vika me abrazaba y no podía parar de llorar. Me sentí una cobarde porque aunque quería mantenerme serena, no podía. Vika se hizo cargo de mí, y de las demás mujeres. Sé que me dio algo de beber... y ahí mi mente se nubla.

—El caldo de la flor del sueño, eso es lo que te dio según mi padre.

La voz de Lean sonó apagada. Seelie asintió y siguió leyendo.

—¿Querían entregarme a un demonio? ¿Qué demonio?

Kenneth miró a su hermano con indecisión. Podía ser que Seelie los tomara por locos cuando le contaran toda la historia, pero no había otra opción. Su vida corría peligro, y debía saber por qué.

Habló largo y tendido, sobre Gwynn, Blake, Maisi, Gawin, Rosslyn y Derwyddon. No se calló nada, ni siquiera las partes más escabrosas. Seelie escuchaba en silencio, sin atreverse a interrumpirlo, a pesar de que en sus ojos había muchas preguntas. Cuando terminó, se miró las manos, que mantenía crispadas sobre el regazo, y respiró profundamente.

—¿Crees que... me busca por mi magia?

—Posiblemente. Sí, creo que sí.

—Esto es una completa locura. —Se persignó, haciendo la señal de la cruz con las manos nerviosas.

—Desgraciadamente, es muy real. Seelie... —Kenneth se sentó a su lado y le cogió las manos entre las suyas—. Deberíamos irnos de aquí, ahora que todavía estamos a tiempo. Alejarnos todo lo que podamos de su influencia. El mundo es muy grande, y el poder de Gwynn ya no lo es. Si nos vamos lo bastante lejos, no podrá alcanzarnos.

—¿Y dejarlo libre? ¿A su antojo? ¿En las tierras que más amo?

—¿Y qué podemos hacer nosotros?

—No soy una cobarde, Kenny. No pienso tomar una decisión hasta hablar con el druida.

—Te enredará —gruñó Kenneth, malhumorado—. Es su especialidad. Te dará mil razones para quedarte a luchar contra él, sin importarle que tengas que poner en riesgo tu vida. Piensa en nuestro hijo, en su seguridad. Si nos quedamos, él puede salir herido.

—Eso es un golpe bajo —contestó, enfadada—. Intentar manipularme de esta manera es rastrero y vil, y no te ayudará a conseguir lo que quieres. Tengo que hablar con Derwyddon.

Se levantó, decidida a marcharse en busca del druida, pero Kenneth se lo impidió cogiéndola del brazo.

—Él quiere que te quedas a luchar. Incluso me amenazó con manipularme para ponerte en mi

contra si intentaba convencerte de irnos. ¿Qué te dice eso de él?

—Me dice exactamente lo mismo que de ti: que ambos pensáis que soy idiota y que no puedo pensar por mí misma. Suéltame. Tengo que hablar con él.

Kenneth se rindió. En los ojos de Seelie vio una férrea determinación y decidió que no era un buen momento para seguir insistiendo. Durante los años que habían pasado separados, ella había cambiado. Antes, cuando eran jóvenes, su esposa confiaba en él ciegamente y nunca discutía sus decisiones. Pero había tenido que aprender a decidir por sí misma y no iba a renunciar a ello tan fácilmente.

—Está bien, pero hazlo por la mañana. Seguramente, a estas horas ya estará durmiendo.

—Si crees que por esperar cambiaré de opinión...

—No, no lo creo. Te has convertido en una mujer testaruda.

—Me he convertido en una mujer independiente capaz de tomar sus propias decisiones. No me quedó más remedio, Kenneth. No me quedó más remedio.

Derwyddon bajó al patio de armas por la mañana, bien temprano. Hacía un día espléndido y podría considerarse un pecado no aprovechar el magnífico sol. Se sentó en el suelo, al lado del portón de entrada del edificio principal del castillo, apoyando la espalda en la pared. Con el rostro alzado y los ojos cerrados, podía parecer que el druida dormitaba bajo los rayos del sol.

Pero no era así.

«¿Te has dado cuenta? —le preguntó en silencio a una fantasmal Morgaine—. Hay un gran número de corrientes telúricas que confluyen en este patio».

La figura traslúcida que solo él podía ver, incluso con los ojos cerrados, se agachó a su lado y lo miró con ternura.

«Por supuesto que sí. Este castillo se levantó sobre un altar que me dedicó el pueblo antiguo, hace ya muchas centurias. Cuando yo todavía tenía fuerzas para cruzar el velo».

Derwyddon abrió los ojos y giró el rostro para mirarla directamente. Lucía más pálida que nunca, con la hermosa melena negra cayéndole en cascada. Los ojos de hielo azulado parecían tristes, y los labios de rubí permanecían tensos y apagados.

—Pareces muy cansada —le susurró.

«Lo estoy, Twain. Deseo que esto acabe pronto para poder descansar por fin. ¿Tú no?».

Derwyddon dejó de mirarla, girando el rostro de nuevo hacia el sol y cerró los ojos otra vez.

«Sí, yo también».

«Mi pobre Twain, mi guerrero celestial. Llevas demasiada responsabilidad sobre tus hombros. Ojalá yo pudiera...».

—No importa, mi reina —musitó con cansancio—. Cada uno de nosotros debe cumplir con la tarea que el Destino le ha encomendado. Y la mía es mucho más liviana que la tuya. No debió ser fácil entregar a tu hija a su padre humano.

«No quiero hablar de ello».

La tristeza era evidente en el tono de voz y en el suspiro que acompañó aquella petición. Morgaine se levantó y dio unos pasos hacia el centro del patio. Su imagen era cada día más tenue, y bajo los rayos de sol hasta a Derwyddon le costaba vislumbrar la figura de la que había sido Cerridwen, la Diosa Oscura, la que poseía el Caldero de la Resurrección.

—Tengo que hablar con vos.

La voz de Seelie lo sacó del trance en el que se encontraba. Parpadeó, confuso, y cuando miró hacia donde había estado Morgaine, vio que esta había desaparecido.

Qué duro debía ser para ella no poder estar cerca de su propia hija.

—Lo sé, pero no aquí, donde hay tantas orejas prestas a escuchar conversaciones ajenas. Demos un paseo por el campo.

Cruzaron las murallas y el pueblo que había crecido a su alrededor. Ambos se mantuvieron en silencio, roto solo para devolver los saludos de los lugareños que se cruzaban con ellos. Los miraban con manifiesta curiosidad: a él, porque era un extraño; a ella, porque se había corrido la voz de su falsa muerte y de su regreso, y los más supersticiosos corrían a santiguarse cuando la perdían de vista.

Por fin en las afueras, cuando los sonidos del pueblo llegaban amortiguados hasta ellos, Seelie se decidió a hablar.

—Tengo muchas preguntas y no sé por cuál empezar.

—Entonces, escucha primero una historia, querida Seelie, que puede que las conteste casi todas sin necesidad de que las formule.

—No soy una niña para que me contéis historias, druida.

—No, pero la historia va sobre ti y sobre tu madre.

—¿Mi madre? —Se detuvo, inquieta y nerviosa—. ¿Qué sabéis sobre mi madre? Mi padre siempre se negó a hablarme de ella, y dejé de preguntar, aunque...

—Aunque nunca has dejado de pensar en ella y de preguntarte quién era, y por qué nunca estuvo a tu lado. —Seelie asintió, con los ojos anegados en lágrimas que pugnaban por salir—. Entonces, sentémonos aquí y escucha su historia, mi niña.

»Dicen que Shawe MacDolan era un guerrero apuesto, de risa fácil y corazón bondadoso. —Una ligera brisa sacudió las ramas de los árboles que los rodeaban y les acarició el rostro—. También era un gran cazador. Un día, se separó de una partida de caza mientras seguía a una presa, y se internó en la cueva en la que creía que esta se había escondido. Era angosta y profunda, con tantos túneles entrecruzándose que la convertían en un laberinto mortal. Cuando Shawe se dio cuenta de eso, ya era demasiado tarde y fue incapaz de encontrar la salida. Cuando la antorcha que había improvisado antes de entrar se apagó y lo dejó sumido en la más absoluta oscuridad, creyó que iba a morir. Se lamentó, no porque temiera a la muerte, sino porque le parecía indigno que un guerrero como él, que había sobrevivido a mil batallas, muriera de aquella manera.

Seelie escuchaba en silencio, sin perder de vista el rostro de Derwyddon. La sorprendió que lo describiera como alguien risueño, porque sus recuerdos de él eran de alguien triste y poco dado a la risa.

»Lo que Shawe no sabía, era que aquella cueva era la entrada al reino de Cerridwen, y que había sido atraído hasta allí porque la Diosa Oscura hacía tiempo que lo estaba observando y se había prendado de él.

—¿Cerridwen? ¿Ella es mi madre? —La voz de Seelie salió como un susurro entrecortado, temerosa de que aquello fuese verdad.

—Sí, querida, así es.

—Pero...

El druida chistó con suavidad para hacerla callar.

—Escucha hasta el final, querida. —Derwyddon le acunó las manos entre las suyas, palmeándoselas con cariño, y respiró profundamente antes de continuar—. Cuando tu madre se apareció ante tu padre, él quedó prendado de su belleza y la siguió hasta su reino. Puedes

imaginarte lo que ocurrió. Los dioses son tan proclives a la pasión como los seres humanos, y se entregaron a ella sin timidez durante mucho tiempo. Tu madre descubrió en Shawe a un hombre apasionado y tierno, leal hasta la médula, capaz de amar sin condiciones. Tu padre descubrió en ella a la mujer que se escondía bajo la poderosa diosa. Se enamoraron, no pudieron hacer nada por evitarlo y, sin pensar en las consecuencias, te engendraron a ti.

—¿Consecuencias? ¿Qué consecuencias?

Derwyddon suspiró. Le dolía el corazón recordar la historia que Morgaine le había contado hacía ya unos años, con los ojos llenos de dolor y desesperación por la decisión que había tenido que tomar.

—Tu nacimiento alteró el equilibrio, mi niña. El destino de los antiguos dioses estaba echado hacía tiempo. Tenían que desaparecer para ser sustituidos por el dios de los cristianos, algo a lo que todos se habían resignado. Todos, excepto uno, que buscaba desesperadamente la manera de sobrevivir a los tiempos que se avecinaban. Gwynn, el Cazador Salvaje, vio su oportunidad en ti en cuanto oyó tu primer llanto. Una niña, hija de Morgaine y un mortal, un ser que pertenecía a ambos mundos, el Cáliz en el que se reproduciría el poder mágico de su madre.

»Hacía tiempo que el Cazador sabía que su única oportunidad de sobrevivir era volver a nacer, pero no podía engendrarse a sí mismo en cualquier mujer. Necesitaba a alguien con un gran poder mágico para utilizarlo de catalizador y poder transmitir, a través de ella, sus propios poderes al ser engendrado. No le servía cualquier madre. Y en la tierra ya no quedaban seres tan poderosos capaces de soportar algo así sin acabar cediendo a la locura.

—Y decidió que yo sería la elegida —susurró Seelie, llena de espanto.

—Sí. Intentó secuestrarte de la morada de Morgaine cuando todavía eras un bebé. Afortunadamente, no lo consiguió, pero tu madre se vio obligada a tomar la decisión más dolorosa de toda tu existencia: separarse de ti y de Shawe, el hombre al que amaba. Para protegeros, nubló los recuerdos de tu padre de todo el tiempo que habían pasado juntos, años en el mundo de los mortales, y os trajo de vuelta a las puertas de Aguas Dulces, envolviéndoos en un hechizo que os hacía invisibles a los ojos de Gwynn.

—Por eso mi padre nunca me habló de ella, porque no la recordaba —murmuró para sí—. Aunque... recuerdo que siempre estaba triste. A veces, lo sorprendía con la mirada perdida, y cuando le preguntaba que qué le pasaba, él se esforzaba por sonreírme y me decía que creía haber olvidado algo muy importante, pero que no sabía qué.

Se enjuagó las lágrimas que habían empezado a rodar por las mejillas y suspiró. Su padre había perdido al amor de su vida, y se había sentido vacío y triste sin ser consciente del motivo. Ni siquiera había tenido el consuelo de poder expresar la rabia por su pérdida, ni de aceptar el dolor como a un compañero de viaje inesperado, o de la esperanza de que el tiempo pudiese llegar a mitigar su sufrimiento. Hasta su muerte, vivió en un estado de desconcierto constante, sintiéndose triste y abandonado sin saber por qué.

—Tus padres se sacrificaron para que tú estuvieras a salvo, Seelie.

—Pero no lo consiguieron del todo, ¿verdad?

—No. Gwynn todavía tiene ojos en este mundo. Durante siglos, los MacKenzie y los MacDougal lo veneraron como a su dios protector, dirigiendo a él sus plegarias y ofreciéndole los sacrificios que les exigía. Con la llegada del cristianismo a nuestras tierras, los primeros abandonaron sus creencias y, con cada generación, sus historias sobre Gwynn se convirtieron en cuentos para niños. Pero los MacDougal siguieron fieles a sus creencias, con la esperanza de que su resurgimiento les proporcionara la oportunidad de recuperar el poder que habían perdido.

—Por eso atacaron Aguas Dulces cuando su intento de un matrimonio concertado no salió bien.

—Actuaron por pura desesperación, igual que tu tío cuando supo la verdad. En un intento de protegerte, te envió lejos de tu hogar.

—¿Todavía puede hacerlo? ¿Puede utilizarme para engendrar a su... hijo?

—No. Igual que el hijo del dios cristiano, su hijo debía nacer de una doncella virgen y pura. Cuando te entregaste a Kenneth, cerraste esa puerta.

—Entonces, ¿por qué todavía sigue buscándome?

—Porque igual que podías darle la oportunidad del renacimiento, tú eres el arma que puede acabar con su vida para siempre. Te teme, Seelie, está aterrorizado porque tú eres la única que puede matarlo.

—¿Matarlo? ¿Yo? Esto es una locura. Todo esto es una completa locura. —Negó con la cabeza, llena de desesperación, y apartó sus manos de las del druida—. ¿De verdad pensáis que voy a creer todo lo que me contéis? Soy una mortal, no la hija de una antigua diosa. Mi sangre es roja como la de cualquier otra mujer; soy mortal, débil y vulnerable. Y estos poderes que me habéis obligado a descubrir... son una aberración. ¡Soy cristiana, por el amor de Dios!

Se levantó, dispuesta a irse. No quería seguir escuchando. La sola idea de tener que enfrentarse a un demonio, la aterrorizaba. Quizá Kenneth tenía razón y la mejor decisión que podían tomar era la de marcharse de allí para siempre. Pero, si huían, ¿encontrarían algún lugar en el que pudiesen vivir en paz, como una familia, sin el temor de que Gwynn los encontrase?

—¡No hay ningún lugar en la tierra en el que puedas sentirte a salvo, Seelie! —gritó el druida, como si hubiera conseguido leerle los pensamientos.

Seelie echó a correr, de regreso al castillo, porque no quería seguir escuchándolo.

Capítulo doce. Del amor al odio solo hay un paso.

La rabia y el odio de Friggal era como el caldero de la cocinera: hervía a fuego lento consumiendo todo lo que tenía dentro. Había estado convencida de que conseguiría hacer que el hermano del laird besara el suelo que ella pisaba. Era lo bastante buena en la cama, y la belleza con la que había sido bendecida hacía que todos los hombres se arrastraran a sus pies.

Excepto los dos que más le interesaba seducir.

Lean se había mostrado frío siempre que había intentado acercarse, y la había rechazado respetuosamente. Estaba convencida de que a aquel hombre le pasaba algo que no era natural porque nadie, hasta aquel momento, había rehusado follar con ella. ¡Al contrario! Todos los ojos masculinos se fijaban en ella en cuanto entraba en una habitación, sin importar su edad o condición. Solteros, casados, viudos, jóvenes o viejos; todos soñaban con tenerla desnuda debajo de sus cuerpos sudorosos y follarla hasta quedar saciados.

Pero ella se había hecho respetar, porque tenía muy claro qué quería de la vida. Era una simple criada, una sierva sin valor excepto el que su señor quisiera darle; y no iba a permitir que eso siguiera siendo siempre así. Tenía sueños, y el suficiente tesón e inteligencia como para cumplirlos. Quería poder, y riqueza; criados que la sirviesen y la adulasen. Y un marido que pudiese proporcionárselo.

Cuando llegó Kenneth pensó que su suerte había cambiado. Sabía que los hombres no se mueven por sentimientos igual que las mujeres. Son animales y la lujuria los ciega completamente, y el hermano del laird no era diferente. No le costó nada seducirlo la primera noche, cuando se hizo la encontradiza con él en el pozo. Supo desatar sus instintos más primarios y la tomó como un salvaje. Aquella y las veces siguientes, permitió que le hiciera lo que quisiese, con la intención de estrechar las redes a su alrededor hasta conseguir atraparlo.

Pero no había funcionado. La noche en que se metió en su cama y él la echó a patadas de allí, supo ver que jamás conseguiría su objetivo.

Y ahora, con el inesperado regreso a la vida de su mujer, podía dar todo por perdido.

¡Maldita fuese!

Sin ella presente, quizá habría conseguido volver a enredarlo en su tela de araña. Los hombres necesitan el sexo como el agua un sediento, y todas las mujeres en Aguas Dulces eran conscientes de que aquel hombre era suyo, y de que si alguna se acercaba a él, podía amanecer con un puñal clavado en el pecho.

Cuando necesitara desahogarse de nuevo, al no encontrar a ninguna muchacha dispuesta, hubiese terminado volviendo a ella.

Pero con la esposa rondando por el castillo, iba a ser más difícil.

«O no», se dijo mientras una sonrisa taimada le cruzaba el rostro, al verla cruzar el pueblo a solas. Solo tenía que hacer que Seelie despreciara a su esposo para que no le permitiera satisfacer sus necesidades con ella. Kenneth tenía buen corazón, y jamás obligaría a su esposa a yacer con él en contra de su voluntad. Entonces, buscaría a una mujer dispuesta y entregada que pudiera dejarlo saciado. Y, ¿quién mejor que ella, Friggal, para ocupar ese puesto? Con el tiempo, y si sabía jugar

bien sus cartas, podía hacer que la odiada esposa acabara siendo expulsada de Aguas Dulces. ¿No decían los rumores que, durante los cinco años en que la habían creído muerta, había estado escondida en un convento? No sería la primera esposa, ni la última, a la que su marido, hastiado de ella, enviase con las monjas para olvidarse de su existencia.

—No tenéis la mirada de una mujer afortunada, mi señora, y es extraño, siendo la esposa de mi señor Kenneth. Es más, diría que parecéis turbada. ¿Hay algo que os preocupe?

Seelie miró hacia la mujer que la había abordado tan descaradamente. Lucía una sonrisa que se le antojó falsa y, aunque su rostro parecía el de un ángel, la fría mirada le provocó escalofríos.

—¿Quién eres?

—Friggal, mi señora. Trabajo en el castillo. Seguro que me habéis visto sirviendo las mesas. Aunque, durante un tiempo, fui algo más. Por eso os ofrezco mi ayuda. Vuestro esposo debe ser ahora muy diferente a cómo lo recordabais, sobre todo en cuestiones íntimas.

Seelie enrojeció, no pudo evitarlo. ¿Acaso esa mujer estaba insinuando que había sido amante de Kenneth?

—No comprendo a qué te refieres.

—Oh, mi señora... —Friggal intentó parecer turbada e indecisa, y parpadeó mientras hacía un mohín para parecer más convincente—. Yo... no era mi intención molestaros, y quiero que sepáis que entre vuestro esposo y yo ya no hay nada. Desde vuestro regreso, no ha vuelto a reclamar mi presencia en su cama, algo que en parte, agradezco. Las cosas que a él le gustan... —Negó con la cabeza y se tapó la boca con la mano, como si quisiera ahogar un sollozo—. Solo soy una sirvienta y no podía negarme, ¿comprendéis? Estoy sola, sin familia ni protección... Yo, lo siento, mi señora, disculpadme, jamás debería haberme acercado a vos. Solo espero que no os obligue a hacerle las mismas cosas que me exigía a mí. Lo siento, lo siento...

Friggal se marchó de allí deprisa, simulando sollozar, dejando a Seelie totalmente turbada y furiosa.

Kenneth estaba disfrutando mucho de la mañana. Con su hijo sobre los hombros, ambos contemplaban el entrenamiento de los guerreros del clan. El pequeño Kenneth estaba fascinado por todo lo que veía desde que había llegado a Aguas Dulces y se había adaptado rápidamente a su nuevo hogar. Correteaba sin descanso por todos lados y ya había descubierto los mejores escondrijos en los que refugiarse. Y se entusiasmaba por las armas, algo que su madre aceptaba con resignación.

—Padre, cuando sea mayor, ¿podré ser un guerrero como tú y el tío Lean?

—Por supuesto. Lo llevas en la sangre —contestó, orgulloso de su hijo.

—¡Quiero que me enseñes!

Kenneth lanzó una risotada provocada por la vehemencia del pequeño.

—Antes tienes que crecer un poco, hijo mío.

—¿Crecer? ¿Cuánto de alto, padre? ¿Como tú?

—Seguro que, con el tiempo, llegarás a ser tan algo como yo; pero podrás empezar a practicar con la espada mucho antes.

—¿Y cuándo será eso, padre?

Kenneth no contestó. Seelie venía caminando hacia él. Estaba preciosa, con su pelo fulgurando bajo los rayos del sol, aunque el ceño fruncido y los labios apretados le avisaron de que venía enfadada.

«Derwyddon», pensó. Seguro que la conversación con el druida la había puesto de mal humor.

¡Maldita sea! Debería haber impuesto su criterio en lugar de dejarla ir sola. Si él hubiese estado presente, como pretendía, habría evitado que el maldito viejo le llenara la cabeza de historias absurdas.

—He tenido una charla muy educativa con tu amiga Friggal —le dijo en cuanto llegó a su altura.

Se negó a mirarlo de frente, así que se quedó a su lado, quieta, con la mirada fija en los guerreros que estaban entrenando.

Kenneth sintió una punzada en el corazón. Se arrepentía más que nunca de haber acudido a Friggal en su momento.

—No sé qué es lo que te ha dicho, pero no deberías escucharla.

—¿Ah, no? ¿Quizá es porque tienes miedo de lo que pueda haberme contado?

—Seelie... —Kenneth señaló hacia su hijo, que seguía estando sobre sus hombros, gritando y aplaudiendo excitado, completamente ajeno a la conversación de sus padres.

Seelie lo miró y se tragó la furia que bullía en su interior. Su hijo era inocente y no tenía porqué ser testigo de las discusiones con su padre.

—Ken, cariño, ¿por qué no vas a los establos a ver si está el tío Lean? —le dijo, intentando mantener un tono de voz calmado.

—No quiero. Quiero ver como pelean con las espadas.

—Cielo, podrás verlo mañana.

—¡No!

Kenneth bajó a su hijo al suelo y se agachó para quedarse a su altura, sujetándolo por los brazos.

—Haz caso a tu madre. Un guerrero cumple los deseos de su dama, siempre.

—¿De verdad?

—Por supuesto.

—Está bien, padre.

—Y ahora, pídele perdón a tu madre por hablarle de esa manera.

—Lo siento, mamá.

Kenneth se levantó sin dejar de observar a su hijo, que se iba corriendo en busca de su tío. Cuando salió de su vista, se giró para encararse con Seelie.

—No vamos a discutir aquí, delante de todo el mundo —le dijo, áspero—. Vamos.

La cogió por el brazo para llevársela de allí. Seelie no luchó, a pesar de que no le gustaron los modos que estaba utilizando con ella. No quería dar un espectáculo delante de todo el mundo, sobre todo porque odiaba la idea de que Friggal se enterara de que su maniobra había tenido éxito.

Porque estaba convencida de que la supuesta inocencia de la muchacha era fingida, y que el único motivo que la había llevado a acercársele hacía un rato, para susurrarle aquellas odiosas palabras, era provocar el distanciamiento con su esposo.

Pero, a pesar de ello, no podía dejar de arder de celos y rabia. Kenneth había retozado con aquella mujer en su cama, la cama que ahora compartían, y esa era una imagen que no podía quitarse de la cabeza.

Y eso fue lo que vio cuando entró en el dormitorio y miró la cama en la que había estado durmiendo con él. La vio a ella allí, entregándose a su marido, dejando que él le hiciera...

Se giró, llena de rabia y con los ojos relampagueantes.

—¿Con cuántas criadas te acostaste en nuestra cama? —le preguntó en un siseo, destilando

odio.

—Con ninguna. Nunca.

—Friggal tiene otra opinión muy distinta.

—Friggal está resabiada porque se metió en ella sin permiso y yo la eché a patadas de aquí.

—¿En serio? ¿Y eso fue antes o después de haber quedado satisfecho? ¿También vas a negarme que te acostabas con ella?

—Sí, follé con ella, en mucho sitios. Pero nunca, jamás, la traje a esta cama. Nunca la llevé a los lugares en los que ambos nos citamos. Jamás ensucié los recuerdos que tenía de esos lugares.

—¿Y he de sentirme satisfecha con esa revelación? ¿Con su presencia en el castillo? ¿Cómo puedo estar segura de que jamás volverás con ella?

—Porque tienes mi palabra.

—En estos momentos, tu palabra no vale nada para mí. No, mientras Friggal siga bajo mi mismo techo. La mantienes cerca por si acaso yo no soy capaz de satisfacerte, ¿no es verdad? No te gusta nada la mujer en la que me he convertido, ¿crees que no lo sé? No quieres tener a una mojigata en tu cama, por eso me provocas para que grite y me sueltas palabras obscenas cuando estamos solos. Y me tocas donde no quiero a pesar de que te suplico que no lo hagas. ¿Disfrutas haciendo que me sienta sucia?

—Tienes celos. Estás terriblemente celosa. Eso es lo que te pasa. ¿Que te sientes sucia? ¿Y cuándo te pasa eso? ¿Antes o después de correrte con tanta fuerza que quedas casi inconsciente?

—¡No estoy celosa! Estoy furiosa porque ya no sé si creerte. Es posible que todo lo que me has dicho sean mentiras para justificar tu comportamiento. Tu lascivia te controla y te impulsa a buscar cualquier mujer con la que satisfacer tus bajos instintos.

—Tú eres la única que hace que mi lujuria se descontrole. ¡La única! ¿Quieres que te lo demuestre?

—Vete al infierno.

—En el infierno he estado durante cinco años. Ahora mismo, me voy a ir a la cama, contigo, y te voy a demostrar hasta qué punto soy un maldito pecador.

Durante toda la discusión se había mantenido apartado de ella, pero ya había escuchado demasiadas tonterías. Se acercó a ella y la cogió de un brazo, con fuerza.

—No hace falta que me lo demuestres. —Intentó desasirse del cepo en el que se había convertido la mano de su marido, pero no lo consiguió. Lo miró a los ojos y, por primera vez en toda su vida, le tuvo miedo, pero aunque una voz en su interior le decía que se había pasado de la raya, la razón había salido huyendo y solo le quedaba pelear por la poca dignidad que le quedaba —. Sé muy bien lo que eres, y no vas a volver a tocarme nunca más. Eres un bruto y no me gusta lo que me haces.

—Eres una mentirosa. ¿La mentira no es un pecado, también? —ironizó, mientras el corazón en el pecho se le partía y una rabia que jamás había sentido, se apoderaba de él—. Porque bien que has disfrutado todas y cada una de las veces que te he follado.

—No uses esa palabra conmigo.

Intentó abofetearlo, pero Kenneth, acostumbrado a una vida ruda en la que tenía que estar atento a cualquier movimiento a su alrededor, detuvo el golpe antes de que ni siquiera llegara a rozarle la mejilla. Apresó la delicada muñeca de su esposa y, con delicadeza pero firmemente, le llevó el brazo hacia su espalda hasta que tuvo a ambos allí aprisionados con una sola mano.

Sus cuerpos quedaron pegados, solo separados por la ropa que llevaban puesta. Los pechos de Seelie estaban aplastados contra su duro torso de guerrero, y ella pudo notar la creciente erección

que se escondía bajo el kilt de su marido.

—Voy a usar esa palabra todas las veces que quiera, igual que voy a follarte siempre que quiera. Eres mi mujer, y me deseas tanto como yo a ti, y ahora mismo vamos a hacernos muy felices el uno al otro.

—¡No me toques!

—Eres mía, mujer. ¿No lo has entendido aún? Eres mía igual que yo soy tuyo, y nunca, jamás, voy a permitir que nadie se interponga entre nosotros.

Empezó a tirar de las cintas que cerraban el corpiño del vestido mientras ella se retorció entre sus brazos, intentando detenerlo. Había lágrimas en sus ojos, pero no eran de miedo, sino de pura rabia porque él no se doblegaba a sus deseos. El Kenneth del que ella se había enamorado jamás se hubiera atrevido a tratarla así. Era un muchacho inocente lleno de amor y devoción que la cuidaba con mimo y se preocupaba por ella.

Este hombre era un salvaje que le arrancaba sin miramientos el vestido hasta dejarla desnuda; que la aplastaba con su cuerpo sobre la cama sin importarle que se retorciera intentando escapar; que la llenaba de besos y lamía cada centímetro de su piel, pasando la lengua por las zonas más sensibles mientras se reía al oírla gemir; que le torturaba los pezones con pellizcos que la hacían gritar de placer y que provocaban un torrente de humedad entre sus piernas.

—Tienes razón en una cosa —le dijo mientras la obligaba a abrir las piernas para poder acariciarle el coño—. No me gusta esta Seelie, y quiero que vuelva la mujer de la que me enamoré, porque sé que todavía está ahí dentro. La tienes prisionera, aplastada con todas las estúpidas ideas que las monjas te han metido en la cabeza.

—No —gimió ella al sentir un estremecimiento sacudirle todo el cuerpo. Kenneth había invadido su intimidad con un dedo y lo movía haciéndola vibrar sin que ella pudiera evitarlo. Tenía las manos sobre la cabeza, inmovilizadas por la gran mano de Kenneth, y su cuerpo la medio aplastaba, impidiéndole que pudiera huir del placer que le estaba provocando.

—Sí —siseó con furia—. La veo en tus pezones erizados, señalándome. En tu piel erizada. En tus gemidos. En la manera en la que intentas retorcer las caderas, exigiéndome más. Porque quieres más, aunque tu boca se niegue a decirlo. Quieres, deseas, anhelas, todo lo que estoy dispuesto a hacerte. Pero te lo niegas. ¿De veras quieres una vida vacía, fría, alejada de la pasión que te calienta el alma?

—¡Sí!

—¡No te creo! ¡Maldita seas! Te mueres por tener mi polla en tu coño, lo deseas con la misma intensidad que yo. ¿Voy a tener que obligarte a confesarlo?

—¡Déjame, por favor!

—Ni lo sueñes.

Kenneth se quitó el *plaid* y lo enredó en las muñecas de su mujer, atándolo firmemente en el cabecero. No iba a permitirle que escapara, ni aquello terminaría hasta que ella confesara en voz alta que la pasión y la lujuria corría con fuerza por sus venas. Su negación le carcomía las entrañas, y no iba a tolerárselo.

—¡Suéltame!

—¡Jamás!

Con las manos bien atadas, seguro de que no iba a poder escapar, se dio un respiro. Se puso de rodillas sobre la cama y admiró la belleza de su esposa: los pechos turgentes, que subían y bajaban al compás de su respiración alterada; el cuello suave y delicado como el de un cisne; el pelo rojo, esparcido y enmarañado sobre las blancas almohadas; la fina cintura y el vientre un

poco abultado, probablemente a consecuencia del embarazo del pequeño Ken, coronado por el bonito ombligo; las caderas sensuales, y el vello rizado entre las piernas que había cerrado en cuanto él había dejado de aplastarla.

—No me mires así —musitó, girando el rostro.

—¿Así, cómo? ¿Con reverencia? ¿Con amor? ¿Con deseo?

—Con lujuria malsana.

—La lujuria no es malsana si se siente por la propia esposa y es mutua.

—¿La lujuria es lujuria! ¡Es pecado!

Kenneth se rio mientras se quitaba la ropa que todavía llevaba encima. Completamente desnudo, se acostó al lado de su esposa y deslizó los dedos sobre su piel. Empezó por la frente, bajando por las mejillas y el cuello, vagando hacia los pechos, entreteniéndose allí torturando primero un pezón y después el otro, siguiendo su camino hacia el ombligo, y terminando en la maraña de rizos rojizos que coronaban su monte de Venus.

—Si tan mal te sientes después, —ironizó—, buscas al confesor y asunto arreglado. Estoy seguro de lo que él te dirá. Que es tu obligación satisfacer a tu esposo en todos los sentidos, y a mí me satisface enormemente volverte loca de deseo hasta que este disfraz de gazmoñería con el que te proteges, desaparece.

La obligó a abrir las piernas por la fuerza, aunque ella se resistió todo lo que pudo. De rodillas entre ellas, dedicó un segundo a mirar el magnífico coño de su esposa. Estaba mojado por los flujos de la excitación y se relamió los labios con exageración para provocarla.

—¿Qué vas a hacer? —preguntó con un hilo de voz.

—Comerte entera, mi amor. Hasta que te corras en mi boca.

—¡No! Eso no está bien...

—Ya lo creo que sí...

La sonrisa pícara cruzó su rostro mientras descendía. El primer lametón le provocó a Seelie tal escalofrío que curvó la espalda sin querer. Kenneth chupó, lamió, y torturó aquella zona, y con cada gemido y grito de su esposa, se sentía más y más satisfecho. Sabía a cielo, a hogar, a pasión desenfrenada. Le pellizcó los pezones sin dejar de saborearla, atormentando el clítoris con la lengua, penetrándola con ella.

Seelie sollozaba y gritaba, y en su interior dos fuerzas luchaban con ahínco. Una quería que parara; la otra, exigirle que siguiera. Quería culminar y se sentía sucia por desearlo.

De repente, Kenneth paró. Detuvo su saqueo y se incorporó para mirarla. Estaba sudorosa, con los ojos brillantes, todo el cuerpo ruborizado, y respiraba con dificultad. Necesitaba correrse, lo sabía con tanta certeza como que sus testículos le dolían horrores.

—¿Quieres que siga?

—¡No! —gritó ella, pero curvó la espalda y meció las caderas, buscando su contacto.

—Mentirosa.

—¡Yo no miento!

—Eres una pecadora, Seelie MacDolan. Admítelo.

Un simple pellizco en su clítoris la envió a un orgasmo avasallador que recorrió su cuerpo, enviándola a un viaje del que no supo si iba a regresar. Vio estrellas tras los ojos, y tuvo la sensación de que la piel le estallaría en mil pedazos. Quedaría echa añicos y no podría recomponerse jamás.

—¿Ves como eres una mentirosa? —El susurro de Kenneth en su oído la sobresaltó—. Deseas esto tanto como yo. Tu cuerpo no miente, pero tu boca, sí.

—Yo... no soy solo un cuerpo —farfulló, agotada, odiándose a sí misma porque él tenía razón.

—No, no eres solo un cuerpo. Pero tu alma también anhela mis caricias, el calor de mi cuerpo, y lo que te hago sentir.

—No...

—Puedes seguir negándolo durante el resto de tu vida, pero eso no hará que sea verdad. ¿Por qué no te rindes, y lo aceptas?

—Nunca.

—Está bien, como quieras. Pero eso no impedirá que yo siga haciéndote disfrutar en la cama siempre que me apetezca. Espero que te hayas hecho ya a la idea, porque jamás voy a cansarme de hacerte el amor.

—Te odio.

—No, me quieres, mi amor. Ese es tu castigo.

Se puso encima de ella de nuevo y la penetró lentamente. La polla acarició el interior del coño tan deseado y anhelado, acompañado del vaivén de sus caderas. Seelie intentó apartar la mirada pero él se lo impidió cogiéndole el rostro con una mano, clavando los ojos en ella mientras empujaba una y otra vez.

—Voy a traerte de vuelta —le prometió, mientras se corría y su semen la inundaba, a la mujer de la que se había enamorado, la impetuosa Seelie que permanecía escondida en el interior de la mujer que se estaba follando—. Aunque me odies por ello.

Capítulo trece. Un acto de venganza.

Friggal estaba feliz. Habían pasado varios días desde su acercamiento a Seelie, y era evidente que la tensión y la desconfianza habían anidado en el matrimonio. Kenneth se veía siempre tenso, con el ceño fruncido y la mandíbula apretada, como en un enfado permanente. Ella lucía pálida y ojerosa, y aunque durante las comidas seguían sentándose uno al lado del otro en la mesa principal, en ningún momento hablaban entre ellos ni se dirigían una sola mirada.

La semilla que ella había lanzado en los oídos de la mujer, había germinado con fuerza, y eso le daba esperanza de conseguir su objetivo.

«El niño siempre será algo que los mantenga unidos».

No supo de dónde había proveniendo aquel pensamiento. Miró alrededor de la cabaña en la que vivía porque, durante un ínfimo instante, le pareció que alguien lo había dicho en voz alta, pero allí no había nadie.

«Tráeme al pequeño. Si él desaparece, tendrás muchas más posibilidades».

Se levantó de un salto, asustada. La voz resonaba en su cabeza pero era como si alguien le estuviera hablando.

—¿Quién eres? —preguntó, temerosa, mirando hacia todos lados otra vez—. Déjate ver.

«Alguien que puede darte lo que deseas, si tú me entregas al niño».

Gwynn se rio en silencio. Había sido una suerte para él encontrar a esta muchacha. cuando ya estaba a punto de darse por vencido. Llevaba días rondando alrededor de Aguas Dulces, buscando la manera de llegar al pequeño; pero el castillo estaba protegido y le había sido imposible entrar. Un antiguo altar dedicado a Cerridwen permanecía enterrado en el centro del patio de armas, y su poder todavía era considerable, cerrándole el paso. ¿Sería posible que la hermosa Morgaine anduviera por allí todavía, alimentándolo con la poca energía que le quedaba? Podía ser. Por eso, en su momento tuvo que utilizar a los MacDougal para llegar hasta Seelie, un plan que se fue al traste por culpa del escocés y del maldito amor que sentían el uno por el otro.

Y por eso, ahora utilizaría a esta pobre desgraciada para llegar hasta el niño.

La negrura de su alma y su ambición eran el caldo de cultivo que necesitaba para atraerla. Y el hecho de que por sus venas corriera sangre MacDougal, aunque solo fuese una ínfima parte, le estaba facilitando mucho el trabajo.

La miró con intensidad, intentando ver más allá, hacia su pasado. Sí... allí estaba. Una bisabuela había corrompido la sangre del clan MacDolan al engendrar un hijo con un MacDougal, un hombre que, fiel a su estirpe, había salido huyendo, dejándola sola y abandonada.

«No les debes nada a los MacDolan. Para ellos, solo eres un instrumento sin sentimientos ni valor. Kenneth te usó para satisfacer sus propias necesidades y después te trató como si fueras basura. ¿No vas a devolverle el favor? Entrégame al niño. Haz que él sufra tanto como tú, y acércate para consolarlo. Volverás a ser su amante, y si me sirves bien, yo conseguiré que te convierta en su esposa. ¿Aceptas el trato?».

Friggal sintió una corriente cálida recorrerle el cuerpo. Fue como una leve caricia que le insufló voluntad y determinación. No sabía quién era el que le estaba hablando; ni siquiera estaba

convencida de que no fuese producto de su imaginación. Pero, ¿qué perdía con intentarlo? De momento, aceptaría el trato y, en su infinita estupidez, pensó que podría echarse atrás en cualquier momento sin que hubieran consecuencias.

—Acepto.

«Bien. Esto es lo que vas a hacer por mí...».

—Hola. Tú eres el pequeño Ken, ¿verdad?

El niño miró a la mujer que se había arrodillado a su lado. Lo había sorprendido escondido detrás de las caballerizas, observando el interior. No debería estar allí porque le habían prohibido acercarse si no iba acompañado por un adulto porque, decían, los caballos eran peligrosos y él demasiado pequeño, pero no podía resistir la tentación. Le gustaban demasiado aquellos animales.

Por eso estuvo tentado de mentir y decir que no. Si su madre se enteraba, lo reñiría. Pero su buen corazón habló antes de que pudiera ni siquiera pensarlo.

—Sí.

—Yo soy Friggal, y soy muy buena amiga de tu padre. ¿Qué haces aquí, escondido?

—Mirando los caballos.

—¿A escondidas?

—Es que mi madre no quiere que me acerque a ellos si no voy con padre o con tío Lean. Tiene miedo de que me pase algo. ¿Le contarás que me has visto?

—Por supuesto que no, cielo. Es más, sé de un lugar, cerca de aquí, en el que hay muchos caballos corriendo libres. ¿Te gustaría verlos?

—¡Sí! —exclamó, entusiasmado, con los ojos brillando por la emoción—. ¿Me llevas?

—Por supuesto. Pero tendremos que mentir a los guardias de las puertas para que te dejen salir.

—Yo no sé mentir.

—No te preocupes. Yo lo haré por ti. Tú solo no digas nada. ¿De acuerdo?

—¡De acuerdo!

Hacia un día magnífico y Maisi pensó que era un desperdicio pasarlo encerrada en casa. Blake había salido de patrulla y ella había terminado de limpiar la casita en el pueblo que el laird les había cedido cuando llegaron allí. Ya no trabajaba en la cocina del castillo porque su marido le había pedido que lo dejase al saber que estaba embarazada, y eso le dejaba mucho tiempo para aburrirse.

«Daré un paseo e iré a ver cómo les van las cosas», pensó mientras miraba hacia el cielo azul.

Atravesó el pueblo a buen paso y cuando se acercaba al portón de la muralla, vio a Friggal saliendo por él, llevando a un niño de la mano. Le resultó extraño. Sabía que la muchacha no tenía familia y se preguntó quién era aquel niño, porque no lo reconoció.

No quiso pensar más en ello. Friggal no le caía bien. Todos en el castillo la habían oído alardear más de una vez de la *relación tan especial* que tenía con el hermano del laird, y de cómo acabaría convirtiéndose en su esposa. En las cocinas, caminaba con aires de señora y habían tenido que ponerla en su sitio más de una vez, reprendiéndola severamente.

Suspiró, porque echaba de menos trabajar allí. La cocina era el lugar más caliente del castillo y, excepto por algún caso aislado como el de Friggal, todos se comportaban con camaradería.

Eran buena gente y, a su llegada hacía unos meses, la habían acogido sin ningún tipo de reservas o suspicacias, haciendo que se encontrara como si estuviera en su propio hogar.

Aquella palabra la hizo pensar en su padre. ¿Cómo estaría? Marchar tan lejos del lugar en el que nació y creció, le había roto el corazón, pero no se arrepentía. Era muy feliz al lado de Blake. Quizá sus inicios no fueron nada tradicionales, y muchas personas no comprenderían cómo había podido enamorarse de él, pero a ella no le importaba porque había sido la única que había sabido ver más allá hasta descubrir al verdadero hombre detrás del bandido. Su marido era un hombre atento y cariñoso, cuyo corazón lleno de bondad había logrado sobrevivir a pesar de la manera en la que fue criado, por una bruja malvada, totalmente aislado del resto del mundo, y obligado a hacer cosas terribles que todavía lo atormentaban. Nunca hablaba de ello, pero ella sabía que era así cada vez que tenía que despertarlo porque estaba sumido en una pesadilla.

Pasó un buen rato en la cocina del castillo. Intentó ayudar pero la cocinera la empujó suavemente hasta una silla y la obligó a sentarse allí mientras la reprendía.

—No quiero que tu marido venga a pedirme cuentas después, muchacha —le dijo, bromeando.

La verdad era que nadie allí conocía el pasado de Blake, por lo que nadie tenía motivos para temerle más allá de por ser un gran guerrero.

A la hora de comer, mientras los sirvientes correteaban en dirección al gran salón con las bandejas llenas de comida, la cocinera le puso un plato de guiso delante.

—Come. Ese niño ha de nacer fuerte y sano para que pueda convertirse en otro guerrero para el clan MacDolan.

Ella se tocó el vientre, que ya empezaba a estar hinchado, y obedeció. Estaba masticando el segundo bocado cuando una de las criadas, pálida y temblorosa, trajo una amarga noticia: el sobrino del laird había desaparecido y nadie sabía nada de él, ni lo había visto, desde la mañana muy temprano.

Maisi pensó en Friggal y el niño con el que había salido del castillo. ¿Sería él?

Capítulo catorce. Miedo en el corazón.

En el gran salón había estallado el caos. Nadie había visto a Ken desde la mañana, bien temprano. Al principio, Seelie se negó a preocuparse porque, últimamente, el pequeño tenía tendencia a escapar de su niñera y esconderse en los lugares más insospechados; pero era la hora de su comida y, aunque lo buscaron por todos los escondrijos que ya conocía, no encontró ni rastro de él.

A regañadientes, fue en busca de Kenneth. Quizá el pequeño estaba con su padre. O con su tío. Pero ninguno de los dos sabía nada.

Cuando Maisi llegó al gran salón, Lean estaba ladrando órdenes a diestro y siniestro, organizando una búsqueda por todo el recinto del castillo. Kenneth estaba arrodillado delante de Seelie, que estaba sentada ante la chimenea, con el rostro entre las manos, llorando. Gawin y Derwyddon se mantenían a un lado. Hablaban entre ellos y el primero parecía molesto.

Guerreros y criadas entraban y salían a la carrera, trayendo noticias y llevando nuevas órdenes. Era como si hubiera estallado una guerra.

Maisi cruzó la estancia, esquivándolos como pudo, protegiendo su barriga de los choques involuntarios, hasta que llegó hasta donde estaba su amigo.

—Lo encontraremos, ya lo verás. Estará escondido donde menos lo esperemos.

Kenneth intentaba consolar a su esposa, que se mostraba esquiva ante su contacto.

—Kenneth... creo que Friggal se lo ha llevado —murmuró Maisi detrás de él. El guerrero giró el rostro para mirarla con intensidad.

—¿Qué quieres decir?

—La vi hace unas horas llevando de la mano a un niño que no reconocí. Acababan de abandonar la fortificación, pero no cruzaron el pueblo. Iban directos hacia el sur.

—¡Maldita furcia! La mataré con mis propias manos —siseó con furia contenida mientras apretaba los puños.

Se levantó y caminó con decisión hacia donde su hermano seguía dando órdenes. El laird había adelgazado durante las últimas semanas y, a pesar de la energía que seguía transmitiendo, parecía cansado, casi enfermo. Pero Kenneth, sumido en sus propias preocupaciones, no había reparado todavía en ello.

—Se lo ha llevado Friggal —anunció su hermano cuando llegó hasta él—. Haz venir a los que custodiaban la puerta de la muralla esta mañana.

Los dos hombres estaban durmiendo tranquilamente cuando fueron despertados a gritos. Habían pasado toda la noche de guardia, pero cuando oyeron que el laird reclamaba su presencia, se levantaron de un salto y acudieron rápidamente, preguntándose qué diablos habían hecho.

—¿Es cierto que una de las criadas abandonó el castillo esta mañana, temprano, en compañía de un niño?

—Sí, mi señor. Friggal nos aseguró que se llevaba a vuestro sobrino a dar un paseo, que tenía permiso para hacerlo.

—¿Y a ninguno de los dos se os ocurrió asegurarnos de que decía la verdad?! —tronó la voz de Kenneth, abalanzándose sobre ellos.

—¿Lo pensamos, mi señor! —exclamó el pobre guerrero, alzando los brazos para protegerse, convencido de que Kenneth iba a asestarle un puñetazo que nunca llegó.

—¿Y por qué no lo hicisteis?!

—Ella... —el otro hombre dudó, y miró a su compañero en busca de ayuda. Al no encontrarla, siguió—: Ella nos dijo que vos y vuestra esposa estabais ocupados y que el niño os estaba estorbando. Imaginamos que... bueno... ya me entendéis.

Seelie enrojeció al comprender a qué se refería. Habían imaginado que Kenneth y ella estaban ocupados haciendo el amor, y que Friggal quitaba de en medio al niño para que no los estorbara.

—Había dado órdenes explícitas al respecto. Mi sobrino y la esposa de mi hermano no podían abandonar Aguas Dulces si no iban debidamente escoltados por mí, Kenneth o Derwyddon, ¿no es verdad?

—Sí, mi señor, pero...

—Diez latigazos para cada uno. La próxima vez os molestaréis en cumplir las órdenes recibidas.

—¡Pero, mi señor..!

Lean no se molestó en seguir escuchando las súplicas de los guardias. En diez minutos tenía organizada una partida para salir en busca de la criada, y por Dios que, en cuanto la encontrara, le haría pagar caro su atrevimiento.

Antes de partir, Seelie se acercó a Kenneth y le susurró con cólera:

—No te molestes en volver si no es con nuestro hijo sano y salvo.

La partida salió al galope, siguiendo la dirección que Maisi les había indicado. Hacía muchas horas que la criada se había ido con Ken, pero una mujer y un niño, caminando solos, no podían haber llegado demasiado lejos.

Derwyddon estaba furioso consigo mismo. Había intentado utilizar la magia para seguir el rastro del pequeño Ken, pero había fracasado estrepitosamente. Se forzaba a considerar el secuestro como un mero inconveniente para sus planes, pero la verdad era que le había cogido cariño al niño y que odiaría que le pasara algo.

Además de ser un considerable revés, porque si Seelie perdía a su hijo, dudaba de que pudiera estar en condiciones físicas y emocionales cuando llegara el momento de enfrentarse a Gwynn... si es que ese hecho llegaba a producirse alguna vez. Sin la baza del niño para chantajear emocionalmente tanto a ella como a Kenneth, dudaba de que alguna vez se decidieran a aceptar sus planes.

Derwyddon odiaba profundamente que sus poderes se viesen tan menguados. Antiguamente, cuando podía cabalgar por el mundo de los humanos en su forma original, esto no ocurría. Tanto su esencia como sus poderes se mantenían intactos, y no se veía tan limitado a la hora de usar la magia.

Pero, quizá, si unía fuerzas con alguien del otro lado del velo...

—¡Morgaine! —gritó, y su voz reverberó tropezando con las paredes de su habitación.

La diosa oscura no tardó en hacerse presente. Parecía cansada y su figura translúcida parpadeaba intermitente, como si ya casi no tuviera fuerzas para aparecer.

—¿Qué ocurre, Twain?

—Han secuestrado al pequeño Ken y no soy capaz de encontrarlo. ¿Puedes ayudarme?

Cerridwen le ofreció la mano a su más viejo amigo y utilizó el vínculo de la sangre con su nieto para saber dónde se encontraba. Fue un viaje costoso que hizo que su rostro palidiera todavía más, como si la energía que la sustentaba estuviera agotándose.

—Hay oscuridad a su alrededor —musito con los ojos cerrados—. ¿Lo ves?

—Sí —contestó el druida, viendo a través de los ojos de ella—. Y procede de la muchacha. Debemos saber qué planea.

—¡Gwynn quiere al niño! —gritó ella con horror—. ¡Lo está llevando al sur, al antiguo bosque maldito en el que los MacDougal hicieron los sacrificios hace cinco años, antes de atacar Aguas Dulces!

Morgaine miró a Derwyddon presa de un gran temor. Ese niño llevaba su misma sangre, sangre poderosa e inocente que derramada sobre un altar maldecido, le otorgaría a Gwynn el poder suficiente para atravesar el velo y hacerse fuerte en el mundo de los humanos.

—Hay que impedirselo.

Cerró los ojos, dispuesto a todo. Con su envoltura carnal, jamás había intentado lo que iba a hacer y no sabía si lo conseguiría. Concentró todas sus fuerzas en buscar a Gawin y reforzar el débil vínculo que se había establecido entre ellos cuando, semanas atrás, lo había traído de vuelta de la muerte.

Habían perdido el rastro en el maldito riachuelo. Hacía una hora que habían llegado allí y Kenneth se estaba impacientando al no recibir todavía noticias de los exploradores que habían enviado en ambas direcciones, buscando encontrar las huellas.

Si por lo menos tuviesen alguna idea de hacia dónde se dirigían... ¿Qué diablos se le había pasado por la cabeza a Friggal para hacer algo así? ¿Venganza por haberla despreciado?

«Otra carga más para mi maldita conciencia».

Como si no tuviera ya suficiente con los remordimientos que lo consumían y que lo habían llevado a abandonar su propio lecho porque no soportaba el odio con que su esposa lo miraba cada vez que se le acercaba.

«¿De verdad creíste que forzándola, conseguirías lo que querías?».

No solo se había comportado como un estúpido: olvidó su honor y le hizo daño a la persona que más amaba, aquella a la que debería proteger.

«No tengo perdón».

Ese fue el motivo que lo llevó a no volver a su cama ni a su dormitorio, más que para procurarse ropa limpia cuando la necesitaba; y lo hacía cuando sabía que ella no estaba allí.

La rabia y la frustración que lo habían impulsado aquel día, cuando ordenó que, a partir de aquella misma noche, Ken dormiría solo en su propia habitación, habían desaparecido. Miraba hacia atrás y no se reconocía en aquel hombre.

«Pero era yo. Me he convertido en un monstruo sin sentimientos».

Un ligero alboroto lo sacó de su ensimismamiento. El agua del riachuelo le había empapado las botas y sentía los pies fríos y entumecidos. Miró hacia donde estaba Gawin, y vio que se había caído al suelo, persa de terribles estertores.

—¡¿Qué diablos?!

Lean ya estaba con él, intentando contenerlo, y Kenneth se agachó para ayudarlo. El cuerpo de su amigo se sacudía sin control y le habían puesto un trozo de cuero en la boca para impedir que acabara mordiéndose la lengua. Tenía los ojos muy abiertos, como si mirara hacia algún lugar horrible que nadie más podía ver, y durante un terrible instante, parecieron volverse completamente blancos.

Todo terminó de repente, tal y como había empezado. Gawin, sin saber muy bien qué había pasado a su alrededor, miró a Kenneth y dijo:

—Sé hacia dónde se dirige.

Friggal estaba cansada de caminar, escuchando los interminables lloriqueos del niño que llevaba a rastras a través de los campos. El crío no paraba de gritar entre sollozos que tenía hambre y sed, exigiéndole que lo llevara con su mamá.

Al principio había procurado ser buena con él, calmándolo con cariño y contándole mentiras; pero el pequeño diablo era más listo de lo que parecía y se había dado cuenta de que trataba de engañarlo.

Había intentado escaparse dándole patadas en las piernas, y casi lo había conseguido. Al ver que sus esfuerzos eran en vano, empezó a gritar pidiendo ayuda. Si algún campesino lo oía, Friggal se vería en serios problemas. O peor, podía atraer a hombres poco recomendables. Aunque aquella zona estaba bastante libre de bandoleros y maleantes gracias a las constantes patrullas de los MacDolan, no estaban completamente limpias, y siempre se corría el riesgo de llamar la atención si se hacía demasiado ruido. Para evitarlo, se vio obligada a improvisar una mordaza con sus enaguas, y había utilizado el resto para atarle las manos y poder tirar de él como si fuese la correa de un perro.

No podía permitir que el pequeño diablo se escapara.

—Pronto llegaremos y el amo me libraré de ti —murmuró mientras pegaba un tirón que lo hizo caer de rodillas.

Ni siquiera se había dado cuenta, pero desde que había aceptado el trato, Gwynn había ido invadiendo su mente hasta corrompérsela completamente, convirtiéndola en una esclava sin voluntad, y su única obsesión era cumplir con su misión entregando al niño.

El lugar indicado estaba cada vez más cerca. Lo sentía en la sangre, que bullía en sus venas; y en el eco ensordecedor que abarrotaba su cabeza. La voz de su amo le llegaba cada vez más alta y clara, más fuerte y poderosa, y la conminaba a seguir a pesar del agotamiento, de las llagas en los pies, y del frío que había invadido su cuerpo después de caerse en el riachuelo, cuando el pequeño intentó escapar. Tiritaba de frío y tenía fiebre, pero no era consciente de nada más que de la pulsión que la obligaba a seguir caminando en dirección al bosque que ya estaba ante sus ojos, arrastrando a un niño que ya no tenía fuerzas para caminar y que se levantaba y caía cada dos por tres.

El sentimiento de realización que la invadió cuando cruzó la linde del bosque maldito, fue excepcional. Nunca había sentido algo así, tan grande y hermoso, y sollozó de dicha al sentir la caricia que su amo le dirigió, enviándole una ráfaga de brisa fresca que le acarició el rostro y le calmó un poco la fiebre. Su voz resonó en su cabeza, empujándola a seguir todavía un poco más.

Ciega a todo lo que la rodeaba, no fue consciente de la presencia de los hombres hasta que cayeron sobre ella y le arrancaron al niño de las manos.

A Kenneth le parecía un milagro volver a tener a su hijo entre los brazos. El aviso de Derwyddon les llegó con el tiempo suficiente para dar un rodeo a todo galope, adelantar a Friggal sin que esta se diese cuenta, y preparar una emboscada en la linde del bosque.

El pequeño lloraba aferrado a su cuello y Kenneth lo abrazaba, susurrándole palabras de consuelo.

Gawin y Lean se habían encargado de maniatar a Friggal. Cuando cayeron sobre ella, tuvieron que contenerlo para que no la matara. Deseaba con todas sus fuerzas rodearle el cuello con las manos y apretar mientras veía cómo la luz se iba apagando de sus ojos al mismo tiempo que luchaba por respirar.

Durante unos instantes, el dolor y la angustia que había sufrido se convirtieron en el odio más profundo que jamás había sentido. Si no hubiese sido por la intervención de su hermano y su amigo, habría cometido un acto imperdonable.

Él no mataba mujeres. Nunca lo había hecho en el pasado, y no iba a empezar ahora. Friggal tendría un juicio.

—¡¡No!! ¡El amo lo necesita! —El grito de Friggal resonó en el bosque, para empezar a murmurar después—: Su sangre. La sangre de la diosa sobre el altar. Lo quiere, lo quiere. ¡¡No podéis hacerle esto!! Él me prometió algo a cambio de llevárselo. ¿Qué me prometió? No sé, no sé, pero era importante. ¿Un hombre? La sangre de Cerridwen es muy fuerte, muy fuerte.

Soltó una carcajada mezclada con sollozos. De rodillas en el suelo, las manos atadas a la espalda, el pelo revuelto y la ropa sucia, lo miraba todo con ojos desorbitados.

—Parece que se ha vuelto loca —susurró Lean.

—Yo diría que hay algo más —contestó Gawin—. Siento en ella una esencia que no me es desconocida.

—¿Gwynn?

Gawin asintió con la cabeza y miró hacia donde estaba Kenneth con su hijo en brazos.

—Será mejor que no se lo digamos todavía. Esperemos a que Derwyddon esté presente. Quizá pueda hacer algo por ella.

—Buen consejo. —Lean palmeó el hombro de Gawin—. Pero deberíamos amordazarla. Los hombres se están poniendo nerviosos.

—Yo me encargo de ella.

—¿Estás seguro?

—Sí, no te preocupes.

Alistair estaba empapado en sangre. Que no fuese la suya no tenía ninguna importancia, porque se sentía herido en lo más profundo de su ser.

Desde su huida de Aguas Dulces, porque eso es lo que había sido, se había instalado en su alma un vacío frío y descorazonador que lo acompañaba a todas partes. Él, que había sido el hombre de la sonrisa perpetua, que hasta en sus peores días era capaz de bromear y reír, se había convertido en un ser malhumorado y hosco que se enfadaba por cualquier nadería.

Miró a su alrededor. Habían ganado, pero la batalla había sido brutal. Los MacPherson les

habían tendido una emboscada y Alistair, sumido en su propia tormenta, no había estado atento a los detalles precisos para deducir que todo era una trampa. Habían caído sobre ellos y lo único que había hecho posible la victoria, había sido el intenso entrenamiento al que sometía a sus hombres diariamente.

Pero el precio era terrible. Cuerpos caídos por doquier. La tierra manchada de rojo, empapada con la sangre de los caídos. Gritos de dolor pidiendo ayuda. Los estertores de los moribundos. Los relinchos aterrados de los caballos.

Les había fallado a sus hombres y a sí mismo.

«Y todo porque soy un cobarde».

Sí, un cobarde que había huido de Aguas Dulces porque no era capaz de aceptar lo que su corazón sentía. El beso de Lean le había abierto la puerta a un mundo nuevo que lo aterraba, enfrentándolo de una vez por todas a sus propios sentimientos y necesidades. Ningún beso en el pasado le había hecho sentir tanto en tan poco tiempo. Ninguna boca femenina había conseguido que deseara aullar a la luna. Ninguna mujer había logrado que en su corazón anidara el perverso deseo de la posesión. Porque Lean era suyo, igual que él lo era de su laird.

«Lo amas, pedazo de alcoroquo», se dijo.

Lo amaba de una manera que nunca había creído posible. Se pasaba el día deseando verlo, besarlo, acariciarlo. Una sonrisa suya hacía que la alegría anidara en su pecho hasta amenazar con estallar. Una mirada conseguía que su corazón se acelerara. Cerrar los ojos e imaginarse a Lean entre sus piernas, con su polla en la boca, casi le provocaba un infarto. Soñar con follarlo, o ser follado por él, una locura.

Hacía tiempo que se preguntaba qué sentiría al hacer el amor con otro hombre. No, otro hombre, no. Con Lean. Solo Lean. Siempre Lean. ¿Se le erizaría la piel si sus manos lo acariciaban? ¿Se perdería en sus besos? ¿Jadearía de placer con el contacto de sus gruesas y callosas manos? ¿Se correría con fuerza, como nunca antes, cuando alcanzara el orgasmo?

«Por supuesto que sí. Solo de pensar en ello, se te pone dura como una piedra».

¿Y Lean? ¿Perdonaría su cobardía? ¿Se sentiría igual de perdido y solo con esta separación que su propio miedo les había impuesto? ¿Lo aceptaría de nuevo entre sus brazos después de haberle roto el corazón de una manera tan cruel?

—Hay siete muertos, de momento. Ewan y Angus están jodidos. Puede que no pasen de esta noche.

Siete de sus hombres, muertos. Siete familias que ya no volverían a ver a su padre, hermano, o marido. Siete madres que llorarían la pérdida de su hijo. Siete vidas desperdiciadas por culpa de la estupidez humana.

«Este mundo ya es demasiado duro y cruel como para andar peleando en contra de nuestro propio corazón».

Le dio las gracias al guerrero palmeándolo en el hombro. Era hora de enterrar a los muertos, volver a casa, y aceptar con valor lo que su corazón deseaba.

«Esta vez voy a ser yo quién te acorrale a ti, Lean MacDolan. Y te besaré sin piedad hasta que pierdas el sentido».

Capítulo quince. La felicidad es de los valientes.

Seelie estuvo todo el día en el adarve, esperando su regreso. Le era imposible esperar dentro pacientemente. Quería verlos llegar desde lejos, aunque eso no disminuyó su ansiedad ni su tormento. Si perdía a su hijo, moriría.

«Todo es culpa de Kenneth».

Había jugado con los sentimientos de Friggal y el despecho la había llevado a desear vengarse. Quizá no era justo culparlo solo a él, pero envuelta en su nube de angustia no era capaz de razonar, y se decía que si su marido hubiese sabido mantener la polla bien guardada, no habrían llegado a esta situación.

Pasó el día entero y se hizo de noche. Seelie se vio obligada a entrar en el castillo cuando la noche se cerró sobre ella y empezó a caer una débil llovizna. Era inútil mantenerse firme en el adarve porque era imposible ver nada más allá de la muralla.

A regañadientes, hizo caso de Maisi, que se había mantenido a su lado a pesar del cansancio del embarazo. Juntas y abrazadas, se refugiaron en el calor de la chimenea del gran salón.

—Lo traerán de vuelta, mi señora, ya veréis. Confiad en vuestro esposo.

—¿Tú también te has acostado con él? —le preguntó con rabia, movida por los celos y la desesperación, pero inmediatamente se arrepintió—. Lo siento, yo...

—No se preocupe, no importa.

Maisi se ruborizó intensamente al recordar las circunstancias en las que ella y Kenneth se conocieron. Sí, se habían acostado, y después había sido secuestrada por Blake, entrando así en la peor pesadilla de su vida que, afortunadamente, terminó bien. Por suerte, Seelie no interpretó el sonrojo como una admisión de culpa.

—Estás muy segura de que lo conseguirá.

Maisi se pasó la lengua por los labios y asintió.

—Le debo la vida y la cordura, mi señora. Y mi esposo, también. Por eso confío en que encontrará a vuestro hijo y lo traerá a casa sano y salvo.

Pensó en contarle parte de su historia, para distraerla, pero allí en Aguas Dulces nadie sabía de su pasado, y prefería que eso siguiese así. ¿Qué pasaría con ellos si llegaban a enterarse de que Blake había sido esclavo (porque no había otra palabra para definirlo) de Gwynn, y se hacían públicas las atrocidades que todavía pesaban sobre la conciencia de su esposo?

Los gritos de los guardias y el tumulto en el patio de armas, terminó con la conversación. Ambas salieron corriendo al patio para ver llegar a los jinetes bajo la lluvia. Kenneth llevaba al pequeño entre los brazos, y la maldita criada iba a caballo con Gawin, atada y amordazada.

Seelie corrió sin esperar a que desmontaran. Se metió entre los caballos hasta llegar al de su esposo y le arrebató a su hijo de los brazos. Lo abrazó entre lágrimas de felicidad y alivio por verlo vivo y de vuelta. Le llenó el rostro de besos mientras su pequeño protestaba por tanta efusividad.

—¿Estás bien, cariño? ¿Te ha hecho daño?

—Solo está cansado y tiene algunos arañazos, nada más —contestó Kenneth sin bajar del

caballo. Se moría por hacerlo y unirse a ese abrazo, pero reprimió sus deseos. Ella no quería que la tocara de ninguna de las maneras.

—Vamos a darte un baño, cariño. Después, cenarás y te irás a la cama.

—¿Puedo dormir contigo, mamá?

—Por supuesto que sí —contestó, desafiando a Kenneth con la mirada.

Él no replicó. No tenía nada que decir.

Lean, Kenneth y Gawin se asearon en el pozo antes de reunirse con Derwyddon en las dependencias privadas del primero. Tenían que decidir qué hacer con Friggal y querían el consejo del druida, por lo que este había ido a verla al calabozo donde la habían encerrado.

—Definitivamente, Gwynn tiene todo que ver con su locura —sentenció este al volver de allí—. Lo que no comprendo es que le haya sido tan fácil, teniendo en cuenta que su poder está muy mermado. ¿Puede que tenga algún vínculo familiar contigo? —preguntó a Gawin, pero este negó con la cabeza.

—¿Tiene eso alguna importancia real?

—No, pero saberlo me ayudaría. Si es más poderoso de lo que creo, puede traernos problemas.

—¿Más? —bromeó Lean con sarcasmo.

—Sí, cuando llevemos a cabo lo que he estado planeando.

—Os escuchamos.

Derwyddon asintió con la cabeza y miró a Kenneth. Sabía que al escocés no iba a gustarle y que se opondría con todas sus fuerzas.

—He descubierto que en el patio de armas hay un punto en el que confluyen muchas líneas de energía mágica. Eso se debe a que, antiguamente, en este mismo lugar se alzaba un altar a Cerridwen. Eso hace que el poder palpite en cada grano de tierra, y es el lugar perfecto para atrapar a Gwynn. Mi plan es usar el vínculo que Friggal tiene con el Cazador para obligarlo a venir hasta aquí... y que Seelie pueda atraparlo.

—No —interrumpió Kenneth, tajante—. No vais a poner a mi esposa en peligro. No os lo voy a permitir.

—Esa decisión no te corresponde a ti.

—¡Ya lo creo que sí! Es mi esposa, y hará lo que yo diga.

—Escúchame, Kenneth. Tu familia jamás podrá vivir en paz mientras él siga libre. Provocó una guerra para conseguir a Seelie, y ahora ha puesto los ojos en tu hijo. ¿Acaso crees que se rendirá solo por haber frustrado sus planes ahora?

—Sé cómo proteger a mi hijo —gruñó.

—Solo hay dos maneras de que puedas protegerlo: una es mantenerlo encerrado durante toda su vida; la otra es acabar con Gwynn de una vez por todas. Y solo una de ellas te garantizará la paz.

—No me hace ninguna gracia poner en riesgo a Seelie, Kenneth —terció Lean—. Sabes que la quiero como a una hermana, pero...

—No voy a arriesgarme a perderla. Hace muy poco que ha descubierto lo que es capaz de hacer, y dudo de que pueda enfrentarse a alguien que lleva siglos dominando la magia. ¿Es que estáis todos locos? Es como obligar a un niño a pelear por su vida, con espadas afiladas, contra

un templario.

—No lo entiendes. No será Seelie la que se enfrente a él. Ella es el Cáliz.

—¡Maldita sea! —gritó con furia— ¡Dejad de hablar con enigmas y de contar las cosas a medias! Y hablad claro de una maldita vez.

—¿Cómo pretendes que haga eso si habéis olvidado todo? ¿Vuestro maldito cristianismo os ha hecho olvidar todas las historias de vuestros antepasados?

—El Cáliz es el origen y el centro de la vida —susurró Gawin con los ojos cerrados, como si intentara evocar un recuerdo lejano—. Es el renacer perpetuo y contiene la esencia de lo imperecedero.

—Menos mal que a alguien le queda algo de la sabiduría de sus ancestros —murmuró el druida con sarcasmo.

—Seelie será la fuente a través de la que se canalizará el poder, ¿no es eso?

—Exacto, muchacho. Y yo usaré ese poder. Para eso estoy aquí.

—Entonces, con más razón para oponerme. Gwynn conoce el peligro que Seelie representa para él, vos mismo lo dijísteis. En cuanto se vea acorralado, irá a por ella para intentar matarla.

—Para eso estaréis presentes Gawin, Blake y tú. Los tres estáis vinculados a Gwynn tanto como Seelie. Sois sus guardianes y protectores.

—No vais a ponerla en peligro. Fin de la discusión.

—Sí vais a hacerlo, Derwyddon. —La voz de Seelie interrumpió la discusión. Todos se giraron para mirarla. Acababa de abrir la puerta y ninguno de ellos se había percatado de su presencia—. Soy yo quién decide si pongo en peligro mi vida o no, Kenneth. Tú perdiste el derecho a darme órdenes.

—Seelie. No. No hagas esto solo porque estás enfadada conmigo.

—¿De veras piensas que todo gira en torno a ti? Hago esto porque es lo mejor que puedo hacer para proteger a mi hijo. Derwyddon tiene razón al decir que, mientras ese dios demonio esté suelto por ahí, él estará en peligro.

—También es mi hijo.

—Entonces, si a mí me pasa algo, asegúrate de cuidar bien de él y de protegerlo, porque no vas a hacerme cambiar de opinión.

Después de la reunión, Kenneth estuvo un rato dando vueltas por el castillo, indeciso. Había muchas cosas que quería decirle a Seelie, pero estaba seguro de que ella no querría escucharlo. Pero el miedo a perderla a causa del plan de Derwyddon, le dio el valor suficiente como para arriesgarse.

Subió hasta el dormitorio y abrió la puerta en silencio, sin llamar. Ken estaba durmiendo. Su pequeño cuerpecillo se perdía en la enorme cama. Seelie lo observaba, sentada en el borde, y le acariciaba la mano de vez en cuando.

—Seelie...

—¿Qué quieres?

Ni siquiera giró el rostro para mirarlo.

—Hablar.

—Si pretendes hacerme cambiar de opinión, ahórrate el esfuerzo porque no vas a conseguirlo.

—Lo sé. Solo quiero pedirte perdón y decirte que lo siento.

—¿Lo sientes? ¿Qué es lo que sientes, Kenneth?

Su actitud distante y la frialdad de sus palabras produjeron en él el mismo efecto que un puñetazo directo al estómago, pero se recompuso lo mejor que pudo. Había ido allí con una misión y no iba a echarse atrás como un cobarde.

—Todo, mi amor. Pero lo que más lamento es haberte hecho daño. Mi terquedad a la hora de no querer aceptar que ambos hemos cambiado, me ha llevado a convertirme en un monstruo. Quería que los años en que hemos estado separados, desaparecieran. Que volviéramos a ser los que éramos antes, cuando lo único que nos importaba era estar el uno con el otro. Recuperar la pasión y la magia, que volvieras a reír con despreocupación. Mi propia frustración me llevó a cometer un acto imperdonable contra ti. Siento ser como soy, impulsivo e irracional. Pero de lo que más me arrepiento, es de haber destruido el amor que todavía sentías por mí. Sé que no podrás perdonarme. Yo no puedo perdonarme a mí mismo. ¿Cómo podría? Ver el miedo y la rabia en tus ojos, cuando me acerco, ha hecho que me viera tal y como soy: un ser despreciable. Solo... solo quiero que sepas que nunca más voy a forzarte. Jamás volveré a tocarte. Por la mañana, ordenaré que preparen un dormitorio para ti; si quieres trasladar a Ken allí, contigo, no me opondré. Y mantendré mi promesa de fidelidad. No habrá ninguna otra mujer en mi vida, y no porque espere que, con mi arrepentimiento y mi conducta, tú puedas llegar a perdonarme. Lo hago porque es lo que debo, porque mi honor me lo exige, porque es la única manera que tengo de... castigarme y purgar el daño que he causado. Y si mi presencia en Aguas Dulces te incomoda o te molesta, cuando todo esto termine, me marcharé de nuevo. Desapareceré, para siempre.

Kenneth se marchó sin esperar una respuesta. No había nada que ella pudiera decir, o que quisiera decirle en aquel momento, porque a pesar de todo el daño que le había hecho, seguía amándolo. Se equivocaba al pensar que con su acto infame había conseguido destruir el amor que sentía por él. Era tan tonta que se había dado cuenta de que estaba movido por la frustración y la desesperación. Ambos habían cambiado mucho, y necesitarían tiempo para aceptarse tal y como eran ahora.

«Es imposible volver a ser la que era, por mucho que lo intente».

O quizá no. Los años de separación metida en el convento la habían convertido en una mujer que mantenía cualquier pasión encerrada en lo más profundo de su ser; pero allí seguía, agazapada, esperando la oportunidad para salir a la superficie, y cada vez que Kenneth la había tocado, había peleado con uñas y dientes por emerger.

Y no era solo la pasión carnal lo que había perdido por el camino. Cuando se miraba en el reflejo del agua, no se reconocía a sí misma. Kenneth tenía razón, ya no reía, ni disfrutaba de la vida. Se había convertido en una mujer amargada incapaz de dejarse llevar, controlando cualquier impulso que pudiese traerle un poco de felicidad.

Odiaba a Kenneth por haberla obligado a mirarse, y se despreciaba a sí misma por lo que había descubierto.

Alistair llegó a Aguas Dulces cuando ya era de noche cerrada. Después de la batalla, había fustigado a sus hombres durante dos días para volver a toda prisa, y ninguno de ellos protestó porque también tenían ganas de regresar y poder abrazar a sus seres queridos.

Sabía que al día siguiente le iba a tocar cumplir con la peor parte de ser la mano derecha del

laird y la que menos le gustaba: informar a las familias de los hombres que habían caído.

Pero hasta ese momento, prefería no pensar en ello. En cuanto descabalgó y dejó el caballo en manos del mozo que cuidaría de él, se dirigió al pozo para asearse un poco. Se había lavado la sangre por el camino, en el primer riachuelo que cruzaron; pero todavía tenía mugre y olía a sudor rancio. Pasó por su habitación para ponerse ropa limpia y, después, se dirigió con decisión hacia las dependencias de Lean.

Necesitaba verlo y no podía esperar a la mañana.

Inspiró con ahínco ante la puerta. Alzó un puño para llamar y se lo quedó mirando durante unos segundos, preguntándose que qué narices estaba a punto de hacer. Pero recordó lo efímera que era la vida en este mundo que les había tocado vivir y que no podía desperdiciar la oportunidad de ser feliz que tenía al alcance de la mano.

Aporreo la puerta con decisión y oyó la voz de Lean mascullando en voz baja algo que sonaba a imprecación.

Estaba nervioso como nunca antes. Enderezó la espalda, apretó los puños y respiró profundamente.

Lean abrió la puerta y Alistair sintió el puñetazo de la lujuria. Tenía el pelo revuelto, los ojos entrecerrados a causa del sueño, y las sábanas le habían dejado una marca en la mejilla. Se estaba cubriendo al entropierna con el plaid, agarrándolo con una mano, y este caía al suelo como en una cascada de fuego dejando bien visibles las musculosas piernas y las apetecibles caderas. Tuvo deseos de arrancarle de la mano aquella tela con la que se estaba protegiendo, pero se obligó a subir los ojos, deslizándolos sobre la definida musculatura de vientre y pecho, hasta llegar de nuevo a los ojos.

Lean, consciente del repaso que su amigo le acababa de echar, tragó saliva antes de preguntar en un susurro:

—Alistair... ¿Cuándo has regresado?

—Hace un momento.

—Y, ¿qué haces aquí?

—He venido a terminar lo que dejamos a medias.

No dejó que Lean reaccionara. Dio un paso hacia adelante para cruzar la puerta, tiró del plaid con una mano para deshacerse de él, y cerró la puerta con la otra.

Lean no se quejó cuando la boca de Alistair descendió a por la suya, ni cuando las manos rugosas y llenas de callos de su amigo lo aferraron por las caderas para pegarlo a su cuerpo. Tampoco se preguntó qué lo había llevado a cambiar de opinión.

Lo único realmente importante era que estaba allí, que lo tenía entre los brazos y que estaba besándolo con una pasión inusitada, como si la vida le fuese en ello.

Alistair lo guió hasta la cama sin abandonar su boca. Por el camino, las manos de Lean arrancaron de su cuerpo todo rastro de ropa. Cayó sobre la cama de improviso y aprovechó los segundos de separación para quitarse las botas y arrojarlas lejos. Se tumbó a su lado y deslizó los dedos sobre la piel del hombre que amaba.

—¿Estás seguro de esto? —le preguntó Lean con la mirada febril.

—Completamente.

Volvió a besarlo. Sus lenguas jugaron, traviesas, chocando una con la otra. Sus pollas se rozaron y dejaron ir al mismo tiempo un jadeo tembloroso. La boca de Lean se deslizó sobre la piel, dejando un rastro de besos, mientras las manos de Alistair le cogían la cabeza, guiándolo. Se entretuvo en los pezones, mordéndolos con pasión, haciendo que afloraran sobre la piel, y

después bajó por el estómago siguiendo el rastro de vello que descendía desde el ombligo hasta la enhiesta polla que se alzaba, orgullosa, entre las piernas.

—Cómemela. —Alistair susurró la orden con voz quebrada, y Lean no dudó en obedecerle. Se relamió los labios y sonrió con picardía. Tenía al guerrero donde quería, e iba a aprovecharse de ello.

Chupó el glande como si fuese un caramelo, rodeándolo con los labios y acariciándolo con la lengua. Alistair, tumbado boca arriba, curvó la espalda por culpa del estallido de placer. Gimió cuando Lean lamió el tronco y le chupó los testículos, uno primero, después el otro.

Se sintió desvalido en manos de Lean, pero al mismo tiempo, una fuerza inusitada, que provenía de la certeza de estar haciendo lo correcto, le llenó el corazón. Todas las dudas que aún conservaba, desaparecieron por la magia que Lean estaba obrando en su cuerpo. La piel erizada le hablaba de amor. El latido de su corazón le daba fuerzas. Las manos que le aferraban las caderas y lo mantenían sujeto mientras se introducía la polla en la boca, le contaban una historia de confianza y respeto.

Jamás, en manos de una mujer, se había sentido tan vulnerable y fuerte al mismo tiempo. La devoción que Lean le demostraba enraizó profundo en su alma, atándolo a él irremediamente.

—Basta —gimió—. No quiero correrme en tu boca.

Lean se apartó de él, incorporándose hasta quedar de rodillas entre las piernas de Alistair. Le dedicó una sonrisa satisfecha, de medio lado, al ver el manojito de nervios en que había logrado convertir a su amigo. Posó los ojos sobre el pecho que subía y bajaba desacompasado al mismo ritmo que los jadeos. Deslizó una mano entre el vello y se inclinó hacia adelante, apoyándose en una mano. Con los rostros casi pegados, le preguntó:

—¿Qué quieres que te haga ahora?

—Quiero hacértelo yo a ti.

Lo tumbó boca abajo en la cama, y lo aplastó con el peso de su cuerpo al ponerse encima de él. Acercó los labios al oído de Lean para poder susurrarle.

—Me has vuelto loco. —Frotó la polla entre las nalgas y Lean gimió al mismo ritmo que las caricias—. Eres un laird sin consideración—. Le mordió el hombro con fuerza, y después calmó el leve dolor pasando la lengua sobre la marca que le había dejado—. Cada vez que sales sin escolta, me dan ganas de tumbarte sobre mis rodillas y azotarte el trasero.

Lean gimió, largo y profundo, sin comprender por qué la imagen de Alistair azotándolo, en lugar de enfurecerlo, hacía que su polla se hinchara todavía más.

—Hazlo.

Su boca habló sin que él fuese consciente, provocando que Alistair inspirara con rudeza, sorprendido por la súplica que leyó en su voz.

—Oh, Dios, sí. Hazlo y fóllame de una maldita vez.

Las palabras de Lean exacerbaron su imaginación y la lujuria que ya sentía. Le obligó a abrir las piernas forzándolas con las suyas y se incorporó, quedándose de rodillas. Las nalgas de Lean estaban prietas y Alistair se pasó la lengua por los labios.

El laird estiró el brazo y rebuscó algo debajo de la almohada, un frasco de barro que le ofreció a su amigo.

—Usa este ungüento en mi ano para lubricarme.

Alistair lo cogió y lo miró con sorpresa. Lo abrió y lo olió. El agradable aroma a hierbas inundó su nariz.

—Eres un chico travieso, Lean. ¿Por qué tienes esto tan a mano? ¿Acaso lo has usado con

regularidad?

—¿Qué? ¡No! No, yo... solo soñaba con este momento, y quería estar preparado por si llegaba a producirse.

—No me mientas.

Alistair estaba jugando. Sabía que, en estas cosas, Lean era inexperto como él; pero imaginarlo en brazos de otro, siendo penetrado por otro hombre, hizo que los celos afloraran sin pudor. Los controló, porque, en todo caso, no tenía derecho a recriminarle nada. Si, en los días que habían estado separados, Lean se había consolado con algún otro, era solo culpa suya y de su precipitada huida.

—No te miento. Nunca, ningún hombre, me ha... follado.

Alistair le acarició las nalgas con una mano y se inclinó para morderla. Lean ahogó un grito al sentir la punzada de los dientes en su carne, y su polla se hinchó todavía más. Dejó ir una risa amarga. No había duda de que era todo un perverso y de que iría al infierno de cabeza, pero no le importaba. Estaba disfrutando como nunca antes lo había hecho.

—Eso me gusta. Podemos decir que ambos somos vírgenes en ese aspecto. Ponte a cuatro patas, *laird*. Es la hora del castigo por haber escapado sin escolta.

Lean obedeció sin dudar. La primera palmada restalló en el silencio sepulcral y envió un relámpago de lujuria que atravesó todo su cuerpo hasta concentrarse en la polla, que se sacudió y dejó ir unas gotas de líquido preseminal, manchando las sábanas impolutas. La segunda lo hizo gemir y agarrarse con fuerza a la almohada. Con la tercera tuvo que ahogar un grito que hubiera alarmado a medio castillo.

—Tienes un culo perfecto —susurró Alistair, acariciándose con devoción contenida, y Lean no entendió por qué sus palabras fueron como un bálsamo que le calmó el picor.

Alistair se llenó los dedos con el ungüento y penetró a su *laird* con ellos. Lean gemía con cada movimiento. Su cuerpo, presa de un pequeño temblor incontrolable, se rindió y tuvo que apoyar la cabeza sobre la cama mientras dejaba ir varios gemidos encadenados. Cuando estuvo lo bastante dilatado, Alistair se embadurnó su propia polla antes de penetrarlo con ella. Se agarró a las preciosas nalgas que le ofrecían tan divino placer y lo embistió, llenándolo con su miembro.

Un latigazo de felicidad le removió las entrañas, atenazándole el alma y el corazón. Se inclinó hacia adelante un poco, lo preciso para alcanzar la polla de su amante, y empezó a masturbarlo con vehemencia al mismo ritmo que lo penetraba. Sus gemidos se entrelazaron. El olor a sexo y sudor inundó la habitación, y el calor de sus cuerpos ahuyentaron el frío.

Ambos se corrieron con fuerza, ahogando los gritos que les rompían en la garganta.

«Si alguna vez el hombre alcanza a volar —pensó Alistair de manera absurda—, será parecido a lo que siento ahora mismo».

Cayeron rendidos, con piernas y brazos entrelazados, jadeando sudorosos y el corazón tan acelerado que parecía que les iba a estallar.

—Te amo, Lean.

Las palabras, susurradas a su oído, lo obligaron a abrir los ojos para mirar al hombre que las había pronunciado, y se maravilló de tenerlo a su lado como tantas veces había soñado.

—Eres mi vida, Alistair —contestó, acurrucándose contra él, sintiéndose completo y satisfecho por primera vez en su vida.

Capítulo dieciséis. El ritual.

Todo estaba preparado.

La oscuridad había caído como un manto sobre Aguas Dulces. Era una noche clara y serena de principios de verano. La luna llena brillaba en el cielo como un carro plateado, y las estrellas titilaban, completamente inconscientes de lo que estaba a punto de ocurrir en ese puntito azul llamado Tierra.

Derwyddon marcó a los actores del próximo drama poniendo los dedos índice y corazón en las frentes de cada uno de ellos, mientras pronunciaba unas palabras extrañas en un idioma desconocido para todos menos para él: Kenneth, Seelie, Gawin, Blake, Friggall, Lean, y Alistair.

Blake le había contado a Maisi lo que iban a hacer y, aunque ella, al principio, fue reticente a dejarlo participar en tamaña locura, acabó aceptando su decisión.

Gawin le escribió una carta a Rosslyn, por si acaso no sobrevivía, y la dejó en manos de Lean para que se encargara de hacérsela llegar si lo peor ocurría.

Kenneth y Seelie no habían hablado desde la noche en que él le había pedido perdón. Habían pasado días evitándose el uno al otro: el primero, porque no quería imponerle su presencia; la segunda, porque no sabía cómo perdonarlo.

Una vez todos estuvieron marcados y protegidos, Derwyddon entonó un ensalmo que se expandió poco a poco por todo el castillo, sumiendo en el sueño a todos sus habitantes. Criados, siervos, guardias, guerreros; todos cayeron en un profundo sopor allí donde se encontraban. No podía haber testigos de lo que iban a hacer, o podrían acabar siendo perseguidos por la Iglesia por las prácticas de brujería.

Lean y Alistair se despidieron de los demás y se dirigieron en silencio hacia el dormitorio donde el pequeño Ken estaba durmiendo. Si el plan salía mal y no eran capaces de detener a Gwynn, ellos dos se encargarían de mantenerlo a salvo y lejos de las garras del Cazador hasta que se convirtiese en un hombre.

El resto del grupo atravesó las puertas del castillo y se dirigieron hacia el patio de armas, al punto en que las energías mágicas confluían.

Kenneth miró a Seelie. Parecía fatigada, pero su mandíbula determinada, alzada con orgullo, casi hacía olvidar las ojeras oscuras que rodeaban sus preciosos ojos. Quiso abrazarla, consolarla, asegurarle que todo iría bien. Pero se mantuvo distante, aunque eso destrozó su alma en mil fragmentos.

«No voy a permitir que te pase nada», le prometió en silencio.

Derwyddon llevaba un báculo en la mano, y con él dibujó en el suelo un círculo, llenándolo de extraños dibujos arcanos. Colocó allí a Friggall. La muchacha parecía completamente ausente. Tenía la mirada desvaída y no dejaba de balbucear incoherencias, pero la suave voz del druida la mantenía calmada.

Kenneth, Gawin y Blake se colocaron en sus respectivas posiciones. Si trazabas una línea entre ellos, formaba un triángulo perfecto. Los tres desenvainaron las espadas cuando el viejo se lo ordenó, y fue de uno en uno, consagrando las armas con magia.

—Recordad que ni Friggal ni Gwynn deben cruzar el círculo de protección. Hay que mantenerlos dentro a cualquier precio. El Cazador es un mentiroso y un manipulador experimentado. Os susurrará e intentará convenceros de que lo dejéis salir prometiándoos cualquier cosa, y sonará tan convincente que, probablemente, llegaréis a considerar aceptar su oferta. Pero vosotros ya habéis experimentado el dolor en sus manos y habéis estado a su merced; solo recordad que nunca antes ha cumplido lo prometido, que todo son mentiras.

—Lo tenemos muy presente, druida —masculló Blake, recordando el infierno de infancia que había pasado en manos de la bruja.

—Desde luego —gruñó Gawin. Él había estado a punto de matar a la mujer que amaba estando poseído por el demonio. Nunca más iba a caer en sus tretas. Antes prefería morir.

—De acuerdo. Empecemos.

Derwyddon se puso al lado de Seelie, entre Gawin y Kenneth, fuera del triángulo imaginario que formaban los tres guerreros.

—¿Estás preparada? —le preguntó, poniéndole una mano tranquilizadora en el hombro.

—Sí —susurró ella.

«No lo estoy», pensó cuando el druida empezó a entonar el cántico que atraería a Gwynn hasta el círculo en el que estaba Friggal.

Tenía más que miedo. Estaba aterrorizada. Cuando tomó la decisión de ayudar al druida en su plan, estaba convencida de que era la única manera de tener una oportunidad de vivir en paz y sin miedo. Todavía estaba segura de ello. De lo que dudaba era de su propia capacidad de cumplir con su parte.

Derwyddon le había explicado que, gracias a su herencia mágica, era capaz de concentrar y transformar la energía que provenía de las líneas telúricas sin que estas la afectaran, igual que un crisol soporta las altas temperaturas en las que debe fundirse el metal para poder ser maleable. Lo único que tenía que hacer, era dejar que estas energías penetrasen en su cuerpo a través de sus pies descalzos, que se concentrasen en su estómago, y permitir que fluyeran hacia Derwyddon. Él las usaría para acabar con Gwynn.

En la teoría, parecía fácil. En la práctica, había resultado ser más difícil de lo imaginado, por eso habían estado varios días entrenando incansablemente hasta que él creyó que ya estaba preparada.

«Puedes hacerlo», se dijo, y respiró hondo dejando que su cuerpo se relajara hasta que empezó a sentir el cosquilleo en las plantas de los pies.

Gwynn estaba furioso. Su estratagema con la criada no había salido como esperaba. La habían capturado antes de que pudiera llegar hasta el altar y sacrificar al niño en su nombre, lo que le habría dado el poder necesario para atravesar la cúpula de protección que proporcionaba el maldito altar de Cerridwen, enterrado bajo metros de tierra en el patio de armas de Aguas Dulces, y llegar por fin hasta la maldita bruja que tenía el poder de destruirlo y acabar con ella.

Pero no había sido posible.

Envuelto en un aura de cólera y el corazón lleno de resentimiento hacia los malditos humanos que habían osado interponerse en su camino, se movió entre las fisuras de la tierra reseca, deslizándose como un río de lava buscando el punto adecuado para estallar.

Tenía que llegar hasta el niño y hacerlo suyo. La impaciencia y la desesperación lo empujaron

hasta la barrera mágica y chocó contra ella, intentando resquebrajarla. Lo único que consiguió fue que sus llamas furibundas se congelaran y un grito de agonía resonó al otro lado del velo.

Entonces, mientras se retorció de dolor, lo sintió. Un camino se abrió ante él, una pequeña grieta a través de la cual consiguió captar la mente de su esclava, Friggal.

Lo estaba llamando.

¿Cómo había conseguido burlar la vigilancia de sus captores? ¿De donde había sacado el conocimiento para abrir la brecha que le permitiría entrar?

Ni siquiera se planteó estas preguntas. En otro tiempo, cuando todavía conservaba su raciocinio, podría considerársele un ser inteligente y sagaz. Pero con su poder menguado y su mente trastornada, las preguntas pasaron a ser irrelevantes al lado de su codiciosa determinación.

Podía entrar en Aguas Dulces.

Podía llegar hasta la bruja, y matarla.

Kenneth observaba a su mujer de reojo. Estaba en una posición vulnerable, al lado de Derwyddon, con una mano sobre el hombro del druida a través de la cual fluía la magia que el viejo utilizaba.

No le gustaba verla allí. Debería estar dentro del castillo, a salvo de todo. Hacía años, se había jurado amarla y protegerla; pero aquí estaba, permitiéndole ponerse en peligro solo porque un viejo loco se había propuesto acabar con un antiguo dios pagano. ¿Y qué importaba si Gwynn seguía libre? Era como un viejo decrepito que a duras penas podía caminar. Su poder era cada vez menor, y acabaría extinguiéndose por sí mismo, sin necesidad de que ellos hiciesen algo.

La cantinela del druida llenaba el aire y alrededor de Friggal empezaron a saltar algunas chispas, que chasqueaban con rabia hacia los pies de la muchacha, que parecía absorta, con los ojos en blanco y la mandíbula relajada, como si estuviera dormida.

Maldito viejo embaucador. La rabia contra Derwyddon creció en su alma. Ese viejo loco los estaba poniendo en peligro a todos. Seelie no debería estar allí, resplandeciendo en la noche como si fuese una estrella. Era su mujer, y le debía obediencia. ¿Acaso se había convertido en un inútil que no era capaz ni de controlar a su esposa? Era una mujer respondona y de corazón frío, dura como una roca, que ni siquiera se había conmovido cuando le suplicó su perdón por haber tomado por la fuerza lo que era su derecho. ¡Su derecho! ¿Acaso la esposa no estaba obligada a satisfacer al marido de buena gana y con una sonrisa en los labios?

«Ella te desprecia por ser blando —le susurró una voz en el oído—. ¿Cómo puede soportarte si eres un llorica incapaz de imponer tus decisiones? ¡Menudo guerrero! Te doblegas a ella como la mantequilla al fuego. Eres penoso. Pero esto puede cambiar si la alejas de la malsana influencia que ejerce el druida sobre ella. Mátalo. Acaba con su vida y llévate a tu mujer de aquí para follártela hasta que no pueda caminar. Aunque grite y se resista. Aunque llore y suplique. Enséñale cuál es su sitio: en tu cama y con las piernas abiertas, y para lo único que debería usar su boca, es para meter tu polla en ella».

—¡¡¡Noooooo!!!

El grito de Kenneth rompió el aire. Apoyó la punta de la espada en el suelo para evitar caer de rodillas, el cuerpo doblegado por la debilidad. Miró hacia el círculo y vio a Friggal rodeada por un halo de llamas ardientes, con unos ojos rojos inflamados de odio flotando sobre la frente.

—No conseguirás doblegarme con tus palabras, maldito demonio. No lo permitiré.

Gwynn dejó ir una risita siniestra que le puso los pelos de punta y dejó ir una oleada de odio que golpeó a todos en pleno pecho, dejándolos sin aire por un momento.

—Ilusos. —La voz pareció surgir de lo más profundo de una caverna, y su eco reverberó en el aire—. Soy Gronw Pebyr, el dios oscuro que trae las penalidades a este mundo. ¿Llew no os ha hablado de mí? —preguntó con voz melosa señalando a Derwyddon con un dedo de fuego—. ¿Os ha contado por qué quiere verme muerto? ¿A qué se debe su odio hacia mí? Seguro que no.

—¡No nos importan tus mentiras! —gritó Gawin, alzando la espada en su dirección, preparado para atacar si era necesario.

—Pero deberían importaros mis palabras. Su odio hacia mí viene de siglos atrás, de cuando su querida esposa me entregó su corazón. Derwyddon, has escogido un nombre muy singular al convertirte en carne y huesos y sangre —se burló—. ¿Sabéis que en la antigua tradición, derwyddon significa «el que tiene el corazón roto»? Patético incluso para ti, Llew. ¿Todavía no has superado que tu mujercita, la que fue creada para amarte solo a ti, me prefiriese a mí en su cama? ¿Que conspirase conmigo para matarte?

Gwynn soltó una carcajada que les puso los pelos de punta. Había mucha maldad en ella, y un aire frío como la escarcha les atravesó la piel a todos.

—Está utilizándoos para vengarse de mí. Pone en peligro vuestras vidas sin ninguna necesidad. Marchad. Idos a vuestras casas ahora, a copular con vuestras mujeres, y prometo olvidarme de esta afrenta. Os dejaré en paz, a vosotros y vuestros hijos, si cejáis en vuestro empeño de luchar contra mí.

—Me engañaste y utilizaste desde que era un niño —murmuró Blake—. Me obligaste a hacer cosas terribles que yo no quería.

—¿Estás seguro de eso, muchacho? —le preguntó Gwynn en tono paternalista, girando su mirada de fuego hacia él—, porque yo no sentí ninguna resistencia en ti. Disfrutaste cada momento que te proporcioné. Te sentías poderoso acatando mis órdenes, sintiendo el terror que infundías en la gente. Y las mujeres... ah, era un placer verlas correrse mientras te las follabas. ¿Recuerdas la sensación de supremacía que te embargaba cuando te suplicaban más? ¿Cuando te rogaban que siguieras? No les importaban las cadenas con las que estaban sujetas, ni el dolor que sentían cuando las penetrabas. Eras su amo y señor, y todas habrían hecho cualquier cosa por ti en aquel momento.

—¡¡Basta!!

El peso de la culpabilidad que Blake llevaba en los hombros por todo lo que había hecho en el pasado, por el dolor que había causado a tantas personas, le doblegó el cuerpo y lo hizo caer de rodillas, sollozando.

—No es verdad —murmuró, intentando convencerse de ello—. Fui tu marioneta. Lo que yo sentía, era lo que tú me obligabas a sentir. Lo que tú mismo sentías. No hubo placer en nada de lo que hice.

—Miéntete a ti mismo si es lo que quieres. A mí me decepcionaste. Estabas destinado a convertirte en mi mano derecha. El mundo entero se hubiera arrodillado a tus pies si hubieras seguido a mi lado en lugar de traicionarme. ¿Y en qué te has convertido? En un don nadie, un simple guardia de un patán, un guerrero prescindible que encontrará la muerte más pronto que tarde y al que nadie recordará. Eres patético —escupió con desprecio y una lengua de fuego saltó a los pies de Blake, prendiendo en el suelo—. Todos sois patéticos, del primero al último. Y tú, Gawin MacKenzie, eres el peor. Te ofrecí el mundo y lo despreciaste por una mujer. ¡Una mujer! Preferiste morir a permitir que yo me divirtiera un rato. Por eso serás el primero en morir.

Las llamas que rodeaban a Friggal aumentaron de tamaño y un brazo de fuego con dedos incandescentes, se proyectaron hacia Gawin. Lo cogieron por el cuello, alzándolo del suelo sin ningún tipo de esfuerzo. El guerrero soltó la espada e intentó aferrar los dedos ardientes para deshacerse de ellos. La mano ardía y quemaba su piel, levantando ampollas y llenando el aire con el olor de carne quemada.

Blake lanzó un aullido y se abalanzó sobre aquel enorme apéndice que tenía prisionero a su amigo. Blandió la espada hacia arriba, dejándola caer con todas sus fuerzas. El filo cortó el aire y el fuego, y Gwynn lanzó un aullido de dolor. La mano desapareció. Gawin cayó al suelo de rodillas, luchando por volver a respirar, peleando contra el dolor.

—¡Eres un maldito! —gritó Blake—. ¡Acabaré contigo!

Se arrojó contra Gwynn sosteniendo la enorme espada con ambas manos, apuntando hacia la flamígera garganta. No sabía si cortarle el cuello serviría para algo, pero estaba ciego por la ira y el odio acumulado durante tantos años, y la necesidad de venganza era mucho mayor que su sentido común.

Una violenta ráfaga de aire caliente lo lanzó contra la pared, a varios metros de allí. El golpe fue feroz y Blake oyó el ruido que hicieron varias de sus costillas al romperse. Con un gemido, se sobrepuso al dolor y se levantó, presto a volver a atacar.

Pero Gwynn no le dio ocasión.

Giró sus ojos hacia la más desvalida de sus víctimas y centró la mirada en una inexpresiva Seelie, concentrada en reunir toda la energía mágica posible para facilitarle el trabajo a Derwyddon, que seguía con sus cánticos, ajeno a todo lo demás.

—Tú, la que podría haber sido mi reina, morirás.

Una lengua de fuego salió disparada hacia Seelie. Blake gritó. Gawin gritó. Kenneth se abalanzó sobre Gwynn mientras gritaba:

—¡Ahora, maldito druida!

Entró en el círculo en el que estaba encerrado el Cazador. Le asestó varios golpes con su espada consagrada, cortando la lengua de fuego y desviando su atención de la mujer que amaba. Peleó con dureza, aguantando las llamas y el dolor, esquivando las manos flamígeras que querían abrasarlo. Utilizó todos los conocimientos que había adquirido a lo largo de los años en que había estado jugándose la vida en guerras y batallas inútiles, y consiguió que el maldito dios oscuro desviara la atención de su presa, poniendo a salvo a Seelie y distrayéndolo el tiempo suficiente para que el druida consiguiera terminar su ensalmo.

Gwynn gritó lleno de rabia y frustración cuando notó las paredes de roca que empezaban a crecer a su alrededor. La prisión mágica estaba cercándolo, naciendo del mismo centro de la tierra, utilizando las piedras consagradas del altar de Cerridwen que estaban a sus pies. Las runas sagradas brillaron en el aire y un terrible hedor ácido llenó el aire.

Los ojos flameantes de cólera se centraron en Kenneth, que había caído al suelo al perder el equilibrio a causa del temblor del suelo bajo sus pies. Una llamarada tomó la forma de una espada y se solidificó en un último estertor, volando dirigida con certera puntería hacia el corazón de Kenneth, atravesando la carne y el hueso hasta clavarlo en la tierra seca del patio de armas, mientras un charco de sangre se expandía a su alrededor y la vida lo abandonaba en un suspiro.

Gwynn gritó de rabia e impotencia. Las lenguas de fuego golpeaban la roca intentando

liberarse del encierro, pero con cada violento contacto perdía más y más fuerza. El rojo de las llamas empalideció y su furia menguó mientras la prisión se cerraba a su alrededor. Las runas sellaron la trampa y el grito quedó atrapado junto a él, colisionando contra las pétreas paredes, congelándose al mismo tiempo que las llamas se convertían en polvo y caían al suelo como una fina lluvia de finales de primavera.

El menhir había surgido del suelo, formándose capa a capa alrededor de la figura de Gwynn. Al principio era translúcido y las manos humanas no podían tocarlo, como si lo que sus ojos veían fuese una imagen del otro lado del velo.

Los ojos de Friggal volvieron a la normalidad. Parpadeó, sorprendida de verse allí, bajo el cielo nocturno en el patio de armas. No dijo nada. Solo ahogó un grito y echó a correr, desapareciendo en la negrura totalmente aterrada.

Nadie se dio cuenta de que se había marchado de Aguas Dulces hasta horas después, cuando fueron a buscarla y no la encontraron por ningún lado. Había cogido sus pocas pertenencias y abandonado el que había sido su hogar durante toda su vida. Quizá por la vergüenza, o quizá por el miedo al castigo por lo que había hecho inducida por Gwynn.

Seelie abrió los ojos y suspiró. Estaba agotada. El esfuerzo había sido descomunal y se sentía como si hubiese estado caminando una semana entera, sin parar ni un minuto para descansar. Pensó en dejarse caer al suelo allí mismo y dormir sobre el frío suelo pero, cuando bajó la vista para considerar seriamente aquella opción, lo vio.

Kenneth.

Estaba en el suelo. Donde antes había estado su corazón, ahora había un enorme agujero. Un charco de sangre rodeaba su cuerpo.

Quedó paralizada por el torrente de emociones que la embargaron. Quería correr hacia él, arrodillarse a su lado, acunar su cabeza, y llorar. Gritar hasta desgañitarse.

Pero solo se pudo quedar allí, quieta, oyendo el repicar de su propio corazón dentro del pecho.

Dolía. Dolía mucho más de lo que podía recordar. Dolía tanto que parecía que la piel se le rasgaba desde dentro. Como si un animal enfurecido hubiera anidado en sus entrañas y estuviera arañando para poder salir.

Olvidó el rencor, el enfado, y sus equivocaciones; las noches en vela odiándolo por lo que le había hecho. Solo quedó el tremendo amor que había sentido por ella, y su sacrificio para mantenerla a salvo.

—No... —susurró, mientras un puño invisible le atoraba la garganta.

Negó con la cabeza, con furia, como si quisiera arrancársela, como si negándolo con violencia pudiese cambiarlo. Las lágrimas asomaron deslizándose por las mejillas como un torrente.

Y el grito que se había quedado atascado, salió por fin.

Fue un grito largo y angustioso, nacido del dolor y la desesperación. Como un animal herido, se lanzó al suelo, a su lado, sin que le importara mancharse de sangre.

El «no» se convirtió en una letanía repetida mil veces mientras recorría con las manos el

cuerpo del hombre que había amado más que a su vida.

—Nonononononono...

Gawin y Blake se mantuvieron quietos, mirándola, asolados. Derwyddon intentó apartarla del cadáver, pero ella se resistió con uñas y dientes. Quería permanecer allí eternamente, no volver a separarse de él nunca jamás.

—Está muerto, cielo —le susurró el druida, pero ella se negó a escuchar sus palabras.

—¡¡Madre!!! —gritó, desesperada, entre sollozos—. ¡¡Tú puedes volverlo a la vida!!

Su grito no era una súplica; era una exigencia en toda regla.

—¡¡Hazlo, maldita seas!!

—Seelie...

Derwyddon le puso una mano en el hombro, en un vano intento por consolarla. Se la quitó de encima en un arrebato agresivo y lo fulminó con la mirada.

—No te atrevas —siseó con toda la rabia que sentía—. Malditos seáis, tú, las antiguas tradiciones y la magia. Maldito el día en que apareciste en nuestras vidas. Malditos tú, mi madre y el maldito demonio, así se pudra en el infierno.

—Hija mía...

La voz de Morgaine fue como un soplo de aire, como la leve brisa que mece las ramas de los árboles.

—Devuélvele la vida, madre —gimió Seelie, acariciándole la cara a Kenneth—. Devuélvemelo. No puedo vivir sin él.

—Casi no me quedan fuerzas...

—¡Me da igual! —replicó con toda la furia que tenía enquistada en el corazón—. Utiliza la mía. ¿No soy el Cáliz? ¿La dadora de vida y no sé cuántas cosas más? ¡Pues úsame! Que mi maldito poder sirva para algo bueno.

Morgaine miró a Derwyddon. Sentía el dolor de su hija como propio y no podía quedarse de brazos cruzados si en su mano estaba poder aliviarlo.

—Está bien. Lo haremos.

Kenneth no sentía nada. A su alrededor todo era negrura, pero no tenía miedo. Ni dolor. Ni rabia. Ni pena.

Pero tampoco había alegría, ni felicidad.

Estaba flotando en el agua, pero no gélida como la del mar cuyas olas rompían cerca de Aguas Dulces, sino cálida y acogedora. Era como si hubiera vuelto al vientre materno, donde estaba a salvo de todo y no debía preocuparse por nada.

Estaba en paz, eso sí. Pero una paz ausente, la que llega a causa de la ignorancia, o quizá, de la inocencia.

Estaba a gusto allí, pero había una sensación de zozobra en su corazón, como si hubiera olvidado algo muy importante y, aunque fuese incapaz de recordarlo, estuviese presente en sus pensamientos.

¿Qué era?

Se esforzó, pero fue inútil.

Hasta que una luz se abrió ante sus ojos y una voz le llegó hasta el corazón.

—Kenneth, mi amor, vuelve a mí...

La vuelta fue brutal. El pecho le ardía como mil demonios y tenía los pulmones paralizados. No podía respirar, y se ahogaba.

Abrió la boca, esforzándose, y manoteó para agarrarse a algo.

Un golpe en el pecho pareció abrirle la garganta por fin, y una bocanada de aire frío penetró en ella, deslizándose por la laringe y la tráquea hasta llenar, por fin, los pulmones.

Estaba vivo. No sabía cómo, o por qué, pero estaba vivo.

Abrió los ojos. Ante él estaba el rostro que más amaba. Seelie sollozaba con la frente pegada a la suya. Instintivamente y sin mediar palabra, la rodeó con los brazos y la pegó a su pecho. Ella se dejó abrazar. No intentó apartarse, ni lo miró con desprecio.

Al contrario.

Se aferró a él como si temiera que desapareciera, como si así pudiese evitar volver a perderlo. Le llenó el rostro de besos y caricias hasta que Gawin, intentando romper con aquel momento que les había desolado, dejó ir una de sus pullas.

—Deberíais buscar un pajar, o algo.

Seelie se rio. Por primera vez, no se sintió avergonzada de mostrar públicamente el amor que sentía por Kenneth. Lo amaba, sí, con todo su corazón. y precisamente por eso, era capaz de perdonarle sus faltas.

—Te amo, Seelie, mi vida, mi amor.

—Lo sé, lo sé. Cuando te he visto... pensé que te había perdido de nuevo y no fui capaz de soportar la idea.

—¿Pero cómo...?

—Mi madre. Cerridwen. O Morgain, como también se la conoce. Entre las dos conseguimos volverte a la vida.

—Igual que hizo con Gawin.

—Eh, ¿dónde está el druida? —preguntó Blake de repente.

Seelie miró a su alrededor. Kenneth se incorporó hasta quedarse sentado en el suelo, e hizo lo mismo.

No había ni rastro de Derwyddon.

—Supongo que su misión ha terminado y ha regresado a donde quiera que fuese su hogar —sospechó ella.

—Pues espero que sea feliz allí donde esté, y que jamás sienta la tentación de volver por aquí a causar más problemas —rezongó Kenneth.

Se levantaron del suelo sin separarse. Kenneth le rodeó la cintura con un brazo para pegarla más a su cuerpo mientras caminaban hacia el edificio. Blake y Gawin los siguieron en silencio. Lean los estaría esperando muy preocupado y tenía prisa por informarle de que todo había ido bien, echarlo de su dormitorio y hacerle el amor a su mujer.

Antes de cruzar el umbral, Seelie miró hacia atrás. Las runas que brillaban en el menhir habían desaparecido. ¿Cómo explicarían la súbita presencia de aquel pedrusco enorme en mitad del patio de armas?

Ya se les ocurriría algo.

Una luz brillante llamó su atención. Al lado de la roca, dos figuras la miraban con complacencia.

En el rostro de Cerridwen podía ver todo el amor que sentía por ella, su hija. Quizá había tenido que abandonarla siendo un bebé, pero siempre había estado a su lado, protegiéndola. Ahora

lo sabía.

Derwyddon ya no era un anciano druida de pelo plateado. Mostraba por fin su verdadera apariencia, la de un guerrero dorado como el sol y fiero como una tempestad. El Dios Que Regresa, el guerrero de la luz, el que rescata a la doncella de las flores y trae la primavera.

Sí, había cumplido su cometido. Había traído de regreso la primavera a su corazón, y nunca se lo agradecería lo suficiente.

Epílogo. El futuro.

En la actualidad.

El llanto del recién nacido resonaba por todas las estancias del castillo de Aguas Dulces. En el cielo nocturno, la luna resplandecía en todo su esplendor y las estrellas titilaban, celebrando el nuevo nacimiento.

En la quietud solitaria de lo que antaño había sido el patio de armas, al lado del gigantesco menhir que seguía manteniendo en su prisión al Cazador Salvaje, dos figuras etéreas flotaban sobre el suelo, medio transparentes, emitiendo una luz iridiscente que, a pesar de ser intensa, no podía ser percibida por ojos humanos.

Una de ellas era una mujer. Tenía largos cabellos negros que le llegaban hasta los pies, y su piel era tan blanca que parecía que el sol nunca la había tocado. En sus ojos violetas había un rastro de tristeza, pero sonrió cuando miró a su acompañante.

—Acaba de nacer un nuevo MacDolan. Su llanto es fuerte. ¿Lo puedes oír, Twain?

—Por supuesto, Morgaine —contestó el hombre.

Twain ya no tenía aspecto de viejo druida. Hacía siglos que había abandonado su disfraz de Derwyddon y había adoptado la forma que le correspondía. Era un guerrero alto y fuerte, de anchos hombros y manos poderosas. Tenía el pelo dorado atado con trenzas que caían alrededor de su cabeza. Sus ojos azules irradiaban un poder que ningún humano era capaz de asimilar y ponía de rodillas hasta a los guerreros más intrépidos. Iba vestido de cuero y en el cinto llevaba una espada que, decían, solo había habido un hombre que había sido capaz de empuñarla, además de él.

—Otro guardián para Gwynn —sonrió Morgaine.

Twain suspiró y se movió alrededor del menhir que todavía tenía muy visibles las runas que había incrustado en ellas.

—A veces, me pregunto si todo lo que hicimos ha servido para algo. No es que la humanidad haya conseguido vivir en paz.

—¡Por supuesto que sirvió! —lo riñó Morgaine, girándose hacia él para fulminarlo con la mirada—. La humanidad es un recipiente que contiene las dos semillas, la del bien y la del mal. Es decisión de cada uno de ellos cuál quieren hacer germinar. Sin interferencias de ningún tipo, es solo cuestión de su libre albedrío y solo ellos son responsables de sus actos. Si no hubiéramos detenido a Gwynn, habría acabado forzando al mal a todos y cada uno de ellos. Hasta al alma más pura. Y la humanidad no habría avanzado como lo ha hecho. Seguiría en una perpetua edad oscura, sin comprender el mundo que la rodea.

—Supongo que tienes razón.

—¿Pero?

—¿Por qué sabes que hay un pero?

—Te conozco, Twain. Siempre hay un pero para ti.

Twain sonrió y asintió con la cabeza. Ella lo conocía demasiado bien.

—Me preocupa el resurgimiento de los cultos ancestrales. Comprendo que una pequeña parte

de la humanidad se sienta incómoda con estos tiempos y busquen una manera de volver a sus orígenes. Supongo que es intrínseco en ellos cuando se sienten perdidos. Pero temo que alguien, en su ignorancia, sea capaz de invocar y liberar al Cazador Salvaje.

—No te preocupes. Si eso llegara a ocurrir, tenemos a muchos campeones capaces para luchar contra él. Y acaba de nacer uno más —añadió, escuchando con una sonrisa el llanto del recién nacido.

—Eres la más sabia de todos nosotros, Cerridwen.

El sol mostró los primeros rayos que anunciaban el amanecer. Twain cogió la mano de Morgaine y la miró con una sonrisa en el rostro.

—Es hora de que volvamos a Avalon —le dijo.

Ella asintió con el corazón lleno de tristeza.

—Sí. Volvamos a casa.

DirtyBooks

RÓBAME EL CORAZÓN

de Kattie Black

RAEL. TIERRA

(Saga New Humans 1)

de Sophie West

Novedades Sweetystories

MIENTRAS ESTÉS A MILADO

(Rancho Triple K 5)

de Laia Sinclair

MIENTRAS TE ESCONDES

(Rancho Triple K 6)

de Laia Sinclair

Notas

- [1.](#) Seelie, en gaélico, significa «hada buena».
- [2.](#) Falda escocesa.
- [3.](#) Larga tira de tela, confeccionada con los colores del clan al que pertenecen, que los escoceses usan alrededor del cuerpo, sujetando el resto sobre el hombro con un broche.
- [4.](#) Complemento tradicional del traje típico de las Tierras Altas de Escocia. Es una especie de monedero o pequeño bolso que se coloca como una riñonera moderna, en la parte delantera de la cintura, y que tiene la misma función que los bolsillos: guardar cosas.